

Chávez
NUESTRO

Chávez NUESTRO

Rosa Miriam Elizalde
Luis Báez



Edición: *Lilian Sabina Roque e Irene Hernández Álvarez*
Diseño: *Ernesto Niebla Chalita*
Realización: *Enrique D. Medero Cambeiro*
Fotos: *Franklin Reyes y el MINCI*

© Rosa Miriam Elizalde Zorrilla
Luis Báez Hernández

© Sobre la presente edición:
Casa Editora Abril

ISBN 959-210-331-3

Casa Editora Abril
Prado 553 entre Teniente Rey y Dragones,
La Habana Vieja, Ciudad de La Habana, Cuba.
CP 10 200
email: eabril@jovenclub.cu
<http://www.editoraabril.cu>



A todos los entrevistados, por su tiempo y generosidad. A Adán Chávez y Carmen Hernández, los primeros lectores. A Rosita y María Gabriela Chávez, Milagros Flores de Reyes, María Gil, Flor Figueredo y Gilberto Lombano, quienes, además de su valioso testimonio, cedieron las fotografías y cartas inéditas de este libro.

Al equipo de Versiones Taquigráficas, del Consejo de Estado, que transcribió más de cien horas de grabación en muy poco tiempo y con esfuerzo extraordinario. A Franklin Reyes, el joven y brillante fotógrafo del diario Juventud Rebelde, responsable de la mayoría de las imágenes.

Chávez Nuestro hubiera sido imposible sin la ayuda de Félix López, el amigo que coordinó casi todas las entrevistas y nos alentó en el agitado peregrinaje por varios Estados venezolanos.

A Rolando Alfonso Borges, por su fe en este proyecto y su extraordinaria calidad humana. A Carmen Rosa Báez, porque le debemos el título del libro, un sensible apoyo y la lectura inteligente de cada cuartilla.

También, a Richard Velázquez, que hizo sugerencias lúcidas e imprescindibles, y a Vivian Iglesias, por su extraordinaria comprensión. A Juan José Valdés Pérez, Roilán Rodríguez, Pedro García Espinosa, Ernesto Niebla, Elio Duarte, Geordanis González, Luis Rivera, Juan Manuel Cinta, William Silva y Alejandro Dickson, que nos acompañaron en varias madrugadas de vigilia editorial.

Niurka Duménigo, Lilian Sabina Roque, Irene Hernández Álvarez y Enrique D. Medero Cambeiro, de la Editora Abril, que leyeron y editaron este volumen con infinito rigor y cariño, en permanente contingencia.

A Ana María Radaelli, queridísima y fiel.

Y a Hugo Chávez Frías, ese ser humano extraordinario ante quien, definitivamente, no se puede ser imparcial.

Oración al Chávez nuestro

*Chávez nuestro que estás en la cárcel,
santificado sea tu golpe,
venga (vengar) a nosotros, tu pueblo,
hágase tu voluntad,
la de Venezuela,
la de tu ejército,
danos hoy la confianza ya perdida,
y no perdones a los traidores,
así como tampoco perdonaremos
a los que te aprehendieron.
Sálvanos de tanta corrupción
y líbranos de Carlos Andrés Pérez.
Amén.*

Versión del “Padre Nuestro” entregada en 1992 por un caraqueño anónimo a Hugo Chávez, en la cárcel de San Carlos, poco después de que el líder venezolano fuera encarcelado.

Compendio telúrico de Venezuela

Imposible seguir los hilos esenciales de la personalidad de Hugo Chávez Frías sin pisarle los talones a la profunda Venezuela, único país que posee todos los paisajes y colores probables, “compendio telúrico de América”, como la llamó el escritor Alejo Carpentier. **11**

El mestizaje, la diversidad de influencias políticas, el peso de la historia en cada ángulo de sus decisiones y un origen profundamente popular, hacen de Chávez una especie de compendio del venezolano, difícil de apresar en solo una veintena de entrevistas, en decenas de imágenes y documentos, en las más de cuatrocientas páginas de este libro. A la compleja naturaleza del líder se añade un contexto escabroso donde una auténtica revolución social en el poder coexiste con el deporte de la política sucia, el juego de las manipulaciones mediáticas y las torpes maniobras injerencistas del gobierno norteamericano.

Sabíamos cuán ambicioso podía ser armar un retrato íntimo de Hugo Chávez, desde antes de volar a Caracas y de rastrear el llano barinés donde transcurrió su infancia. Ni siquiera teníamos seguridad de poder conversar con él, pues el país se debatía en vísperas de un referendo que llevaría a votación popular su permanencia en Miraflores, el octavo escrutinio al que se sometía en cinco años de gobierno. Su agenda era en esos días absolutamente “intransitable”, adjetivo que utilizaría con agudeza su maestro Jacinto Pérez Arcay.

Sin embargo, nos lanzamos a la aventura, espoleados por el apremio periodístico y por la certeza de que hallaríamos testimonios que tal vez podrían explicar por qué ha llevado hasta las últimas consecuencias los extraordinarios episodios de su vida. Y así fue. Con la ayuda inestimable de Adán Chávez y de los propios entrevistados, fuimos armando, como piezas de un rompecabezas, la niñez en Sabaneta, la forja en la Academia Militar, la insurrección del 4 de febrero y el golpe de Estado fascista en abril de 2002, entre otros pasajes que por primera vez adquieren públicamente una dimensión coral.

Después de ventiún días de peregrinaje y casi un centenar de horas en la memoria digital de la grabadora, Hugo Chávez nos esperaba en su despacho de Miraflores. Se abrió al diálogo un testigo mucho más vasto, el cronista de un pasado que fácilmente puede vincularse con el presente, el analista de sus propias experiencias vitales... Hablaba el intérprete no solo del país cotidiano y real, sino de la Venezuela posible.

Caracas, 15 de agosto de 2004.
Día de la victoria electoral del NO
en el referendo que intentó
revocar de su cargo al Presidente
de la República Bolivariana de Venezuela

Con la abuela Rosa Inés

Al niño le parecía escuchar la caballería desbocada, los cañonazos, los dardos sobre las techumbres pajizas y los toques de corneta, pasando las barrancas y los cañaverales por donde en otras épocas corrieron las aguas del Boconó. Le fascinaban los cuentos de la abuela Rosa Inés sobre el sitio de Barinas en abril de 1859. Eran historias que ella había escuchado a su abuelo, un llanero bien plantado que había marchado a la guerra bajo las órdenes del General Cara de Cuchillo en tierras de La Marqueseña. **13**

Las calles de Barinas fueron invadidas por el humo, la pólvora y la sangre —contaba Rosa Inés—, y de sus labios Hugo oyó por primera vez el nombre de Ezequiel Zamora, hijo de un capitán del Ejército Libertador, Alejandro Zamora, y de Paula Correa. Ezequiel, impulsó las ideas liberales más avanzadas de su tiempo y fue el general de hombres libres que dirigió la Batalla de Santa Inés, hazaña que se estudiaría en las academias militares latinoamericanas y que a Hugo siempre le paració un hecho digno de figurar en las antologías del valor y el ingenio humanos.

En la mente del pequeño, Sabaneta era el escenario de las más importantes aventuras del mundo, aunque el pueblecito polvoriento solo tenía tres calles de tierra a orillas del río, con casitas de palma y piso de tierra. “La casa de Rosa Inés, en la calle Antonio María Bayón, era de las más pobres, con paredes destartalladas de bajareque y techo de palma a dos aguas”, precisa Brígida Frías, tía de Doña Elena, la mamá de Hugo Chávez. Y agrega:

Rosa Figueredo



Flor Figueredo



Joaquina Frías



Brígida Frías



María Gil



Su único lujo era el patio, sembrado de árboles frutales, de maíz, y hierbas para el aliño de la comida. Tenía naranjos, guayabos, ciruelas, lechosa... Rosa vivía de la venta de las frutas y de los dulces que ella misma hacía. Era una mujer tan pobre como trabajadora.

Brígida recuerda que Hugo de los Reyes y Elena, los padres de los muchachos Chávez Frías, eran maestros y trabajaban en Los Rastros, un caserío a varios kilómetros de Sabaneta. Los dos niños mayores se quedaron con la abuela y ella “los adoraba y los consentía. Adán y Huguito dormían con la señora en el mismo cuarto. Esos muchachos fueron criados toñecos”.

Arañas y lochas

La familia Figueredo era amiga de los Chávez Frías desde antes del casamiento de Elena y Hugo de los Reyes. Eso dice Rosa Figueredo sentada en su taburete. No escucha bien a los periodistas –“mal de oídos”, asegura–, pero logra captar que la conversación gira en torno a los Chávez Frías: “Sí, Rosa Inés era mi amiga, y también conocí a su mamá, Rosa Chávez”, y un largo paréntesis de silencio se abre mientras toman cuerpo en su mente imágenes de por lo menos medio siglo atrás.

Flor Figueredo, hija de Rosa y contemporánea de Hugo, recuerda perfectamente que él siempre llevaba en su

morralito, protegidas dentro de un frasco caramelero, las “arañas de lechosa” que preparaba la abuela de los Chávez. Flor nos cuenta:

Rosa Inés le decía al niño: “Mire, Huguito, si usted vende ocho arañas, son ocho lochas las que tiene que traer. Recuerde que un bolívar tiene un real, un medio y dos lochas”. Él llevaba los dulces para el colegio y los vendía al terminar las clases. Un día dos muchachitas, hijas de don Julián Colmenares, un señor que tenía un taller, le comieron las arañas a Hugo.

Casi lo estoy viendo: tenía unos diez años, y lloraba por esa calle, pensando en lo que le iba a decir la abuela. Lo que más le dolía era la pena que le iba a causar. Ella era buena y dulce, con un carácter así como el de Adán. Cuando lo vio llegar, Rosa Inés le dijo: “Pero, hijo, ¿dónde estaba usted cuando le comieron esas arañas?”

A veces me vienen esos recuerdos, y tal parece que una lo tiene delante. Como cuando lo veía llegar de la Madre Vieja, por donde pasaba antes el río Boconó. Con él venían Félix, Andrés Sequera, Laureano, Pancho Bastidas, Cigarrón, Leoncio... cargados de varitas de caña bravas para construir los papagayos... Hugo era el líder de todos ellos. Tenía un carácter fuerte y era incansable. Él se ponía a jugar al béisbol ahí en la calle. Le decían “el Zurdito de Oro” y “el Látigo Zurdo”, aludiendo a “Látigo Chávez”, que era el ídolo de todos ellos.

Una, que lo vio tan pequeño, se dice: ¡quién se iba a imaginar! ¡Mire, usted, a dónde llegó Huguito! Ese muchacho que una vio nacer, que era pobre como todos nosotros, que nada tenía, y ahora está defendiéndonos. Era para que en este pueblo, donde yo he visto puro pobre pobre, no hubiera ni adecos ni copeyanos, sino puro chavista, pues.

Alpargatas

A veces llamaban a Hugo por un apodo, “el Coco”, porque lo pelaban bajito y tenía la cabeza clara, amarilla como

un coco. La hermana de doña Elena, Joaquina Frías, sonríe con el recuerdo:

Rosa Inés, que Dios tenga en la gloria, guardaba en un guardapelos unas mechas de cuando Adán y Hugo eran niños. Era fácil saber a quién pertenecían. Las mechitas de Hugo eran amarillitas. Nomás pelo amarillo, pero enchurruscao pues, como buen bachaco.

En una ocasión, Joaquina vio a Rosa deshecha en lágrimas...

Fue el primer día que Hugo fue al colegio. No lo dejaron entrar. Llevaba unas alpargatitas viejas, las únicas que tenía. La abuela lloraba y lloraba porque no le alcanzaban los dineros para comprarle zapatos. Daba dolor ver a aquella mujer, tan fuerte con la vida, penar de aquel modo. No sé cómo hizo para comprar otras alpargatas y así el chamo pudo volver al colegio. Sus padres ganaban unos 300 bolívares al mes. Muy poquito. Con eso tenían que alimentar a los cuatro hijos y ayudar a Rosa.

17

CHÁVEZ NUESTRO

Los dulces de María

Rosa Inés era descendiente de los indios del llano. María Gil de Chávez, viuda de José Anastasio Chávez, la conoció muy bien.

El padre de la señora era un coleador llanero, negro, que está enterra'o en la sabana de Guanarito. Rosa era una india grande, de mucho respeto y buen ver. Se le murió el marido y nunca se volvió a casar. Desde que la conocí, su vida fueron sus nietos.

Los niños iban hasta la casa de María, en Santa Rita, muy cerca de Sabaneta, y ella les preparaba lo mejor que tenía.

¡Cómo le gusta a ese muchacho la hallaca de pescado, la carne asada, la merengada de cambur y el dulce de lechosa! Todavía le sigo haciendo ese dulce, y se lo llevo a donde él esté, cada vez que pasa por esta zona.

María sonríe porque logra recordarlo probando sus conservas de coco en todas sus variantes: la requemada, la

aturronada o de ladrillo, la melcochosa; y los dulces de durazno, de tamarindo y de calabaza. No hace mucho que le hizo a Hugo un dulce de lechosa, su preferido.

Se lo llevé cuando estuvo aquí inaugurando La Tomatera, y le grité: “¡Huguito!”, y él me contestó: “¡Ahí está la abuela!” Y yo con más gritos: “Le traje su dulcecito, mi amor”. La gente me abrió paso, y se lo entregué.

Cuando él estaba en la cárcel, hice muchas promesas y recé todas las noches a la Virgen de Coromoto pidiéndole por él. Cuando salió de Yare vino acá, a mi casa. Antes le cocinaba más a menudo, pero ahora me duele no hacerle sus dulces. Sufro de una broma del corazón y por eso no he podido llevárselos a Caracas. Pero se lo dije el otro día: “No se preocupe, mi’jo. Cada vez que venga a Sabaneta o a Barinas, voy y le llevo su dulcecito”.

¿Por qué lo quiero tanto? Ah, él da mucho amor y no tiene a menos a los pobres. Eso es algo que nosotros no olvidamos. A mí siempre, siempre me abraza, como cuando era un carajito, y hasta me pone las manos así juntitas para pedirme la bendición.

Elena Frías y Hugo de los Reyes Chávez

Nuestro hijo tiene amor para todos

Elena Frías y Hugo de los Reyes Chávez nos esperan en la sala de la residencia oficial del gobernador de Barinas. No disponemos de mucho tiempo para la entrevista. Hugo tiene que atender sus tareas en la gobernación y a Elena la esperan en la Fundación del Niño. **19**

Antes de comenzar el diálogo con los padres de Hugo Chávez Frías, valdría la pena recordar un detalle. El segundo de los seis hijos de este matrimonio se enorgullece de la mezcla que lleva en su sangre, tan cercana al color de Venezuela: “Mi madre blanca, como Maisanta; mi padre, negro, orgullosamente negro y con las raíces indias de mi abuela Rosa Inés”. Un entrecruzamiento de culturas que no solo se muestra en la apariencia física, sino en el carácter.

Hugo de los Reyes es reposado, meditabundo. Elena tiene la pasión a flor de piel. “Cuando me emociono mucho, lloro. Qué le voy a hacer”—dice. Pero hubo un momento dramático en la vida de su hijo en el que ella no derramó una lágrima. “Cuando el clarín de la patria llama, hasta el llanto de la madre calla”, valdría recordar a Bolívar.

Maisanta

¿Cómo se enlaza su familia con Maisanta?

ELENA FRÍAS (ELENA). Maisanta tuvo dos hijos hombres. Pedro Infante y Rafael Infante, mi padre. Ellos no llevan el apellido Pérez, porque no fueron hijos legítimos. Maisanta nunca se casó. Mi padre y mi tío tenían el apellido Infante, el



de su madre, porque antes, cuando los hijos no eran concebidos dentro del matrimonio, no adquirían el apellido paterno. Yo también nací fuera del matrimonio. Mi padre no se casó con mi madre y por eso llevo el apellido de mi mamá.

Ahora todo es muy fácil. Si el papá va y asienta al niño, ya quedó con el apellido. Antes no, tenía que ser con abogados y dinero, y los pobres no teníamos esas facilidades. Entonces se quedaba uno con el apellido de la mamá, lo que no es malo tampoco. Uno es más de la madre que del padre.

¿Como Hugo, su hijo?

ELENA. Ah sí, él se parece más a mí que a su padre.

Él ha contado en varias ocasiones que, cuando era niño, su familia se refería a Maisanta como a un asesino...

ELENA. Porque anteriormente la gente era un poco ignorante. Decían que mi abuelo había sido un asesino y que mataba

a la gente, que les cortaba el cuello y luego ponía la cabeza en el pico de la silla. ¿Pero quién ha de creer eso? ¡Avemaría! Entonces mi abuela decía: “No sé por qué esa muchacha –esa muchacha era mi madre– se ensemilló de la raza de ese asesino”. Yo lloraba y me quedaba triste; una no sabía si era verdad o mentira. Mi hijo afirma que una vez escuchó a la abuela diciéndome aquello a mí. Por eso, delante de los muchachos, hay cosas que no deben decirse, porque ellos captan todo. A Hugo no le gustó que me hablaran así, y creo que eso tuvo que ver con su decisión de salir a buscar la verdadera historia de Maisanta.

Yo nunca creí que Maisanta fuera un asesino. ¿Cómo va a creer una que una persona mata a otra y luego pone la cabeza en el pico de la silla? Eso es imposible. Ni el asesino más negro lo haría. No, no podía creerlo. Me crié sin tener por dentro esa idea de asesino; no, no, de ninguna manera.

Hugo Rafael

ELENA. Tuve a Hugo Rafael cuando Adán, que fue el primero, había cumplido un año y tres meses. Todos mis hijos tienen la misma diferencia de edad... Toditos se llevan un año con tres meses. Salvo el anterior al más chico de mis hijos. Ese niño murió, y ya ahí sí me tardé para tener a Adelis... A todos mis hijos –son seis: Adán Coromoto, Hugo Rafael, Aníbal, Narciso, Argenis y Adelis– los recibió una partera que me atendía en la casa, Inés Salas. Hugo Rafael nació en la madrugada. El parto fue normal, más suave que el de Adán. Ese primer parto... ahí sí que me vi mal.

¿Era Hugo diferente a los demás muchachos?

ELENA. No, no se le veía nada especial. Bueno, que era muy simpático, muy cariñoso con los demás, a pesar de su carácter fuerte. Siempre ha sido muy inteligente, muy hábil para el dibujo, por ejemplo. Él pintaba lo que fuera. Cuando en la escuela le pedían a sus hermanos realizar algún dibujo,

siempre llegaban: “Huguito, házmelo”. Lo mismo pasaba con los vecinos, que venían con el cuadernito: “Huguito, hazme el dibujo, que me pidieron tal cosa”. Él se sentaba y lo hacía sin poner reparo ninguno.

Rosa Inés

HUGO DE LOS REYES CHÁVEZ (HUGO). Rosa Inés Chávez era mi madre. Adán y Hugo estuvieron con ella desde muy pequeños, hasta que Adán se fue para Mérida a estudiar y Hugo a la Academia Militar. Estábamos muy unidos: Elena, la abuela Rosa y yo. Vivíamos cerca, y ella nos ayudaba con los muchachos. Cuando Adán y Hugo fueron a Barinas a estudiar el bachillerato, Rosa se fue con ellos... Yo creo que ese acercamiento que siempre tuvieron con la abuela los llenó de un profundo amor. Mamá era muy dulce con ellos.

¿Y el abuelo, su papá?

HUGO. Papá murió cuando yo era una criatura. No lo recuerdo. Murió por ahí, en las sabanas del Estado de Portuguesa. Mamá me contaba que era un hombre de pueblo, un llanero, al que le gustaban los juegos de gallos, de dados... Era un hombre que vivía a caballo.

¿Trabajaba la tierra?, ¿qué hacía?

HUGO. Se llamaba José Rafael Saavedra. Era ganadero, como tantos llaneros. Compraba y vendía ganado. Es lo que nos contaba mamá, porque, en verdad, yo no lo conocí.

¿Cuántos hijos tuvo Rosa Inés?

HUGO. Tres: uno que murió muy pequeñito, mi hermano Marcos y yo.

¿De qué vivían?

HUGO. Mi mamá fue una mujer muy humilde. Nos crió lavando, planchando, preparando dulces que nosotros mismos vendíamos. Fue una vida dura, de la cual recuerdo sobre todo su trabajo, su constancia, su respeto y su amor por los demás. Así nos formó ella.

Nos contaba Adán que la abuela preparaba los dulces y Hugo y él los vendían...

HUGO. La ayudaban con las ventas. Esos dulces eran una lucha para convertirlos en plata. Los muchachos salían a la plaza, al cine, a la escuela... Sabaneta era un pueblo muy pequeño, que lo único que tenía era un cine. Mi hermano y yo también vendimos arañas y arepas blancas bien sabrosas que hacía mamá. Cuando uno salía con ocho arepas, traía de vuelta un bolívar. Rosa Inés vivió para trabajar.

El Presidente Chávez ha contado que la abuela le hablaba del paso de Ezequiel Zamora por Sabaneta y Barinas, y que en los cuentos de Rosa Inés están las raíces de su amor por la historia.

HUGO. Sí, mamá les hablaba de eso a mis hijos, como lo hizo con mi hermano y conmigo. Ella repetía lo que le había narrado su mamá, Inés Chávez. Mi abuelita vio trotar los caballos de Zamora en Sabaneta. Ella les contaba a los muchachos esas historias con pasión, con orgullo, lo que seguramente despertó la imaginación de mis hijos.

Hay un fundo cerca de Sabaneta, junto al río Boconó, por donde dicen que pasó Zamora. Una vez tuve una fuerte discusión con un sacerdote que, refiriéndose a él, me dijo despectivamente: “Ese quemó a Barinas”. “Padre, usted me disculpa, ¿usted nació en Barinas? ¿Usted estaba vivo cuando Zamora la quemó?” “No, no”. “Ellos tomaron Barinas y le prendieron candela por una estrategia defensiva. Era la única manera de mantener alejadas las tropas enemigas durante el sitio de la ciudad”. Esa es la historia y hay que respetarla.

¿Cuándo su hijo descubrió a Bolívar?

HUGO. Desde muy pequeño le gustó la lectura. Debe haberlo descubierto en la escuela, cuando comenzó a leer los libros de Historia. Desde niño ha sido amante de la Geografía, la Matemática, la Física. Pero la Historia fue y sigue

siendo su gran pasión. Es muy difícil que un venezolano no ame a Bolívar. Imagínese él, que desde pequeño tenía a la patria en el corazón.

Un niño muy noble

¿Qué clases impartían ustedes en la escuela Julián Pino?

HUGO. Elena y yo éramos maestros de primaria y dábamos todas las materias, seis en total. Teníamos un programa, una metodología, y a partir de ahí preparábamos las clases. Fui maestro de Hugo en quinto grado. Era muy, muy estudioso. A veces se ponía un poco rebelde con los amiguitos.

ELENA. Hugo peleaba, como todos los niños. Tuvimos seis muchachos, todos varones, todos fuertes. Pero, ahorita peleaban y al ratico ya estaban jugando otra vez.

HUGO. Ellos peleaban por los suplementos. Cuado iba a Barinas, regresaba con uno para cada uno.

¿Usted llama suplemento a las historietas?

HUGO. Sí, historietas de *Juan sin miedo*, *El generoso emisorio*, *Tarzán*. Ellos se las intercambiaban; pero cuando terminaban de leer, inmediatamente empezaban con aquello de “dame la mía, dame la mía”.

¿La decisión de Hugo de matricularse en la Academia Militar los sorprendió?

HUGO. Yo no quería que estudiara esa carrera, pero su mamá, sí. Aspiraba a que fuese maestro, profesor, que estudiara docencia. Tenía muy buena cabeza. De los seis muchachos nuestros, el único que se graduó de licenciado en Educación fue Adán. Pero no les impuse nada a ninguno. Dejé que cada cual estudiara de acuerdo con su vocación.

Él lo complació de alguna manera, porque a su hijo Hugo se le recuerda como un gran profesor en la Academia Militar...

HUGO. Claro, claro. Él trabajaba de instructor en la Academia, con un dominio tremendo de la historia venezolana. Por eso quiso cambiarla y mejorar las condiciones de vida del

pueblo... Ahora también ha probado que es un gran maestro. A nosotros mismos nos enseña todos los días algo nuevo.

La cárcel

ELENA. Íbamos todas las semanas a Yare. A veces nos quedábamos en Caracas, otras regresábamos el mismo día. En ese tiempo solo pensábamos en nuestro hijo preso. Le hacía todo lo que a él le gusta: su dulce y su chigüire, un animalito del llano que tiene carne muy sabrosa. Se prepara mechada, ripiadita, y todavía se la hago cuando él viene a visitarnos. También le llevaba picadillo de verduras y hallacas. ¡Ay, las hallacas! Esa es la vida de Hugo Rafael: las hallacas de su mamá.

Ustedes hacían la cola para entrar a la prisión.

ELENA. Mire, así como se le aglomera ahorita la gente donde quiera que él esté, así también era en la cárcel. Eso eran colas, colas. No nos dejaban a nosotros ni un ratico para disfrutarlo. Solo los minutos en que él estaba comiendo. Iban a conocerlo, a saludarlo quienes ya lo conocían, a llevarle cartas, regalos y comida. Imagínate que allá le llevaron hasta una nevera, una cocina y un estante.

¿Alguna vez lo vio deprimido?

ELENA. ¡No, jamás en la vida! El primer día que fui a verlo a la cárcel no se me secaban los lagrimones. El guardia que nos hizo pasar, nos dijo: “Él sube ahorita en el ascensor ese”. ¡Ay!, y se abrió la puerta del ascensor: ¡Mi hijo del alma! Entonces lo abracé, y lo besé, bañada en lágrimas. ¡Dios mío!, y Hugo con esa fortaleza, con esa sonrisa, con esa expresión tan limpia. Mi hijo Argenis estaba conmigo y contó después que a él se le habían aguado los ojos. Pero el muy condenado de Hugo Rafael Chávez me agarró y me dijo: “¡No, mami, no llore, no ve que se me va a poner fea!”, y me secó las lágrimas. Argenis ha contado: “Pues cuando ese carajo le dijo eso a mi mamá, lo hubiera querido golpear. Yo estaba igual que ella, con el lagrimero afuera, y él, tan fuerte, tan fuerte”.

¿Lo ha visto llorar alguna vez?

ELENA. Sí, cuando murió mi madre, Benita. Fue un momento muy duro para toda la familia

11 de abril de 2002

26 CHÁVEZ NUESTRO ELENA. Ese día sí fue triste. Mi esposo y yo estábamos en Miraflores, no porque creyéramos que sucedería algo tan terrible, sino porque había una reunión de gobernadores con el Presidente. Siempre viajo a Caracas con mi esposo para ver a Hugo, aunque sea un ratito. Cuando llegamos, él estaba ofreciendo una alocución por televisión. Lo saludamos allí y subimos para Miraflores. En eso, nos empezaron a llegar noticias horribles.

Pasaban y pasaban las horas, y nosotros desesperados sin verlo. Mi hijo se encerró a hablar con los ministros. A todo el que salía de su despacho, yo le preguntaba: “¿Hugo Rafael qué hace?” “No se preocupe, está ahí reunido”. Y yo rezando, con el rosario en la mano, cerca de su despacho.

Como a las tres de la mañana quedó la puerta entreabierta. Una señora se me acercó. Había visto el desespero que yo traía. “Pase ahora, doña Elena, aproveche que la puerta está entreabierta”. La empujé un poquito y pasé. Estaba sentado y en cuanto me vio, se me acercó: “Vieja, ¿y qué hace usted aquí? ¿Por qué no está descansando?”

“No, mi amor, ni su papá ni yo vamos a descansar –le respondí–. Nosotros no estamos cansados, nosotros queremos estar con usted. Hugo Rafael, hijo, estamos con usted para lo que mande. Si se va a quedar en Miraflores, nosotros nos quedamos aquí; si se va, nosotros nos vamos con usted”. Ahí me dijo él: “Me voy, mamá”. “Bueno, pues nos vamos, mi amor. Y no se preocupe, que si ha habido quien lo ha traicionado, tiene una familia que no lo traicionará nunca. Y allá afuera está un pueblo que lo ama y que va a luchar por usted. Tranquilo, mi amor”.

Mi hijo me abrazó: “Vieja, me duele tanto todo lo que la he hecho sufrir”. “No, mi vida, no digas eso. El sufrimiento es así de chiquito, pero el orgullo de ser su madre y la felicidad que me ha dado son inmensos”. Nos abrazamos y nos besamos otra vez. Le eché la bendición y me fui. Salí temblando, temblando.

No, ni una lágrima en esos minutos, pero cuando salí de la oficina me desmoroné. Al rato vi a uno corriendo con la maleta de mi hijo: “¿Por qué vas corriendo, muchacho?” “Porque ya se va el Presidente”. Y de una vez corrí yo también, y llegué hasta dónde él estaba, pero no me dejaron acercarme. Pude agarrarme a la puerta del carro e intenté irme con él. Entonces, el gordo ese que se lo llevaba, trató de quitarme del medio: “Señora, no se puede montar”. Yo seguía agarrada a la puerta. Adán, mi hijo, me vio: “Tranquila, vieja, venga para acá”. Me quitó de la puerta del carro. Y se llevaron a mi hijo.

Parecen padre e hijo

ELENA. En medio del golpe, Hugo había pedido que nos sacaran de Caracas...

Ustedes iban a Barquisimeto y siguieron para Barinas. Dice Adán que se les escaparon. ¿De quién fue la decisión?

ELENA. Mía.

HUGO. Un amigo que andaba con Adán, nos llevaba para Barquisimeto, pero cambiamos el rumbo para Barinas.

Elena, usted habló con el Presidente Fidel Castro en esos días de abril...

ELENA. Fue el día 12, el peor de todos. Me llamó una de las hijas de Hugo Rafael, María Gabriela, y me contó que había hablado con Fidel. Le pedí que me pusiera al habla con él. No sabíamos dónde se encontraba mi hijo y yo estaba desesperada. Fidel me llamó: “Tranquila, Elena, no se preocupe tanto, todo va a salir bien. A Hugo no puede pasarle nada”. Yo le contesté: “Pero no sabemos dónde está, Fidel, y tengo mucho

miedo”. Y él: “Mire, es importante que el mundo conozca lo que está pasando. Hable con la prensa”. Y hablé con la prensa, pero aquí en Venezuela no dijeron nada. Sé que en Cuba sí me oyeron, porque recibí cartas de cubanos que me escucharon ese día, cuando yo pedí que no mataran a mi hijo.

¿Usted se ha dado cuenta de que hay una relación especial entre Fidel y mi hijo? A veces parecen padre e hijo. Yo aprecio mucho a Fidel, porque sé que lo quiere de verdad. Fidel sí es sincero... Mira, ese sí se parece a Hugo Rafael, pues ellos, cuando dan el cariño, es porque lo sienten de verdad.

HUGO. Y la gran verdad es que Fidel quiere a Hugo.

ELENA. Ay, sí. Dios y la Virgen les den vida y salud a los dos.

¿En qué se parecen?

HUGO. En lo revolucionario que son.

ELENA. En lo revolucionario, y en lo sincero que son. No mienten a nadie, y en eso los concibo yo tan parecidos...

Rompió el molde

HUGO. ¿El talón de Aquiles de mi hijo? Hugo es una especie de franciscano; perdona mucho.

ELENA. Sí, Hugo es muy confiado. Cree que todos son como él, que cuando da la amistad es de corazón. Hay personas que no son así, que le demuestran ser una cosa y resultan otra. Pero yo creo que con tantos golpes que él ha llevado, ha aprendido que la gente no es a veces lo que aparenta.

¿Sabe cuál es la virtud más linda de Hugo Rafael? El amor por todos los venezolanos, esa es una virtud muy linda. Él tiene amor para todos.

¿Cuándo descubrió ese amor?

ELENA. Poco a poco, particularmente en estos últimos años. Tú sabes que a las personas, aunque sean tus hijos, a veces no las conocemos bien. Desde que lo he visto tomando decisiones como Presidente, me he dado cuenta de que era mucho mejor de lo que yo suponía... ¿De que manera explicar cómo es

Hugo Rafael con los seres humanos, con Venezuela, con su patria, con las personas que más lo necesitan? Él siempre está ayudando a todo el mundo. Ese hijo mío rompió el molde. ¡Ay!, que Dios me lo cuide mucho.

Adán Chávez Frías

Este pueblo sí es arrecho, hermano

30 *Profesor de la Universidad de Los Andes y la de Barinas. Articulista de prensa. Biofísico y militante de izquierda, humanista y guevariano. Secretario privado de la Presidencia de la República, en el duro y anónimo ejercicio de organizar citas y despachos ministeriales. Estratega de una singular Revolución Agraria y, desde fecha más reciente, embajador de Venezuela en Cuba.*

Adán Chávez Frías, el primogénito de Elena y Hugo de los Reyes, es tal vez quien mejor conoce la biografía de Hugo Rafael, su compañero inseparable en los juegos de la infancia, en el cariño desbordado de la abuela Rosa Inés y en la vocación revolucionaria. Acaso este sea el título que más lo enorgullezca entre todos: compartir, con el Presidente venezolano, una hermandad que trasciende el lazo de familia.

Maisanta, Madre Santa

La imagen que nosotros teníamos desde niños de Pedro Pérez Delgado era la del asesino, un tipo malvado, un ladrón, un cuatrero de los llanos, ¿no?, que mataba gente. Gracias al libro de José León Tapia —él es médico cirujano, dedicado al rescate de la historia—, *Maisanta, el último hombre a caballo*, descubrimos quién fue realmente nuestro bisabuelo. La oligarquía había distorsionado de tal manera su imagen, que llegó a envenenar incluso a sus descendientes.

Según la historia, el bisabuelo mató a un militar que había embarazado a su hermana.



Sí, todo parece indicar que eso ocurrió y fue lo que la oligarquía resaltó para desvirtuar su vida de revolucionario. Él era muy joven, un niño casi –15 ó 16 años–, cuando su única hermana, Petra, salió embarazada de uno de los caciques del pueblo, un coronel de la vieja guardia que estaba dominando al país en esos años. Lo mató, porque era la manera de cobrar la afrenta, y salió huyendo. Sucedió en Ospino, un pueblito de un Estado fronterizo con Barinas, Portuguesa. En esa peregrinación, comenzó a relacionarse con los líderes guerrilleros de la época.

¿La abuela Rosa hablaba de Maisanta?

Nunca lo mencionó. Al parecer, no estaba enterada de la existencia del personaje, porque Maisanta viene por la parte materna. En las discusiones internas de la familia, particularmente entre mi abuela materna y mi madre, se mencionaba a Maisanta: que si con razón ella tenía un carácter tan fuerte, pues venía de la rama de un asesino... Era el tipo de cosas que se decían y que nosotros escuchábamos al voleo, digamos, de pasada.

Fue Hugo quien reivindicó a Maisanta en la familia. Él es un historiador empírico, sin ninguna duda. Comenzó a seguir el rastro de Pedro Pérez, ligando, por supuesto, esa vena histórica que él tiene con la parte revolucionaria. Rastreó las sabanas de Apure, donde Maisanta pasó su vida guerrera. Después del 4 de febrero de 1992, muchos apuntes y grabaciones que él había logrado recopilar sobre el personaje se perdieron en los allanamientos que hizo la policía militar.

Recuerdo que Hugo me llevó la novela del doctor Tapia para que yo la leyera. Quería escribir otro libro sobre Maisanta, con todos los detalles históricos que había logrado rastrear en los llanos. Lo acompañé en algunos de esos viajes para entrevistar a varios ancianos que, o bien habían participado en la guerra con Pedro Pérez Delgado, o lo habían visto cuando eran muy niños.

Así fue como supimos quién era Maisanta en realidad, que para él ha sido un referente como revolucionario. Hugo se enorgullece, y yo también, de venir de esa estirpe guerrera. No se puede negar que hay un componente sentimental en esta búsqueda de la historia familiar. Venimos de allí y no es casual que el Comando Nacional para enfrentar esta nueva batalla, el referendo revocatorio contra el Presidente Hugo Chávez, llevara el nombre de Maisanta.

¿De dónde viene la palabra Maisanta?

Pedro Pérez Delgado era muy católico, y cuenta la historia que cuando iba a la batalla, para darse ánimo y estimular a su tropa, él gritaba “Madre Santa, Virgen del Socorro”, invocando a una de las patronas de la región central de Venezuela. Lo que escuchaban sus compañeros era esa contracción idiomática: “Mai Santa, acompáñame; Mai Santa, guíame; Mai Santa, que son bastante”.

Sabaneta de Barinas

¿Qué es lo más lejano que recuerda de su infancia en Sabaneta?

A mi abuela Rosa Inés. Hugo y yo nos criamos con ella, aunque la casa de mis padres estaba muy cerquita de la suya, a media cuadra una de la otra. Antes se acostumbraba pasarle el cuidado de los hijos mayores a los abuelos, en familias que eran muy numerosas. Mamá era muy joven cuando yo nací. Tenía 18 años, y al año y tres meses, nació Hugo.

Mientras mamá cuidaba de mi hermano, yo fui con la abuela. Inmediatamente después, salió embarazada del tercer hermano. Entonces la abuela cuidaba a los dos primeros. Siguieron naciendo nuestros hermanos, y Hugo y yo nos fuimos quedando con la abuela.

La abuela también hacía dulces caseros, tabletas de coco, y las famosas arañas de lechosa de Rosa Inés. ¿Sabes que no las hemos visto nunca más en Venezuela?

¿Cómo preparaba “las arañas”?

Picaba la fruta en tiras muy finitas y le agregaba azúcar. En determinado punto de la cocción, sacaba el dulce de la olla con unos tenedores grandes e iba armando montoncitos sobre un recipiente de madera. Cuando se enfriaba, el dulce tomaba forma de “arañitas”, muy sabrosas por cierto. No sé por qué Hugo siempre tuvo más suerte que yo en la venta de los dulces de la abuela.

Los vendían en la escuela...

En los recesos de la escuela, entre hora y hora de clases. Salíamos con nuestros potecitos de vidrio.

¿Nunca hubo peleas por los dulces?

En una ocasión, no supimos si a propósito o sin querer, un muchacho le tumbó a Hugo el pote de vidrio. Se quebró y se perdieron los dulces. Al parecer se dieron unos empujones y unos piñazos.

¿Era agresivo?

No. Siempre ha tenido un carácter muy fuerte, pero no era nada agresivo. Administraba ese carácter con estoicismo. Evitaba las confrontaciones.

¿Qué tenían en la casa de valor?

Un radio, sí, era lo único que había. Ahí no había nevera; no había, por supuesto, aire acondicionado, ni ventilador siquiera, nada; solo un radiecito de pilas. De pequeños no teníamos electricidad en el pueblo, salvo cuando se ponía una planta que funcionaba con gas oil dos horas en la noche.

¿Recuerda alguna anécdota que caracterice la relación que ustedes tuvieron con Rosa Inés?

La compenetración con esa abuela fue muy entrañable y le debemos mucho de nuestro carácter. Jugábamos con nuestros amigos y con nuestros hermanos más pequeños y, a veces, se armaban discusiones. Sabíamos que si nos íbamos corriendo a la casa de la abuela, porque mamá nos quería castigar, ella nos protegería. No permitía que nos hicieran nada. Castigo cero.

¿Hasta qué año vivieron con la abuela?

Habría que distinguir varias etapas. En Sabaneta no había institutos de educación media. Solo una escuelita primaria, la Julián Pino. El que quería seguir estudiando, tenía que irse a Barinas, la ciudad capital del Estado. Cuando terminé el sexto grado, me fui para allá, a la casa del tío Marcos, el único hermano que tiene papá. Luego, se me unió Hugo. La abuela se quedó todavía en el pueblo y, al año siguiente, los tres estábamos desesperados. Nos hacíamos mucha falta. La penetración era tan grande que íbamos todos los fines de semana a visitarla, hasta que ella, con la ayuda de papá y de mi tío, logró instalarse en Barinas.

Cuando se mudó, ya era una mujer de unos 50 años o poco más. Se había pasado toda su vida en Sabaneta. Venía a vivir a una casa alquilada, mientras, quedaban lejos las cosas que más quería: las matas, sus frutales, sus animalitos. Hizo ese sacrificio por nosotros.

Después, yo me fui a la Universidad de Mérida, y Hugo a Caracas, a la Academia Militar. Ya en esa etapa se produjo una separación casi definitiva. Íbamos a visitarla en las vacaciones. Ella vivió un tiempo con Carmen, mi esposa, con mis dos hijos mayores y conmigo, en Mérida. Fue entonces cuando comenzó a padecer de un cáncer en los pulmones que la llevó a la tumba.

¿Fumaba?

No, ni fumaba, ni bebía, era muy sana.

La pintura, el amor

¿A Hugo siempre le gustó pintar?

Siempre, y con gran habilidad. ¿Sabes cómo obtenía los lápices para colorear? Él se esmeraba para mostrarle sus dibujos al tío Marcos —que no tenía muchos recursos, pero trabajaba en la capital y tenía un sueldecito mejor que el de papá como maestro—. Al tío le gustaban mucho sus dibujos y siempre

lo estimulaba dándole un poco de dinero para que comprase un nuevo cuaderno, lápices de colores; a veces le quedaban algunas monedas para comprar caramelos y pan, que compartía con sus hermanos y con la abuela. En Barinas estuvo un año, más o menos, recibiendo cursos en una escuela de pintura. Iba en las tardes, después de las clases del bachillerato.

¿Hugo cantaba de niño?

Declamaba. A él, desde muchacho, le gustaba muchísimo la poesía, en particular la épica y los corridos llaneros, tan ligados a la vida de la zona.

Otra característica que llama la atención es su extraordinaria memoria.

Una memoria fabulosa. Desde pequeño demostró gran inteligencia. Al finalizar cada curso, la mayoría de los niños tenían que presentarse a exámenes finales para pasar al siguiente año. A Hugo siempre lo eximían gracias a su magnífico rendimiento docente. Creo que Hugo presentó su primer examen final en quinto grado. Pasó del primero al cuarto sin tener que rendir examen.

Siempre ha tenido una mente prodigiosa. Se aprende unos poemas larguísimos, como ese de Maisanta. Francamente, yo nunca me lo he podido aprender. Claro, tampoco lo he intentado, realmente; pero él sí se lo aprendió en dos o tres leídas. Y puede recordar otros muchos, sobre todo esos poemas costumbristas, décimas que a mí me parecen infinitas.

Él siempre declamaba en el liceo, en reuniones con los amigos. Esas eran sus pasiones: estudiar, declamar y jugar al béisbol.

¿Y las novias?

También tuvo novias, como cualquier otro muchacho de su edad.

¿Un gran amor?

Creo que fue su primera esposa, la madre de sus hijos. Fue una unión de veinte años o más.

Cuenta García Márquez, en una crónica que escribió después de una entrevista con el Presidente, que él tocaba la campana de la iglesia de Sabaneta y que la gente sabía que era él.

Creo que García Márquez le puso un poco de su realismo mágico. Hugo fue monaguillo, pero por poco tiempo. Tenía como 8 ó 9 años. Tengo la impresión de que lo hizo por aprender algo nuevo, por afán de conocimiento, algo que también lo distingue.

Hugo siempre fue un buen creyente. El bromea con el hecho de que yo tengo una formación marxista. Cuando lo fastidian con el tema del comunismo, él dice: “¿Pero por qué yo? El comunista es Adán”. Nuestra abuela era muy creyente y creo que eso influyó bastante en Hugo. Ella nunca iba a la iglesia del pueblo, pero rezaba mucho. Era muy pobre, pero también muy solidaria y generosa. Nosotros crecimos en ese ambiente.

La conciencia política

¿Cómo llega hasta el pensamiento de Bolívar?

Rosa Inés nos contaba sus recuerdos de la Guerra Federal. Nos decía: “Una vez llegaron al pueblo los revolucionarios y eran muchos hombres a caballo. Algunos dijeron que les robaban las gallinas, pero otros que las agarraban porque las necesitaban y las pagaban...” Eran recuerdos muy vagos, porque era muy niña en esos tiempos. Nos habló también de Zamora, de lo que le contaba su mamá. Quizás esas historias nos estimularon a buscar referentes en el pasado épico del país. Pero que yo recuerde, la primera vez que tuvimos contacto consciente con Bolívar fue en el liceo, cuando estudiamos la historia patria.

Luego, en la universidad, profundizamos realmente en esos estudios. En mi caso, fue decisiva la militancia en un partido de izquierda donde leíamos a Marx y a Lenin. Pero fue gracias a algunos dirigentes, y también a Hugo, que investigamos a los

grandes próceres nacionales, donde, por supuesto, la gran referencia era Simón Bolívar.

¿En cuál partido militaba?

En el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Luego el MIR se dividió y estuve unos meses sin militancia, hasta que ingresé en el Partido de la Revolución Venezolana (PRV). Yo puse a Hugo en contacto con ese partido.

Él había pasado ya por la Academia, donde conoció al general Jacinto Pérez Arcay, historiador y maestro, que influyó profundamente en el pensamiento bolivariano de mi hermano.

Adán, usted militaba en la izquierda venezolana, ¿existió algún conflicto entre ustedes en el orden político?

Él nunca militó en ningún partido, pero, sin saberlo, siempre ha sido de izquierda. Nosotros nunca tuvimos divergencias políticas, al contrario. Hugo me preguntaba sobre algunas cosas y me daba sus opiniones. Hablaba con pasión de la necesidad de rescatar a Bolívar, y yo estaba de acuerdo incluso, frente a una tendencia dentro del Partido Comunista reacia a aceptar la historia nacional. Hubo compañeros expulsados de ese partido por estudiar a Bolívar.

Hugo nunca dijo que tenía ideas comunistas, pero tampoco nos criticó o sugirió que estábamos equivocados. Ahora recuerdo una anécdota en torno a este asunto. En el año 1973 ó 1974, viajé de Mérida a Caracas, a una reunión de la juventud del MIR en la Universidad Central. Cuando salí de ese encuentro, que duró dos días, se me ocurrió visitar a Hugo en la Academia. Él no sabía que yo estaba en la capital.

Yo andaba con el pelo largo —a la altura de los hombros o más abajo—, una franelita, un jean, unas sandalias: la pinta de los rebeldes. Pensé: “A lo mejor no me dejan entrar así, o le puedo causar un problema”. Quiero decirles que siempre entre nosotros ha existido un amor muy intenso también, y me dije: “¡Qué va!, ¿cómo voy estar aquí en Caracas y no ver a Hugo?” Para mi sorpresa, me trataron muy bien y me permi-

tieron saludar a mi hermano. Recuerdo que me pasaron a una salita de espera, y a los veinte minutos, aproximadamente, lo vi llegar por un pasillo y nos dimos un abrazo. “¿Qué haces por aquí, hermano?” “En una reunión del partido”. Y yo, dentro de mi inocencia, le mostré los papeles de mi reunión, sin reparar seriamente en que estaba metido en una institución militar. Nos reímos los dos: “Coño, hermano, ¿tú cargas eso así?” Nos permitieron conversar como media hora. Luego vinieron a buscarlo, nos dimos otro abrazo, nos despedimos y me fui. Después me contó mamá que Hugo le envió una carta donde relataba nuestro encuentro y que lo hizo con mucho sentimiento. Le contó que, cuando nos despedimos, él se pudo quedar en la salita de espera un ratito más, detrás de una ventana, a través de la cual vio como me alejaba, “con el pelo largo y los papeles de su ideología bajo el brazo”. Es decir, me miró con indulgencia, con respeto, con cariño.

¿Usted recuerda quién le habló a Chávez por primera vez de Fidel?

Creo que fui yo, y también le hablé del Che. Siempre he sido guevariano. Esa es otra muestra de la ausencia de prejuicios de Hugo hacia la izquierda. Nunca estuvo en desacuerdo con nuestra postura política, sino al contrario. Le comencé a hablar de esas cosas y él inmediatamente se fue compenetrando. Y no solo a partir de lo que yo le transmitía, sino por los vínculos que tenía con jóvenes afiliados a la Causa R,* también respetuosos de Fidel y del proceso cubano.

El Movimiento Bolivariano

Ya venía produciéndose en Hugo un distanciamiento ante la corrupción y los desmanes de la cúpula militar. Él ha hablado de cuánto lo impactó presenciar el maltrato a unos campesinos...

*Causa R: Partido Causa Radical

Ocurrió en el oriente del país. Él estaba destacado en una de esas guarniciones, y llegaron algunos oficiales con dos o tres campesinos presos, supuestos guerrilleros. Comenzaron a pegarles brutalmente. Él intervino e impidió que los siguieran torturando. Por eso, Hugo recibió una reprimenda de sus superiores. Se iba dando cuenta de las atrocidades que se cometían en la Fuerza Armada, con actos no solo de corrupción, sino de tortura y muerte. En esos años la persecución y la represión eran muy fuertes.

Chávez le comentó del Movimiento que estaba organizando...

Él me hablaba de una nueva conciencia en la Fuerza Armada, de los jóvenes que como él eran diferentes. Tenían un pensamiento social y despreciaban la milicia gorila, enquistada por la corrupción y la complicidad con los políticos del puntofijismo. En esa etapa traté de convencerlo de que saliera de allí, y él decía que no, que era importante cambiar la institución desde adentro.

En 1973 ó 1974, propició encuentros y conversaciones con esos jóvenes progresistas, que se sentían en el deber de hacer algo para ayudar a transformar el país. Por supuesto, actuó con mucho cuidado. Cuando nos veíamos en vacaciones, siempre conversábamos de estos temas.

¿Después del juramento del Samán de Güere, lo invitó a integrarse al grupo?

No. Quizás no me contaba todo, pero a medida que iban ocurriendo hechos importantes, él me hacía algunos comentarios: sobre las reuniones que se producían, de cómo se comenzaba a perfilar el equipo de trabajo, del juramento del Samán de Güere... Cuando hicieron el juramento, el 17 de diciembre de 1982 ya se había realizado el contacto con militantes de la izquierda venezolana.

¿Le habló de que estaban, incluso, preparando una acción militar?

Desde 1985 en adelante, se hablaba con mucha fuerza de la necesidad de un levantamiento cívico-militar para la toma del poder. No había claridad sobre cuál debía ser el mejor momento. El Caracazo, en 1989, fue aleccionador, y recuerdo que en diciembre de 1991 me comentó que era inevitable la rebelión militar. En esos momentos se produjo el rompimiento con la dirección del PRV, un partido que también se dividió en esos años, y me quedé sin militancia política de partido.

Lo que muchos hicimos fue mantener el contacto con los militares progresistas, un poco desperdigados. Hubo decepciones, divisiones, incluso traiciones. Transcurrió un período de debilitamiento, y poco a poco comenzó la recuperación. En diciembre de 1991, Hugo me comentó que estaban consolidados dentro de la Fuerza Armada Nacional (FAN), y que había llegado el momento de la insurrección.

No fue un golpe

Hugo se niega a que se catalogue ese proceso como un golpe. Repite que fue un levantamiento militar. La diferencia es esencial: la palabra golpe se asocia al gorilismo, a los militares de la oligarquía que se niegan a cambiar el status quo. Lo que ocurrió en febrero de 1992 fue un alzamiento militar de nuevo tipo, con ideas progresistas, con una proyección social, con la voluntad de transformar radicalmente las instituciones y darle el poder al pueblo.

¿Cómo se enteró del alzamiento?

Estaba pendiente, esperando por una señal suya. Teníamos en Barinas un grupo realmente pequeño, pero podíamos ayudar en la retaguardia. Las fuerzas estaban en el Ejército, porque el apoyo civil se había desmembrado un poco, por lo que les comentaba hace un momento. Él me había garantizado que me avisaría el día del alzamiento, a través de una clave que habíamos acordado. No le dije nada a nadie, ni siquiera a

los cuatro o cinco que estaban conmigo. Pasé enero y los primeros días de febrero con mucha tensión, pendiente del aviso. Los hechos se precipitaron y no pudo alertarme.

Ese 4 de febrero, como a las tres de la mañana, me llamó mi hermano Argenis, que estaba en Caracas. Cuando sonó el teléfono a esa hora, me imaginé que era la llamada que estaba esperando. Sin embargo, se escuchó la voz de mi hermano: “Aquí hay tiros y sirenas” —él vivía en Parque Central, en la zona del centro—. Yo pensé: “¡Coño, reventó la vaina!” Y nos quedamos pendientes. Me alertó de que Carlos Andrés Pérez estaba en la televisora. Como a las cinco de la mañana volvió a llamar Argenis para comentarme que había oído que un tal comandante Chávez estaba dirigiendo la rebelión desde el Museo Militar, en una loma cercana al Palacio de Miraflores. Argenis empezó a angustiarse: “¿Será que Hugo está metido en eso?” A las siete de la mañana llegó a mi casa uno de los profesores de la Universidad, compadre mío: “¿Ya supiste? Dijeron en *Radio Caracol*, de Colombia, que Hugo está dirigiendo una vaina desde el Museo Militar”. No le confirmé nada, pero yo sí sabía quién estaba dirigiendo aquello. No abrí la boca hasta que salió Hugo en la televisión, con aquel famoso “por ahora”. Eran como las once de la mañana.

¿Cuándo logró verlo?

Pocos días después fui con su esposa de entonces, Nancy, y se nos presentó así, de la manera más natural del mundo. Nunca he visto a Hugo derrotado, ni siquiera en esos momentos tan difíciles. Nos habían hecho esperar horas en la vieja sede de la Dirección de Servicios de Inteligencia y Protección (DISIP) Lo tenían preso en unos sótanos, famosos en toda Venezuela por las torturas que allí se cometían. A él no lo torturaron físicamente, pero el hecho de tenerlo en aquel lugar representaba una presión psicológica.

Llegó sonriéndose: “¡Epa, qué más! Ustedes ya están aquí”. Nos abrazamos, nos sentamos, y preguntó por mamá, y a

Nancy, por los muchachos. Pero así, muy natural, como si viniese de una oficina.

La cárcel

Él fue a la prisión de Yare un mes, o mes y medio después del levantamiento, porque al cuartel de San Carlos iban cientos de personas cada día a visitarlo. Ya se sentía fervor en el pueblo. Estuvieron a punto de tumbar la cerca de alambre. Para la familia no había muchas restricciones en las visitas, e íbamos todos los fines de semana a verlo.

Debido a que limitaban la presencia de militares y amigos, me transformé en correo. Muchas veces, en Caracas, me reuní con Douglas Bravo, con la gente del PRV que apoyó la sublevación, y con otros políticos. Después del levantamiento, esta gente volvió a acercarse.

Llegaba los viernes a Caracas, me veía con ellos –de la capital a Yare, en automóvil, son unos cuarenta minutos–. Nos encontrábamos generalmente en torno al Parque Central, que está rodeado de discotecas, parquecitos, cines, pero siempre en diferentes puntos, porque la policía nos perseguía.

Una vez nos tomaron una foto y se la llevaron a Hugo, justo cuando se estaba tramitando su salida de la prisión. Habían ido a verlo para asegurarle que yo andaba en conspiraciones. Hugo lo negó y le mostraron la foto. Nos descuidamos, porque la presión bajó mucho con la salida de Carlos Andrés Pérez del gobierno de la República. Hugo llevaba casi dos años preso, y era prácticamente uno de los pocos que quedaba en la cárcel.

¿Dónde escondían los mensajes?

Hacíamos unos rollitos de papel y los llevábamos en un lápiz, metidos entre la media y el zapato. Cuando Hugo estuvo en el Hospital Militar –cinco o seis meses antes de la salida definitiva–, operándose de una carnosidad en la vista, logramos introducir una cámara de televisión, por partes, y la armamos

allá adentro. La periodista Laura Sánchez –quien después moriría en un accidente– logró hacerle una entrevista. Por supuesto, no permitían el acceso de los reporteros; ella entró como si fuera una prima.

¿Cómo era la relación de Chávez con los vigilantes?

Muy buena. Algunos se hacían también de la vista gorda. La mayoría era muy amable. “Salude a mi comandante”, nos decían los que no podían verlo. O le mandaban papelitos: “Que me firme esta foto para mi mamá”, pedían.

La campaña

Desde mediados de 1992, con la policía atrás y Hugo en la cárcel, comenzamos a recorrer el país. Fue una cosa fabulosa descubrir, por nosotros mismos, el apoyo popular que tenía Hugo. Cada vez que se anunciaba que un familiar o algún político iban a ofrecer una charla sobre el comandante Chávez, el local no alcanzaba y la gente daba muestras de una extraordinaria solidaridad. Uno sabía que la policía andaba por ahí, pero nos protegía el pueblo.

Ahí empezó la historia de los papelitos, que aparecen dondequiera que va Hugo. Fue la forma que el pueblo inventó para comunicarse con quien ya sentían como su Presidente, aunque estuviera preso. Le mandaban saludos, frases de aliento y de cariño, cartas, documentos de todo tipo.

¿Aparecieron también las camisas y las boinas rojas?

Sí, aparecieron. Incluso, vestían a los niños como se había presentado Hugo en la televisión. Les decían los “chavecitos”. Pero, realmente, cuando hizo furor el rojo fue durante la primera campaña presidencial, después de la salida de Yare. Al principio se usaba de manera casi clandestina; después nadie pudo parar el mar de boinas rojas en las manifestaciones, ni las franelas y las camisas de ese color.

¿Recuerda esos días de campaña por todo el país, con Chávez?

Días muy difíciles, con poquísimos recursos. En una camioneta vieja, que después le robaron... Fue un plan de la DISIP para impedir la campaña. Ellos sabían que lo único que él tenía para moverse era aquella camioneta, y otra, que a veces le prestaban. Iba de un sitio a otro con una seguridad precaria, dependiendo fundamentalmente de la protección del pueblo.

En la Presidencia de la República

Durante dos años usted trabajó estrechamente al lado de su hermano en la Presidencia...

Tengo un recuerdo muy entrañable de esta etapa de mi vida. Cuando estábamos en confianza, entre amigos, él solía bromear: “¿Saben que yo le pido a Adán la bendición y todo?” Es una costumbre llanera que los hermanos menores le pidan la bendición al hermano mayor. Imagínate.

En realidad, él es muy exigente; muy, muy exigente, y un maestro. Con esa capacidad que posee para captar cualquier texto que lee e inmediatamente asimilarlo, logra tener una visión general e íntegra de las cosas. Los meses que yo pasé junto a él en ese nuevo papel fueron de gran enseñanza.

¿Cómo es un día de trabajo de Chávez?

Se comienza a trabajar a las nueve –el día anterior cerró a las dos o las tres de la mañana– y no paran las audiencias, los informes, las llamadas, los ministros que pasan, las reuniones políticas. Se carga tanto la agenda, que a veces hay que suspender alguna reunión, porque, como decimos nosotros en buen criollo, se monta una cosa sobre la otra.

Tu próximo cumpleaños será mejor

El 11 de abril yo estaba en Miraflores. Ese día cumplía 49 años de edad y pensé que iba a ser también la fecha de mi muerte. Era de los que creían, como José Vicente Rangel, que teníamos que inmolarnos. Había dado instrucciones para

poner a salvo con unos amigos a Carmen, mi esposa, y a mi hija menor, que estaban en Caracas. La llamada de Fidel fue providencial, con su consejo de evitar el enfrentamiento. De todas formas, estábamos muy abatidos.

Cuando los golpistas se llevaban a Hugo —en la madrugada del siguiente día—, se acercó a despedirse. Fue en ese momento cuando él recordó: “¡Tremendo cumpleaños!” Me dio unas palmadas, y me dijo: “No te preocupes, verdad, tranquilo, que el año que viene será mejor”. Fue como una profecía.

¿Qué hizo entonces?

Me retiré con unos amigos. Fuimos los últimos en salir del Palacio. No teníamos ni la más remota idea de adónde ir. Fue una ingenuidad de nuestra parte, un exceso de confianza. Ahí nos dimos cuenta de que carecíamos de un elemental plan de contingencia, sin una concha —como se dice— donde refugiarnos. ¡Ah!, con papá y mamá en el Palacio.

Ese día había una reunión de gobernadores, a la que asistía papá, y yo cargaba hasta con una maleta. Esa tarde debía haber salido con Hugo para un encuentro internacional en Costa Rica, y traía puesto un traje. A esa hora, al drama de aquella circunstancia, se unía la angustia de qué iba a hacer con los viejos.

Mamá, por supuesto, se notaba muy alterada; papá, más tranquilo, pero yo sabía que estaba preocupadísimo. Salimos con un sargento muy leal, y los muchachos que andaban conmigo. Nos fuimos a un sitio cercano, en las afueras de Caracas. Allí estuvimos todo el día, veinticuatro horas terribles, pensando qué hacer, llamando por teléfono, preparándonos para la resistencia.

Tenía conciencia de que vendría una matanza, y que nosotros seguramente estaríamos entre los primeros blancos. Por lo tanto, no podíamos permitir que nos consiguieran así tan fácil. Teniendo en cuenta aquellas viejas enseñanzas de la vida clandestina, intuí que lo mejor sería ir a las montañas, organi-

zar a alguna gente y prepararnos para una resistencia urbana y rural.

Mandé mensajes a amigos, algunos viejos guerrilleros y gente de experiencia, y me enviaron un poco de dinero y ropas—jeans, franelas, gorras— para camuflajearnos. Pensaba moverme del sitio donde estaba, pero debía decidir qué hacer con la familia. Y en eso comenzó a cambiar la situación. Me enteré de que Caracas estaba en la calle.

El pueblo de los cerros bajó, alguna gente de clase media también: “Queremos a nuestro Presidente”, y hombres y mujeres llorando. “Que van a matar a Chávez”, “queremos a Chávez”. Ah, y los muchachos que estaban dentro del Palacio decidieron retomar Miraflores, junto con las fuerzas leales en Maracay y otras regiones.

Llegaron a tomar a algunos presos y después, cuando Hugo llegó, dijo que los liberaran. Eso es parte de ese gran corazón que tiene. Lo juro, yo no lo hubiera hecho. Ese que salió en la televisión leyendo el decreto de Carmona; ese fascista con cara de asesino que tuvo el coraje de leer aquel papel que dejó abolida la Asamblea Nacional; ese carajo estaba preso allí cuando Hugo llegó. Sin embargo, él lo liberó.

¿Cómo se da cuenta de que los golpistas se habían ido debilitando?

El día 13, como a las dos de la tarde, que es cuando ya la gente estaba en la calle. Los muchachos que iban conmigo eran los ojos y los oídos que yo tenía afuera. Uno de ellos, sargento en la Casa Militar, llegó a entrar al Palacio cuando los fascistas todavía estaban allí. Los golpistas cometieron el grave error de creerse el cuento de que todos odiaban a Chávez y que los jóvenes soldados y oficiales se pondrían bajo sus órdenes. Y, por supuesto, no fue así.

El muchacho entró a Miraflores el 12 de abril en la mañana y me dijo que era grande el descontento, que se preveía que algo iba a pasar. “¿Y yo no puedo hablar con alguno de ellos

por teléfono?”, pregunté. “No, ellos no quieren, saben que los teléfonos están intervenidos. Algunos tienen temores, pero otros están dispuestos a hacer algo”. El 13 en la mañana le pedí que fuera otra vez a Palacio. También logré hablar con Baduel. “Vente para acá”, me dijo, y le comenté que había hecho contacto con viejos guerrilleros. También pude hablar con Guillermo García Ponce: “Esto nos agarró desprevenidos; pero, bueno, usted, que es el más viejo, el que tiene más experiencia, asuma la comandancia de esta vaina”. Y él lo escribió en un libro por ahí. Le dije aquello porque fue lo primero que se me ocurrió, pero no tenía mucha claridad de la situación. Mi cabeza era un torbellino de cosas, de incertidumbres, de temores, de rabia.

¿Y sus padres?

Se me escaparon, me hicieron trampa. El 12 abril, por la mañana, empezaron a decirme que se iban para Barinas. “Por favor, papá, ahorita no. Vamos a esperar, hay mucho peligro”. Y mamá, por el otro lado, que hacía frío en el lugar donde estábamos refugiados: “Que aquí yo me estoy congelando, que yo me quiero ir a un sitio más caliente”. Ese era su pretexto. Y yo: “Mamá, tranquilícese”.

¿Cuál fue la trampa que me montaron? “Queremos ir a otro sitio, tiene que haber otro sitio”. Llamé a Luis Reyes Reyes, el gobernador de Lara. Él había armado su fortaleza allá. Ese es uno de los Estados más sólidos que tenemos y él cuenta con mucho apoyo. Me dijo: “Claro, mándamelos para acá”.

En Barquisimeto ya estaban los hijos de Chávez.

Efectivamente. Organizamos una expedición, con un carro y unos muchachos para que acompañaran a los viejos hasta Barquisimeto. Concebimos una ruta segura, pensando en las alcabalas donde pudiera haber fuerza enemiga, y los despedí como a las diez de la mañana. Me quedé con una angustia insoportable: “Que no les vaya a pasar nada...” Debían emplear como cuatro horas de viaje. Como a las dos de la tarde

comencé a llamar a Luis. Iba con ellos un capitán del Ejército, que está trabajando con papá desde que ganó la gobernación, un excelente muchacho. Eso me daba confianza, pero llamaba y llamaba, y no me comunicaba. Desesperado, a las tres de la tarde logré hablar con mi hermano Argenis. Pensé que estaba en Maracay. “Voy rodando para Barinas” –me dijo. “¿Qué coño haces tú para Barinas ahorita, por qué no te quedaste donde estabas y esperabas a ver qué pasa?” Entonces me respondió: “No, porque acabo de hablar con papá y ellos van para Barinas”. “¡Cómo!”

Los carajos se fueron, no entraron a Barquisimeto siquiera. Llegaron a Barinas y afortunadamente, allá la cosa no fue muy fuerte. El general que estaba en ese momento en la guarición se manifestó en contra del golpe, pues.

Mientras, Hugo estaba en Turiamo. Luego, en La Orchila...

En peligro de muerte. Sí, porque era casi seguro que lo iban a matar. ¿Por qué no lo hicieron? Ahí es donde se dice que sucedió un milagro. Ese marino desconocido y sin tropas que envía el fax, ¿por qué se lo juega todo y lo apoya? Ese hombre fue decisivo, no solo porque al sugerirle que escribiera algo le dio a Hugo la posibilidad de una denuncia implacable contra el golpismo, sino que evitó el magnicidio. Un muchacho humilde, arriesgándose así, por puro amor, pura solidaridad. Jugándose la vida.

¿Cómo fue el reencuentro con su hermano?

Me pasó toda mi vida por la cabeza; los viejos, la abuela, mis hijos y los suyos, y tantas cosas. Nos abrazábamos y yo lo oía, como en sueños: “¡Oye, qué vaina tan buena! ¡Este pueblo sí es arrecho, hermano...!”

Egilda Crespo

La Revolución también tiene ojos azules

50 *Acababa de graduarse en la escuela de magisterio, tenía 18 años y no había llorado bastante la muerte de su abuela, cuando se vio por primera vez frente a un aula para suplir temporalmente la ausencia de otra maestra. Egilda Crespo le dio clases al cuarto grado de la escuela Julián Pino, solo durante tres meses, tiempo suficiente para que Hugo Chávez jamás la olvidara. Estaba fascinado con los ojos y la dulzura de esta mujer que todavía se pregunta por qué tuvo tanta suerte. “¿Cómo iba a adivinar que Hugo sería un ídolo nacional?”*

Él había sido uno más, entre decenas de niños humildes que se sentaron en su clase, criaturas de futuro incierto, marcadas a fuego por el implacable llano venezolano. La maestra olvidó al pequeño Chávez en el recorrido previsible de su propia vida. Egilda se casó, se mudó a Caracas, tuvo dos hijas, y no supo nada más de aquel muchacho delgadito y callado que compartía con ella su merienda.

Hasta un buen día.

Últimas noticias

En diciembre de 1992 me llamaron por teléfono: “¿Egilda, tú diste clases en Sabaneta?” Digo que sí, que durante una suplencia de tres meses. “Búscate el periódico *Últimas Noticias...*, el suplemento cultural. Hugo Chávez te ha nombrado”. Mi vecina tenía el diario. Se trataba de un prólogo a *La Batalla de Santa Inés*, el libro de Ramón Martínez Galindo. Hugo había escrito sobre los recuerdos que el General Zamora



dejó en Sabaneta y Barinas, y hablaba de un retrato de “Cara de Cuchillo” –así también llamaban a Zamora–, que se encontraba en la parte alta del salón donde yo le di clases.

No solo dice eso. Afirma que usted lo embrujaba con sus ojos azules...

Fue muy cariñoso de su parte. Hugo es un hombre muy tierno. En realidad dijo, con mucha delicadeza, que él no le miraba la cara a Cara de Cuchillo, porque prefería los ojos de su maestra Egilda. ¡Qué lindo! No pueden imaginarse qué alegría sentí en ese momento. Ya Hugo era un ídolo popular, y que me recordara fue en realidad algo inesperado y precioso para mí.

¿Cuándo y por qué llegó usted a Sabaneta?

Tenía 18 años y llegué a la Julián Pino de forma accidental. Me gradué en Barquisimeto como maestra y en eso murió mi abuela. Regresé a mi pueblo, Dolores, a veinte minutos de Barinas, pero allí no había en ese momento un cargo fijo para empezar a trabajar y me propusieron cubrir como suplente en la escuela de Sabaneta. Felizmente, mi padre me permitió ir y tuve la oportunidad de darle clases a Hugo.

¿Y cómo era él como alumno?

Se sentaba en el primer puesto, frente a mí, a la derecha. Él era tan humilde como generoso. Recuerdo que muchas veces me regaló uno de aquellos dulces que preparaba su abuela para la venta. Era la “araña” de lechosa que Rosa Inés le daba para su merienda, pero yo no lo sabía.

Era muy observador, calladito. Yo impartía todas las asignaturas –geografía, historia, castellano–. Él estaba fascinado con la Historia. En el aula no solo teníamos el retrato de Zamora. También, estaba el de Simón Bolívar y un rincón patrio, con los símbolos nacionales y fotografías de los héroes. En ese momento, la historia nacional se impartía con mucha fuerza.

¿Recuerda el regaño del maestro Silva a Hugo, por la fascinación que usted despertaba en el niño?

Nunca me di cuenta de lo que ocurrió. Hugo tenía celos de Silva porque era amable conmigo. Silva lo regañó en el recreo. Sí recuerdo que en una oportunidad, Hugo me fue a entregar un cuaderno que le había pedido y, al acercarse, lo tiró. “Hugo, recógelo; no se tiran las cosas”. Lo recogió y lo volvió a tirar. Finalmente, se tranquilizó.

¿Cuándo vuelve a ver a Hugo?

La primera vez que escuché hablar de Hugo Chávez, después de los días del colegio, fue en la televisión, aquel 4 de febrero de 1992. Oí la noticia: “¡Un golpe!”, y vi la cara de Hugo. “Este tiene que ser el hijo de Hugo de los Reyes Chávez, de Sabaneta”. Ni siquiera recordaba que había sido mi alumno. Eso sí: me alegré muchísimo. No soportaba –ni soporto– a Carlos Andrés Pérez, por su demagogia y la manera en que hipotecó al país.

Después de la publicación de aquel artículo en *Últimas Noticias*, fui a Barinas y vi a Elena, la mamá de Hugo. Me puse de acuerdo con ella y lo visité en Yare el 13 de agosto de 1993. Tengo grabada la fecha en la memoria, porque una tenía que pedir permiso y te asignaban un día específico para la visita. Estaba tan ansiosa por el reencuentro, que jamás olvidé la fecha. Me aparecí en la cárcel, con el corazón súper emocionado. Cuando abrió la puerta de la celda donde lo tenían –recuerdo que había mucha gente en ese lugar–, Hugo dijo: “¡Egilda!”, y nos dimos un abrazo. Me reconoció inmediatamente, a pesar de que habían pasado treinta años desde la última vez que nos vimos en un aula de la escuela Julián Pino.

Lloramos los dos al vernos, conversamos con mucho afecto, en medio del gentío que iba a visitarlo. Me envió luego una tarjeta, en la Navidad de 1993, donde dice: “A treinta años de haber reconocido a Egilda; siempre en la memoria de un niño soñador, que no olvidó sus ojos verdeazules”. Y después felicitaba a mi familia. Esa tarjeta, que tenía un dibujo hecho por Hugo, pasó de mano en mano entre los vecinos, la

familia, los amigos. Volví a verlo en el Hospital Militar, poco antes de que lo liberaran.

¿Qué dibujó Hugo en la postal de Navidad?

Un busto de Bolívar, la bandera de mi patria y los barrotes de la cárcel. Era la imagen que él podía ver a través de la ventana de la prisión de Yare.

¿Ha vuelto a verlo, ya como Presidente de la República?

Sí, de lejos, en todos los eventos en que logro colarme. Hace unos meses lo vi en la reinauguración de la Casa de José Martí. Le grité: “¡Hugo!”, porque soy un poco irreverente y en ese momento se me olvidó decirle Presidente. Entonces me respondió: “¡Egilda!” “¡Jefecito, necesito verlo unos minutos!” Era muy difícil acercarse a él en aquel lugar tan pequeño, y desbordado por la gente. Me hizo una seña: “¡Afuera!” Conmigo venía el poeta colombiano Luis Darío Bernal Pinilla, que quería regalarle un libro.

Recuerdo que estuve también esperándolo en Miraflores, en la madrugada del 14 de abril de 2002. Me resultaba difícil a veces participar en esas manifestaciones, porque no me identificaban como chavista. Soy blanquita y de ojos claros. Alguien me atacó, porque creyó que yo no era de los suyos, que era una escuálida infiltrada entre los revolucionarios. Me paré encima de un muro y les grité: “La revolución también tiene ojos azules”. Cuando oí que llegaba el helicóptero al Palacio regresé a mi casa, con mi grupo. Esos días fueron de lágrimas. Lloré el 11, el 12 y el 13 de abril, como cuando se murió mi papá. Y lloré el 14, pero diferente, como cuando nacieron mis hijas.

¿Qué diría de Hugo, cuarenta años después de haberle dado clases?

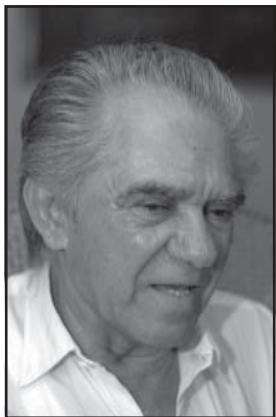
Que es único e irrepetible. Su humanidad, incomparable. La sencillez, su mayor virtud. No ha habido en Venezuela, en siglos, otro Presidente tan valiente, capaz de enfrentarse a pecho descubierto con los terribles problemas del país. Estábamos acostumbrados a ver al Presidente besando a las viejitas solo en campaña.

¿Pero cuántos años han pasado con Hugo besando, acompañando y protegiendo a todas las viejitas, a todo un pueblo?

Alguien criticaba el otro día la decisión de Chávez de que reciba clases la gente humilde: “¿qué puede ganar el país con una persona de 60 años esté estudiando?” –me decía uno–. Mucho –le contesté–, puede ganar una protesta menos, y sobre todo, un estómago y una mente que se alimenta más. Él ha sido el único Presidente en Venezuela que se ha preocupado por darle educación a todo su pueblo, que es darle dignidad.

Hugo Chávez es mi alumno más querido, pero lo quiero no porque lo tuve un día sentado en mi aula y me vanaglorie de ello, sino por lo que ha hecho por Venezuela desde el golpe del 4 de febrero de 1992. Yo creo que a esa rebelión sí hay que llamarla “golpe”. No en el sentido que podrían darle los militares gorilas, sino porque fue el primer golpe contundente al estómago de la oligarquía, el “¡ya basta!” que estábamos esperando.

¿Qué más quieres que te diga? Que mi amor por él no tiene límites. Esa incondicionalidad se debe a una causa razonable: hay que ser ciego para no ver cuánto se ha hecho en su gobierno por los olvidados de siempre, que son la mayoría de este país. Doña Elena, la madre de Hugo, lo llama “mi santo”, y yo le digo “mi tesoro”, “nuestro tesoro”.



EL MAESTRO JACINTO SILVA

Le di clases a Hugo en cuarto y quinto grado. Hugo era un alumno bastante interesado y estudioso, de los mejores en el deporte. Tranquilo y afectuoso, pero no permitía que nadie lo humillara. En su formación influyó el hecho de ser hijo de maestros que se tomaban la educación muy en serio y con mucho sacrificio lograron que todos sus hijos hicieran una carrera y fueran hombres de bien. Es admirable, porque no se puede olvidar su origen humilde y la difícil situación económica de esa familia. Para que tengas una idea: el sueldo de nosotros, los maestros de la Julián Pino, era de seiscientos bolívares.

Bolívar en el Arauca

56 *Pateando montes el batallón patrullaba durante el día. Las noches se hacían largas en aquellos mundos olvidados de Dios. Al subteniente Chávez lo libraba de la rutina castrense su “desespero de conocimiento”, el virus que le diagnosticaría, en la Academia Militar, el maestro Jacinto Pérez Arcay. “Sencillamente, leía sin método todo lo que me caía en las manos” –reconocería más tarde.*

Sin embargo, un solo libro absorbía por esos días toda la pasión de Hugo Chávez. No hablaba más que de la novela del doctor José León Tapia, Maisanta, el último hombre a caballo, publicada en agosto de 1974, y que él descubrió fascinado. Aquella aproximación histórica, escrita con pasión por el médico barinés, rescató al bisabuelo de la maledicencia oligarca y demostró que, en vez de un asesino, su familia descendía de una casta de héroes.

Apenas la leyó, tuvo fiebres de saber y atormentó con preguntas a Elena, al propio José León Tapia, a los viejitos de Sabaneta y Barinas. Por entonces, se aprendió de memoria el corrido de caballería más largo que escribió el poeta Andrés Eloy Blanco, dedicado a Maisanta. Versos que luego anduvieron de cuartel en cuartel, alentando las conspiraciones previas a la insurrección militar del 4 de febrero de 1992.

“Escapulario cosido,/ con una virgen pintada”, recitaba con voz mineral, recordando con nostalgia el relicario que descubrió en posesión de la familia de Ana Domínguez, la única hija hembra de Maisanta. Horas duró la primera con-

versación con José Esteban Ruiz Guevara, viejo comunista barinés, que le habló de Pedro Pérez Pérez, el padre de su bisabuelo, un guariqueño que también llegó a ser jefe de las guerrillas de la zona, a mediados del siglo XIX.

Escudriñó archivos y bibliotecas militares, y recorrió la región del Apure, de pueblo en pueblo, con un morral de historiador, para reconstruir los itinerarios del bisabuelo Pedro, gracias a los testimonios de sus descendientes. Estudió las técnicas de la guerrilla antigomecista y, en particular, el escenario de la batalla de Periquera. Quería ver con sus propios ojos el terreno del famoso combate de 1921, en el que peleó Maisanta y en el que, según el corrido de Andrés Eloy:

Cuando el plomo está cerrado
y es pareja la batalla
y unos van que a que te mato,
y otros que a que no me matas,
hay un momento de pronto
en que se arrugan las almas;
destilan leche de miedo
los pechos de la sabana;
de los turbios horizontes
brotan muertes ensilladas.
Vienen cuarenta jinetes
con muertes desenvainadas.

Con un rumor de joropo
viene llegando la carga;
tendido en el paraulato
un jinete la comanda
y al llegar el enemigo
en los estribos se alza;
tiene la melena rubia,
entre baya y alazana,

y un grito que es un machete
con filo, punta y tarama
y es Pedro Pérez Delgado
que va gritando: —¡Mai Santa!...

“Era como llegar al punto de encuentro de muchas cosas” —dijo Chávez años después a un periodista—, y juró ayudar a “quitarle la telaraña a la historia, que está sepultada, pero que palpita en los recuerdos de la gente”.

Un buen día, con el libro a cuestas, atravesó la frontera colombiana por el puente de Arauca, y el capitán colombiano que le registró el morral encontró motivos materiales para acusarlo de espía: llevaba una cámara fotográfica, una grabadora, dos granadas de mano, papeles secretos, fotos de la región, un mapa militar con gráficos y dos pistolas de reglamento. Se negó a aceptar los documentos en regla: “los documentos de identidad, como corresponde a un espía, pueden ser falsos” —dijo.

La discusión se prolongó por varias horas en una oficina, donde el único cuadro era un retrato de Bolívar a caballo. “Yo estaba ya casi rendido —le dijo Chávez a García Márquez, para una crónica publicada en 1998—, pues mientras más le explicaba, menos me entendía”. Hasta que se le ocurrió la frase salvadora: “Mire, mi capitán, lo que es la vida: hace apenas un siglo éramos un mismo ejército, y ese, que nos está mirando desde el cuadro, era el jefe de nosotros dos. ¿Cómo puedo ser un espía?”

El capitán, conmovido, empezó a hablar de la Gran Colombia, y los dos terminaron esa noche bebiendo cerveza de ambos países en una cantina de Arauca, y recordando a Bolívar:

Colombianos, no os diré nada de libertad, porque si cumplo mis promesas, seréis más que libres, seréis respetados. Además, bajo la dictadura, ¿quién puede hablar de

libertad? ¡Compadezcámonos mutuamente del hombre que obedece y del hombre que manda solo!

A la mañana siguiente, el capitán le devolvió a Chávez sus enseres de historiador y lo despidió con un abrazo en la mitad del puente internacional. El joven venezolano atravesó la frontera, tronándole en la cabeza una frase del Libertador que el oficial colombiano también conocía de memoria: “Yo sigo la carrera gloriosa de las armas solo por obtener el honor que ellas dan: por libertar a mi patria, y por merecer las bendiciones de los pueblos”.

Ana Domínguez de Lombano

Hugo es el vivo retrato de Maisanta, mi padre

60 *Si no fuera por sus antecedentes familiares, Ana Domínguez no habría trascendido la rutinaria existencia de sus vecinas de Villa de Cura, un pueblito próximo a Maracay. Apenas un tercer grado aprobado, un trabajo duro desde la adolescencia, una boda discreta con Juan Lombano después de cuatro años de noviazgo y más tarde, seis hijos que, gracias a las sacudidas de la nación venezolana en la última década, tendrán un destino mejor que el de sus padres.*

El 2 de julio de 2004, día en que celebró su cumpleaños 91, Ana recibió una previsible llamada telefónica. “Ahí estaba Hugo, felicitándome. Me rogó que me cuidara y me dijo: ‘Le quiero mucho, mucho, mi vieja. Cuídese...’ Se empeñó en que fuera al Hospital Militar para que me hiciera un chequeo”.

Ana Domínguez de Lombano, tía abuela del Presidente, es la hija de Pedro Pérez Delgado. “Hugo es lo más parecido a mi padre que he visto en mi familia. Tiene las mismas entradas, esa frente amplia, los ojos chinos. Pero en lo que más se parece es en su afán de lucha, su amor a la libertad. Es su vivo retrato”.

Aunque a Maisanta le decían el Americano, porque era de piel muy blanca...

Maisanta era un hombre grandote, fornido, blanco, con el pelo catirruelo, porque su madre había sido una blanca muy bella y de gran clase, y su padre un moreno grandote también. Hugo es más venezolano, pero es el mismo espíritu, y la misma cara. Compare sus retratos. El día en que se apareció



en la sala de mi casa, vestido de militar, y me dijo que era bisnieto de Maisanta, no lo dudé, porque era como regresar a la edad de nueve años, cuando mi padre y yo nos conocimos.

¿Dónde se vieron usted y su padre? ¿Fue solo esa vez?

Sí, solo esa vez. Vino a vernos a mi mamá, María del Rosario Domínguez, y a mí, a la casa de mi abuela, Mercedes Domínguez, que era dueña de una posada. Me decía su “predilecta”, porque de todos los hijos que tuvo yo fui la única hembra. Siempre sentí que mis padres se quisieron mucho. Mi madre quedó embarazada muy joven y fui su única hija. Jamás volvió a tener otro hombre, y siempre mostró un gran amor hacia mi padre, de quien estuvo al tanto hasta el día de su muerte en una mazmorra. Le envenenaron la comida con vidrio molido por orden del general Juan Vicente Gómez.

Maisanta sí tuvo otros hijos...

Mi padre era tremendo, sí. Tuve hermanos en muchas partes, y solo logré referencias de algunos: Ramón Márquez, Rafael y Pedro Infante —el abuelo y tío abuelo de Hugo—, José Ramón Flores y otros que no me vienen a la memoria.

¿Ninguno con el apellido Pérez?

No. No se casó nunca, y en aquella época, sin matrimonio, no se ponía el apellido del padre. Pero mi madre conservaba una carta, que se perdió en las mudadas, donde mi padre la autorizaba a que me pusiera el apellido Pérez, y le decía que quería casarse con ella en cuanto saliera de la cárcel.

¿Ella pudo visitarlo en la prisión?

No, nunca. No había permiso para verlo. La única que tenía algunas noticias era mi tía Petra, la hermana de Maisanta, que instaló un negocito en esa ciudad para poder tener contacto con él a través de otras personas. Sabíamos que lo habían cargado de grillos y que se los hicieron llevar por ocho años. Recibí la noticia de su muerte entre rejas cuando yo tenía once años. Murió de manera horrible en un calabozo oscuro y húmedo. Lo sacaron en una carreta del Castillo Libertador,

en Puerto Cabello. Allí iba su urna. Mi hermano Ramón Márquez, que había estado preso con él, se le empató detrás a la carreta hasta las afueras del cementerio donde enterraban a los muertos sin familia y a los presos políticos.

Llegué a ver el sitio, con una gran reja de hierro y una cerca de alambre. Allí enterraron a mi papá, y mi tía Petra le mandó a hacer un trabajo para indicar su tumba, pero todo se perdió porque aquello lo demolieron.

¿Guarda documentos u objetos que le pertenecieran?

Algunas fotos, como esa que utilizó Hugo para fabricar unas postales que él enviaba desde la cárcel de Yare. Me duele haber perdido una taparita muy labrada, preciosa, que habían hecho los presos del Castillo Libertador, y que mi padre me envió desde la cárcel. Mamá conservó varias cartas, como esa donde me ofrecía su apellido. Pero se extraviaron en las mudanzas. Me duele no tener esas reliquias.

Según hemos leído, su abuelo, el padre de Maisanta, peleó junto a Ezequiel Zamora...

Fue guerrillero y se incorporó a las tropas de Zamora. Cuando este murió, se fue para Ospino y se casó con Josefa Delgado. Con ella tuvo a sus dos únicos hijos, Pedro, el menor, y Petra, mi tía, la mayor. Mi tía me contaba que el coronel Pedro Pérez Pérez tenía la costumbre, en semana santa, de sacar el viejo fusil de las guerras junto a Ezequiel Zamora. Lo paraba contra la pared y le gritaba: “¡Estás vencido!”, y no lo agarraba más hasta el Domingo de Resurrección. Era muy religioso, pero nunca se supo exactamente por qué hacía aquel ritual. Yo creo que era una especie de advertencia.

¿Dónde conoció a Hugo Chávez?

En mi casa, cuando él era subteniente. Fue un sábado, creo. Estaba durmiendo la siesta y me dijo uno de mis hijos: “Mamá, ahí le busca un militar que dice que es familia suya”. ¿Familia mía? Me levanté para atenderlo y le oí: “Estoy aquí porque soy bisnieto del papá suyo, de Maisanta...” “Hijo –le

contesté—, no es preciso que me lo digas, porque eres su viva estampa”. Después venía a cada rato y me llevó a Barinas y a Ospino, donde nació mi papá. Me dijo que en Guanare había una calle que se llamaba Maisanta. Yo no lo quería creer, entonces me llevó hasta allí y me enseñó la placa de esa calle: ahí estaba el nombre.

Nos dijo su hijo Gilberto que usted fue a visitar a Chávez a la prisión...

Varias veces. Primero a San Carlos, y luego a Yare. Yo lo había visto unos pocos meses antes de la rebelión, en noviembre de 1991, cuando vino a Villa de Cura y grabó en su propia voz, acompañado de músicos y copleros, el corrido de caballería que Andrés Eloy Blanco le dedicó a mi padre.

Cuando lo encerraron en la cárcel, mi hijo tuvo la idea de entregarle el relicario de Maisanta, y yo lo apoyé. Entonces Gilberto decidió irse como guardián de la familia de Hugo, mientras él estuvo preso. Abandonó su oficio de gandolero, en Puerto la Cruz, y fue su escolta mientras Hugo hacía los recorridos por todo el país durante su campaña presidencial.

¿Se imaginó que llegaría a Presidente?

Desde el primer día que lo vi supe que tenía un destino grande, como el de mi padre. A Dios le pido que lo guíe, que lo cuide, porque es una tarea difícil acabar con tanta cosa mala hecha durante tantos años en Venezuela. Rezaré hasta el último día de mi vida para que su sueño de libertad, junto a los pobres, se haga realidad. Ese sueño no es solo de él, sino que viene de su bisabuelo. Estoy segura de que Maisanta lo está mirando y aplaude su triunfo, porque el triunfo de Hugo es también el de Pedro Pérez Delgado.

MAISANTA, EL ÚLTIMO HOMBRE A CABALLO

Pedro Pérez Delgado nació en Ospino en 1875 y murió en el Castillo Libertador, en Puerto Cabello, en 1924. A los 17 años se incorporó a la guerra contra los federales. No sostenía ningún credo partidista, por-

que, según dijo: “soy solamente revolucionario”. El ataque a San Fernando, la toma de Puerto Nutrias, el asalto al cuartel de Elorza con sus macheteros desnudos, entrando a tajo limpio contra las tropas del gobierno de Juan Vicente Gómez, fueron algunos de los combates que tejieron la leyenda de hombre valiente y general de los llanos. Perdió el combate de Guasdalito después de ganado, porque, desoyendo sus consejos, sus compañeros permitieron la llegada de refuerzos. Allí juró Pedro Pérez Delgado separarse de los que, cegados por la ambición, desoían los consejos de la experiencia y la lealtad. Allí dijo: “Malditos sean los doctores y todo aquel que se aprovecha de la guerra para ver si llegan arriba a costilla de los de abajo”.

Tomado de José León Tapia: Maisanta, el último hombre a caballo. Caracas, 2000.

De cómo llegó a Hugo el escapulario de Maisanta

66 *El futuro presidente llegó a Villa de Cura preguntando por Ana Domínguez. Se había enterado por un reportaje en el diario El Siglo de la existencia de una hija de Pedro Pérez Delgado, y se apareció a la hora de la siesta. Gilberto Lombano fue quien atendió el llamado. Cuando abrió la puerta, tuvo delante a un hombre de rostro conocido, aunque el oficial aseguraba que era la primera vez que visitaba el pueblo. La presentación fue breve y tajante: “Quiero ver a la hija de Maisanta”. Más por curiosidad que por cortesía, Gilberto fue hasta el cuarto de su madre y le dijo con cierto apremio: “Mamá, la busca un militar que dice ser familia suya”.*

No recuerdo exactamente las palabras, pero mi madre respondió a todas la preguntas, que fueron muchas en aquel primer encuentro. Le habló con lujo de detalles de Maisanta, mientras Hugo la miraba como quien tiene delante un tesoro. Quiso saber todos los detalles de la familia y, en especial, de la primera y única vez en que padre e hija se encontraron. Recuerdo a mi madre contándole que en aquella oportunidad, Pedro Pérez Delgado la llevó a conocer a la tía Petra, y ella le pidió a la niña que barriera la casa, para que la ayudara y se fuera haciendo mujer. A mi abuelo no le gustó eso, pero no dijo nada. Agarró la escoba y se puso a barrer la casa, y cuando llegó Petra todo estaba en orden, limpiecito. Se asombró de lo que supuestamente había hecho la niña. Entre mi abuelo y mi madre aquello quedó como un secreto, una complicidad entre los dos. Hugo Chávez estaba emocionado.



¿En ese momento vivía la tía Petra?

No. Después de la muerte del hermano en Puerto Cabello, Petra se enfermó, y vino a vivir con mi madre y mi abuela a Villa de Cura. Ellas la cuidaron hasta el fin de sus días. Petra murió en un accidente de tránsito, cuando un ciclista la golpeó en plena calle. Mi tía y mi abuelo se adoraban. No te olvides de que el pleito por el honor de Petra decidió su destino. Cuando un coronel embarrigonó a su hermana allá, en Ospino, él mató al militar de un disparo.

¿Y su abuela María del Rosario, la mamá de Ana?

Murió de un palo de agua. Le cayó una lluvia, se enfermó de los pulmones, se complicó y murió.

¿Cuál es la historia del escapulario?

Mi abuela María del Rosario –nosotros le decíamos Rosarito– heredó el escapulario de la tía Petra, y yo me lo ponía, a escondidas, con orgullo. No era cualquier prenda, sino la que había llevado un guerrillero y, según ellas me decían, tenía el poder real de detener las balas en lo más duro del combate.

¿Cómo llega el escapulario a manos de Petra?

Cuando muere Pedro, todas sus pertenencias se las entregan a Petra.

Antes de morir, mi abuela Rosarito me llamó y me dijo: “Hijo, quiero que el nieto de Maisanta lleve este escapulario”. Yo era su nieto preferido y ella pensó que de alguna manera le haría honor a Pedro llevándolo conmigo.

¿Chávez se lo pidió?

Sí, él estaba muy interesado, pero entonces yo no estaba dispuesto a entregarle la prenda. A medida que fuimos conociéndonos, me di cuenta de que él no era un militar común y corriente, ni alguien que investigaba sobre Maisanta solo por amor a la historia familiar. Me percaté de que él estaba en algo grande. Cuando nos fuimos conociendo más, él me pedía pequeños favores. Como yo ma-

nejaba un vehículo pesado, de vez en cuando le servía de correo, entregaba una tarjeta o una carta en los lugares por donde pasaba.

¿Cuándo llegó el escapulario a manos de Chávez?

Fue el 29 de febrero de 1992. Recuerdo la fecha porque ese día coincidió mi visita al Cuartel de San Carlos, donde estaba Hugo preso, con la presencia de la periodista Laura Sánchez, de *El Nacional*. Fue algo casual. Aún conservo un ejemplar de ese diario, donde aparece la fecha. Ella entró como si fuera familia suya y, a escondidas, le hizo una entrevista. Ahí reseña el momento en que yo le entregué el escapulario, e incluso, las palabras que dije.

Después de los hechos del 4 de febrero, me di cuenta de que Hugo merecía esa reliquia familiar, que era el heredero natural de Maisanta. Llamé a mi mamá por teléfono y le dije: “Mamá, ahora sí Hugo se ganó el escapulario”. Ella coincidió conmigo, y me fui a San Carlos. Era la primera visita que tenía Hugo desde que lo habían hecho prisionero y había muchísima gente. Allí, en presencia de la periodista, se hizo una especie de ceremonia, en la que se reunieron compañeros de prisión y sus familiares. Estaban los demás hermanos de Hugo, su padre y doña Elena, la madre. Se hizo silencio y yo dije: “Primo, le impongo este escapulario para que usted pegue el grito de guerra como Maisanta. Él acaba de reencarnar en usted”.

¿Y qué le contestó?

Pues afinó su voz de coplero y lanzó los versos de Andrés Eloy Blanco, el corrido de caballería dedicado a Maisanta:

Unos lo llaman “Maisanta”
y otros “El Americano”.
Americano lo mientan
porque es buen mozo y catire:
entre bayo y alazano...

Recuerdo que lo aplaudieron y la gente empezó a gritar: “Libertad, libertad, libertad”. Él me abrazó, se puso el escapulario ese día de febrero y no se lo ha quitado más.

Allí mismo me le puse a la orden para cuidarle los hijos y atenderlos. Sus seres más queridos estaban en Barinas, muy lejos, y nosotros éramos los más cercanos. Me encargaba de llevarle la ropa y la comida a la cárcel. Sobre todo la comida.

¿Por qué especialmente la comida?

Se filtró que le iban a echar mercurio para envenenarlo. Por seguridad, yo le llevaba los alimentos de la casa los miércoles, los viernes, los sábados y los domingos. Primero a San Carlos, y luego, a Yare. Así pasaron esos dos años.

¿Iba siempre?

Sí, no falté nunca. Yo trabajaba en una compañía de transporte en Puerto La Cruz. Los dueños eran lo que hoy llamaríamos “escuálidos”, y cuando se enteraron de esta relación y de mi parentesco con Maisanta, me echaron del trabajo.

Yo seguí yendo a la cárcel y acompañé también a mi madre, primero a San Carlos y luego a Yare. Era algo tremendo verlos juntos. Se abrazaban, él le recitaba poesías, mi madre lo santiguaba; era muy emotivo. Todavía es así.

¿Y qué ocurrió cuando Hugo salió de la cárcel?

Salí con él. Entonces me convertí en su chofer, en su escolta, en su ayudante personal, y recorrimos todo el país durante la campaña por la presidencia.

¿En qué hacían los recorridos?

En el Chavimóvil, y también en una camioneta que llamábamos “la burra negra”, una Toyota Samurai, usada, pero bastante buena. Se la habían regalado a Hugo unos amigos, por su cumpleaños. Íbamos con el teniente Eliécer Otaiza Castillo, el teniente Venero, otros militares y yo.

¿Por qué le decían la burra negra?

Era negra, y cargaba con nosotros para todos lados sin cansarse. Después se la robaron, en la Universidad. El coronel

Dávila le regaló lo que llamábamos el Chavimóvil, que tenía adentro de todo: escritorio, dos literas, baño. Era una especie de trailer. Nos duró como dos años. A ese carro le pusieron una bomba en Pro Patria, una zona de Caracas.

Teníamos que cuidar cada paso de Hugo. Era perseguido constantemente por la Dirección de Inteligencia Militar (DIM) y por la DISIP. No solo trataron de sembrar drogas y armas en la camioneta para hacerle campañas, sino que también intentaron varias veces volarlo en pedazos. Un muchacho que iba con nosotros descubrió un día que habían puesto una caja dentro de la camioneta. Allí había una bomba muy potente que logramos desactivar. Sin embargo, la de Caracas estalló y acabó con el Chavimóvil.

¿Cuántos intentos de asesinato recuerda en esa etapa?

Hubo varios. Algunos los descubrimos, y otros, no. En una oportunidad, por ejemplo, venía cruzando un puente muy peligroso y de frente se acercaba una gandola con un remolque. Cuando estábamos pasando el puente, la gandola le dio a la camioneta durísimo, tanto que le rompió el puente delantero. Fue todo muy raro. Chávez no venía con nosotros. Lo llamé por teléfono y sus primeras palabras fueron de preocupación por quienes veníamos en la camioneta. Poco antes habíamos salido de la casa de un mayor y a dos cuadras de allí estaba el taller de esos remolques. Tuvimos la certeza de que se nos habían adelantado en uno de aquellos carros y nos habían esperado para matarnos en el puente. Lo confirmé cuando llegamos a Caracas. Allí, cerca de donde nos quedábamos, estaba nuevamente el camión con el remolque espíándonos.

Otra vez, en la gira de Falcón, nos violentaron el carro que escoltaba a Chávez. Él iba en una camioneta, y nosotros, en otra. A una de ellas, le pusieron una manguera para que se le reventara el motor. Tuvimos que pedir una camioneta prestada. Chávez debía ir a Caracas, y yo, en otro transporte, para otro sitio. Nos separamos. Cuando

subía hacia Puerto Cabello, la camioneta prestada en la que yo iba explotó y se quemó por completo. Salvé la vida de milagro.

¿Cuántos kilómetros recorrieron entonces?

Cónchele... Imposible decir. Fue todo el país, todos sus pueblitos. Dormíamos donde nos agarraba la noche.

¿Tuvo alguna preparación para escoltar a Chávez?

Él me enseñó a escoltar a una persona, lo que había que hacer ante un peligro y me entrenó para la defensa personal. Aprendimos a estar pendientes de los más mínimos detalles, revisar el carro antes de montarlo...

¿Cómo lo recibían en los pueblos?

Era una locura cuando él llegaba. Todavía tengo las marcas de las uñas de la gente tratando de acercársele, de tocarlo, de hablarle. Iban con la boina roja y las camisas de camuflaje. Las plazas parecían un cuartel, con tanta gente uniformada. Ahí empezó la práctica de enviarle papelitos con oraciones, agradecimientos, dándole fuerzas para la lucha, y también, con los problemas de la gente. Después él los leía uno a uno.

¿Hablaban de Maisanta?

Sí. Comenzó a incorporar en sus discursos la frase: “Maisanta, que son bastante”. En Puerto Cabello recordó a mi madre, a mi abuela y habló de mí. Fue muy emocionante.

¿Y después?

Seguí en la escolta, y luego pasé a cuidar a las hijas.

¿Dónde lo sorprendió el golpe del 11 de abril de 2002?

Estaba con el profesor Adán Chávez. Un sargento sacó a sus padres de Miraflores y yo salí de allí con Adán.

¿Cómo ve a Hugo Chávez luego de tanto camino a su lado?

Como un gran hombre. Él me contaba que desde muchacho quería cambiar las cosas. No podía entender que algunos tuvieran mucho, y la mayoría, nada. Yo soy un

hombre de 58 años, y nunca había visto todo lo que ahora tenemos. No puedo explicar lo que pasa cuando él se encuentra con el pueblo, no puedo expresar con palabras cómo lo quieren, ni cómo millones de venezolanos se dieron cuenta desde el primer momento de que él era distinto.

4 de febrero de 1992

Por ahora

74 *El boeing presidencial aterrizó en el aeropuerto de Maiquetía a las diez y cinco de la noche. Carlos Andrés Pérez descendió del avión que lo había traído de Davos, Suiza, y se sorprendió de ver en la plataforma al general Fernando Ochoa Antich, su ministro de Defensa. “¿Qué pasa?” –le preguntó intrigado. “Solo ciertos rumores sobre sospechosos movimientos de tropas...” El ministro lo tranquilizó con razones tan confiables, que el presidente no fue al Palacio de Miraflores, sino a la residencia presidencial de La Casona.*

Empezaba a dormirse cuando el propio ministro de Defensa lo despertó por teléfono para informarle sobre un levantamiento militar en Maracay. Escoltado solo por cuatro guardaespaldas civiles, el auto presidencial se cruzó con una tanqueta rebelde, sin ser advertido. Eran las doce y diez de la madrugada del 4 de febrero cuando franqueó la verja del palacio de Miraflores. Minutos más tarde estallaron las primeras cargas de artillería.

Le informaron que el teniente coronel Hugo Chávez Frías comandaba el asalto desde su puesto de mando improvisado en el Museo Histórico de La Planicie, y que esa acción no era una sorpresa. Las tropas leales al Presidente esperaban a los rebeldes, sabían que se produciría la insurrección esa misma noche, gracias a una oportuna delación.

Ochoa Antich explicó al Presidente que, desde horas de la tarde, se ordenó detener y desarmar a todos los militares que intentaran acercarse a una tropa que no les correspondía, así

como cuando no se justificara su presencia en batallones claves. Unos 10 000 efectivos estaban ya bajo control. El presidente comprendió que su principal recurso era la televisión, con el fin de revertir políticamente la acción a su favor y paralizar cualquier apoyo a los rebeldes. Se dirigió entonces a los estudios de Venevisión para hablarle al país.

“Se ha producido un golpe de Estado”, dijo a la nación, y a partir de ahí todos los medios, hasta muchos años después, repitieron lo mismo. Sin embargo, “lo que en Venezuela ocurrió el 4 de febrero –aclararía Chávez en más de una entrevista– fue una cosa muy distinta a un golpe de Estado o a un movimiento militarista dirigido a instalar una dictadura militar. Jamás pasó por nuestra mente tal posibilidad. Siempre me he declarado contrario a la utilización de la fuerza para dominar la sociedad, para instalar regímenes en contra de los intereses del pueblo”.

Doce horas después de la alocución de Carlos Andrés Pérez, Chávez se rindió. En Aragua y en Valencia se seguía combatiendo, y lo más urgente en ese instante era evitar a toda costa más derramamientos de sangre. Se aceptó la propuesta de Chávez de hacer una alocución pública.

Cuando llegó la prensa, hubo un forcejeo de palabras con los militares que me custodiaban. Yo andaba sin la boina, sin las fornituras y pensé en el general Noriega, cuando lo presentaron los norteamericanos después de la invasión: en franela, todo doblado, indigno. Les dije: me buscan mi boina, y luego me acomodé el uniforme y me lavé la cara.

Uno de los almirantes le exigió que escribiera lo que iba a decir. Chávez respondió con un tajante “no”. El joven teniente coronel criollo, con la boina de paracaidista y su admirable facilidad de palabra, asumió la responsabilidad del movimiento.

...este mensaje bolivariano va dirigido a los valientes soldados que se encuentran en el Regimiento de Paracaidistas de Aragua y en la Brigada Blindada de Valencia. Compañeros: lamentablemente, *por ahora*, los objetivos que nos planteamos no fueron logrados en la ciudad capital. Es decir, nosotros, acá en Caracas, no logramos controlar el poder... Oigan este mensaje solidario. Les agradezco su lealtad, les agradezco su valentía, su desprendimiento, y yo, ante el país y ante ustedes, asumo la responsabilidad de este movimiento militar bolivariano.

Contrariamente a lo que ellos mismo esperaron, la alocución de Chávez fue un triunfo político. Pocos días después de la sublevación, las encuestas revelaban que el 60% de la población apoyaba al teniente coronel.

Cumplió dos años de cárcel. Sin embargo, muchos partidarios, y no pocos enemigos, han creído que el discurso de la derrota fue en realidad el primero de la campaña electoral que lo llevó a la presidencia de la República poco menos de nueve años después.

La clave estuvo en dos palabras: “Por ahora”. “No me di cuenta –diría luego al periodista Agustín Blanco Muñoz–. Ese ‘por ahora’ me salió solo”.

General de brigada (r) Jacinto Pérez Arcay

El pueblo, que salió a la calle cuando el Caracazo, todavía no ha regresado

Jacinto Pérez Arcay, general retirado, es una institución en Venezuela. Son legendarias su estricta conducta moral y su enciclopédico conocimiento de la historia nacional. Maestro de centenares de oficiales, ha publicado numerosas investigaciones que constituyen referentes obligados para estudiantes y académicos que se acercan al pensamiento de Simón Bolívar y a las contiendas que agitaron la vida del país a principios del siglo xx.

Estuvo preso en 1958 por levantarse en armas contra el presidente Marcos Pérez Jiménez:

Fue una rebelión ética. No porque el gobierno fuera malo, sino por ilegítimo. Pérez Jiménez se sometió a un plebiscito popular y lo perdió. Le recordamos lo que Bolívar decía de la amistad: “El amigo tiene en mi corazón un templo y un tribunal”. Si perdió el plebiscito, tenía que irse.

En su oficina del Palacio de Miraflores, rodeado de libros, nos confiesa que hay un título que prefiere por encima de todos los que ha ganado en su larga vida militar y académica: ser maestro y consejero de Hugo Chávez Frías. “Nos conocemos tanto que podemos comunicarnos mentalmente. Hugo es muy especial”. Y puede probarlo.

Un cadete que se tomaba en serio la historia

Hugo Chávez ha dicho que usted lo ayudó a descubrir al verdadero Bolívar.

En la Academia Militar no me imaginaba que hubiera un cadete que se tomara tan en serio a sus maestros. Hugo Chávez



es muy agradecido. Siempre recuerda a las personas que de alguna manera han contribuido a su formación, a la forja de su espíritu. Lleva en el alma el espíritu de Maisanta, su abuelo, y ha asumido a plenitud su responsabilidad. Es un hombre que cree profundamente en sus ideales y en el pueblo.

Después de la salida de la cárcel de Yare, un periodista le preguntó: “Comandante, ¿y ahora adónde va?” “A las catacumbas del pueblo, donde reside el hogar real” –dijo.

¿Dónde es eso?

En Los Monolitos. Él había entregado su uniforme de la Academia Militar de Venezuela. Ese fue uno de los requisitos para salir de la cárcel: quitarse el uniforme de “la casa de mis sueños”, como él le dice a la Academia que lo graduó.

¿Dónde lo conoció?

Allí, en la Academia Militar de Venezuela. Yo era el director académico, y en 1974 los alférez iban los fines de semana a recibir conferencias en la cátedra de la Sociedad Bolivariana de Venezuela.

El doctor Luis Acosta Rodríguez, que ya murió, tenía a su cargo esa cátedra. En una de las conferencias se refirió a Bolívar como dictador y sustentaba su argumentación en el hecho de que el Libertador había conducido los destinos de Colombia mediante decretos, porque veía en peligro la disolución de su sueño anfictionico.

Uno de los alumnos se levantó y dijo: “Ese no fue un dictador, sino un tirano”. Inmediatamente, Chávez hizo una ardiente defensa del Libertador, y le plantó una discusión muy seria al alumno que casi termina con la conferencia del doctor Acosta Rodríguez. El alférez mayor de entonces, Alcides Rondón, hoy general de Brigada, para cortar por lo sano, dijo: “Alférez Chávez, preséntese en la Academia Militar”. Y él le respondió: “No voy para la Academia Militar, alférez mayor, porque hoy tengo pernocta y nadie me puede castigar por haber defendido el pensamiento del Libertador”.

Eso significaba desobedecer a un superior, una indisciplina muy grave. Como había advertido, Chávez no fue ese día a la Academia, sino al siguiente domingo. Se valoraba enviarlo al calabozo o quizás botarlo. En esos tiempos, por mucho menos se expulsaba a un alumno –por ejemplo, si se le encontraba fumando en un dormitorio–. Como director académico, pusieron el problema en mis manos. Me presentaron los informes, incluido el del alférez Chávez. Era brillante. No salía de mi asombro, y recuerdo que le dije: “Mire, alférez, lo felicito. Le diré esto mismo al general director de la Academia. No es posible que lo vayan a sancionar por algo así”. Por suerte, el general Valero Monasterio, el director, estuvo de acuerdo conmigo y no pasó nada. Sin embargo, después de aquel incidente, las conferencias en la Sociedad Bolivariana ya no fueron las mismas para Chávez. En otra oportunidad, uno de los estudiantes de la Universidad Central, que también recibía clases en ese recinto, comentó: “Allí va un pichón de dictador”. No sé cómo aquello no terminó mal. Esos eran detallitos que le iban hablando a uno de la firmeza de un individuo, capaz de arriesgarlo todo por sus ideales, pasara lo que pasara; alguien a quien se le notaba seguridad al asumir un compromiso moral frente a todo riesgo.

Peligro para los ambiciosos y los mediocres

¿Lo fue a ver a la cárcel de Yare?

Nunca permitieron que lo viera, ni en Yare, ni en San Carlos. Le enviaba libros. A la salida de Yare sí nos vimos. Él mencionaba mucho la muerte, en el sentido martiano, como un sacrificio. Aquello, además de llamar mi atención, me preocupó. Alguien me comentó que él iba a isla Margarita, y allá me fui. Lo esperé en el aeropuerto.

Sobre todo eso estoy escribiendo ahora, mientras, preparo una exégesis cuyo título es *El alma de la Revolución pintada en el papel*, parafraseando lo que le escribió Bolívar a su maes-

tro, Simón Rodríguez. Ahí está el borrador: 1 400 páginas de discursos, cartas y documentos de Chávez.

Lo esperó en isla Margarita...

Sí, y le dije: “Mira, Hugo, yo creo que tú estás enamorado de la muerte. Tienes que mencionarla menos, alejarte un poquito de ella”. Lo acompañé alrededor de una semana en Margarita. Una madrugada me llevó aparte y me recordó aquel incidente en la Academia.

¿Qué cualidades vio en él?

Liderazgo. Siempre, siempre... Desde que era oficial de planta y nos veíamos, yo supe que era un líder. Él siempre ha sido un hombre muy caballeroso, firme en sus convicciones, noble, y autodidacto por naturaleza... Es una espada para captar las cosas. Tiene una gran cualidad: puede ser que él desconozca de lo que se esté hablando en un lugar, entonces escucha a todos, capta lo esencial, analiza y llega a una conclusión; y luego busca otras referencias. Es por eso que tiene un pensamiento muy profundo. En todas las escuelas por las que pasó fue un alumno brillante, el primero de su clase.

Pero intentaron reprobalo en más de una ocasión...

Lo persiguieron, querían botarlo. Pero eso era una inmorality. Fue el primer alumno de la Escuela de Blindados. En todo. La cúpula del Ejército se ensañaba con él en la escuela superior. Intentaron rasparlo, porque era un peligro. Les resultó imposible. Es lo mismo que quieren hacerle ahora.

Mientras Chávez viva será un peligro para los mediocres, los ambiciosos, los oportunistas. Sin que sea un hombre perfecto –que no lo hay–, indiscutiblemente, es un continuador coherente y lúcido del pensamiento de Bolívar.

Quien lleva adelante el proyecto político de Simón Bolívar es Hugo Chávez Frías; es él quien hace realidad el sueño que quedó inconcluso por el Páez de entonces, por el Santander de entonces, por el Flores de entonces. Por la ambición de otras superpotencias, por celos, por las bajas pasiones, por la

envidia, por lo que sea... Ese conjunto de fuerzas malignas le negaron al Libertador la posibilidad de cristalizar el Congreso Anfictiónico de Panamá, convocado dos días antes de la batalla de Ayacucho, el 7 de diciembre de 1824. Ante similar situación estamos otra vez.

Gigantes y enanos

¿Qué hacía usted en Miraflores el 11 de abril?

He estado en Miraflores desde que Chávez vino de La Viñeta, la residencia oficial de los presidentes electos. Lo he acompañado silenciosamente. No tengo compromiso político con nadie, no he pertenecido a ningún partido. Mi compromiso es con un hombre que se llama Hugo Chávez.

El 11 de abril se respiraba una tensión indescriptible en toda la zona que rodea a la fuente “El pez que escupe agua”, donde está la oficina de la Secretaría y el despacho del Presidente. Hubo personas grandes que parecían enanas, y personas pequeñas, humildes, que se convirtieron en gigantes, como la mamá de Hugo.

Cuando ella entró al despacho del Presidente, los golpistas estaban listos para llevarse a su hijo. Se les notaba una gran agitación. Habían recibido un ultimátum de sus jefes, allende la frontera venezolana, y se desesperaban por consumir el aquelarre. No se le permitiría salir del país, porque querían juzgarlo aquí. Y si no salía en quince minutos el Batallón Bolívar y el Batallón Blindado bombardearían el regimiento de la Guardia de Honor en Miraflores.

Hugo siempre ha querido evitar el sufrimiento y la muerte de otras personas, ¡siempre!, y así lo dijo: “No quiero el derramamiento de una gota de sangre en mi país”. Se puede escribir todo un libro sobre lo que allí sucedió en una o dos horas. Manuel Rosendo no levantaba la cara, no se atrevía a mirar a Chávez. José Vicente Rangel y otros trataban de convencer al Presidente de que diera la orden de resistir. Yo esta-

ba detrás, junto a una columna de su despacho, viéndolo todo, con una pena enorme, sintiendo, también, el peso de aquella situación tan injusta.

Hugo preguntó a un oficial: “¿Cuánta gente hay afuera?” “Diez mil, mi comandante”. “Yo no voy a sacrificarlos, yo me entrego”. Sacó la pistola y se la dio al capitán de navío Ramón Rodríguez Chacín. La renuncia que habían traído se quedó ahí. Recuerdo en esa madrugada a José Vicente: “Esto es un golpe de Estado”. El ministro de Infraestructura, el general Hurtado Soucre, recordó que Lucas Rincón había anunciado que Hugo Chávez aceptaba la renuncia. Me acerqué a Hurtado Soucre —esas palabras deben estar grabadas en ese ambiente: *Verba volant, scripta manent* (Las palabras vuelan, lo escrito permanece)— y le dije: “Esto es un golpe de Estado. El Presidente no firmó la renuncia”. Y a Rodríguez Chacín: “Recoge y rompe eso”. Rodríguez Chacín tomó la renuncia y se la pasó a Chourio, comandante leal al Presidente, que debe tenerla guardada. Estaba sin firmar. Y hay que ver cómo le dieron vueltas a una copia de esas que no tenía ninguna validez.

El crucifijo

El 14 de abril, Chávez mostró a la nación el crucifijo que usted le entregó. ¿Exactamente cuándo se lo dió?

Cuando vi que se estaba despidiendo, fui hasta mi oficina, que entonces estaba junto a la suya, y busqué el crucifijo. Es una pieza de origen italiano, con la cruz azul, muy sencilla. Soy muy cristiano. Creo que hay que dejarse acompañar por el mejor de los hombres que hemos tenido en el planeta, que si no fue Dios, mereció serlo. Regresé. Esperé que abrazara a la ministra de Medio Ambiente y me le acerqué. Le puse el crucifijo en las manos y él me dijo: “Mi general, al regreso hablamos, al regreso hablamos”. Él tenía la seguridad de que volvería.

¿Y usted?

Yo también.

¿Pensó que regresaría tan rápido?

Mira, a todo el mundo le sorprendió que el regreso se produjera solo unas horas después. A mí no. Al día siguiente volví a Miraflores con un hijo mío, José Gregorio Pérez Malabé, capitán, a quien le tocaba la guardia. Estábamos esperando que vinieran el Batallón de Tanques y el Batallón Bolívar a tomar el lugar como habían anunciado los golpistas. Fíjate qué manera tan extraña de proceder, se llevaron al Presidente, pero dejaron en Miraflores a la tropa que adora a Chávez. Mientras, el pueblo alrededor del Palacio gritaba y exigía constitucionalidad. En la madrugada del 12, tiraron bombas lacrimógenas, dieron peinilla, palo, perdigones y corrieron a la gente. Pero después, el pueblo estaba otra vez allí. Se notaba cuán vulnerables eran los golpistas.

Cuando el Presidente regresó a Miraflores en la madrugada del 14 de abril dijo: “Llevaré siempre dos cosas conmigo: el relicario de Maisanta y el crucifijo que me dio mi maestro”.

Sí, fue muy emocionante para mí escucharlo. Vi su intervención esa madrugada por la televisión, y no voy a olvidarla nunca. Hugo es muy especial. De veras. No es fanatismo de viejo maestro. Si a Hugo le llega a pasar algo, en Venezuela no queda piedra sobre piedra. Los enemigos, particularmente los norteamericanos, no acaban de entender que el 27 de febrero de 1989, durante El Caracazo, el pueblo salió a la calle y todavía no ha regresado. Ese pueblo se ha mantenido vigilante, a la expectativa, pero en calma, por la forma de ser del Presidente. Hugo Chávez personifica a la nación venezolana. Es indio, es negro, y es blanco peninsular —heredero de abuelos vascos—, pero no solo por su fisonomía, en la que se reconocen todos los venezolanos, sino por su espíritu.

El maestro

Sus enemigos dicen que Chávez no es un hombre preparado intelectualmente.

Ha leído y lee tanto que yo creo que lo hace verticalmente. Creo que no hay nadie en Venezuela con el caudal de lecturas que él tiene. Y eso ocurre a toda hora, siempre que puede. Usted le mira la cara a Chávez y los ojos son apenas una línea de tanto no dormir. Posee una cultura histórica impresionante, a la que le debe buena parte de su intuición política. Chávez es un ajedrecista nato, un estadista. Así como el brillo del oro viene desde adentro –por su peso molecular y su número atómico–, la conducta del estadista Chávez viene de ese conocimiento profundo de la historia y de la sensibilidad del pueblo venezolano. Conoce muy bien las potencialidades subterráneas de Venezuela, las intuye. Así como el surfista adivina por dónde viene una ola y otra y otra, y logra enfrentarla y no caer, así es Hugo Chávez.

¿Dónde encontrar los antecedentes del pensamiento antiimperialista del Presidente?

En Bolívar, antes de Ayacucho y de la Doctrina del presidente norteamericano James Monroe. Antes de aquella frase lapidaria que el Libertador pronunció en la carta a Patrick Campbell: “Los Estados Unidos, que parecen destinados por la Providencia para plagar a la América de miserias a nombre de la Libertad...” Nosotros debiéramos darle gracias a Dios por tener aquí a un Hugo Chávez, cuyo liderazgo impide que a Venezuela se la roben los norteamericanos.

Desde muy temprano, Hugo conocía que ese representaba el mayor peligro para el país, que él estaba destinado a librar el combate mayor contra Estados Unidos, quien ha codiciado nuestra nación durante siglos. Esa es, justamente, una de las grandes advertencias bolivarianas. Primero, por la ubicación geográfica del país. Como afirmó Halford John Mackinder, presidente de la Sociedad Geográfica de Londres: “Venezuela

es el meollo geopolítico del subcontinente, es la cabeza de playa; quien tome a Venezuela, tomará el resto de la América”. Lo dijo ese señor, y también Friedrich Ratzel, Karl Ernst Haushofer y otros padres de la geopolítica.

Otra de las grandes riquezas codiciadas de Venezuela es el Orinoco. Sus aguas valen más para las islas del Caribe que el mismo petróleo. Y la tercera, por supuesto, es el petróleo. Estados Unidos ambiciona esos tres tesoros.

Desde niño, Hugo Chávez viene diciendo que no, que no, que entregar nuestras riquezas naturales acarrearía la desgracia del país. Lo intuía, como lo intuye el pueblo venezolano: “Razones del corazón que no entiende la razón”, como diría Pascal. Ahora, como jefe de Estado, sigue repitiendo con propiedad: “No”. Por eso afirmo que este es el planteamiento más radical y consecuente, como continuador del proyecto inconcluso de Bolívar: la batalla principal no es contra la oligarquía nacional, la gran batalla es contra el imperio. Y eso lo sabe Bush, lo sabe Carter, lo sabe Cisneros y lo saben todos.

El instinto del pueblo es siempre recto

Los norteamericanos y los oligarcas le tenían terror al referendo revocatorio del 15 de agosto. Sabían que la paliza que iban a recibir era “de espanto y brinco”. Mire, el instinto del pueblo es siempre recto, pero aún con la victoria en la mano, no hay que confiarse. Hasta Jesús de Nazaret perdió un plebiscito ante Barrabás. Bolívar venía de Ayacucho, del Rincón de los Muertos, del triunfo de la batalla más decisiva de todas las luchas de Nuestra América, pero pierde el plebiscito ante Santander. Pérez Jiménez va a plebiscito con todo un ideal nacional y con una obra, y lo pierde. Es decir, el pueblo, con todo y su instinto, también puede ser engañado o traicionado por falsos devotos. Si en el comando de campaña no estuviera un heredero de Maisanta, un hombre leal a los pobres, se habrían perdido las elecciones, que es perder la Revo-

lución. Pero mientras Chávez esté allí, en contacto con su gente, es imposible que el pueblo no tome conciencia de la realidad.

¿Cómo se produce esa comunicación con el pueblo?

Tiene una sensibilidad muy profunda ante el dolor de los humildes. En una ocasión, volábamos en un pequeño avión. Iban Rangel Gómez, su ministro secretario; Martínez Morales, jefe de la Casa Militar, Arévalo Méndez Romero, vicescanciller; Hugo y yo. Hugo estaba intransitable, molestísimo por un incidente que acabábamos de vivir. Recuerdo que le dijo a Martínez Morales: “Mire, yo habría preferido morir, o quedarme para siempre en la cárcel antes de que me pasara esto”. Sentía que había quedado mal con el pueblo y eso le dolía mucho.

No se me olvida la reflexión que hizo. “Mira, no puede ser que una viejita me entregue un papelito y yo le pida a alguien que atienda a la señora, y que el compañero no le conceda ninguna importancia”. El colaborador del Presidente había tomado el papel de la viejecita y le había dado una tarjeta para que lo llamara a la oficina: jamás atendió el teléfono. Pasaron como quince días o un mes y volvió Hugo a aquel lugar. Allí estaba la señora: “Hugo, ¿te acuerdas de aquel papelito que yo te di? Nadie me atendió, Hugo”. Chávez nos contaba la historia con dolor y con rabia:

¿Ustedes saben lo que tuvo que caminar aquella señora para llamar por teléfono? ¿De dónde llamaría la pobre, si en kilómetros y kilómetros a la redonda no hay teléfonos? Díganme, ese que le dio la tarjeta a la viejita y no le respondió, ¿es o no es un hijo de perra?

Los enemigos de afuera y de adentro

Hugo está consciente de que la Revolución hay que conducirla a través de la relación directa con los pobres, atendiendo permanentemente sus reclamos y dándoles todas las

garantías para que puedan tener acceso al conocimiento –fuente de independencia–, y para que se liberen del triple yugo de la ignorancia, la tiranía y el vicio, como diría el Libertador.

Eso explica por qué su gobierno ha priorizado el Plan Simoncito, la Misión Robinson, las escuelas bolivarianas. “El progreso de las luces es el que ensancha el progreso de la práctica moral”. Bolívar planteó este concepto en el Congreso de Angostura y no fue oído. Quien incorpora el poder moral a la Constitución Bolivariana es Hugo.

A veces me angustio al ver el peligro en el que está inmerso, rodeado de miserias humanas. Me doy cuenta de muchas cosas porque, parafraseando a Martí, estoy dentro del monstruo y veo que hay tantos enemigos afuera como adentro –el de adentro es más dañino, porque está disfrazado–. Pero tengo mucha fe en Chávez, que ha asumido la Revolución como hemos añorado hacerlo toda la vida, como un apostolado: nacer para morir por los demás y conseguir la felicidad propia sirviendo a los otros.

Y en pocas palabras, díganos: ¿quién es Hugo Chávez?

“Hombre perspicaz y sensible, intrépido y prudente; a propósito, generoso; al exceso, magnánimo. Recto, dócil a la razón, ingenioso, activo, infatigable... Por tanto, capaz de grandes empresas. No se deja dirigir porque sabe mandar. Toma consejos y en esto se excede hasta el punto de parecer perplejo e indeciso”. ¿Les recuerda a alguien? Pues bien, eso no lo escribí yo, sino Simón Rodríguez, que fue así como vio a su mejor discípulo: Bolívar.

Luis Reyes Reyes, gobernador del estado de Lara

Hemos aprendido la lección: el golpe enseña

La conversación se prolonga hasta la madrugada. La vida de un hombre se registra en la cinta de la grabadora con un tono siempre pausado, sin alardes, a veces monocorde. Los hechos toman cuerpo, se agitan y van perfilando una existencia siempre al filo del riesgo y la aventura, desde que en los llanos de Barinas soñaba con pilotar un avión y deslumbrar a su pueblo con maniobras aéreas. **89**

Hoy tiene más de 2 600 horas de vuelo en aviones de combate F-16 y F-15, no pocas hazañas de combate y un lugar protagónico en los principales acontecimientos que han hecho noticia en Venezuela en los últimos quince años. La circunstancia azarosa de que Luis Reyes Reyes fuera compañero de clases y de juegos de Hugo Chávez Frías –quien alguna vez “estuvo enamorado de mi hermana Virginia, pero nunca se lo dijo”– lo marcó para siempre. Tanto que no se podría escribir la biografía del Presidente venezolano sin dedicarle espacio suficiente a la amistad que los une.

A pesar de que es alguien muy ocupado, continuamente reclamado por sus tareas como gobernador del Estado de Lara y en la organización del Comando Maisanta en la región, Luis Reyes Reyes agradece la oportunidad que le brinda esta larga conversación porque “nunca nos hemos sentado a contar con calma lo que cada uno de nosotros ha vivido –dice–. De los sucesos del 4 de febrero y del 27 de noviembre se conoce lo esencial, pero no qué ocurrió exactamente en cada lugar. En la cárcel, nos separaron. Después andábamos en los trajines



de la Revolución y nos sigue faltando el tiempo para reconstruir la historia”.

Barinas, el juego y la amistad

Llegué a Barinas con dos años de edad, y poco después, mis padres, mis diez hermanos y yo, nos fuimos a vivir a un barrio cercano a donde iría la familia de Chávez. Barinas solo tenía dos opciones de estudio en la enseñanza media: la escuela de técnica industrial o el liceo. La clase alta disponía de un colegio privado.

Durante esa primera etapa, Chávez y yo estudiamos en el mismo liceo, el O’Leary, pero en realidad nos conocimos en los peladeros donde jugábamos al béisbol. No teníamos todavía mucho trato, porque él jugaba en un bando y yo en otro. Debo reconocer que su equipo estaba más organizado que el mío.

¿Qué base jugaba usted?

Era quécher y jugaba en el *fielder* y él, pues, siempre en primera base. Algunas veces le picheé allá en Barinas, pero casi siempre quecheaba cuando él jugaba primera base.

Usted fue para la Aviación...

Cuando salimos del bachillerato, en lugar de irme a la Academia Militar, en Caracas, preferí la Academia del Aire, en Maracay. Nos fuimos cada cual por su lado. A finales del primer año, nos reencontramos en los juegos entre los institutos militares. No éramos muchos los que en aquellos años nos fuimos de Barinas a las academias militares; no pasábamos de diez.

Recuerdo que, en ese primer juego, me pusieron a pichear cuando la Academia nos estaba ganando. Los mantuve en jaque, pero Hugo me pasó un *rolling* por primera base que terminó en jit, aunque nunca le admití que fuera un buen jit, sino que se salvó porque la primera base estaba muy pegada. Luego nos volvimos a enfrentar en los segundos juegos, pero ya teníamos una relación más permanente. Se fortaleció en el tercer año, porque cuando se es brigadier aumenta la independencia

y la posibilidad de relaciones. En cuarto año, me enviaron a Estados Unidos, a una unidad de vuelo de formación de pilotos, en Columbus, Mississippi... Allí hice mi vida de alférez y me gradué.

¿Algún contacto en ese tiempo con Chávez?

No, en ese año la relación fue escasa. Chávez era más cercano a Hugo Ramírez, un excelente muchacho de Barinas, y a otro barinés, con los que había compartido los cuatro años de Academia. Debido al curso fuera del país, ni siquiera tuve demasiado contacto con mis compañeros de promoción, como por ejemplo con el hoy general en jefe Jorge García Carneiro.

¿Cuánto tiempo estuvo en Estados Unidos?

Allí estuve año y medio. Me gradué de piloto. Cuando llegué aquí me habían asignado para un sitio, me cambié y fui a Barquisimeto en 1975. En ese entonces se graduó uno de mis hermanos en la escuela de Comunicaciones del Ejército. Lo enviaron a Barinas y allí estaba Chávez de subteniente. En enero de 1976, durante mi primera salida para ver a la familia, conversamos allá en el Fuerte...

¿Cuándo fue que usted pasó con el avión por encima del Batallón Cedeño y armó un gran revuelo?

En 1976, en octubre, porque eso fue para la feria del Pilar, en Barinas. Debíamos simular un ataque al Batallón Cedeño. El Fuerte era el último punto de ataque. Miré hacia la derecha cuando estábamos entrando al pueblo y vi un ensayo del desfile de la feria. Me desvié y los que desfilaron empezaron a saludar a mi avión. Me iba comunicando con otros tres compañeros, que me acompañaban con sus aparatos: “Entrando, con el blanco a la vista, saliendo”. Pasé cerca de la torre de control, que reportó la presencia de mi avión. Y el oficial a cargo de la maniobra: “No, no puede ser, las naves están hacia el sureste”.

Cuando me bajé, vino el comandante de la brigada y me dijo: “Reyes, ¿usted era el número 4 de esa formación? ¿Y

qué hacía volando sobre la ciudad?” “Es que quise practicar el desfile”—le respondí. Los aviones nuestros iban a desfilan al día siguiente. Vi en la cara del hombre que por lo menos merecía un arresto...

Chávez se divierte recordando esa historia...

Él siempre dice que me arrestaron, pero pasó algo peor: me prohibieron desfilan al día siguiente. Eso me dolió más, porque era mi pueblo y uno siempre tenía la ilusión de hacer sus maniobras y que la gente dijera: “Mira, ahí va el hijo de Fulano”. Me consoló el hecho de que había desfilado de todas formas. Solo, pero lo hice.

Las primeras conspiraciones

Hugo y yo nos veíamos mucho en el pequeño casino que tenía el ejército en Barinas. Allí coincidíamos todos los oficiales, tomábamos algo —él nunca ha sido bebedor— y jugábamos al béisbol. En esos primeros años hizo muy buenas relaciones con mi hermano Aníbal. En mayo de 1977, el Batallón de Cazadores Cedeño se desplazó a Cumaná. Ya en esa fecha Hugo tenía una relación con Nancy, la madre de sus tres hijos mayores, y mi hermano estaba comprometido con su actual esposa. Se escapaban juntos para ir a verlas, porque ellas eran vecinas.

Nosotros ascendimos de subtenientes a tenientes en 1978. El 17 de diciembre de ese año nos vimos junto a unas palmeras que había frente a mi casa. Le conté un incidente que me había ocurrido y comenzó a hablarme de la conducta de los generales. Siendo teniente uno no conoce al alto mando. Recuerdo que criticó la pérdida de la doctrina militar y de cómo los militares se confabulaban con los políticos corruptos de la época.

En 1979, ya de teniente, me enviaron a otro curso en la Escuela Superior de la Fuerza Aérea, en Caracas. Allí me encontré con el entonces mayor William Izarra Caldera, hoy general, a quien le escuché ciertas reflexiones sobre la ética de

los militares que me causaron admiración. Se lo dije y me respondió, extrañado de que un teniente le hablara en esos términos: “¿Usted qué cree que debemos hacer?” “Tenemos que cambiar nuestras fuerzas por dentro”. Fíjate que estábamos pensando en la fuerza, no teníamos todavía conciencia de que había que cambiar el sistema político del país. Estábamos como encerrados en una botella. Yo desconocía que William Izarra Caldera formaba parte de un movimiento conspirador.

Él acababa de regresar de Estados Unidos. Había estudiado Educación en Harvard y me invitó a tener una reunión para mostrarme algunos documentos. Por alguna razón, no nos vimos entonces. Regresé a Barquisimeto —ya me había casado con Milagros—, y en 1980, a Izarra lo enviaron a trabajar aquí, en el Estado de Lara. “Accidentalmente nos volvemos a encontrar”— me dijo. “No, no es accidentalmente. No olvide que yo quería escuchar sus planteamientos”. Sabía que a él se le habían complicado las cosas, y que por eso lo trasladaron de Caracas a Barquisimeto. Tenía cara de conspirador y hablaba como un conspirador. Poco después, en su apartamento, me mostró sus papeles y me presentó todo un proyecto político.

¿Tenía algo que ver con lo que fue después el Movimiento Bolivariano?

No, se llamaba ARMA (Acción Revolucionaria de Militares Activos). Le ofrecí ponerlo en contacto con mis compañeros —era una exageración de mi parte, pues solo tenía uno con el que compartía estas ideas: Hugo Chávez—. Tiempo después, nos encontramos los tres en Palo Grande, un barrio adinerado, en Caracas. Lo que ese señor nos expuso entonces fue la idea de un gran movimiento cívico militar.

¿En qué consistía?

Era como una cola de los movimientos conspirativos de los años sesenta, que fueron reprimidos de manera muy vio-

lenta. Quizás el comandante William Izarra tuvo alguna relación con estos, cuando era subteniente. En esos grupos estaban Hugo Trejo, Pausides González y otros de la Marina, que fue la fuerza de mayor tradición conspirativa en los años sesenta. Después de esa reunión fuimos ascendidos a capitán, en 1982, año del Juramento en el Samán de Güere. Ya habíamos convenido en que él organizaría a sus compañeros del Ejército y yo, a los míos de la Fuerza Aérea.

¿Se veían a menudo?

Conversábamos bastante. Él estaba en la Academia Militar y yo de instructor en la Academia del Aire. Probablemente tenía una relación más estrecha que él con los cadetes, por las características de la Fuerza Aérea. Estamos obligados a una cercanía permanente y a la acción combinada. De eso depende la vida de cada uno.

¿Tuvo algún nombre su grupo?

Por nuestra propia seguridad no le pusimos nombre a nada. Ellos sí, aunque nunca me enteré cómo se llamaba el Movimiento, hasta que estuvimos presos, diez años más tarde.

Nos seguíamos viendo con cierta frecuencia. En 1983 coincidimos en Maracay. Ya él estaba por allí con los paracaidistas y vivía cerca de la ciudad, en San Joaquín, en el límite entre Aragua y Carabobo.

Empezábamos a salir de la botella. Es decir, habíamos dejado el círculo cerrado de la institución militar y buscábamos afuera las causas de los problemas de la FAN y de la distorsión en la doctrina militar. Sabíamos que la corrupción se debía a la influencia del mundo político.

Durante las elecciones, la aviación militar transportaba las cajas de los votos. Recuerdo que siendo teniente me dieron la misión de buscar una urna en un municipio de montaña. Cuando iba a salir, el coronel me dijo que no fuera, porque en definitiva ya había ganado tal partido. “Pero, ¿y esos votantes?” Con total desprecio me respondió: “Agarra las cajas y

tíralas del avión”. Eso era corrupción. Cuando llegaban las urnas a la Comisión Electoral Nacional, igualito: ahí las botaban, las cambiaban. Eran delitos en los que participaba cotidianamente la FAN, además de la opulencia que ostentaban los oficiales que servían a aquel poder político.

¿Usted tenía tropas a su mando?

Sí. Siendo capitanes comenzamos a intensificar el reclutamiento y llegamos a formar un gran grupo. Nos reuníamos en Valencia, en el Estado de Carabobo, pero tomábamos muchas medidas para no ser descubiertos.

¿Chávez participaba en las reuniones?

Él las presidía y me invitaba. Yo iba con algunos oficiales de la Fuerza Aérea, como Wilmar Castro Soteldo, actual ministro de Producción y Comercio. También con un capitán de origen italiano, de un físico impresionante, muy impetuoso y de actitud muy agresiva –hablaba incluso de fusilar gente–, que después se rajó.

Empezamos a tener contactos con civiles vinculados a grupos políticos, en particular con Causa Radical (Causa R), un partido de izquierda que se vendió al neoliberalismo y es de lo peor. Trabajamos, fundamentalmente, con miembros de la Causa R, en Guayana. Ellos habían creado allí un buen equipo de trabajo con los sindicatos de la siderurgia y tenían un buen periódico. Todo eso también nos servía a nosotros.

¿No sintieron la persecución?

Chávez, sí. De hecho empezaron a trasladarlo de una unidad para otra. Recuerdo que de Maracay lo enviaron a Elorza, en el Estado de Apure.

¿Ya los habían ascendido al grado de mayor?

Sí, en 1986. En eso nos encontramos con un teniente coronel, un hombre de una gran fortaleza ideológica, el general Francisco Visconti Osorio, que formaba parte del grupo ARMA, y por unos soplones empezó la represión. A uno de los oficiales vinculado al grupo lo tirotearon en Los Teques.

Es decir, existía todo ese contexto cuando Hugo me llamó y me pidió que fuera a visitarlo a Elorza. Recuerdo que recorrimos a caballo una siembra que él tenía en la unidad, a la entrada del pueblo, y en la noche fuimos a una fiesta. Él había sido nombrado presidente de la Junta de la Feria. Entre una cosa y otra, hablamos largamente sobre las posibilidades de un movimiento militar, de una acción militar a gran escala.

¿Recuerda aproximadamente la fecha?

Claro, el día de las fiestas de Elorza, el 19 de marzo, de 1986. Ya Hugo era perseguido, bajo sospecha de conspiración.

Pero la realidad fue que no lograron desarticular el movimiento.

¿Qué nos ayudó a nosotros en esa época? Había una gran lucha interna por el poder dentro de la Fuerza Armada. Eso los distraía. Estaban en sus peleas para decidir quién sería el comandante del Ejército, quién era el favorito del partido tal, quién iba a ganar las elecciones y cómo quedaría cada uno de ellos... ese tipo de cosas. Pensaban seguramente que, cuando los jóvenes e inquietos oficiales fueran ascendidos, se les iba a olvidar todo.

Los preparativos de la rebelión

Luego de aquel encuentro en Elorza, nos reunimos en el estacionamiento de la Escuela Superior del Ejército, en Caracas. Comenzaron a asistir a las reuniones algunos docentes de las universidades. Se respiraba un ambiente de rebelión militar, pero había también tensiones y encontronazos.

¿Chávez utilizaba el seudónimo de José Antonio?

Lo utilizaba con su grupo, pero no con nosotros. La comunicación entre él y yo era muy segura. Tampoco yo usaba seudónimo. Éramos obsesivos con la seguridad. Además, el mundo de ellos era diferente al nuestro: los aviadores vivíamos en grupo. Nadie se extrañaba si veía a cuatro o cinco pilotos por ahí, conversando. En el Ejército, había

mucha diferencia entre el capitán y el teniente; entre nosotros no, porque el teniente volaba conmigo; nos jugábamos la vida juntos. Si el teniente caía en un hueco, para allí te ibas tú también.

Aun así, todas las previsiones eran pocas. Recuerdo una anécdota, que Chávez a cada rato cuenta. Cuando éramos mayores de la FAN, nos encontramos en un campeonato de *softball* interfuerzas, un Día de la Aviación, e hicimos un cuadrangular. Un compañero muy suelto de lengua gritó: “Por ahí vienen, con mucha fuerza, los *comacates*”. Los comacates era el nombre que le habían puesto a los conspiradores —una palabra formada con las sílabas iniciales de comandantes, mayores, capitanes y tenientes—. Vi que Chávez se puso rojo. Así, irresponsablemente, el muchacho estaba delatándonos delante de todo el mundo. Chávez era mi compadre y yo lo había invitado a aquel juego. Se había roto un poco la seguridad que teníamos, pero por suerte aquello no trascendió.

Usted regresó a Estados Unidos.

A finales de 1987. Fui destinado a la embajada de Venezuela en Washington, con el cargo de adjunto al Agregado Militar. Allá estaba Ronald Blanco La Cruz, actual gobernador del Estado de Táchira. Él me envió un papel diciéndome que pasaba un curso al Sur de Estados Unidos y que iría a hacernos una visita. Por alguna razón eso no pudo ocurrir, pero en uno de mis viajes a Venezuela —iba y venía cada cierto tiempo—, coincidí con Ronald, que estaba de oficial en un fuerte, y lo conocí... Por supuesto, él me manifestó sus inquietudes y yo le expresé las mías.

¿Qué había ocurrido en esos momentos con los grupos?

Estábamos medio desperdigados. A muchos —entre ellos, Felipe Acosta Carlez— los enviaron a Centroamérica, a El Salvador, en una acción militar conciliada entre el Ejército venezolano y el gobierno norteamericano. Regresaron, y luego vino El Caracazo, en noviembre de 1989.

¿En esa época usted participó en la lucha contra la insurgencia?

No, no, en ese tipo de acciones participaban el Ejército y la Guardia Nacional. No utilizaban a la Fuerza Aérea, que era muy especializada.

Solo una vez, recuerdo, movimos unos aviones a Costa Rica, en algún arreglo contra Somoza, durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez.

¿Cuándo regresó de Estados Unidos?

A mediados de 1991, y conversé con el comandante Chávez. Me confirmó que la conspiración seguía en pie, que muchas cosas se habían acelerado, entre ellas, la represión contra el grupo, y contra él, en particular. Le comenté que en Washington, uno de los ayudantes del ministro de Defensa que estuvo por allí, un mayor, me había pasado el listado secreto con los nombres de los que estaban bajo orden de seguimiento por vínculo con actividades conspirativas. Mi nombre estaba al final, pero el de Hugo era uno de los primeros.

¿Chávez lo invitó a participar en la rebelión?

Sí, a principios de noviembre nos reunimos... Le pedí algún tiempo para reorganizar la Fuerza Aérea, pues estaba recién llegado a Venezuela. Muchos de los compañeros que originalmente habían apoyado al movimiento, ya no estaban en la Fuerza Aérea, y el espíritu conspirativo se había desmoronado un poco.

Como el día 20 de ese mismo mes, el comandante Chávez me comunicó que la acción militar se produciría el 10 de diciembre, Día de la Fuerza Aérea, en el momento en que el presidente Carlos Andrés Pérez asistiera al acto público en conmemoración de esa fecha. Pero los oficiales del Ejército estaban bastante inquietos.

Nos volvimos a ver en los primeros días de diciembre. Los oficiales rebeldes del Ejército insistían en que había que actuar rápidamente. Hablé con el general Visconti, que era mi

nuevo jefe desde que regresé de Estados Unidos y coincidió conmigo en que en ese momento la Fuerza Aérea no estaba en condiciones de sumarse a la rebelión.

Existía una situación generacional diferente en cuanto a los comandos del Ejército y la Fuerza Aérea. No mandábamos unidades operativas. Me quisieron asignar una unidad operativa en Barquisimeto, y retardé mi traslado para seguir coordinando las acciones que se estaban organizando con el comandante Chávez. Eso fue un error, debí haber aceptado, porque hubiera podido apoyar toda la operación desde Maracay. Finalmente, el levantamiento no se produjo en diciembre, y el 10 de enero, al regreso de las vacaciones, nos volvimos a reunir con más frecuencia debido al empuje de los oficiales jóvenes...

En una carta que nos entregó su esposa Milagros, Chávez le habla en clave de un “manager” que los apoyó en un lugar llamado Los Colorados. ¿A quién se refería?

Al general Visconti. Los Colorados era un restaurante que quedaba en la vía de Maracay, cerca de Los Teques. Era allí donde nos reuníamos, y estos encuentros se intensificaron después del 15 de enero.

Los oficiales de mayor rango leales a nosotros eran los comandantes. Los generales del ejército se habían volteado. Con el aumento de grado, perdieron los ímpetus revolucionarios y no querían saber nada de esos jóvenes conspiradores. El sistema los arropó.

¿Buscaban alguna figura de mayor autoridad militar?

Sí, y sabíamos que Visconti era un general progresista. También estaba William Izarra, que aunque se había dado de baja de la Fuerza Aérea, era un hombre de pensamiento de avanzada, duro a la hora de tomar decisiones y que sabía escuchar.

No había terminado el mes de enero, y aquel mayor que me había dado la lista de los oficiales vigilados, me alertó que existía mucha inquietud, que se hablaba de que la generación

más joven de oficiales se rebelaría de todas formas, si no actuaban sus compañeros. Chávez me pidió que nos encontráramos el 2 febrero en aquel restaurante de Los Teques. Ese día salí de Barinas, llamé al general Visconti y le dije que tenía que verlo ese mismo domingo en la noche, en Los Colorados. Allí llegamos Hugo y yo como a las nueve y treinta de la noche, hora en que habíamos pactado la reunión. El tiempo estaba lluvioso. El general demoró mucho en llegar y, como a las once, decidimos regresar. Cuando íbamos saliendo, llegó Visconti con un general retirado de la Fuerza Aérea, Maximiliano Hernández. Nunca quisimos decir quién era.

¿Por qué no querían nombrarlo?

Porque es alguien que nos ayudó en ese momento y después no se relacionó más con nosotros. Le guardábamos gratitud. Ahora está vinculado a los grupos contrarrevolucionarios, e insulta y miente a diestra y siniestra.

Chávez nos dijo que la rebelión se produciría en unas pocas horas. Estuvimos allí planificando hasta las dos de la mañana. Cuando nos despedimos, ya sabíamos que la acción militar comenzaría ese 3 de febrero, a las nueve y cuarenta y cinco de la noche.

El general Maximiliano acordó enviar esa mañana a un mayor, que sería el encargado de prestar apoyo en la parte periférica de la base donde yo me encontraba, en Maracay.

El general Visconti le dijo al comandante Chávez que eran muy pocas la probabilidades de apoyo aéreo. Aconsejó que nosotros nos concentráramos en evitar que las fuerzas aéreas golpearan a las fuerzas del ejército que tomarían Miraflores. Recuerdo que a las dos de la mañana Chávez le preguntó a Visconti: “¿Por qué no viene con nosotros a Caracas?” Él le contestó: “Tengo que preservar el comando de la Fuerza Aérea desde la base naval”. Se refería a la base más grande que tiene la Fuerza Aérea, la de Maracay.

Fue una decisión correcta. Visconti estaba en esa base, pero no era el comandante de esas tropas, sino otro general de los más rancios de la derecha, cuyo padre había sido ministro del partido Acción Democrática. Era vital impedir el ataque de la aviación a las fuerzas rebeldes.

¿Quién era el comandante de esas tropas?

El general Juan Antonio Paredes Niño. Su padre, Paredes Bello, fue ministro de Defensa, uno de los que más daño hizo a la Fuerza Aérea. El general Visconti decidió que iría para Miraflores cuando el Palacio estuviera tomado por el comandante Chávez. Mientras que el otro, el general Maximiliano, prometió ir a Caracas y participar en la rebelión. Hugo y yo salimos hacia Maracay. Andábamos en mi carro, un Malibú. Lo dejé, como a las cuatro de la mañana —después de una parada en el camino— al frente del cuartel Páez, donde él tenía el comando de su batallón. Lo vi caminar hasta la alcabalita que tienen allí. Un soldado verificó que era él, y luego, yo arranqué el carro.

3 de febrero de 1992

Vivía en la base aérea, pero antes de llegar al batallón, paré en la casa del mayor Luis Sabatino, el famoso Rambo que se rajó. Le dije: “Oye, mañana es el día”. “¿Qué día?”, y el hombre palideció. Lo esperaba a las ocho de la mañana en Maracay. Jamás apareció. Él volaba en el escuadrón de los F-16 y mi intención era que me ayudara a contactar con los oficiales de esa fuerza y convencerlos de que apoyaran al ejército, a pesar de que las instrucciones que había recibido eran solo de neutralizar la Fuerza Aérea.

El comandante Chávez tenía que ir a las cuatro de la tarde al *briefing* de la misión asignada a su comando por el Ejército. Apenas se ha divulgado que, realmente, las acciones estuvieron encubiertas por una operación de práctica rutinaria del ejército que se realizaría el 4 de febrero.

Aquel día las tropas iban a desplazarse hacia El Pao (Cojedes), en el Sur. Claro, ese ejercicio contaba con el apoyo de los aviones de la Fuerza Aérea para lanzar a los paracaidistas. En lugar de irse para El Pao, Chávez salió para Caracas.

A las tres de la tarde conversé en uno de los estacionamientos de Maracay con el general Visconti y nos pusimos de acuerdo para tomar la base en horas la noche. Normalmente, hacíamos un chequeo de las operaciones a las cuatro de la tarde. Estaban llegando todos los oficiales que asistían a la reunión de coordinación final del operativo del 4 de febrero, que era cuando comenzaría la maniobra en El Pao. Todos los comandantes de los grupos de paracaidistas asistirían a ese *briefing* previo.

¿Ahí, en Maracay?

En Maracay, en la base. Vi entrar a todos los oficiales, menos al comandante Chávez. Luego, llegó corriendo. Venía retrasado. Entró a la reunión y al rato salió. Le pedí a un soldado que se acercara a Chávez, que él me enviaría una caja de libros. El muchacho lo acompañó hasta el carro. Abrió la capota, sacó una caja y se la entregó. Allí venía el radio con el que nos íbamos a comunicar durante la acción. “Oye, pero estos libros sí pesan mucho”—me dijo el muchacho. “Son unos libros viejos, pónmelos ahí”. Dentro venían las codificaciones de los mensajes que se iban a usar por radio.

A las seis de la tarde, el general Visconti, otros dos oficiales —comandantes de nuestra promoción— y yo, nos reunimos. “¿Tú les dijiste algo a estos dos?”, me preguntó el general. Y yo: “No, no les he dicho nada, pero les puedo decir”, porque consideré que eran compañeros de confianza, y a esa hora la delación no tendría ningún efecto.

Ya se había producido...

Sí, ya estaba en marcha. Terminamos a las nueve nuestra reunión y el general Visconti fue a su casa, para “ponerse de

campana y traer su pistola”. Los otros dos oficiales, supuestamente, también irían a cambiarse de ropa. Nunca regresaron.

Enfrentamientos en Maracay

104

CHÁVEZ NUESTRO

A las nueve y cuarenta y cinco de la noche se escucharon los primeros disparos alrededor de la base. Los rebeldes entraron por una alcabala que daba a las casas de la guarnición. El general Visconti vio llegar al mayor Torres, que era el encargado de rodear la base. Traía también un tanque. Trataron de sorprender a los soldados, pero ellos reaccionaron. Intercambiaron disparos y mataron a un subordinado del mayor Torres.

El general Visconti me dio la orden de actuar. Se presentaron los coroneles que comandaban los grupos aéreos –ninguno de confianza–, y el general me sugirió tratar de mantenernos dentro de la mayor normalidad, para ver qué hacían los coroneles. Me dio la orden de encargarme de la tropa que cuidaba la base por dentro. Nadie sabía qué estaba pasando. Un teniente intentó llevar a un grupo de soldados a la cerca, y yo se lo impedí. Salí por la alcabala principal y me dirigí a la alcabala periférica, donde estaba el mayor Torres... Cuando caminé hacia él, una ráfaga pasó entre los dos.

Un grupo de la DISIP había parado su carro del otro lado de la calle, y disparaban desde allí. Corrí hacia la casita de la alcabala, donde estaba otro mayor, un aviador, que llevaba un brazalete bolivariano. “Mi comandante, yo también estoy en esto”.

Torres no sabía que nuestro objetivo era neutralizar la base, impedir que despegaran los aviones. Regresé junto a Visconti, y él me dijo: “Vamos a esperar”. Teníamos instrucciones muy precisas de esperar hasta que se tomara Miraflores. Entonces, apresaríamos a los oficiales y apoyaríamos a los sublevados del Ejército. El general Visconti se dirigiría a los oficiales y les diría: “El país tiene una ausencia de mando, por lo tanto, nosotros vamos a actuar de tal manera”.

Pero, para nuestra sorpresa –serían las doce y cuarenta y cinco de la noche, o tal vez un poco más tarde–, Carlos Andrés Pérez apareció por televisión. Evidentemente, uno de los objetivos no se había cumplido. Si se hubiera apresado al Presidente, habríamos amanecido el 4 de febrero con el apoyo popular y cierta organización en las calles, gracias a los preparativos en los que participaron la Causa R y otros grupos políticos de izquierda, incluyendo los extremistas de Bandera Roja, pues con ellos también nos reunimos varias veces.

Pasaban las horas y no teníamos noticias de nuestros compañeros en Caracas. Nunca nos pudimos comunicar por radio. Los coroneles empezaron a dudar del general Visconti. Carmelo Lauría, unos de los dirigentes de Acción Democrática, llamó a la base y al preguntar por el general, este le respondió que no tenía nada que hablar con él. Empezaron a sospechar y fueron a otra unidad a reunirse. Ese muchacho, Torres, empezó a desesperarse. Ya estaba amaneciendo.

¿Pudieron contactar con alguien más?

No. Los tanques habían logrado entrar al Palacio de Miraflores, pero era muy difícil, sin ablandamiento de la aviación, que esa fuerza pudiera soportar un choque como aquel con mucha eficiencia. Sin embargo, la operación estuvo bien planteada desde el punto de vista de no implicar a la Fuerza Aérea. Aunque hubiéramos podido mover los aviones –algo imposible, porque no teníamos el mando real de esa tropa–, no íbamos a desarrollar acciones sobre la ciudad. Habríamos necesitado preparar el escenario para un ataque nocturno e iluminar los blancos. Nada de eso había pasado. Lo único que se pudo hacer fue incorporar una señal en la parte de arriba de los tanques que distinguiera a los insurgentes.

¿Y Visconti?

A las cinco de la mañana del 4 de febrero, el ministro de Defensa le ordenó hacer un vuelo sobre el Museo Militar,

donde estaba Chávez, y atacarlo. El general llamó a ese mayor italiano y le dijo que saliera con cuatro aviones, pero que no atacara a nadie y que ni siquiera les incorporara las armas. Fue lo que hizo.

El general estaba bajo la mirada de los coroneles, que seguían sospechando, y en ese momento, más todavía.

¿Por qué daba las órdenes el general Visconti? ¿Dónde se encontraba el comandante de la base?

El comandante había sido detenido a la entrada de la base y Visconti había asumido la jefatura. Fíjate, después nos enteramos de que a las seis de la tarde del 3 de febrero ya se sabía que se produciría la rebelión y habían alertado a todos los jefes de tropas. Pero la elite militar no pudo avisarle al comandante. A él le encantaba la buena vida y andaba de parranda con la esposa —ella fue detenida por los rebeldes junto con él y luego liberada—. Por eso los coroneles de grupos aéreos se vieron obligados a seguir las órdenes de Visconti, que era el militar de mayor rango en ausencia del comandante.

Al amanecer, Torres seguía muy inquieto. Como a las nueve o las diez de la mañana no recuerdo con quién me comunicué, pero pude saber que ya todo estaba perdido. Le dije a Torres que había fallado la acción en Caracas. Él insistió en tomar la base. A los pocos minutos de esa conversación, apareció Chávez en la televisión. Salí y se lo comunicué al mayor Torres. Le pedí que retirara a los muchachos y llevara los tanques a su unidad. No fue fácil convencerlo, y menos aún a los jóvenes oficiales.

¿Qué sintió cuando vio a Chávez en la televisión?

Dolor y nostalgia. Habría querido estar allá, a pesar de todo. Escuché su mensaje en la unidad de logística, junto a muchos oficiales. Un comandante se me acercó: “¿Lo escuchó? Dijo que por ahora falló”. Yo le contesté: “Es que no siempre se gana”, y salí a buscar a Torres. Interpreté aquel “por ahora”, como un “otros sigan”.

Otros sigan

Camino a la alcabala iba maquinando lo que haría. Pensaba que debíamos reorganizarnos, pero antes, sobrevivir a la represión que se iba a desatar a partir de ese instante. Sabía que me detendrían, y me daba igual que fuera en Maracay o en Barquisimeto, adonde me habían trasladado desde mucho antes del 3 de agosto. Como a las cinco de la tarde pasó Milagros por la base a buscarme. Al día siguiente, enviaron a Barquisimeto un avión y me llevaron de vuelta a Maracay. Me sometieron a un interrogatorio y a un detector de mentiras. Reté a la máquina, pues. “¿Usted conocía de la operación militar?” “No, yo no sabía de la operación militar”.

¿Y cómo salió?

Pues, no sé. Me montaron en un helicóptero y me llevaron a Caracas. Llegamos al Comando General de la Fuerza Aérea, como a las ocho de la noche. Para mi sorpresa, el comandante de la Aviación me dijo que no quería ensuciar la imagen de la Fuerza Aérea: “Que el Ejército se embarre solo. ¿Cuándo asciende usted?” Era la costumbre de esos carajos, amarrar a la gente con los ascensos (Por supuesto, no le acepté nada: ascendí cuando me tocó, en julio de 1994). Me llevaron a la DIM para interrogarme. No daban abasto. Habían colocado mesas adicionales en los pasillos y ni así alcanzaban para atender a todos los oficiales detenidos. Alguien, amablemente, me consiguió un sitio y un policía desocupado para que me atendiera. Cuando crucé aquel sótano, escuché al comandante Chávez cantando.

¿Qué cantaba?

Creo que era “Palmares del calabozo”, una canción de Elías Perdomo. Se me apretó el pecho. Empecé a elucubrar por qué estaba cantando, y sospeché que era para alertar a los muchachos. Si callaba su voz, era porque algo le estaba pasando.

Di la vuelta por unos pasillos largos. Los calabozos estaban a un extremo, pero había que traspasar un pasadizo e ir por

debajo del sótano. Cuando vine a ver, estaba en la calle. Salí sin que alguien me interrogara o se diera cuenta de que había escapado. Tomé un carro libre y regresé a la Comandancia.

Entré y fui a la habitación donde estaba detenido. Me acosté y dormí algunas horas. Al día siguiente, el Director de Inteligencia de la Fuerza Aérea, volvió a llamarme. “¿Cómo te fue?” “Bien”. Me dijo que al día siguiente tenía que regresar a la DIM. Allí fui atendido por uno que estaba bastante despistado. Me comentó que habían detenido a mucha gente que no tenía nada que ver, y se disculpó, y me pidió que volviera al comando.

¿Y no le preguntó nada?

No fue un interrogatorio formal, sino que anotó las cosas que yo le iba diciendo: que era de Barinas, que conocía a Chávez, que él había bautizado a mi hijo. Me habían visto en su casa el día anterior, y yo le dije que sí, que le había llevado un recuerdo a su esposa. Entre una cosa y otra, me tuvieron cuarenta y cinco días en aquella habitación del Comando.

Me ofrecieron trabajar como director de la escuela de enfermería de la Fuerza. No acepté y me dejaron trabajando en el Comando, de burócrata. A Visconti también lo acusaron y lo enviaron a la Inspectoría de la Fuerza Armada, en el ministerio de la Defensa. Estábamos los dos en Caracas. En eso le envié un papel donde le informé que nos estábamos organizando, que la fuerza había crecido, que tuviera paciencia.

Camino al 27 de noviembre

La guerra interna de la Fuerza Armada recommenzó como si nada hubiera pasado. Estábamos próximos a julio, mes de ascensos y nuevos cargos. Volvimos a la conspiración, en sus narices, en el propio Comando General y en el Ministerio, dentro de Fuerte Tiuna. Íbamos a una panadería cerca del Fuerte, con Visconti y otros. Las conversaciones eran rápidas, porque nos sabíamos vigilados. El movimiento empezó a crecer otra vez, pero dentro de la Fuerza Aérea.

¿Mantenía contacto con Chávez en la prisión?

Al principio, no. Aquello estaba muy vigilado, y por supuesto, nosotros no podíamos ir a verlo. Milagros sí logró ver a Hugo y uno de sus hermanos vino a Barquisimeto y conversamos. No fijamos fecha previa. El 25 de noviembre de 1992, el general Visconti me informó: “Vamos a accionar el 27”. “¿Por qué el 27?” Después me di cuenta. En esos días comenzaban las prácticas para el desfile aéreo que se producía cada 10 de diciembre, Día de la Fuerza Aérea. Todos los aviones se concentraban en la base Libertador. En la mañana del 26 de noviembre, me fui para Maracay.

¿Tuvieron contactos con oficiales del Ejército?

Afloraron contradicciones. Contactamos con algunos generales retirados, pero no se subordinaban a Visconti, porque era un general de la Fuerza Aérea, y además, los generales retirados eran más antiguos que él. Finalmente, no nos reunimos más con ellos.

Por otro lado, muchos oficiales del Ejército habían sido detenidos, y los que estaban en ejercicio, eran muy vigilados. Preferimos contactar con la Marina. En la noche del 26, Visconti me dijo: “Comenzamos la actividad a las cuatro y treinta de la mañana”. Estábamos en la base Maracay.

El capitán que se encontraba al frente me informó que estaban listos para iniciar las acciones. Llegó también un comandante de los F-16: “¿Usted también está metido en esto?” Y yo le respondí: “No hay otra opción, hermano”.

El general Visconti esperaba junto a los demás oficiales. Tal y como se había concebido, al amanecer empezó la acción. En la tarde, alrededor de las dos o las tres, de nuevo ya todo estaba perdido, porque fallaron las otras fuerzas. Hubo una delación en la madrugada del 27 y fue desarmada la organización que concebimos.

A usted se le distingue en esa acción, entre otras cosas, porque fue el primero que rompió la barrera del sonido en Caracas.

Hice tres vuelos sobre Caracas. En el primero, ordené al capitán acelerar el avión al máximo, para entrar a Caracas con alta velocidad. Y en efecto, entramos bien bajo y sobrepasamos la velocidad del sonido.

Esto no se debe hacer por debajo de 10 000 pies, porque puede causar muchos problemas a los pilotos, y nosotros pasamos como a 3 000 pies. Era la única manera de entrar al valle de Caracas, y se sintió como una bomba. Fue en el momento que estaban produciéndose los primeros enfrentamientos dentro de la ciudad. Un grupo de soldados del Ejército, espontáneamente, se unió a nuestros oficiales para atacar Miraflores. Habían atacado el Palacio, incluso cuando ya sabíamos que la Marina no entraría en acción. Pero aquello ya no tenía vuelta atrás.

Te imaginarás el impacto que causó en la ciudad el ruido provocado por el avión: saltaron vidrios por todos lados. Y como mismo entramos, salimos. No solo lo hicimos para crear una conmoción que ayudara en la toma de Miraflores, sino también para evadir uno de los aviones que nos perseguía, más moderno que el nuestro.

¿Ustedes habían planificado también tomar la televisión?

Hubo una mala jugada de alguien. Teníamos una grabación preparada. Planificamos cuidadosamente la toma del canal del Estado, el *Canal 8*, y lo hicimos temprano. Estaban tres generales comprometidos: Visconti y dos almirantes de la Marina. Visconti, desde Maracay, con todo el despliegue aéreo; y ellos, desde la unidad de comandos en la Marina, y creo que también estuvieron en el Museo. Uno de los almirantes se ocuparía de la televisión.

Pero el casete que enviamos alguien lo cambió por uno de Chávez. Se dice que el otro no llegó a tiempo. Todavía no sabemos exactamente lo que pasó, pero se creó una gran confusión. Algunos grupos radicales desobedecieron el plan que habíamos conciliado, y por desgracia quienes tomaron la televisión se quedaron solos y fueron masacrados.

La cárcel

Al fracasar la rebelión, nos apresaron en el cuartel Páez en Fuerte Tiuna. Sacaron a unos ocho o diez tenientes y subtenientes que tenían presos desde el 4 de febrero, y nos metieron a nosotros, que éramos como 60.

¿Tuvo comunicación con los presos de Yare?

Con Chávez, siempre. Y también comenzó a visitarnos la esposa de Arias Cárdenas, para hablarnos del conflicto entre el comandante Chávez y el comandante Arias. A este oficial no lo conocía, porque él nunca se acercó a las reuniones de la conspiración.

A la mujer de Cárdenas le molestaba que Chávez se hubiese ganado tanto afecto como comandante de la insurgencia y no soportaba que dirigiera a su marido, alguien de menor antigüedad que Arias en la FAN. Nosotros, Hugo y yo, nos graduamos en la Academia un año después que él.

Entonces la mujer venía a contarnos que Chávez estaba mintiendo, que esto, que lo otro...

¿Cómo se organizaron?

Por ser el más antiguo en la vida militar, me comisionaron para comandar a los presos. Era difícil. Había muchos jóvenes que no se adaptaban a la vida en la cárcel, nosotros no teníamos psicólogos ni psiquiatras, ni nada allí, y teníamos que hacer de todo eso. Recuerdo el caso de Eliécer Otaiza, un muchacho muy valeroso, pero que nos hizo pasar bastante trabajo porque no se adaptaba.

Lo llevaron a la cárcel prácticamente sin haberse recuperado de las graves heridas que sufrió –en el estómago, en la espalda– durante las acciones del 4 de febrero. Estaba flaquito, todavía con las sondas puestas. Prácticamente, lo habían mandado con nosotros para que muriera. Estaba muy deprimido. Nos dio mucha lucha. A los tres meses, ya Otaiza era otra persona. Se recuperó y empezó a superar su situación.

Chávez ha comentado que durante ese período él sintió, como nunca, una gran amargura, porque lo culpaban del fracaso de la rebelión del 27 de noviembre.

Él no tuvo ninguna responsabilidad en ese fracaso. Fue responsabilidad de la Marina, que no respondió. ¿Qué falló en la primera insurgencia? El apoyo aéreo, que hubiese facilitado muchas cosas. Recuerdo –y hay que recordar determinados hechos, aunque sean desagradables– que cuando sobrevolamos La Carlota había un tanque intentando tumbar la cerca para atacar a quienes habían ingresado ya en la residencia presidencial. Hubo que lanzarle un cohete al tanque. Eso impidió que se produjera allí una matanza terrible. Si el 4 de febrero hubiéramos tenido ese apoyo aéreo, con las tropas y los tanques nuestros actuando, la historia habría sido otra.

¿A cuántos años lo condenaron?

A siete años y nueve meses.

¿Cuándo salió de la cárcel?

Dos meses antes que Chávez. Salí por una circunstancia especial relacionada con mi hijo Augusto. Padeecía de cáncer y su enfermedad se había agravado mucho. Vine a Barquisimeto y, poco después, cuando llevamos el niño al hospital de Caracas, fui a visitarlo a Yare. Chávez estaba en el Hospital Militar, operado de los ojos. Milagros iba constantemente a verlo, aun antes de que me liberaran de Fuerte Tiuna.

¿Se escribían ustedes?

Sí, pero eran más bien mensajes colectivos, con mucha discreción. Estábamos muy vigilados.

En la campaña

Después de la liberación de todos los compañeros, en 1994, ¿se incorporó a la campaña de Chávez?

No. Cuando unos meses después murió Augusto, decidí trabajar con los niños de la calle. Me fui a Barinas y monté un

centro de atención para esos niños abandonados, en una pequeña granja familiar que teníamos.

Chávez ya había comenzado su peregrinar por todo el país. Recuerdo que pasó por la casa, antes de que lleváramos al niño a Estados Unidos a hacerse unas radiaciones. Le llevó un regalito a Augusto y me invitó a una reunión del Movimiento Bolivariano Revolucionario. Había una componenda para tratar de sacarlo a él del liderazgo. Finalmente, logramos equilibrar la situación.

Otro día llegó por Barinas y pasó a verme a la granja. Yo estaba haciendo trabajo de llanero: andaba en short, con unas botas para el agua. Me abrazó y me dijo: “Vamos al combate”. Y, yo: “Estoy en otro combate”. “Es necesario que nos integremos otra vez, compadre. Tendremos una reunión para decidir nuestro futuro como movimiento”. Me convenció: “Está bien, regreso a Barquisimeto, me voy a incorporar al trabajo del movimiento”. Esa misma noche él regresó a Maracay, a Los Teques. Dos días después salí de Barinas para Barquisimeto y de ahí, a Caracas.

Oficialmente, me reintegré el 19 de abril de 1997. Fue difícil para mí digerir tanto discurso político y discusiones, pero comencé a trabajar de inmediato. Ese día el MBR-200* pasó a llamarse Movimiento V República. Poco después montamos en Barquisimeto su primera oficina en la ciudad, conformamos un grupo de trabajo y comenzamos la actividad política. Había mucho apoyo popular, mucho entusiasmo y voluntad, pero escasa experiencia organizativa. Acompañaba al comandante Chávez cada vez que venía a estas regiones y poco a poco se fueron enderezando las cosas.

¿Le hablaba de cómo veía el futuro?

Siempre ha sido un gran optimista.

*MBR-200: El 19 de abril de 1997 el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR-200), que no podía constituirse en Partido por llevar la palabra “bolivariano” en su nombre, se transformó en Movimiento V República (MVR), para conservar la fonética del MBR. La organización presenta en Valencia la candidatura para la lucha electoral.

Triunfa la V República

114

CHÁVEZ NUESTRO

El mismo día de las elecciones presidenciales, él llamó a la casa y me dijo que fuera inmediatamente para La Viñeta. Llegué con Milagros un domingo, si mal no recuerdo. Me propuso que fuera ministro de Transporte y Comunicaciones. Yo prefería quedarme en mi trabajo social. “Mira, hermano, de transporte no sé nada, de comunicaciones menos. De lo único que yo sé es de aviones”. Y él: “Serás ministro de Desarrollo Urbano, porque vamos a fusionar los ministerios”. Él a que sí, y yo a que no. En eso, me llamó uno de los dirigentes del partido y me dijo: “Piénsalo, al comandante hay que ayudarlo”. A las dos o tres horas nos vimos en la cena y le dije: “Está bien”. Así fue como llegué al ministerio.

¿Qué tiempo estuvo ahí?

Cinco meses, más en Miraflores que en el ministerio, porque todas las noches nos reuníamos, hasta que un día me llamó para hablarme de la Constituyente. Me dijo: “Voy a mandar a mis mejores hombres a la Constituyente. Tendré que sacrificar a algunos”. Entregué el ministerio a Julio Montes.

Después que pasé a la Constituyente, vino el proceso de elecciones de gobernador. El de Lara, que había sido chavista, se volteó de mala manera. Fui a las elecciones, y aquí estoy de gobernador.

El golpe no nos sorprendió demasiado

En todos estos años, la personalidad de Chávez se reveló con mayor fuerza. Es un excelente estratega, inteligente, apasionado, meditado para tomar las decisiones, una persona que sabe escuchar. Muchos lo critican y él siempre escucha, consulta las opiniones antes de tomar una decisión. Si de algo ha dado pruebas es de su valentía y de su profunda convicción en lo que estamos haciendo. Lo ha demostrado siempre, pero particularmente en aquellos días del golpe y en los que vinieron después.

¿A qué conclusiones llegaron después de los hechos de abril?

Veníamos conversando sobre la situación de la Fuerza Armada. Creo que fuimos muy ligeros a la hora de seleccionar los hombres claves de la FAN. Pecamos por exceso de buena fe. No medimos el daño que podía hacer la oligarquía.

Sabíamos algunas cosas, como por ejemplo, la endeble convicción política de algunos oficiales a los que les gustaba la vida cómoda, la opulencia. Hemos sacado una gran lección de todo esto.

¿Dónde estaba usted el día del golpe?

Seguíamos con gran preocupación lo que venía ocurriendo ese 11 de abril. Como a las nueve de la noche o un poco más tarde, me llamó el comandante Chávez y me dijo que se había rajado el jefe máximo del Ejército y que dudaba de Manuel Rosendo. “¿Quién crees que sea él más confiable para dirigir el Ejército ahorita?” “El más confiable en este momento es Luis Acevedo Quintero”. Yo mismo llamé al general Acevedo. Como a las once de la noche, entró otra llamada de Chávez: “Mira, para allá te estoy enviando a Marisabel (su esposa en esa fecha). Va saliendo para allá. Ayúdala. Yo voy a resistir aquí”. Y le digo: “Tienes que resistir, no hay otra opción”. “De acuerdo”. Al rato, me llamó Adán Chávez: “Las cosas aquí no andan nada bien...” A las doce fue Diosdado: “Al Presidente pueden meterlo preso de un momento a otro”.

Volví a recordar el 4 de febrero. Me pasaban los pensamientos muy rápidos: “¿Nos vamos a la montaña? ¿Qué va a pasar mañana cuando amanezca?” No hizo falta que amaneciera. Esa misma madrugada llegaron los tres generales que comandaban las tropas en Lara: el del Ejército, el de la Guardia Nacional y de la Aviación. No sabía que ya estaban volteados.

Como a las dos de la mañana me llama, desde Caracas, uno de los generales golpistas, a quien no conocía. “Mire, el general Camacho Kairuz quiere hablar con usted” –me dijo el de

la Guardia Nacional. “Yo no hablo con traidores. Óigalo bien: no hablo con traidores”. Pero el insistió: “Mire, es preferible que usted hable con ellos”. “No, no hablo con traidores y no tengo nada que hablar con usted. Soy gobernador de un pueblo y cuando ese pueblo me quite, me voy. Usted asuma su responsabilidad y díglele a los demás generales traidores que asuman la de ellos. El pueblo va a bajar, tarde o temprano va a bajar”. Y el tipo: “Mire, lo que ellos quieren es que usted no levante a su gente allá...” “Usted asuma su responsabilidad, que yo asumo la mía”, y di por terminada la conversación.

Creo que a esa hora ya habían maquinado detenerme, probablemente en componenda con los de Caracas. A las cuatro de la mañana del 12 de abril, tenía la certeza de lo que iba a ocurrir: el general de la Guardia Nacional iría a detenerme y a tomar el Palacio de Gobierno. Yo actuaba como si no sospechara nada. Jamás comenté que planificaba mover al pueblo en defensa de nuestras posiciones. Mientras, él se rodeaba de un número cada vez mayor de soldados.

12 de abril: No lograron apresarme

A las siete de la mañana vino otra vez a tratar de ponerme al teléfono con aquel general de Caracas. Me volví a negar y le pasó la llamada al alcalde de Barquisimeto. A las ocho y treinta de la mañana convoqué a una conferencia de prensa y les pedí a los tres generales que me acompañaran. Ellos pusieron una cara rara —y es que no sabía que los tipos venían de una rueda de prensa que ellos habían convocado—. Me dijeron: “Vaya usted, gobernador, que nosotros esperamos aquí”.

Entraron los camarógrafos de todas las televisoras, pero percibí que ninguno tenía los bombillos de las cámaras encendidos. Solo el de la televisora local. Primero llamé a la calma y agregué: “Vamos a analizar lo ocurrido en Caracas, pero les aseguro que el proceso bolivariano no se va a detener”.

El comandante de la Guardia Nacional estaba pensando hacerme una encerrona. Sabía que me llevaba ventaja en el número de soldados. Mi equipo de seguridad estaba dividido: una parte en la residencia y otra en Palacio, conmigo. Pero no se decidió a apresarme.

Para que tengan idea de cómo se comportaron los medios. En un momento, uno de los periodistas dijo: “Oiga, a usted lo va a sacar de aquí el pueblo”. Le contesté: “Abra la ventana para oír a esa gente que usted dice que viene a sacarme. Allí afuera está, efectivamente, el pueblo que me apoya. Hemos tenido que calmarlo porque está dispuesto a todo”. Gracias a ese apoyo, estuve en Palacio todo el día, y los generales traidores se quedaron con las ganas de apresarme. Entre tanto, me iba enterando de todo, porque constantemente recibía llamadas de los compañeros desde Caracas.

¿Lo llamaron para que se volteara?

Ah, sí. Me llamó incluso gente que había estado de nuestro lado. Hubo quien me propuso integrar un gobierno de transición, cuyo presidente sería Teodoro Petkoff. Contesté: “Nada es posible sin Chávez”.

¿Quién se lo propuso?

El gobernador del Estado Bolívar. Al principio no pensé que me propusiera ponerme a la orden de los golpistas. “Tenemos que aceptar la realidad” –me dijo. “¿Qué realidad? ¿Cuál realidad tenemos que aceptar?” En aquel momento no me imaginaba que se estaba volteando: “Bueno, hermano, Chávez cayó”. Y le digo: “Si Chávez cae, la Revolución cae también”. Como a la hora y media o dos horas, volvió a llamar. “Mira, me llamaron de Caracas”. “¡Ajá! ¿Quién te llamó?” “El presidente Carmona –dijo él– me está invitando para una reunión”. “¿Tú te vas a sentar con los traidores?” –le pregunté. “Solo voy a escuchar”. Ahí me di cuenta de que estaba del otro lado. “Bueno, que tu conciencia te dicte lo que debes hacer”, y le colgué.

Ese viernes también hablé con Ronald Blanco. Discutimos rápidamente algunas posibilidades, entre ellas, renunciar para ir a otras formas de lucha. Ronald me aconsejó: “No, de ninguna manera. No podemos renunciar. A nosotros nos eligió el pueblo. No he visto la renuncia de Chávez, firmada por él, en ninguna parte. ”

¿Cómo llegaron los hijos de Chávez a Barquisimeto?

María me llamó el viernes y me dijo que andaba por los valles del Tuy. “María, véngase para acá” –le dije. Llegó esa noche, con su hermano Huguito y con Gabi, su hija, y hablamos tarde, cuando regresé del Palacio. Después se incorporó Rosa, la mayor de Chávez.

¿Habló con el Presidente Fidel Castro?

El viernes 11, como a las seis de la tarde. Y luego, como a las nueve de la noche. En la primera llamada me preguntó si sabía dónde estaba Chávez. Se le notaba muy preocupado. “Presidente, desconozco, pero si lo han llevado a algún lugar, ya lo deben estar sacando para otro sitio. No tengo claro hacia dónde y podría decir algo que no sea cierto”. Un poco antes había hablado con Gerardo Espinosa, que estaba en Maracay, y había visto un movimiento extraño de aviones: “Creo que un avión fue para Turiamo”.

Y Fidel me sugirió: “Traten de hablar con la *CNN*, traten de declarar... Rompan el cerco de la información...”

Vi los ataques a la embajada de Cuba por la televisión y traté de contactar con los generales golpistas. Me atendió uno de nueva promoción: “Van a hacer que el pueblo arrase con ustedes... Si no evitan esos ataques a la embajada, nadie los va a perdonar mañana”. También llamé al general de la Guardia Nacional: “Mira, como tú estás en contacto con tus amigos los traidores, llama a Méndez Casanova y le dices que si pasa algo con la embajada de Cuba, no podrán controlar la ira del pueblo”. El tipo me contestó: “Sí, yo lo llamo”, pero no sé si lo hizo.

Cuando hablé con Fidel por la noche le conté que la gente estaba moviéndose para reclamar a Chávez”. “¿Quiénes?” “Los bolivarianos de Caracas han comenzado a bajar de los cerros” –le respondí.

13 de abril: Reventó la vaina

El sábado en la mañana comencé a ver las primeras señales de la derrota de los golpistas. Pensé: “Esta vaina va a durar solo hasta el mediodía, ya está reventando”. En eso vino un señor con un recado de Fernando Bermúdez en el que me pedía que renunciara. Le mandé de vuelta un insulto, unas cuantas palabrotas. Me fui para el Palacio como a las diez de la mañana. Empecé a llamar a los generales de Lara, pero no aparecían por ninguna parte.

Hablé con el general Baduel y con el general García Montoya, en Maracay, y los alerté de que estos generales de acá estaban volteados, y eso que todavía no sabía lo que habían dicho en su rueda de prensa, el viernes. (¡Qué cosa!: vi ese video quince días después.) Seguía todavía pensando que al menos los generales de la Aviación y del Ejército estaban indecisos, pero no volteados. Me constaba que el general de la Guardia Nacional era un traidor, porque estaba en contacto con los golpistas y se veía más arrogante. Cuando hablé con García Montoya de este asunto se asombró, porque él había conversado con el general de la Aviación de Lara y este hombre se había puesto a sus órdenes.

A las doce del mediodía del sábado volví a llamar a los generales. Un coronel de la Policía me informó que estaban reunidos en la brigada con los dirigentes de una parte de la oposición. El general de la Guardia Nacional a duras penas me contestó al teléfono: “¿Así que estás reunido con esa gente? Pues ahorita mismo me los pones a todos presos”. “Bueno, no es así la cosa”. “Te lo estoy ordenando” “Bueno... yo pensaba hablar con usted”. “No, no, primero los detienes”.

Un poco antes, como a las once de la mañana, me llamó un mayor del Ejército y me contó que iba con un grupo a apoyar el rescate de Miraflores. Me pidió que alertara a William Lara para que se fuera hacia el Palacio Presidencial. William me respondió: “¿Crees que eso es conveniente?” “Sí, dale, dale, tú eres la persona indicada para recibir la presidencia”. Con toda la bulla —una alegría tremenda— de nuestra gente, ya en el Palacio Presidencial, me comunicaron la buenísima noticia: Miraflores era nuestro otra vez.

¿Ya a esa hora sabían que Chávez estaba en La Orchila?

No. Más tarde me llamaron para decirme que los golpistas lo habían sacado de Turiamo para llevarlo a La Orchila. Me contaron que habían salido los helicópteros a buscarlo. “Nosotros nos vamos a la plaza Bolívar de Barquisimeto” —decidí—. Allí estaba concentrado nuestro pueblo. Eso había que celebrarlo. Eran como las ocho de la noche.

¿Y los generales traidores de Lara?

Perdidos. Después de las cuatro de la tarde habían salido de circulación, no aparecieron más por ningún lado. Luego del rescate del Presidente me fui a la Plaza, y di la noticia: Chávez estaría llegando a Miraflores cerca de la medianoche.

¿Cuándo vio a Chávez?

El Presidente me mandó a buscar el lunes por la tarde. Gabi, la nieta, estaba cumpliendo años. Le comenté que, en las imágenes de su llegada al Palacio, había visto a su lado al general que me había llamado en la madrugada del 12 de abril. “¿Presidente, qué hacía allí ese general? Ese me llamó varias veces el 11 de abril y me dijo que había que aliarse a los generales golpistas”. Me tranquilizó y no recuerdo de cuántas cosas más conversamos.

Después, convocó a una reunión de gobernadores... Allí estaba el gobernador del Estado de Carabobo, que también me había llamado el viernes para que me pasara a los golpistas. “¿Recuerda que usted me llamó el viernes?” —le

dije—. Se puso pálido, y no quise molestarlo más. También estaba el gobernador de Bolívar: “¿Y por qué tú querías venir a reunirse con los golpistas?” No era fácil ver a aquellos carajos allí.

¿Un hecho como este puede volver a producirse en la Fuerza Armada?

No podemos descartar que un pequeño pelotón se levante, con un fin mediático. Incluso, cuatro o cinco pelotones, en diferentes partes del país, para armar el escándalo correspondiente: “Una cadena de levantamientos militares en las guarniciones militares...” No solo pudiera pasar. Ya lo han preparado muchas veces. Pero no creo que puedan volver a repetir un golpe de esa envergadura. Hemos aprendido mucho.

Pero todos los golpistas que están en la calle son conspiradores en potencia.

Es la desgracia de defender un proyecto con el enemigo adentro, conspirando, utilizando todo su poderío económico y con el apoyo del poder transnacional. Es difícil, pero tendremos que avanzar en esas condiciones y fortalecernos. A los golpistas los veo por aquí a cada rato. El general González González me pasa por al lado aquí en Barquisimeto, con el afán de que lo tome en cuenta. Y yo como si no viese a nadie.

Con la experiencia como conspiradores que tenían ustedes, ¿cómo fue posible que los sorprendiera este complot?

Hubo graves errores y debilidades que hoy están corregidos. No existía un contacto directo e inmediato del comandante Chávez con los jefes de las unidades operativas. Cuando él intentó hablar con ellos, no pudo ubicar a nadie. Los generales ganaron la delantera y nadie se acordó de los comandantes.

Desde que se puso la cosa caliente en Miraflores y se notaron las primeras traiciones, se debió buscar el apoyo de los comandantes de los batallones. Chávez no tenía, como tiene ahora, esa relación directa con los mandos. Aquellos, en definitiva, eran generales sin mando ni ascendencia directa sobre

la tropa. Pero, además, dejamos que estos fascistas confundieran a la gente.

Hay lecciones importantes que hemos sacado de ese complot. Como dice el dicho: el golpe enseña. Los generales golpistas, con muy pocas excepciones, eran muy ambiciosos: de poder y de relaciones. En algún momento en la Fuerza Armada creó un vacío. No se nombraron generales entre los oficiales con una trayectoria revolucionaria. Claro, el Presidente tenía en ese momento, en la misma Caracas, tropas leales que pudo haber utilizado, pero el factor sorpresa fue determinante. Ellos habían preparado el golpe meticulosamente, y todavía el 11 de abril, por la tarde, no sabíamos exactamente qué estaba pasando.

Recuerdo que Chávez me dijo, como a las ocho de la noche: “¿Por qué no te vas para Libertador?” “Tendría que irme en carro”, es decir, necesitaría tres horas para llegar hasta allí. La base Libertador está en Maracay, y ya allí había movimiento de tropas. Me exponía a que me neutralizaran con mucha facilidad. No había tiempo para nada.

¿Había posibilidades reales para el asesinato de Chávez?

No cometieron el asesinato en esos días por temor al pueblo. A lo mejor pensaron que era más fácil controlar al pueblo con un Chávez vivo, que con un Chávez muerto. De todas formas, el magnicidio es una opción que ha estado presente siempre, incluso desde antes de 1999. Tengo la impresión de que después del 15 de agosto cobrará mucha más fuerza.

Sin embargo, hay un pueblo que ha aprendido a diferenciar, poco a poco, dónde está la verdad y quién es el enemigo. Le ha ocurrido como a nosotros, con la metáfora de la botella: cuando estábamos encerrados en los cuarteles –la botella–, no mirábamos sino hacia adentro. Hay un pueblo que ya dejó de mirar adentro y mira y entiende que hay una gran hostilidad afuera, y ha comenzado a organizarse para romper los tentáculos que sostienen a los enemigos internos.

Por otra parte, el comandante Chávez sigue dirigiendo las estrategias. Cada paso que da en lo social, tiene también un sentido de política estratégica. Por ejemplo, la trascendencia de que la gente aprenda a leer y a escribir no se queda ahí, en la universalización real de ese derecho: hay que recordar que la educación elitista fue el instrumento utilizado por la oligarquía para perpetuar el empobrecimiento intelectual y cultural de la población. Es muy difícil transmitir una ideología revolucionaria si la gente no puede ni siquiera leer los preceptos de la doctrina de esa ideología. De modo que darle instrucción a la gente es vital en esta guerra.

El pueblo de Venezuela no es el mismo. Hace diez años no hubiésemos soportado un paro petrolero con todas sus carencias. Solamente un país inspirado en un proceso como este es capaz de soportar algo así. Eso significa que ha habido un cambio en la conducta y en la convicción del pueblo. Pero ni la oposición, ni sus jefes en Estados Unidos, lo quieren entender. Van a seguir jugando a la trampa y a la traición, como siempre lo han hecho.

La amistad más fuerte

¿Cómo se manifiesta hoy la amistad entre usted y el Presidente después de tantas cosas? ¿Sigue siendo como al principio...?

Los años dan cada vez más paz y fortaleza a esa amistad. Pero en nuestra relación no hay excesos de confianza. Cuando hablamos, lo llamo siempre “Presidente”.

Pero él le sigue diciendo Wicho.

Sí, pero yo le sigo diciendo “Presidente”, quizás por mi formación militar, donde el jefe es el jefe, independientemente de la relación personal que uno pueda tener con él. Creo que tiene que ver también con los temas que conversamos en esta nueva etapa de nuestras vidas, enredadas con asuntos de gobierno, algunas cuestiones militares y la epopeya de una Revolución.

Si tuviera que hacer de nuevo todo este recorrido de vida, ¿qué cambiaría?

Nada. Volvería a vivir esta historia mil veces. Ha valido la pena llegar hasta aquí, porque por primera vez hay un gobierno preocupado por toda Venezuela y no solo por un pedacito mínimo de ella. Eso no significa que esté de acuerdo ciento por ciento con todo lo que he vivido y estoy viviendo.

¿Qué le reprocha a Chávez?

¿Y eso qué importancia tiene ahora?

CARTA ENVIADA A LUIS REYES REYES POR HUGO CHÁVEZ DESDE LA PRISIÓN DE YARE

Yare, 12 de Julio de 1992.

Apreciados amigos Mota y Argimiro:

Tu nota me alegra muchísimo, pues por otra vía me había llegado una información de que te ibas de baja. De todos modos, quiero que sepas que la amistad está por encima de cualquier consideración del momento. Inmensos saludos a tu costilla e hijos. Recibí y tengo aquí una foto que me llena de aliento. Espero que el niño siga bien y todos en general. Saludos a tu gente por allá en el pueblo.

Mota, tú formas parte del proyecto original. Tu presencia garantiza la direccionalidad estratégica que siempre hemos concebido. Retirarse ahora, al igual que Argimiro, es muy perjudicial. Todo puede seguir otro rumbo. Por favor, intégrate más con el Dr. Silva y el Recio, además de Fidel. Ayer me llegaron noticias no muy alentadoras de la rama de Uds. Parece que se han caído muchas cosas. Contáctate con (1), quien está en un sitio muy bueno. ¿Qué pasó con (2) y (3)? La gente mía espera mayor integración. ¿Y (4)? Ahora es cuando lo necesitamos. ¿Y (5)? Hermano, date cuenta que esa es la gente propiamente de nuestra línea política. Lo demás se está agregando, por lo que hay que asegurar la dirección correcta. Hay entonces que asumir posiciones de dirección. Por favor, para no escribir doble, reúnete con Argimiro y discutan esto. El trabajo con (6) y (7) debe ser muy estrecho, rumbo a una convergencia de X con Y.

Nancy sabe cómo conectarte con Silva y el Recio. Ellos te informarán del dispositivo y los planes. Otro contacto muy bueno entre nosotros es Juancho.

Tú puedes además integrar el trabajo político hacia el frente civil. Es decir, hermano. Te necesitamos. Yo confío en ti y en Argimiro hasta la muerte. Sé que estarán allí. Lo que hace falta es derribar algunas barreras. Argimiro estuvo en una reunión con el Dr. Silva y unos compañeros de la T. Y según me dicen, desmoralizó a la gente pues dijo que Uds. no tenían nada. Evalúen y actúen en consecuencia.

Estoy completamente seguro de la victoria.

Reciban tú y Argimiro mis sinceros sentimientos de aprecio y hermandad.

Argimiro: saludos a la costilla y los chamos. Y a toda tu familia.

Atentamente,
Hugo

CLAVE*

- | | |
|------------------|------------------------|
| (1) Pedro Soto | (7) Roger |
| (2) Cordero | X Insurrección Militar |
| (3) Dalmiro | Y Huelga General |
| (4) Visconti | |
| (5) Maximiliano | Silva: Rojas Mujica |
| (6) Pablo Medina | Recio: Pérez Issa |

*La clave era enviada antes que las cartas, para evitar que el gobierno de Carlos Andrés Pérez descubriera la identidad de los colaboradores de Hugo Chávez fuera de la prisión.

Milagros Flores de Reyes

Un hombre que conversa con las estrellas

126 *Milagros Flores conoció a Hugo Chávez muy joven. Él llegó a su casa de Barquisimeto acompañado de Luis Reyes Reyes, quien entonces no era más que un joven y apuesto piloto militar que la cortejaba. Hace un rápido repaso de su vida y tiene que reconocer que el presidente venezolano no podría quedar fuera de los hechos que han marcado su existencia. Si tuviera que armar una maleta con sus recuerdos esenciales, ahí estaría la amistad que une a la familia con Chávez, junto con el amor que siente por Luis y los hijos en común, los angustiosos días de la cárcel y el golpe de abril, la enfermedad mortal del pequeño Augusto, su carrera como profesora de Historia y sus competencias en la selección femenina de voleibol del Estado de Lara.*

Muestra algunas fotografías en las que se ven los tres, muy jóvenes, sonrientes, aparentemente despreocupados.

No, no lo crea. El Hugo Chávez de hoy es solo una personalidad más curtida, más madura, pero desde entonces ya era un apasionado de la historia del país, obsesionado con la justicia. Es el ser humano que más quiere a Venezuela. No conozco a nadie más coherente que él en ése amor, y es algo que ha aumentado con los años, y eso que, cuando jóvenes ya nos parecía algo extraordinario.

Es, además un historiador nato. Cuando comienza a hablar de Bolívar pareciera que el Libertador está dentro de él. Una siente que él estuvo en esos lugares, que logra ver lo que veía Bolívar. Te habla de los árboles, de los animales que lo



acompañaron, de los objetos que lo rodeaban. Un día se lo hice notar: “Usted lo encarna”. Él se sonrió y me respondió: “Cuidado, comadre, con lo que dice”.

Lecturas

128

CHÁVEZ NUESTRO

Lee vorazmente. Un día viene y me dice: “Comadre, me encontré con un libro que decía Capitán Luis Reyes Reyes”. “Ah –le contesté– no se lo encontró por casualidad. Era de Luis, y un buen día usted se lo llevó”. Cargaba siempre con libros a todas partes, y cuando ya lo había leído todo y por casualidad pasaba por nuestra casa, sencillamente salía con un par de ellos y luego no sabía de quién eran, porque hacía lo mismo con otros amigos.

Fíjese que esa fiebre de conocimiento no disminuyó ni siquiera en la cárcel. Creo que es algo que distingue también a su generación. Los militares que protagonizaron las rebeliones del 92, tanto la de febrero como la de noviembre de ese año, no solo mantenían voluntariamente una disciplina de cuartel dentro de la prisión –se vestían de uniforme militar y exigían respeto–, sino que siguieron cursos a distancia y hasta postgrados. “Bienvenidos a la cárcel de la dignidad”, era su lema, y tenía que ver con ese sentido de crecer humana y espiritualmente.

Las mujeres, los niños y los familiares de los militares encarcelados nos convertimos en expertos en introducir lo que ellos necesitaban: materiales de lectura y otras muchas cosas. Inventamos cuanta artimaña era posible para entrar casetes, grabadoras, teléfonos celulares, pilas, radios. Recuerdo que una vez puse, dentro del pañal desechable de la niña, las baterías del celular. El guardia me revisaba con detenimiento cada cosa y yo con el pañal en la mano, sin soltarlo, le decía: “A ver, dígame, ¿ha encontrado algo?” Augusto, nuestro hijo, que en ese momento tenía ocho años, logró esconder hasta un teléfono dentro de esa pequeña bolsa que tienen los abrigos en la espalda para guardar el gorrito.

Cartas desde la cárcel

La Aviación no participó en el Movimiento del 4 de febrero y Luis nada me dijo de lo que se estaba preparando. Pero yo debí sospechar que se tramaba algo grande clandestinamente. Mi hija más pequeña nació el 10 de enero de 1992. Chávez quería bautizarla y una semana antes del 4 de febrero él llamó a la casa para hablar con Luis. Le pregunté que cuándo haríamos el bautizo, y él me respondió: “Pronto. Cuando nazca la nueva Venezuela”.

Después de los hechos de noviembre, Luis estaba preso en Fuerte Tiuna, y Hugo en Yare. Pero desde antes, ellos se comunicaban. Conservo varias cartas de esos preparativos. Hugo tenía una vieja máquina de escribir, y las redactaba allí mismo, cuidadosamente. Primero nos mandaba la clave con números, letras o seudónimos para cada compañero, y cuando tenía la seguridad de que todo había llegado a nuestras manos, escribía y enviaba la carta. En una de las que conservamos habla del calvario que padecía Luis. Lo que lo atormentaba era estar en la calle mientras Hugo estaba preso.

El año 92 fue muy difícil para toda nuestra familia: Hugo en la cárcel y, luego, Luis. Murió mi mamá y a mi hijo Augusto se le detectó que el cáncer que padecía había hecho metástasis a nivel del tallo cerebral. El niño adoraba a su papá. Algunas veces se quedó en la cárcel, escondido dentro de un pivote para dormir a su lado. Se quedaba un sábado, y yo lo recogía el domingo, durante la visita. Los demás compañeros presos ayudaban y protegían al niño. Hugo siempre estaba al tanto de Augusto, y varias veces fui con todos los chamos a verlo el fin de semana a Yare. En muchas ocasiones llevamos correspondencia de una cárcel a otra, para mantener un puente de comunicación y articular las protestas contra las violaciones que se producían en las prisiones, en particular contra las presiones psicológicas con las que intentaban desmoralizarlos. Aprendimos a enfrentarnos a los fiscales, a los jueces, al gobierno, a las autoridades militares...

El golpe fascista

El 11 de abril de 2002 llamó por teléfono una de las hijas del Presidente, María Gabriela. Estaba en los Valles del Tuy, en el Estado de Miranda. La convencimos de que viniera de inmediato para Barquisimeto, y así hizo. Primero llegaron ella, Huguito y la nieta, Gabi. Luego, la hija mayor, Rosa, con su escolta.

130

CHÁVEZ NUESTRO

Buscamos un lugar seguro en la montaña para que se resguardaran, pero ellos prefirieron quedarse con nosotros. No querían separarse y convenimos en que estábamos seguros. Mantuvimos la otra opción, por si la situación se hacía peligrosa en Lara. Desde aquí ayudamos en todo lo posible: hablamos con los medios, contactamos con los compañeros, con la familia. El fax que llegó a Miraflores el 13 de abril, donde el Presidente escribe que no ha renunciado, fue reenviado aquí para que sus hijas certificaran que efectivamente se trataba de la letra y la firma de Hugo Chávez.

La presencia de sus hijos junto a nosotros en esas horas difíciles era para Luis y para mí algo natural. A Hugo no lo vemos como un hombre investido de altos cargos, sino como un amigo querido que llega a nuestra casa, porque esta, de algún modo, es también su casa, en las buenas y en las malas. Antes, ahora y siempre. Por eso procuramos todos que, cuando él llega a Barquisimeto y se refugia aquí, pueda descansar y tener las atenciones que cualquier ser humano desea recibir de su familia, de sus seres más entrañables.

Para él siempre hay en nuestra casa la comida criolla que le gusta: las caraotas negras, el chivo tipo patica de grillo, el dulce de lechosa. Tratamos de que descanse y de que pueda encontrarse a su gusto con su hija pequeña, Rosinés, que vive con su madre en Barquisimeto. Es conmovedor verlo tan feliz. Se tira en el piso, juega con ella, se convierte en un niño. Lo he visto prepararle los biberones a la niña, atenderla con mucha ternura, cantarle canciones inventadas, abrir un lienzo

para enseñarle a pintar. Un día se fue manejando sin escolta, con la niña a su lado, para llevarla a la escuela como cualquier papá en un día de clases. No sabíamos quién iba más feliz, si Rosinés o él.

Cuando está junto a su hija, se olvida de que es Presidente. Hay un amor, una identificación total entre ellos. Los dos se entregan y él se alimenta de esa paz espiritual que le da su niña, de sus sonrisas y su amor. Pero es un amor rodeado de muchos sacrificios. Cuando él habla de sus hijos, de sus padres, de sus seres más queridos, siempre hay un ruego de perdón por el tiempo que no les ha podido dedicar.

Un romántico

¿Defectos? Uno muy grave: es pésimo bailar. Eso sí, sabe pintar, conoce el arte de la poesía, declama, canta, es un gran soñador y tiene una capacidad extraordinaria para ver mucho más lejos que todos nosotros. Le voy a contar una anécdota. Estábamos viviendo en Maracay, en una base militar, y un día llegó a la casa con unos compañeros buscando a Luis, me dijo que estaban haciendo un trabajo de tesis, pero yo no le creí el cuento.

Como tenía confianza con Hugo, le pregunté: “¿Pero cómo se le ocurre venir aquí, a una base militar, a conspirar? Esto es una locura”. Hugo me miró y me habló claro: “Milagros, tiene que integrarse a este movimiento. Como profesora de Historia, usted puede entender por qué estamos luchando...” Estuvimos discutiendo un rato, y recuerdo que cuando me tenía acorralada con sus argumentos, cerré la conversación diciéndole: “Hugo, usted es un utópico soñador”. Tiempo después, al ganar la presidencia, me recordó aquella discusión: “¿Ve por qué no soy un utópico?”

Es un soñador con los pies en la tierra, un hombre muy sensible que recoge las energías del sol, de la luna, de las estrellas. Luis y yo hemos estado con él en la Gran Sabana junto a

los Tepuyes, esos colosos de piedra acostada, donde se dice que aterrizan seres de otro planeta. Es realmente un lugar mágico, tanto de día como de noche. Él nos ha dicho que siente la energía y que disfruta de ese paisaje en soledad, dejándose acompañar solo por el sonido del viento y de los enormes saltos de agua que chocan contra las rocas. Lo hemos visto caminar descalzo, conversarle a las estrellas, repotenciarse de ellas. Lo hemos conocido en toda su espiritualidad. Si hace falta un único concepto para definir quién es Hugo Chávez Frías, yo diría que es, sobre todas las cosas, el gran romántico de nuestra generación.

Ronald Blanco La Cruz

Nada derrota al comandante Chávez

Cuando asaltaron la residencia oficial del gobernador del Estado de Táchira, gritaban: “Denle en la pierna, en la pierna... ¡Que se muera!” Los fascistas, furiosos, sabían que Ronald Blanco La Cruz padecía aún las graves secuelas de un accidente de tránsito en el que por poco pierde la vida. El 12 de abril de 2002, miembros de la Guardia Nacional, siguiendo un plan diseñado a imagen y semejanza del que habían aplicado los golpistas en Miraflores contra el Presidente Chávez, abrieron irresponsablemente las puertas a la turba que penetró en el interior de la casona. **133**

El ensañamiento contra Ronald no fue casual. Sabían que era hombre de sólidos principios y amigo leal del mandatario venezolano. Participó en la toma de Miraflores durante la rebelión del 4 de febrero de 1992, en una acción que el Presidente catalogó de “heroica”. Este capitán retirado –caraqueño de 45 años de edad– fue, además, el primer hombre reclutado para la causa bolivariana después del conocido Juramento del Samán de Güere, que inició el Movimiento en 1982 y llevó a la presidencia de la República a Hugo Chávez Frías.

El movimiento

Conocí a Chávez a principios de los 80, en la Academia Militar, cuando yo era teniente. Recuerdo que él dirigía la formación y a mí me tocó hablar del Libertador. Me referí a la necesidad de sembrar valores en las nuevas generaciones de oficiales. Sé que mis palabras le llamaron la atención. Ese fue el primer contacto, en cierto modo indirecto.



Poco a poco fuimos relacionándonos. Tenía una forma sencilla y directa de llegarle a la gente que generaba entre los soldados y los cadetes el deseo de trabajar con él. Esa relación fue profundizándose a medida que se acercaba el 4 de febrero de 1992. Él iba reconociendo a los que estaban dispuestos a acompañarle, y según se iba conformando el grupo definitivo, nos hacíamos más cercanos. Pero nuestra amistad, realmente, se consolidó después, en la cárcel.

¿Por qué ingresó en el Movimiento Bolivariano?

Nací en un barrio pobre –Catia, Caracas– y ya en la Academia tenía inquietudes sociales. Estaba a favor de un cambio en el país que extirpara la corrupción de los organismos públicos y que estos sirvieran realmente al pueblo. Ingresar en el Movimiento me permitió reflexionar de manera más profunda sobre la tragedia del pueblo venezolano –no olviden que el 27 de febrero de 1989 se produjo una masacre sin precedentes, después que el pueblo, desesperado, se lanzó a la calle–. Llegamos a la conclusión de que no había otra opción para cambiar ese estado de cosas que sustituir al gobierno responsable de ello.

Heroísmo en Miraflores

En febrero de 1992 yo era instructor de la Escuela de Infantería y debía participar en la rebelión como simple oficial acompañante. Pero la gente que iría al frente del grupo que atacaría Miraflores no participó y nosotros asumimos la jefatura de la misión. Logramos reunir siete hombres dispuestos a todo. La mayoría éramos tenientes y capitanes –el más viejo tenía 32 años–. Tratamos de cumplir la palabra empeñada, pero en verdad no teníamos poder para hacerlo.

¿Cuántos tanques los apoyaron?

Un grupo de 11 ó 12 tanques. Como no eran unidades supeditadas a nosotros, de alguna manera las personas participaban sin tener ningún tipo de compromiso.

¿Quién les dio la señal del comienzo de la rebelión?

Chávez.

¿Qué les dijo?

Fue en la Escuela de Infantería, el 3 de febrero, aproximadamente a las diez de la mañana. Nos dijo que el levantamiento comenzaría en las próximas horas.

¿Tuvieron indicios de la delación que se había producido?

Sí, pero ya no había vuelta atrás. Los paracaidistas y cazadores venían en camino, al igual que las unidades de San Juan de los Morros y Valencia. No podíamos defraudarlos.

¿Exactamente cómo sucedió el asalto?

Los militares leales a Carlos Andrés Pérez nos esperaban en Miraflores con un dispositivo de defensa listo. En los primeros momentos de la acción, dentro del Palacio, hirieron a dos oficiales; y a mí me dieron en la cabeza con una esquirla de los disparos contra los tanques. Como pasa con cualquier herida en la frente, sangré muchísimo. Mis compañeros empezaron a gritar: “Mataron al capitán Blanco”. Yo mismo creí que estaba muerto. “¿Será que cuando a uno lo matan es así la cosa?” —pensaba—. Hasta que me di cuenta de que la herida no era profunda.

El compañero que iba conmigo, el actual gobernador de Bolívar —después del golpe de Estado de abril de 2002, se pasó al lado de la oposición—, me dijo que me dirigiera al comando donde estaba la Guardia Presidencial. En esas acciones se comportó con mucha valentía; él se quedó por el frente del edificio donde hubo la mayor cantidad de heridos.

¿Pudieron comunicarse con Chávez en medio del combate?

No, no pudimos comunicarnos. Peor, no sabíamos dónde estaba, porque los radios quedaron retenidos en las unidades cuando se descubrió la operación. Es decir, que fuimos al combate sin comunicación de ningún tipo y sin municiones en los tanques.

¿En algún momento se dio la orden de matar al presidente Carlos Andrés Pérez?

Nunca. Nuestra misión era capturarlo vivo. Él logró irse por el túnel que da a la Plaza Bicentenario, que no pudimos bloquear porque el tanque que debía cerrar esa salida se accidentó. Lo vimos caminar a pocos metros de nosotros. Pudimos dispararle, pero la orden que nos había dado Chávez era muy clara: arrestarlo para juzgarlo limpiamente.

La cárcel

Estuve preso en Yare, en el mismo pabellón del comandante Chávez, que tenía diez celdas, cinco a cada lado. De algún modo, era el intermediario en las discusiones. Francisco Arias Cárdenas se negaba a reconocer el liderazgo de Chávez y provocaba a veces situaciones muy tensas.

¿Cómo era la vida en la cárcel?

Chávez se acostaba en la madrugada. A veces le daban las cinco de la mañana trabajando. Estudiábamos mucho, nos imponíamos una disciplina militar. Para mantenernos activos, y cambiar un poco la rutina de la prisión, hacíamos ejercicios; de vez en cuando se jugaba al voleibol; y sembrábamos, donde era posible, pepinos, tomates, pimentones. Chávez, además, contestaba las cartas, que eran miles.

*¿Participó usted en la redacción del documento *Cómo salir del laberinto*, que después sirvió como programa político del Movimiento Bolivariano?*

Normalmente discutíamos en colectivo ese tipo de documentos, un método habitual del Presidente. El núcleo de lo que sería la Constituyente se comenzó a discutir con mucha seriedad en la cárcel. Por ejemplo, estudiamos a fondo cuál sería la participación de la Fuerza Armada en el desarrollo social y cómo se incorporaría al proceso de cambio. También, mucha gente que lo visitaba se unió a esos análisis.

Cuando se fueron tensando las relaciones con Arias Cárdenas, no hubo forma de sumarlo a esas discusiones. El distanciamiento se agudizó particularmente después del 27 de noviembre; yo creo que influyó también el hecho de que a Arias le daba rabia de que todo el que pasaba por Yare quería ver al Comandante, mientras que a él nadie lo procuraba.

¿Cómo eran las relaciones entre usted y Chávez?

La cárcel me permitió conocer profundamente al Presidente, sin dudas un líder visionario, de gran estatura humana. Recuerdo que una de las tantas personas que venía a visitarlo a la prisión, le había regalado, para su niño, cierto juguete que estaba de moda. Se trataba de uno de esos carritos con control remoto. A mi hijo le encantaban, pero yo no podía comprárselo. Chávez estaba presente cuando tuve esa conversación con mi familia. Sin decirme nada, habló con Huguito: “¿No crees que pudieras darle el carrito al hijo de Ronald, que él no tiene ninguno?” Me emocionó mucho ver cómo convenció a su hijo para que le regalara el juguete a otro niño.

Tanto en esas pequeñas cosas, como en la tarea enorme de preparar una organización política, el liderazgo de Chávez era de servicio, totalmente diferente a la manera usual en que se dirigía en la Fuerza Armada, donde los jefes actuaban solo en beneficio propio.

Y hay otro elemento: nunca vi a Chávez quejarse de los rigores de la cárcel. Todo lo contrario, asumía el sacrificio con un ánimo y un optimismo que no siempre nosotros tuvimos. Era, y sigue siendo, un hombre noble, luchador, perseverante, a quien nada lo derrota, que tiene una respuesta ante cualquier situación. Conociéndolo, es muy difícil para uno asimilar que alguien pueda tener hacia él expresiones de odio.

Cuando salimos de la cárcel, le dije al Presidente que lo ayudaría en lo que necesitara, pero le pedí un tiempo para atender a mi familia en Táchira, a mi esposa y mis tres hijos que habían sufrido tremendamente la separación. No tenía

trabajo, pero como antes de la rebelión había hecho una maestría en Relaciones Internacionales, pude encontrar un puesto en la Universidad de los Andes, en un centro de investigación sobre fronteras e integración.

El ataque a la residencia

El 11 de abril estábamos en una reunión con todos los partidos políticos, incluyendo los de la oposición. Les propuse elaborar en horas de la tarde un documento con sus observaciones sobre la situación política, y prometí presentarlo ante el Consejo Federal de Gobierno, una especie de Junta de gobernadores que estaba convocada en Caracas al día siguiente. Intentaba buscar una solución al conflicto que desde hacía días se veía venir. En ese momento no sabía, por supuesto, que el golpe estaba andando.

En la tarde, cuando fui al encuentro donde se elaboraría el informe, solo llegó una persona, junto con la Defensora del Pueblo: “Gobernador, no hace falta el documento; ya la vaina se desencadenó en Caracas”. Eran como las tres de la tarde. Recuerdo que le respondí: “Oye, ustedes son unos irresponsables. ¿Cómo es posible que, delante de toda la gente, prometieran elaborar un documento a sabiendas de lo que venía?”

Cuando iba saliendo de aquel encuentro, varios representantes de los medios de comunicación me preguntaron cuál era mi posición. Llamé a evitar toda expresión de violencia. Me comuniqué con Caracas y me dijeron que la situación allí estaba muy complicada. No pude hablar con Chávez, y no tuve más noticias de Miraflores hasta la madrugada del 12 de abril, después que fue trasladado a Fuerte Tiuna. En esa comunicación me dijeron: “Parece que va a renunciar”. Yo contesté: “No puede ser”.

De ahí en adelante empecé a analizar qué hacer. ¿Y la gente que votó por mí?, me preguntaba, y no aceptaba la idea de

que el Comandante hubiera renunciado. Después de todo lo que habíamos pasado, no me cabía en la cabeza esa posibilidad.

En cuanto vi que en el programa televisivo de Napoleón Bravo se presentaba a Carmona como presidente, corroboré que Chávez no había renunciado y que estábamos viviendo el resultado de una gigantesca conspiración contra nuestro gobierno. Llamé a mis compañeros de la gobernación y les comuniqué que iba a desconocer a los golpistas, y luego convoqué a una conferencia en la que, efectivamente, desconocí al gobierno de facto y califiqué a los generales golpistas de traidores a la patria: “Queremos ver las renunciaciones de Chávez y de Diosdado Cabello –dije–; si estas no se presentan, en términos de la Constitución, estamos ante un golpe de Estado”. Eran poco más de las nueve de la mañana.

¿Después se produjo el ataque a la residencia oficial?

La oposición había logrado reunir a un grupo en los alrededores de la residencia. Se presentaron aquí los generales golpistas Irwin Marval Molina y Luis Eduardo Itriago Tineo, y trataron de obligarme a que firmara la renuncia. Uno de los generales de la Guardia Nacional abrió la puerta a los provocadores y la turba entró en la casa.

Esos generales me informaron que debía salir de allí por mi propia seguridad y me trasladaron, detenido, a la sede del Comando Regional, en un vehículo del Ejército. Cuando llegué al sitio donde quedé preso, un periodista me comentó que uno de aquellos generales, Itriago Tineo, era mi sustituto al frente de la gobernación. Hicieron en Táchira lo mismo que en Caracas con Chávez.

¿Cuándo fue que lo agredieron?

Al salir de la residencia. Los que lo hicieron ni siquiera tuvieron el valor de mirarme a los ojos. Recuerdo que, cuando yo iba saliendo, alguna gente honesta me recomendó que renunciara, porque temían por mi vida. “No –les dije–, qué me importa la vida si no la puedo poner al servicio de este proceso”.

No se trató solamente de una incursión violenta en la residencia, sino que también intentaron hacerme firmar la renuncia por vía de la intimidación. Las autoridades de la Guardia Nacional abrieron las puertas de la residencia a la furia de personas, que me amenazaron de muerte e hicieron allí todo tipo de destrozo. Estaban dirigidas por diputados de COPEI, del Consejo Legislativo, que ahora dicen que yo los convoqué a una reunión o que fueron allá a preservarme la vida, cuando en verdad aparecen en los videos con megáfonos incentivando a la turba para que asaltara la residencia y me obligara a deponer el cargo de gobernador de Táchira.

¿El gobernador golpista llegó a instalarse en la residencia?

Sí, vino con su maleta y todo, pero no pudo hacer nada. Estaba prácticamente solo. Cuando me liberaron fui a diferentes sitios, desde los cuales llamé a otros gobernadores –algunos traicionaron–, a compañeros del gabinete de Chávez y contacté con la prensa. Cuando vimos que el Presidente regresó a Miraflores, me fui a la plaza donde estaba el pueblo de San Cristóbal y lo invité a que me acompañara a la residencia.

¿Qué ocurrió con el general que usurpó su cargo?

A él y a los otros, los convoqué a una reunión el lunes 14 de abril. Estuve quince horas discutiendo con ellos. Era muy difícil mantenerlos al frente de las instituciones. Hicimos un acto con motivo del 19 de abril en la plaza frente a la Catedral, y cuando ellos fueron a depositar las ofrendas, hubo una pita de toda la gente. Pedí que los sustituyeran. Era imposible mantenerlos en sus puestos. Habían perdido toda la autoridad. Hoy varios de ellos están encarcelados. No son presos políticos, sino flagrantes violadores de las leyes venezolanas y tienen que responder por sus actos. Estoy convencido de que el país necesita justicia, porque la impunidad hace que los delitos se cometan con mayor frecuencia.

A fin de cuentas, y gracias a Dios, se está dando un acto de justicia en Táchira y pienso que esto es un buen aporte al país

y a la justicia del Estado de derecho, que a la larga, es lo que pide la gente.

¿Cuándo habló con Chávez, por primera vez, después del golpe?

142

CHÁVEZ NUESTRO

Cuando estaba en La Orchila, gracias a que el general García Montoya me dio el teléfono de un oficial que estaba junto a Chávez. Había estado monitoreando todo lo ocurrido en Miraflores y durante el secuestro del Presidente. Llegué, incluso, a llamar al general Vázquez Velasco y le dije: “Mire, si a Chávez le pasa algo, yo no sé dónde usted se va a meter”. Y el tipo, supernervioso: “Sí, sí, no se preocupe, él está bien”.

Después que regresó a Miraflores, el Presidente convocó a una reunión de gobernadores. Le comenté que necesitaba hablar un rato con él. Lo había escuchado, y tuve la sensación de que se había sentido un poco solo en los días del golpe. Quería expresarle que él nunca estuvo solo, que había recogido lo que había sembrado, que nosotros siempre estuvimos a su lado, que el pueblo nunca lo dejó.

“Esa gente que traicionó no supo ver en qué peligro puso al país...” —me dijo—. Le contesté: “Presidente, le doy gracias a Dios, porque él lo salvó. Dios está siempre a favor de las buenas causas”. Creo que eso es lo más importante que nos une al Presidente Chávez: la certeza de que luchamos por una causa justa, con un líder justo. Cuando estás convencido de eso, a pesar de los obstáculos, la victoria siempre te acompaña.

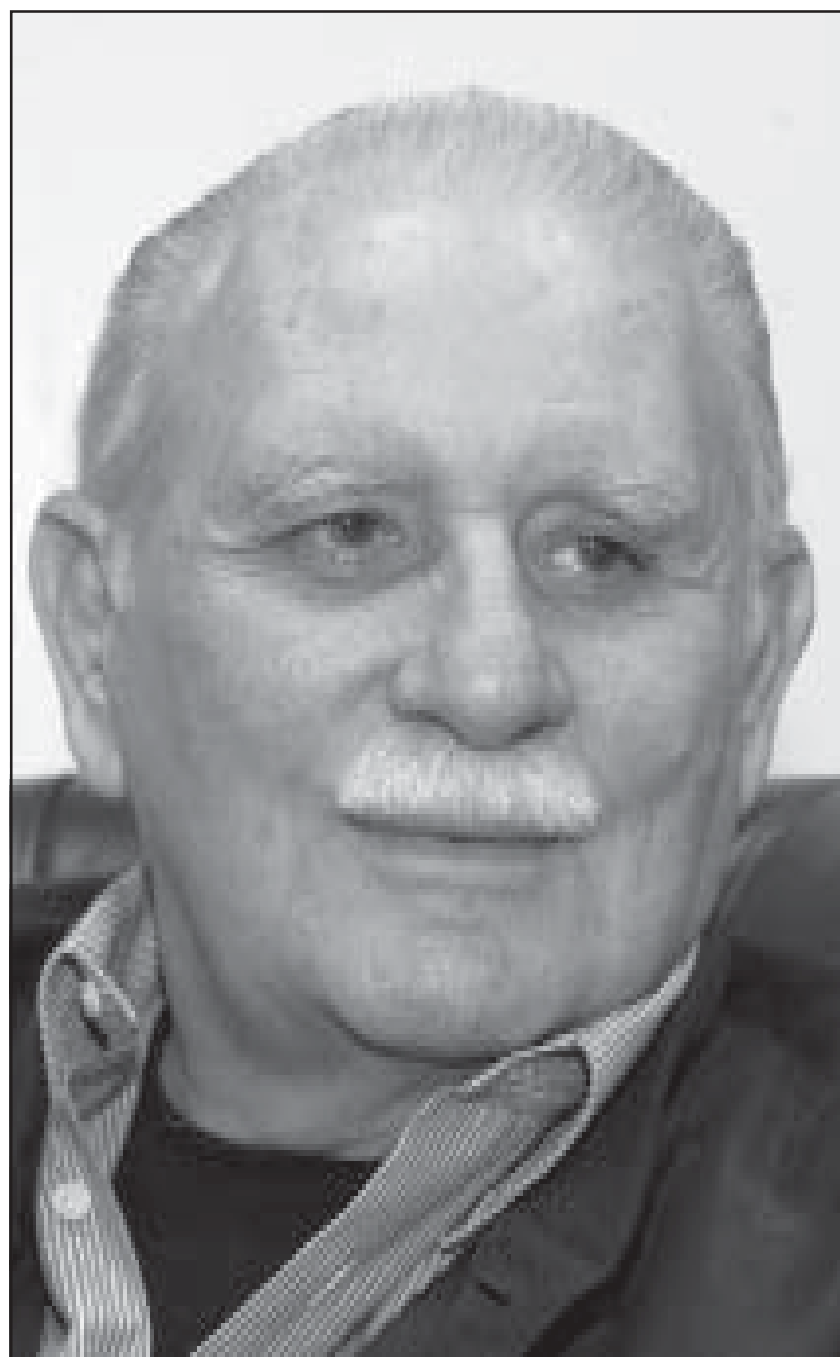
José Vicente Rangel Vale

No está descartada la posibilidad de un magnicidio

En su despacho conserva un busto de Juan Vicente Gómez 143 con insignias de general y un enorme mostacho. El padre del vicepresidente de la República Bolivariana de Venezuela –José Vicente Rangel Cárdenas– fue coronel de las tropas gomecistas contra las que combatió el bisabuelo del Presidente Hugo Chávez, Pedro Pérez Delgado, Maisanta. José Vicente Rangel Vale, adivinando nuestros pensamientos, se sonríe cuando le recordamos esta paradoja, pero no hace ningún comentario.

Las paredes y los pequeños objetos que rodean su enmarañada mesa de trabajo –“estoy lleno de papeles, vírgenes y santos”, se disculpa– ofrecen mucha información acerca de uno de los hombres más leales, consecuentes y respetados del gobierno bolivariano, quien fuera canciller y ministro de Defensa antes de asumir la vicepresidencia del país.

A la entrada de su oficina, un cuadro enorme recuerda la fecha del 9 de diciembre de 1902, cuando los venezolanos se enfrentaron a las escuadras de Alemania e Inglaterra en La Guaira, países que intentaron dirimir violentamente su influencia en la región frente al predominio norteamericano. Próximo a él, una fotografía en la que un Rangel joven saluda al Presidente Salvador Allende; en otra, le extiende la mano a Fidel Castro. Más allá, un diploma firmado por Chávez con efusivas palabras que certifican que, el entonces ministro de Defensa, ha pilotado con éxito aviones F-5 de la Fuerza Armada Nacional. Sobre una larga mesa detrás del escritorio, un enorme y ceñudo Bolívar, y la imagen de los hijos y los



nietos de la familia Rangel-Ávalos. También, una fotografía de Ana, reconocida escultora chilena y esposa de José Vicente, para quien son las primeras palabras de una entrevista que comienza con una enorme sonrisa: “¿Anita?, está cada día más linda”.

Pensé que era cosa de los gorilas

Conocí al Presidente en la madrugada del 4 de febrero de 1992. Estaba durmiendo, y en medio de la noche me llamó Carlos Azpurúa, el gran cineasta venezolano, que vivía cerca de La Carlota, el barrio donde está la residencia de La Casona. Me dijo que había muchos disparos por allá, que algo estaba pasando. Le respondí “Mire, no sé nada; solo estoy durmiendo aquí con Anita”. Lo cierto es que no pude dormir y comencé a indagar. Me comentaron de un tal comandante Chávez que se había alzado con una unidad de paracaidistas. Esa fue la primera información que tuve del comandante Hugo Chávez.

¿Lo recuerda de la Academia Militar, donde estudiaba su hijo?

Mi esposa lo conoció y yo seguramente lo vi, pero no lo recuerdo de aquel momento. Chávez me ha dicho que sí, que hablamos, pero yo no lo recuerdo. Yo iba a visitar de cuando en cuando a mi hijo que estudiaba en la Academia. Chávez era su instructor. Yo me encontraba en plena campaña electoral.

En medio del insomnio de aquella noche del 4 de febrero de 1992, ¿qué pasó por su mente?

“¡Coño! –me dije–. Eso es un golpe fascista”. Pensé que era un golpe institucional, gorila. Estaba totalmente enfrentado al gobierno. Toda la vida fui un opositor.

¿Cómo era su relación con los militares?

Difícil, muy difícil. Estudiaba bastante el tema, profundicé en él, en la composición de la Fuerza Armada, sus características. Eso me permitió establecer relaciones de análisis con militares; pero, al mismo tiempo tenía una actitud muy crítica frente a la corrupción de esa institución,

a sus vínculos con el Pentágono, a la presencia de la Misión Militar norteamericana aquí en Venezuela. Los choques fueron muy fuertes. Hasta me abrieron varios procesos militares.

En ese momento usted era también uno de los periodistas más conocidos del país.

Tenía un ejercicio global del periodismo, porque llevaba un programa de radio, otro de televisión y una columna en el diario *El Universal*. Buena parte del material que manejaba era información militar confidencial, que hablaba de grandes latrocinios, robos escandalosos en la compra de equipos militares, maltrato de las tropas... Las tensiones eran grandes. Eso se hizo patente con el ingreso de mi hijo a la Academia Militar.

¿Por qué?

Él decidió ingresar a la Academia Militar, nadie lo entusiasmó.

¿Matriculó contra su voluntad?

No, para nada. No me opuse. Siempre les dije, tanto a mi hija como a mi hijo, que podían hacer lo que quisieran: ella se podía meter a monja, o él a cura...

A Pepito Rangel lo llevaron recio en la Academia, justamente porque era su hijo. ¿A eso se refería cuando mencionó las tensiones con los militares?

Exacto. Y a él le dije: “Bueno, tú puedes ser cura, militar, político o guerrillero, lo que a ti te dé la gana”. Él optó por la milicia, tenía una vocación innata y parece que fue un buen cadete. Se distinguió por la puntería, el disparo de rifle, y eso trajo muchos problemas. Lo vieron siempre como un infiltrado y le hicieron un seguimiento permanente. ¡Y lo que es el destino! Resulta que al que siguieron y obligaron a salir de la Academia, no les dio el golpe; mientras que el que se quedó en la Academia, organizó la rebelión: Chávez. Esas son las jugadas que tiene la historia.

El 4 de febrero fue una sorpresa

¿Imaginó que en Venezuela hubiera una oficialidad que podía estar más cerca de Torrijos y Velasco Alvarado, que de Pinochet?

No, no tenía noticias de malestar en la oficialidad joven. Pensábamos que podría producirse un golpe más bien gorila. Aun cuando conocíamos bien los desmanes de la alta oficialidad, yo no tenía claridad en cuanto al enfrentamiento de esos males en el seno de la Fuerza Armada.

No tenía un contacto directo con los militares. Otros, sí. Yo estaba muy dedicado a la actividad periodística, a la investigación; además, a mí nunca me gustó conspirar. Hice siempre una labor muy abierta, muy franca, muy riesgosa; porque los desafiaba, precisamente, en el terreno en que ellos eran fuertes: en el Parlamento, en el ejercicio del periodismo. Siempre pensé que un quebrantamiento de la Constitución podía servir de pretexto para un golpe de la ultraderecha; vivíamos los tiempos de Pinochet, de toda la convulsión provocada por la insurgencia militar en el Cono Sur. Había razones suficientes para abrigar reservas, ¿no?

En eso se produce El Caracazo, la sublevación popular de 1989.

Así es. Contribuyó muchísimo la crisis generada por el gobierno de Carlos Andrés Pérez. Los acontecimientos del 27 de febrero de 1989 sensibilizaron profundamente a la oficialidad. Ahí empezó a percibirse algún malestar. Comenzaron a llegarme algunas informaciones de que había un reacomodo en la Fuerza Armada Nacional y que existían oficiales con una mentalidad progresista, democrática; oficiales que trabajaban el tema nacional sin desdeñar el contexto internacional, y establecían una conexión entre las fuerzas armadas y las alternativas a la dependencia, a la presencia avasallante de Estados Unidos en el país, tanto en la economía, como en las FAN.

¿Esas señales permitían prever lo que ocurrió el 4 de febrero de 1992?

No. La acción del 4 de febrero fue una sorpresa para muchos. Soy muy sincero en eso. Otros, no; otros lo ocultan y afirman que ellos sabían muchas cosas. Eso es mentira, porque si algo demostró Chávez fue que es un excelente conspirador. Estuvo conspirando diez años en el seno de las fuerzas armadas y, salvo algunas sospechas, logró evadir la persecución.

¿Ni Rangel se enteró de que Hugo Chávez estaba conspirando?

Ni Rangel se enteró.

¿En qué momento se percató de que no era un golpe gorila?

Cuando amaneció el 4 de febrero y empezó a clarificarse el panorama. Ahí tomé conciencia de que era un movimiento distinto.

¿Cómo se dio cuenta?

Por la juventud de los participantes y, en particular, por ese olfato, esa sensibilidad que tiene el pueblo, que inmediatamente percibió que era algo diferente. Como a las cuatro de la tarde, cuando se estaban apagando los disparos en la ciudad, se hizo rápidamente una encuesta pública y arrojó un 90% de simpatía hacia los militares que se habían alzado.

¿Vio la alocución de Chávez por televisión?

Por supuesto, y en ese momento me dije: “Estamos ante un demagogo con capacidad para utilizar el medio de comunicación, o ante un hombre auténtico que trae un mensaje diferente.

¿Qué le llamó la atención en particular?

Mira, resulta muy difícil, sobre todo para los que no manejan los medios, ser concreto y entregar lo esencial de una idea, comprimirla en cuatro, cinco, o seis palabras. Chávez, en menos de un minuto, dijo exactamente lo que tenía que decir. Esta fue una de las razones por las que, en cuestión de segundos, una derrota militar se convirtió en una victoria política.

Lo presentaron ante las cámaras como si estuviera derrotado, para que anunciara la rendición de los rebeldes, pero con la habilidad que demostró en ese momento —y la que ha ratificado a través del tiempo—, logró convertir esa derrota en una victoria. Es por eso que el hecho del 4 de febrero significa esencialmente un triunfo político.

Eso no es lo que dicen los opositores.

Muchos historiadores estúpidos se regodean con la cuestión militar, que si es “el derrotado de La Planicie”, etcétera. Eso no tiene ningún sentido, porque lo que cuenta aquí es el sentido político, y mucho más en el terreno militar. En el campo militar es precisamente donde se dirime la política.

¿Cuándo tuvo lugar su primer contacto personal con él?

No fue personal. Nosotros logramos introducir una pequeña cámara en Yare, e hicimos una entrevista para mi programa. Se realizó la grabación e hicimos un truco. Parecía que yo estaba dentro de la cárcel con él. Una cosa de esas que permite la televisión, y tiramos la entrevista, que tuvo una audiencia y una reacción enormes. Tanto, que al programa lo suspendieron por decisión de un tribunal militar. Después mantuvimos una relación cuando él estaba en la cárcel. Le mandaba mensajes, recados.

El primer alzamiento contra el FMI

¿Fue a la cárcel?

Yo era en extremo perseguido y controlado. Me atribuían la participación en conspiraciones y se decía que estaba enfrascado en nuevos predicamentos. Eran días muy tensos, porque había denunciado la partida secreta de los 17 000 000 de dólares que se robó Carlos Andrés Pérez y que condujo a su enjuiciamiento. Me tenían vigilado por todas partes.

Cuando se produjo la salida de Carlos Andrés Pérez, y luego de la transición de Ramón Velázquez, había otro ambiente, más facilidades de comunicación, a pesar de que el

ministro de Defensa, el almirante Muñoz, era muy represivo, sumamente represivo, en particular con los oficiales presos. Después de la decisión de Caldera de liberar a Chávez, este se fue primero a la Academia e inmediatamente después se presentó en mi programa de televisión, el primero al que se presentó en libertad. Fue un programa difícil.

¿Por qué?

Era la primera vez que se sentaban frente a una cámara dos personas que no habían tenido un trato continuo. No sabía si él daría la talla en ese programa; y, en segundo lugar, tenía que buscar preguntas que fueran de interés para el público. Desde luego simpatizaba ya con lo que estaba ocurriendo. Incluso había escrito un artículo para *El País*, de Madrid, en el que defendía a los oficiales que actuaron el 4 de febrero.

De manera muy insidiosa se había levantado una campaña en la que se catalogaba a Chávez y a sus seguidores de fascistas, de caras pintadas —comparándolos con los oficiales argentinos—. Salí a defenderlos. Argumenté que era el primer alzamiento militar contra el Fondo Monetario Internacional, la primera vez que irrumpían en Venezuela oficiales con una concepción global de la política, vinculando lo interno a lo externo y, además, asumiendo, junto a una concepción política, el dato social, que es fundamental. Había ya en ese grupo una definición ideológica muy clara.

¿Recuerda qué le preguntó?

Cómo había sucedido todo esto. Él empezó a echar el cuento: el tiempo en la Academia, sus sueños, sus esperanzas, su juramento allá en el Samán de Güere. No fue una entrevista fácil. Le hice preguntas fuertes y él se defendió muy bien.

Después, comenzamos a cultivar una relación más estrecha. Él estaba en plena campaña y yo lo ayudaba de la manera que creía más conveniente. Lo contactaba con los medios, lo llevé varias veces a mi programa, y escribía constantemente sobre él, incluso, haciéndole críticas. En una ocasión pronun-

ció un discurso inconveniente. No recuerdo cuál fue el tema que trató, pero sí el título de mi columna: “Por la boca muere el pez”. Le hice una advertencia, con la mejor intención: “Mira, si continuas por esa vía, diciendo esas cosas, te puedes perjudicar”. El reaccionó bien a la crítica.

En el gobierno de Chávez

¿En qué momento se incorpora a su proyecto de gobierno?

Cuando él ganó las elecciones, ya yo estaba vinculado al proceso, participando de lleno. Chávez me llamó para que integrara el gabinete, y yo le contesté: “No soy un hombre del poder; soy un hombre del antipoder. No quiero figurar en un ministerio; quiero seguir en el lugar en que estoy. Te apoyo desde la calle, porque creo que es más importante que lo haga desde allí, que siendo un ministro de verdad”.

Pasaron varios días con un acoso muy grande, y yo que no. Pero Chávez es muy vivo y se metió por el flanco de Anita. Él sabe que tengo debilidad por mi esposa, una persona que me acompaña desde hace cincuenta años. “Anita, quiero que tú convenzas a José Vicente”. Pero ella no estaba ganada tampoco, y volvió a la carga: “No me digas nada todavía y vamos a vernos en Barinas, en la finca de un amigo”.

Cuando llegamos a la finca, un lugar muy hermoso en un llano, me agarraron entre Anita y él. Y me jodieron. Terminé en la cancillería. Estuve dos años de canciller y luego me nombró ministro de Defensa. Ahí me agarró el golpe del 11 de Abril.

Usted, que viene de una tradición civilista, que tenía tantas reservas con los militares, ¿cómo se sintió cuando lo nombraron ministro de Defensa?

Muy bien. Fue la oportunidad de aplicar una serie de ideas, de estrechar el vínculo pueblo-fuerzas armadas y poner el ejército al servicio del mejoramiento social. Tuve la posibilidad de empezar a dismantelar la concepción pentagonal de las fuerzas armadas, ese vínculo carnal con Estados Unidos.

Quería inmolar me como Allende

¿Cuál fue su decisión ante el golpe?

Resistir.

¿Por qué?

Mi posición allí fue la más dura. Era partidario de resistir en Palacio, mandar a la mierda a los golpistas y desconocer soberanamente el ultimátum que habían emitido. Y así lo dije.

Cuando la situación estaba al borde de desencadenarse, le dije a mi hijo Pepe que estuvo todo el tiempo a mi lado: “Vete tú, porque vamos a morir”. Pero Pepe se negó. Llamé a Anita: “Aparentemente todo está perdido. Nosotros vamos a quedarnos aquí. Te doy la mala noticia de que te vas a quedar viuda y sin hijo”.

¿Qué le respondió?

“Hagan lo que quieran. Yo los apoyo totalmente”.

¿Y Chávez?

No hace mucho él y yo conversamos sobre esto, y le reconocí a Hugo que, a la postre, quien tuvo la razón fue él. No era el momento de inmolar, sino de evitar a toda costa un baño de sangre. El movimiento popular ya tiene suficientes víctimas y héroes, y las concesiones al bronce, a la violencia, no pueden seguir. Mi reacción fue la de imponer el valor por encima del raciocinio, bastante influenciado por el síndrome de Allende.

¡Mira cómo son las cosas! Yo, el político más veterano, estaba en ese predicamento, mientras que él, con menor experiencia, pero con más intuición, recomendaba lo que posteriormente se confirmó como lo más acertado.

Cuando le hablé de resistir, agradeció la posición de mi hijo y la mía, pero dijo que no podíamos sacrificar a los jóvenes, que iba a ser un gesto hermoso pero inútil. “Es muy importante conservar la vida de los dirigentes” –añadió.

¿A usted lo sorprendió el golpe?

Lo vi venir. Con la experiencia que uno tiene en este momento, se da cuenta mejor de los errores que se cometieron.

Por ejemplo...

La improvisación. No teníamos suficientemente claro qué era lo que venía; porque algo venía, pero no alcanzábamos a desentrañarlo. Hubo una buena cantidad de gente traidora, pero eso no es suficiente para justificar lo que ocurrió. Hubo fallas nuestras importantes.

¿Cuál fue la traición que más le dolió?

Ninguna, ninguna. Tenía muchas reservas con los traidores, desde antes. Los venía observando, y gracias a mi posición privilegiada, porque era ministro de Defensa, me daba cuenta de las ambigüedades y falsas poses de respaldo.

Ese mismo día cometimos un gran error: los principales jefes de tropas estaban concentrados en el Ministerio de Defensa. En lugar de permanecer en los comandos, los jefes de las fuerzas estaban en una oficina. Las tropas se quedaron sin jefes. Eso fue muy bien aprovechado por los golpistas.

Usted tuvo una reunión el día antes del golpe con buena parte de los generales que luego traicionaron...

Sí, cómo no.

¿No sospechó nada en ese momento?

No, porque ellos hacían votos de respaldo pleno. Había uno, Efraín Vázquez Velasco, comandante del Ejército, que se mostró muy ladino, muy evasivo. Recuerdo que, una semana antes, él estuvo conmigo de recorrido por una base militar en Cocollar, Estado de Sucre. El hombre a cada rato se me perdía hablando por el celular. Eso me llamó la atención y, además, el elogio que me hizo frente a la tropa, fue tan desmesurado que me llenó de rubor. Me recordó a Pinochet.

Los principales responsables son los norteamericanos

¿En qué momento del golpe aparecen los norteamericanos?

Cuando Chávez estaba preso. En la comandancia del Ejército había varios miembros de la Misión Militar de Estados Unidos.

¿Por qué permitieron que una Misión Militar norteamericana permaneciera dentro de Forte Tiuna?

Ya le había planteado a la embajadora norteamericana Donna J. Hrinak* la salida de la Misión Militar de Forte Tiuna. Ella llegó a mi oficina un buen día con el jefe de la Misión. Le dije que el jefe de Estado me había dado instrucciones para que salieran de allí los militares estadounidenses. “¿Cómo?, eso no puede ser” –me respondió ella. “Eso sí puede ser. Lo digo en serio; muy en serio, embajadora”. Me respondió: “Esto va a traer malas consecuencias...” “Las que usted quiera, las consecuencias que usted quiera” –le dije, y algo más: “Solo sobre bases de reciprocidad podremos mantenerla. Es decir, si usted permite una Misión Militar venezolana en el Pentágono. En tal caso, no tenemos ningún problema en mantener la suya aquí”. “Pero eso no se usa”. “Justamente, es lo que queremos, que se use. Esta es la nueva concepción que impera en las fuerzas armadas venezolanas. Aquí no aceptamos Misión Militar cubana, ni francesa, ni italiana, ni norteamericana”. La mujer se iba desvaneciendo a medida que escuchaba la decisión de nuestro gobierno.

Fue otra de las enseñanzas del golpe. Ellos no podían estar allí, en el corazón del ejército. Realmente tuvieron una enorme responsabilidad en todo lo que aconteció por esos días. Ahora la antigua Misión Militar norteamericana se ha convertido en un centro de misiones para el pueblo.

*Se desempeñó como embajadora de EE.UU. en Venezuela de 2000 a 2002. Fue sustituida veinte días antes del golpe de Estado por Charles S. Shapiro, quien fungió como agregado militar en Chile durante el golpe de Estado a Salvador Allende. Shapiro ejerció también en El Salvador y Nicaragua, durante la guerra sucia.

¿Qué otras evidencias tuvieron de la participación norteamericana en el golpe?

El gobierno de Estados Unidos estuvo metido con dinero, con orientación, con acciones de Inteligencia y, directamente, en la Misión Militar en Tiuna. Comprometidos por completo. Hubo una presencia activa de los militares de ese país la noche del 11 de abril –para hablar solo de esa noche–, con la presencia de varios oficiales.

Además de la norteamericana, ¿qué otra embajada estuvo implicada en la asonada golpista? **155**

La embajada de España. Hasta le habían hecho la banda presidencial a Carmona en Madrid,* una con cierres mágicos que se ajustaba a cualquiera. El gobierno de Aznar se alineó por completo desde el primer momento, junto al de Bush, por supuesto. Los embajadores de ambos países estuvieron activos en todo momento, directamente implicados. No hay la menor duda. Participaron en la gestión golpista y estimularon a factores internos venezolanos.

Les dije de todo

Durante las horas del golpe ¿qué hizo?

Estaba consciente de que sería una de las primeras víctimas del fascismo. Permanecí en un lugar seguro hasta el día 13, cuando el gobierno golpista comenzó a desmoronarse. Regresé a Miraflores y entré al regimiento de la Guardia Presidencial, donde estaba el coronel Jesús Morao Cardona. Desde ahí empezamos el cerco y hablé con Vázquez Velasco, quien me aseguró que había una fórmula para superar la situación. “¿Qué fórmula? ¿Reponer a Chávez?” –le dije–. “No, no,

*Carmona encargó personalmente a una sastrería de efectos militares en Madrid la banda presidencial. Fue encontrada entre los objetos abandonados por el golpista y figura entre las pruebas a su cargo. Manuel Viturro de la Torre era el embajador de España en Caracas y fue a Miraflores junto con Shapiro, a entrevistarse con Carmona el 13 de abril.

nombrar al Presidente del Tribunal Supremo como sustituto de Carmona”. Además me reveló que junto a él se encontraban los agregados militares norteamericanos, y que esa fórmula contaba con su apoyo.

Le respondí que estaba seguro de que Rincón no lo aceptaría, y mucho menos el pueblo. Ahí terminó la conversación.

A los pocos minutos me volvió a llamar Vázquez Velasco y le comuniqué: “General, usted no tiene otra salida que la de rendirse”. “¿Cómo me dice eso?” –respondió extrañado. “Estoy en Miraflores, que está tomado por el pueblo”. “¿Cómo es posible!” –exclamó, y añadió: “No, eso no puede ser”. Tomé nuevamente la palabra y le dije que tenía delante a miles de personas dispuestas a todo, y volví a conminarlo para que se rindiera. Y él: “No, no”. “Mire, asómese a la ventana, porque se está desplazando en este momento el Batallón Bolívar” –volví yo a la carga. Entonces me colgó el teléfono.

Usted fue al Ministerio de Defensa al enterarse de que los golpistas estaban detenidos. ¿Qué les dijo cuando los tuvo delante?

Sentí un enorme coraje por la traición y les dije de todo. Vi al general de División Manuel Antonio Rosendo, trémulo, lleno de pánico, allá en el quinto piso del Ministerio de Defensa. No sabía qué hacer. El general Lucas Rincón tuvo que decirle: “Oye, tómate un café, para ver si te calmas”.

Llegué con Pepe, mi hijo, a Fuerte Tiuna alrededor de las ocho de la noche. Todavía había tropas desplegadas. Al entrar en la sede del Ministerio de Defensa me tropecé con el general Guaicaipuro Lamedá, expresidente de PDVSA, que salía en desbandada. Las ratas salían huyendo...

En la antesala de mi despacho me recibió el coronel José Gregorio Montilla Pantoja y me comunicó que dentro de la oficina se encontraba Pedro Carmona. Al verlo, lo increpé fuertemente y le dije que era el responsable de toda esa vaina. Él no sabía qué responder. Estaba todo confundido.

También se encontraban allí los generales golpistas. Los mandé a sentar y, al mismo tiempo, los insulté. Les dije de todo. Creo que no me faltó nada. Estaban totalmente desmoralizados.

¿Tuvo oportunidad de darles esas opiniones a los diplomáticos norteamericanos?

Sí, cómo no. Les dije cosas muy duras, que le repetí hace poco a Charles Shapiro, el embajador norteamericano. Él llegó a Caracas el 25 de febrero de 2002, como sustituto de la señora Hrinak. Le volví a decir el otro día: “Tú eres un golpista”.

Antes de regresar Chávez a Miraflores, ¿pudo hablar con él?

Sí. Desde el Ministerio de Defensa lo llamé a La Orchila.

¿Cómo reaccionó?

No lo podía creer. Yo le dije: “Estamos aquí, coño. Tenemos a todos esos carajos presos”. Le pasé al general López Hidalgo, quien le informó de la decisión militar. Al despedirme le dije: “Nos vemos en Miraflores”.

El huracán se desató

¿Usted pensó que regresarían tan pronto al poder?

No, nadie podía pensar eso, fue una sorpresa para todos. Un regalo que nos dio el pueblo, porque si en algún acto se demostró la capacidad de movilización del pueblo, fue en el del 13 de abril. A mí no me pueden decir que fue una cosa de movilización del aparato ni nada de esa vaina.

Fue totalmente espontáneo.

Un huracán se desató.

¿Eran conscientes de tan tremendo apoyo?

No, no teníamos conciencia. Claro, nosotros ya percibíamos que todo estaba cambiando. Empezaron a llamar distintos oficiales. Un comandante del Batallón de Caracas me llamó como al mediodía y me informó que actuarían contra los golpistas. Ahí ya se notaba que esos no controlaban la Fuerza Armada, y mucho menos al pueblo. En el bando opositor la calle estaba desolada. Ellos movilizaron unas 200 000 personas

para la marcha suicida, para llevarla directamente a la masacre, pero luego esa gente se esfumó.

Por eso hablé de un golpe virtual, de la virtualidad en el seno de la Fuerza Armada y en la calle. Concepto que fue objeto de mucha polémica. Pero fue así.

La llamada de Fidel fue decisiva para que no hubiera inmolación. Fue determinante. Su consejo nos permitió ver mejor en la oscuridad. Nos ayudó mucho.

¿Piensa escribir sobre todas estas vivencias?

Tengo muchas notas y quiero escribir sobre las primeras veinticuatro horas del golpe, a partir de anécdotas.

Una de las imágenes más conmovedoras del regreso de Chávez es la del abrazo que él le da a usted. ¿Qué se dijeron en ese momento?

Que aquella noche terrible, cuando iba saliendo de Miraflores, él me había observado. Le había llamado la atención que me fuera rezagando y notó una rara expresión en mis ojos. Creo que él pensó que me podía suicidar. Yo estaba así recostado a una pared. La gente rodeaba al Presidente y consideré impertinente despedirlo. Tenía muy claro lo que estaba pasando. Él me contestó que, en efecto, me había visto, y aunque no tenía posibilidad de acercarse, vislumbró una cosa extraña en mi mirada.

No sé..., yo simplemente estaba convencido de que había ocurrido un hecho fatal y de que esa era la salida menos mala. Hasta sugerí en algún momento irnos a Maracay o al 23 de Enero, que nos quedaba muy cerca. Pero no había manera de salir de la ratonera; hubiésemos podido resistir, pero eso habría significado sacrificar al pueblo. No te olvides: fueron sesenta los generales y almirantes alzados .

¿Después del 15 de agosto de 2004, qué?

No sé qué inventarán, pero ya no nos tomarán desprevenidos como el 11 de abril. Aquí dicen que cuando a alguien lo pica una culebra, se asusta con solo ver a una lagartija. Tene-

mos experiencia, hemos asimilado los golpes, hay más unidad entre el pueblo y la Fuerza Armada. Gracias al 11 de abril, recuperamos las fuerzas armadas; gracias al 2 de diciembre, recuperamos la industria petrolera; gracias a la guarimba, recuperamos la calle. Hasta estamos recuperando la televisión y las telenovelas y entrando en el santuario de la oligarquía y de la política de los intelectuales del sistema opositor.

Ellos asumen la historia como fatalidad

En una reciente intervención pública, usted analizó la similitud entre los represores de la IV República y la oposición actual.

Los represores de la IV República son los mismos que están actuando como fascistas en la calle y fueron instruidos por Estados Unidos y por la gusanera miamense. A este país, los organismos de Seguridad e Inteligencia lo sembraron de contrarrevolucionarios cubanos, esbirros de la dictadura de Batista, y la instrucción recibida en la Escuela de las Américas fue determinante para los torturadores. Venezuela fue el primer país donde surgió la figura del desaparecido. No fue en Argentina, ni en Guatemala, fue en Venezuela, y aquí ni siquiera hubo “leyes de punto final ni de obediencia debida”. Se extendió, sobre la sociedad y las instituciones, una gruesa capa de indiferencia como resultado del desprecio por la ley y por los adversarios políticos. Todas las prácticas de torturas y de represión se ensayaron, inicialmente, aquí.

Esa gente es la que ahora se encuentra en la oposición, y ensayaron nuevamente una represión brutal en abril de 2002, durante las cuarenta y ocho horas que estuvieron en el poder. Además, controlan las decisiones del Tribunal Supremo, que dio un trato privilegiado a los golpistas, a los sabotadores de la industria petrolera, a los que en cualquier otro país estarían tras las rejas cumpliendo largas penas de prisión.

En abril de 2002 vimos con qué rapidez el monstruo represivo sacó las garras y empezó a detener y matar gente en

los barrios. Le vimos la cara al fascismo y es muy difícil que este nos derrote. Ni por la vía electoral ni por ninguna vía.

¿Qué quiso decir usted cuando afirmó que los represores de ayer y de hoy habían asumido la historia de Venezuela como una fatalidad?

Significa que el comportamiento de los sectores que gobernaron a Venezuela y están hoy en la oposición, va contra el ser humano. Manejan antivalores en su racismo solapado o abierto, en su conducta discriminatoria, en el desprecio a quienes ellos mismos califican como “pobres”, en el desprecio a la igualdad, la norma y los principios. Solo cuenta en esa ideología pesimista, antihistórica, determinista y fascista, la defensa de lo convencional, el culto por la fuerza, la interpretación maniquea del mundo y el rechazo a cualquier idea de progreso o mejoramiento social.

¿Cómo apoyó el golpe la mafia cubana de Miami?

Estuvo presente en el golpe y hay pruebas de sobra. Una vez vino a esta misma oficina un alto funcionario norteamericano. Me dijo: “Mire, estamos preocupados en Estados Unidos porque hay muchos cubanos en Venezuela”. Le respondí: “Sí, nosotros también estamos muy preocupados. Tenemos más de cincuenta mil cubanos en Venezuela, enemigos de Castro y de Chávez, que disfrutan de buenas posiciones económicas, sociales, que manejan muchos recursos, y nos preocupa esa presencia cubana en este país. No es nada buena”.

¿Se puede repetir otro 11 de abril?

No, no lo creo posible. Pero no descarto la posibilidad de que planifiquen un magnicidio. Eso es lo que están calculando. Siguen sopesando si el costo social y humano del magnicidio compensa la aventura.

¿Cuántos planes de asesinato contra Chávez han sido abortados en estos últimos años?

Que yo sepa, por lo menos veinte. De todo tipo.

¿Cuál ha estado más cerca de ejecutarse?

El empleo de una bazuca que tenían cerca del aeropuerto de Maiquetía. Iban a dispararle al avión presidencial. Algo muy similar a lo que planearon contra el Presidente Fidel Castro en Isla Margarita. Los detalles se hicieron públicos, pero los medios de comunicación banalizaron absolutamente el hecho.

Si tuviera que elegir una característica que defina la personalidad de Hugo Chávez, ¿cuál escogería?

Su capacidad de liderazgo. Hay que reconocer la manera en que administra el liderazgo, cómo va a fondo cuando su olfato político le indica que debe ir, y es capaz de retroceder con una extraordinaria habilidad cuando su olfato político lo aconseja.

Estos cinco y tantos años de proceso bolivariano han sido expresión, precisamente, de esa capacidad de conducción, de cómo sabe él administrar las derrotas y sacar partido de ellas. Le sacó partido al golpe, le sacó partido al sabotaje petrolero, le sacó partido a la guarimba, a los militares de Plaza Altamira. Recicló todo ello y lo convirtió en victoria. Algunos compañeros le han señalado rasgos de debilidad, porque no se ha ensañado con sus enemigos. Frente a esas indiscutibles victorias, ha actuado con altura, con grandeza moral.



UNA HORRIBLE PESADILLA

Toda la vida leyendo sobre golpes de estado fascistas, y lo último que podía imaginar era que iba a vivir uno tan cerca. El golpe contra Salvador Allende lo tenía fresco en la memoria y en el dolor de mi familia —mi padre fue amigo del Presidente chileno—, y era difícil asimilar que aquel 11 de abril de 2002 estuviéramos de lleno en uno parecido. Mi padre, incluso, había llamado a mi madre y le había dicho que era muy probable que no saliéramos vivos de Miraflores.

Sentía que estaba viviendo una horrible pesadilla. Me encontraba dentro de la oficina presidencial. Allí, sentado en una silla, veía pasar angustiados a los militares leales y también a los golpistas con sus noticias

tenebrosas: “En 15 minutos se va a bombardear Miraflores” –dijo uno. Chávez ya estaba vestido de militar y mi padre hablaba de resistir, de no permitir que tomaran impunemente el Palacio, que había que inmortalarse. El fantasma de Allende pesaba sobre nosotros con una fuerza enorme. Recordaba, como si viera una película, los detalles de septiembre de 1973, los tiros, el modo en que la gente reaccionó ante los militares de Pinochet. “Me imagino que cuando vaya a empezar el bombardeo nos meterán en un sótano”. Pero nadie hablaba de sótanos y la gente entraba y salía con nubarrones en la cara. Chávez estaba muy pensativo, casi no hablaba. A su lado tenía un sándwich que no había probado. Mi padre le hacía algún comentario al Presidente, y salía a impartir órdenes a los militares que no reaccionaban. “Llamen a la guarnición tal; busquen a fulano”, y los tipos no se movían, o se enredaban, o se miraban entre ellos, y nada. En un momento, Chávez le preguntó a la gente: “¿Qué hacemos?” Varios dieron sus opiniones y yo, que me sentía como si hubiera estado colado en aquel lugar, me animé también a hablar por el enorme afecto que le tengo al Presidente: “Mire, creo que tenemos que armarnos y enfrentarnos. Si vemos que el ataque de la fuerza contraria es mayor que el nuestro, nos rendiremos. Pero vamos a pelear”. Había miles de personas alrededor del Palacio. El Presidente reaccionó con mucha serenidad: “No habrá un baño de sangre. Jamás permitiré que mueran inocentes”.

José Vicente Rangel Ávalos, alcalde del municipio Sucre e hijo de José Vicente Rangel Vale.

Mi historia apenas comienza

Nació el 8 de febrero de 1952, en la parroquia El Valle, al pie de los cerros caraqueños. Allí vivió su infancia y toda su adolescencia de familia pobre y numerosa. Desde su despacho en Fuerte Tiuna se distingue su barrio natal, sin tamices entre el amplio balcón que se abre a la garganta profunda de Caracas y las casitas y edificios desdibujados ahora por la caída de la tarde. **163**

Bolívar, por supuesto, tiene un lugar privilegiado en la pared, y una estatuilla del Libertador sobresale entre una pequeña legión de santos, banderitas y fotos familiares que reposan en el estante junto a la mesa de trabajo del ministro de Defensa venezolano, general en jefe Jorge Luis García Carneiro. Es amplio y sobrio este despacho, pero no tanto como podría suponer quien conoce que en este mismo lugar estuvieron detenidos, durante varias horas, miembros de la cúpula fascista que usurpó la presidencia de la República en abril de 2002.

La infancia

¿A qué se dedicaban sus padres?

Mi mamá era partera, y también componía y vestía muertos. Cuando alguien moría en el barrio, la llamaban y ella agarraba un maletín donde tenía agujas, formol y unas cortinas blancas y lazos negros para decorar el velorio. Se acostumbraba velar a la gente en las casas, y no en las funerarias, como ahora. No cobraba por eso, era una especie de asistencia al pobre. También se ocupaba de los quehaceres del hogar.



Mi papá se dedicaba al comercio. Aún vive y siempre estuvo con nosotros. Tuvimos una formación familiar muy estricta, más por el lado de mi mamá. Papá siempre fue un hombre permisivo, tranquilo. Ni siquiera recuerdo que haya regañado a un hermano mío. En cambio, mamá sí era dura, muy fuerte de carácter.

¿Cuántos hermanos son?

Somos siete: cuatro hembras y tres varones. Yo soy el sexto.

¿Los siete cursaron carreras?

Los siete nos graduamos con mucho sacrificio. Tengo bien claro de dónde vengo. Sé el trabajo que pasaron mis padres para mantenernos a los siete. Todos estudiamos en la escuela Gran Colombia y nos graduamos de sexto grado en ese plantel. Unas hermanas obtuvieron el título de bachiller técnico-mercantil, otros fueron bachilleres de la Normal, y yo me gradué de bachiller en el Liceo Pedro Emilio Coll. Luego presenté examen de ingreso en el Instituto Pedagógico de Caracas para estudiar Historia y Geografía; quería ser profesor de esas materias.

Hice mi último examen para entrar en el Pedagógico el 25 de julio y, sin embargo, entré en la Academia Militar el 8 de agosto del año 1971. O sea, tuve apenas diez días de vacaciones. Cuando ya estaba en la Academia me recriminaba: “Coño, si hubiese empezado en el Pedagógico...” Pero esas dudas pasaron rápidamente. Al fin me decidí por la carrera militar.

¿Recuerda cuándo conoció a Hugo Chávez?

Lo conocí aquella mañana del 8 de agosto de 1971, en el teatro de la Academia Militar de Venezuela, cuando nos estaban recibiendo. Durante los cuatro años de formación uno llega a conocerse tanto que yo puedo decir que desde entonces supe que era alguien de mucho mérito, un muchacho sumamente inteligente, siempre ocupó los primeros puestos y tenía cualidades excepcionales como locutor –lo descubrí un día en que fue el animador en un certamen de Reina de Belleza.

Fuimos juntos al curso de paracaidismo, algo que une mucho a los oficiales. Nos graduamos el 5 de julio de 1975, él en la especialidad de Comunicaciones, y yo de Infantería. Después, con el grado de teniente, Hugo hizo una reclasificación de arma y se fue a los blindados. Yo seguí en Infantería.

Quizás por la diferencia de armas no pudimos conocernos entonces más de cerca, pero siempre mantuvimos el contacto y nos reuníamos a cada rato. Un dato que no se puede desconocer es que muchos de los seguidores de Chávez, como él, pertenecen a nuestra promoción, la Simón Bolívar.

¿Cuándo se encuentra nuevamente con Chávez?

Después de la Academia uno siempre se veía. Nos tropezábamos durante los permisos, en Caracas, o en los cursos, también cumpliendo determinadas funciones en una guarnición. Y después, cuando fuimos a pasar la escuela de Estado Mayor en el Ejército me le adelanté, e hice el curso de Estado Mayor primero que él.

¿Por qué dice que fue usted primero?

Cuando yo estaba comandando un batallón, entró él a la escuela superior como alumno. Debíamos haberla hecho juntos, éramos de la misma promoción. Pero los oficiales superiores hacían todo lo posible para impedir que él comandara tropas, que ascendiera. Se oían comentarios de que estaba implicado en una posible asonada golpista, y no solo trataban de evitar su ascenso, sino que empezaron a hacerle presión para reprobarlo en los exámenes. Le marcaban lo que fuera, hasta una coma. Aunque para raspar a Chávez Frías costaba, porque, verdaderamente, creo que es uno de los profesionales más brillantes que he conocido en toda mi carrera. Siempre se graduó entre los primeros, incluso cuando tantos se empeñaron en evitarlo.

La rebelión

¿Dónde se encontraba usted cuando los sucesos del Caracazo?

En San Juan de los Morros, en la división de Caballería.

Era el ayudante del general Morales. Chávez estaba de reposo por problemas de un dengue que tenía.

De lechina (rubéola).

Algo así, y a Felipe Acosta Carlez, que estaba en la Academia, le dieron la orden de ir a atender un supuesto brote de violencia: ahí lo mataron. Fue el 27 de febrero de 1989, el mismo día en que “bajaron los cerros”.

¿Conocía a Felipe?

Sí, fue compañero de nosotros. Y me fue muy cercano, porque él sí era infante; estuvimos juntos en diferentes unidades en el Batallón del Cuartel General Daniel Florencio O’Leary.

¿Usted estuvo vinculado al Movimiento Bolivariano?

No. Chávez y su grupo venían trabajando con el Movimiento. Eran muy reservados por las graves consecuencias que podía acarrearles ser descubiertos. Yo me encontraba en la zona fronteriza, quizás por eso nunca se comunicaron conmigo. Eran difíciles las comunicaciones. Debía utilizarse el radio y por ahí no podían decirme absolutamente nada.

Soy franco. No sabría decirles qué respuesta habría dado, tendría que haber vivido ese momento. Lo que sí les digo es que, cuando se produjo la rebelión de febrero de 1992 y vi a Chávez por televisión asumiendo valientemente la responsabilidad de lo que había ocurrido, me llené de orgullo. Sentí que por lo menos tenía un compañero con entereza para asumir una responsabilidad de tamaña envergadura.

A mí me sorprendió la rebelión cuando era el primer comandante del Batallón de Infantería Carabobo, en la frontera con Colombia, en el Alto Apure, donde funcionaba el Teatro de Operaciones Número 1. Como en ese tiempo la guerrilla colombiana estuvo haciendo acciones irregulares, ahí estuve destacado prácticamente mis tres años de teniente coronel. Recuerdo que, poco después del 4 de febrero, estábamos reunidos en el casino de oficiales y un diputado de la época

gritó: “Mueran los golpistas”. Eso fue suficiente para que, automáticamente, en las elecciones, el pueblo le cobrara la ofensa, tanto es así que nunca más salió electo diputado.

Abril de 2002

¿El golpe lo sorprendió?

168

CHÁVEZ NUESTRO

A pesar de que había información sobre un posible golpe, y se hablaba incluso de un supuesto malestar general, tengo que reconocer que para mí sí fue una sorpresa. El 10 de abril, en esta misma oficina, nos reunimos José Vicente Rangel, entonces ministro de Defensa; el inspector general de la Fuerza Armada, general Lucas Rincón; el comandante del Comando Unificado de la Fuerza Armada Nacional (CUFAN), general Manuel Rosendo; Efraín Vázquez Velasco, comandante general del Ejército; y yo. También, el jefe del Estado Mayor Conjunto, el vicealmirante Bernabé Carrero Cubero y el comandante de la Armada, vicealmirante Jorge Sierraalta Zavarce. Recuerdo que hablábamos sobre la marcha de la oposición, que se iba a desplazar desde el parque del este hasta Chuao. Supuestamente, todavía no se había detectado nada, y de repente sale el pronunciamiento del general Néstor González González, ex comandante de las escuelas del Ejército, donde expone que no obedecerá al Presidente de la República como comandante en jefe.

En ese momento, frente al televisor, empecé a ver actitudes raras y a sospechar que ya había una participación premeditada en algo muy peligroso, no solo de González González, sino también de Rosendo Manuel y Vázquez Velasco.

Usted llevaba poco tiempo comandando las tropas de Caracas...

Era general de División y llevaba un mes oficialmente en el cargo de comandante de la guarnición de Caracas, con jurisdicción en la gran Caracas. Había estado antes en Mérida durante dieciocho meses, y de ahí me pasaron a la división de San Cristóbal. Cuando estaba en este último lugar, el Presi-

dente me llamó para que viniera a cumplir funciones como jefe de su Casa Militar. Permanecí seis meses allí. En enero decidió darme la guarnición de Caracas.

*¿Cuándo se decidió la activación del Plan Ávila?**

Se decidió después que anunciaron por la televisión que la marcha de Chuao se había desviado a Miraflores.

¿Usted estaba en el edificio del Ministerio de Defensa en ese momento?

Sí, y oí cuando el doctor José Vicente Rangel llamó a Marcel Granier, director de *Radio Caracas*, y le preguntó qué era esa locura, que cómo era posible que se fuera a desviar la marcha hacia Miraflores. Con la gran cantidad de gente que había allí en ese momento sería inevitable el encontronazo entre los dos grandes bloques, y eso era altamente peligroso.

Pude captar en la conversación que Marcel Granier le aseguraba a Rangel que iba a hacer todo lo posible para desalentar el cambio de la marcha. El ministro también llamó al doctor Alberto Federico Ravell, presidente de *Globovisión*, y le repitió lo mismo, en iguales términos. También se comprometió a hacer algo para detener la marcha. Sin embargo, ambos fingían ante Rangel. No hicieron absolutamente nada. Estaban en la componenda, con todo diseñado. Creo que hasta previeron ese tipo de conversación.

Luego se decidió hacer un pronunciamiento para la televisión. En el sótano había unas cámaras. José Vicente le pidió a Lucas Rincón que, como inspector general del Ejército, transmitiera tranquilidad al país e hiciera un llamado a la calma. Él era el militar de mayor rango dentro de la Fuerza Armada. Cuando todos bajamos para ver la alocución, desapareció Vázquez Velasco. Se había escondido en un baño y no aparecía. Llegó Rosendo, pero Vázquez jamás.

*Plan Ávila: Estrategia militar concebida para resolver graves conflictos internos sin represión.

Ante esa situación tan difícil me trasladé de inmediato hasta la Tercera División, que era donde estaba mi comando. Recuerdo que le pedí al general Wilfredo Ramón Silva que saliera de una reunión donde estaban todos los generales, porque se dudaba de Vázquez Velasco. Después de su desaparición en el baño, este hombre convocó urgentemente a todos los generales del Ejército que estaban en Caracas a una reunión en el quinto piso de la comandancia del Ejército, y los puso delante de la televisión para que vieran lo que estaba sucediendo.

En esa reunión trataron de convencer a un grupo de oficiales de que el Presidente ya no tenía el control del gobierno, que prácticamente había perdido su autoridad y su legalidad. Es decir, los invitaban a pasarse a las filas del golpismo. Todo eso me lo explicó el general Wilfredo Silva cuando le pedí que saliera de la reunión. Solicitó permiso y se fue para la Tercera. Ahí es cuando le dije: “Vamos a activar el Plan Ávila. Vamos a proceder de una vez como tenemos previsto”. Se trataba de tomar los puntos críticos en la zona, particularmente en torno a Miraflores. Alertamos a todas las unidades y las concentramos en el patio del Batallón Bolívar. Fuimos al Batallón Ayala, sacamos los tanques y los armamos con sus municiones. Pusimos en disposición combativa a todos los vehículos que lograron arrancar su motor. De 45 tanques solo se quedaron ahí parados como 9. El resto vino para acá.

Fallaron los servicios de Inteligencia

¿Chávez estaba al tanto en ese momento de todo lo que sucedía en Fuerte Tiuna?

No. Él no estaba al tanto de lo que veníamos haciendo. No pude alertarle antes. Era imposible.

¿Y los servicios de Inteligencia no habían detectado nada?

He conversado con varios oficiales de la Inteligencia y me han dicho que habían hecho algunas alertas al Presidente:

“Mire, este está conspirando, ese otro se anda reuniendo”, pero, en verdad, no se había dado mucha credibilidad a esas informaciones y la mayoría de las veces ni se verificaban. Eso, lamentablemente, se fue complicando cada vez más, y llegó un momento en que el grupo de conspiradores era bastante grande, mucho más de lo que se había sospechado.

Yo mismo creía, el 11 de abril, que eran dos o tres los traidores, y resulta que salieron más de 100 oficiales de alto grado comprometidos, casi todos sin mando. Entre los generales, los únicos que tenían mando eran el comandante del Ejército y el segundo comandante, José Félix Ruiz Guzmán.

Pero usted habló ese día con Chávez.

Por pura casualidad. Cuando estaba en el Batallón Bolívar oí los intentos del Presidente de comunicarse con el general Rosendo, ya a esas alturas en pleno zafarrancho golpista. Empezó a llamar a Rosendo por radio, por su clave. El general era Tiburón 3, y yo, Tiburón 6. Oí su voz: “Aquí Tiburón 3”, “Tiburón 3, aquí Tiburón 1”. Rosendo no le contestaba. Al ver la insistencia del Presidente, yo le contesté.

¿Qué le dijo?

“Mire —le dije—, yo le estoy oyendo, voy para el Palacio. Tengo a la gente en formación y dispuesta a poner en práctica el Plan Ávila. Lo único que quiero es que usted me ordene para cuándo”. Él me preguntó que cuánta tropa tenía. “Todas las que contempla el Plan, más los tanques”. “Mira —me respondió—, vamos a hacer una cosa, mándame 20 tanques para la seguridad del Palacio y quédate ahí con las tropas”.

En ese momento le pedí al general Wilfredo Silva que saliera inmediatamente con los tanques para Miraflores y que utilizara la vía de la Alcabala 3, por los túneles que desembocan en la avenida Sucre, la vía más rápida y que consideramos con pocas posibilidades de choque con la población.

¿Usted qué hizo?

Me llamaron del Ministerio y me ordenaron presentarme de inmediato ante el general Lucas Rincón. Cuando llegué me informaron que saldríamos en helicóptero hacia Miraflores, porque el Presidente iba a hacer un pronunciamiento. En el helicóptero estaban también el general Rosendo, el almirante Sierraalta Zavarce y el general Francisco Belisario Landis, comandante de la Guardia Nacional. Entonces empecé a oír que ellos le dirían al Presidente que no se podía hacer nada, que todo estaba ya perdido, que la Guardia Nacional desconocía a su comandante, que el comandante del Ejército también se había alzado y haría un pronunciamiento, que no se sabía qué estaba pasando en varias guarniciones con la Armada. Prácticamente le iban a pedir a Chávez que renunciara. El doctor Rangel no estaba de acuerdo con semejante propuesta.

¿Venía con ustedes también?

Sí. “No le vamos a plantear que todo está perdido, la cosa tampoco es así” –decía él. Cuando llegamos al Palacio, eran como las seis y treinta de la tarde, ya casi oscuro. Entramos y en lo que esperábamos a que el Presidente nos atendiera, le dije al general Lucas Rincón que yo no hacía nada ahí, pues no pertenecía al alto mando. “Creo que debo estar donde tengo las tropas. Me preocupa que estén solas en Fuerte Tiuna, y quiero estar allí”. El general Lucas Rincón me autorizó. Le pedí prestado un carro al ministro Nelson Merentes y salí por la parte posterior del Palacio directo al Fuerte.

¿Qué iba pensando durante el trayecto?

Que me iban a meter preso. Había un clima bastante enrarecido, pero yo veía cada vez más clara la conspiración. Pasé sin problemas por la alcabala. Estaba dispuesto a entrar a como diera lugar. Realmente me sorprendió que hubiera podido pasar sin problemas. Eso da una idea de la locura y la confusión que reinaban.

Seguí directo al Batallón de Intendencia. Estaba preocupado. Antes de montar en el helicóptero había mandado a encerrar a

algunos de los oficiales alzados que lograron tomar la Alcabala 1 y la 3, la de la Universidad Nacional Experimental Politécnica de la Fuerza Armada Nacional (UNEFA). Prácticamente, ellos se habían apoderado de los principales puntos de entrada del Fuerte. Cumplían instrucciones del general Martínez Hidalgo para obstaculizar el tránsito dentro de Tiuna y bloquear la vía de acceso hacia el Occidente (Maracay, Valencia); llegaron a meter aquí todos los carros que encontraron en la zona de la autopista regional del centro. Entraron gandolas, camiones, autobuses... Querían congestionar el Fuerte e impedir con semejante tráfico que salieran los tanques.

¿Cuándo ocurrió esto?

Antes de hablar con el Presidente. Cuando él me pidió por radio los tanques, ya teníamos liberada la Alcabala 3. Había ordenado sacar de allí a todos aquellos carros civiles.

¿Cómo fueron liberadas las alcabalas?

Tuvimos que detener a tres capitanes que estaban al frente de las alcabalas. Por tanto, cuando yo vine de Miraflores fui directamente a hablar con los detenidos. Ahí estuve hasta las ocho y media o las nueve de la noche. A esa hora me quisieron tomar preso a mí.

¿Por qué los tanques no estaban en Miraflores como pidió el Presidente?

Cuando los tanques llegaron al Palacio, el comandante del Batallón de Tanques, también golpista, atendiendo a una llamada telefónica que le hizo Vázquez Velasco, ordenó el regreso de los tanques. Fue decisivo. Cuando salieron los blindados, comenzaron las amenazas contra el Presidente, a decirle que habría matanza si no renunciaba, que iban a bombardear Miraflores.

Incertidumbres

¿Quién ordenó su detención?

El general Luis Castillo Castro, con un coronel y un grupo de soldados. Se aparecieron en la Intendencia. Ahí mismo saqué

la pistola y le dije al general: “Si intentas hacerme preso, tú sabes a lo que estoy dispuesto”. No pensaba dejarme agarrar. Y seguí: “Así que si quieres, procede, porque te voy a volar la cabeza”, siempre con la pistola en la mano. Primero titubeó y luego desistió. Le pregunté rápidamente al coronel José Gregorio Montilla Pantoja: “¿Ese es tu carro?” “Sí”. Nos metimos los dos en el carro y le dije: “Vámonos a Miraflores”.

A la altura de El Paraíso, el túnel estaba trancado. Uno de los alcaldes golpistas, con la policía municipal, había bloqueado la vía. A todos los carros que estaban delante les habían quitado las llaves, de modo que los que venían detrás no podían avanzar.

Lo cierto es que nosotros quedamos inmovilizados casi a la salida del túnel. Pero ahí mismo dimos la vuelta, nos fuimos en sentido contrario, cambiando las luces, zigzagueando entre los carros que venían de frente, hasta que salimos al cementerio.

Allí cortamos hacia el edificio de la DISIP, en la avenida Victoria. Los golpistas ya habían tomado ese lugar, habían apresado al director, capitán Carlos Aguilera. En cuanto llegamos, por poco caigo preso yo también.

¿Lo detuvieron?

No. Carlos Aguilera reaccionó con astucia. Le dijo a los golpistas que yo lo había ido a buscar para llevarlo preso a Fuerte Tiuna. Ellos aceptaron que Carlos se fuera conmigo y en cuanto se montó en el carro me conminó: “Vámonos, vámonos”. Empezamos a dar vueltas por Caracas, vueltas, vueltas y más vueltas estudiando la situación, sin saber exactamente qué hacer. En eso me llamaron, para que me presentara en la comandancia —ya eran como las doce de la noche o la una del día 12—. Me prometieron que no habría represalias, que solo querían hablar conmigo.

¿Quién lo llamó?

El coronel Granadillo. Consulté con mis compañeros y decidimos entregarnos para ver qué pasaba. Subimos hasta el

quinto piso de la comandancia del Ejército, y allí se encontraba la plana mayor de los generales golpistas. Me encerraron en el baño del comandante.

Al rato se abrió la puerta y se presentó el general Enrique Medina Gómez, agregado militar de Venezuela en Estados Unidos, quien sorpresivamente había llegado a Caracas el mismo día del golpe. Él me comunicó que esa acción venía gestándose hacía bastante tiempo y que la única forma de que ocurrieran menos muertes era tal y como estaban procediendo.

Ahí fue donde me convencí de que, efectivamente, todo estaba muy bien organizado, y que tenían planificada una matanza en Puente Llaguno para justificar la participación de la Fuerza Armada contra el Presidente. Si convecian a los jefes de mando de que no había otra opción que reconocer el golpe, no tendrían que sacar las tropas a las calles. La cúpula golpista sí sabía que matarían primero a unos cuantos inocentes para decidir la situación y controlar a los jefes militares leales al Presidente.

¿Qué actitud asumió usted?

Cuando ellos empezaron a decirme todas esas cosas, asumí una actitud pasiva. Me convenía. Necesitaba saber cuáles eran sus planes, y les seguí la corriente sin comprometerme a nada: “Ah, bueno, está bien, ustedes lo pensaron así”. Estaba tratando también de ganar ventaja para salir de aquel enredo.

Transcurrió como media hora desde la conversación con Medina Gómez, cuando entró Vázquez Velasco acompañado del general Henry Lugo Peña, que había sido jefe de la Casa Militar. Escuché cuando Lugo Peña le dijo a Vázquez Velasco: “Coño, yo creía que tú te ibas a rajar”. “¿Cómo me voy a rajar? No, está decidido” –le contestó. En el despacho del comandante ya estaba Pedro Carmona. Cuando salieron los dos generales, detrás me fui yo. Como ellos no me vieron en actitud belicosa, me dejaron tranquilo.

¿Cómo era el ambiente en ese lugar?

De euforia. Carmona estaba sentado en la mesa del comandante general, y ellos, en su gran mayoría, alrededor de él. Unos echando cuentos; otros, riéndose... Todos, celebraban, festejaban, porque habían logrado, pues, su objetivo.

¿Estaban allí los militares norteamericanos?

Sí. Había dos oficiales norteamericanos.

¿Recuerda los nombres?

Los nombres no, pero sí las facciones, el corte de pelo, la manera en que hablaban. Uno reconoce al gringo donde sea.

¿Vestían uniforme?

No. Estaban de civil, pero armados con un fusil. Me llamó mucho la atención, pues era la primera vez en mi vida que veía un fusil con granadas caladas. Después supe que se trataba de un M-203.

Se dice que allí estaban el teniente coronel James Rodgers y el coronel Ronald McCammon, quienes fueron instalados en el quinto piso de la comandancia y allí permanecieron hasta el fracaso del golpe...

Exactamente, esos eran sus nombres. Conocí después su verdadera identidad, pero en ese momento era la primera vez que los veía y solo estaba seguro de que eran dos militares gringos.

Que participaban en la celebración...

Sí. Se les veía eufóricos. Recuerdo que se presentó el general Carlos Alfonso Martínez, que era el inspector general de la Guardia Nacional. Apenas entró, dijo: “Bueno, ya viene. Ahora me lo dejan aquí, no me lo van a llevar para ningún otro lado. Aquí hay que enjuiciarlo; hay que enjuiciarlo aquí”.

¿A quién, a Chávez?

A Chávez. Entonces yo me acerqué al general Martínez Vidal: “Mira, es un error lo que van a hacer ustedes. El que no crea en la capacidad de arrastre que tiene el Presidente está equivocado. La historia para ustedes terminó, pero yo creo

que para mí está comenzando” –le dije. No me hicieron caso. Después de todo eso fue cuando me fui para mi casa.

¿Qué hora era?

Un poco más de las tres de la mañana. Los canales de televisión transmitían constantemente “García Carneiro, entrégate”.

En eso llegó un vecino, Carmelo, que vive en la casa frente a la nuestra. Empezamos a conversar sobre lo que estaba sucediendo. Allí estaba también uno de mis hermanos. Llegaron luego mis hermanas. Estuvimos como hasta las seis de la mañana y entonces decidí regresar a Tiuna.

177

CHÁVEZ NUESTRO

Otra vez en el ojo del huracán

¿Por voluntad propia, o porque lo llamaron?

Fue una decisión personal, por las ganas de saber qué estaba sucediendo en Fuerte Tiuna.

¿Pudo entrar?

Sin problemas.

¿Hacia dónde se dirigió?

A la Tercera División.

¿Quién había asumido el mando de la Tercera?

Habían designado al hoy general Lameda Hernández, que entonces era coronel.

¿Qué hizo cuando lo vio?

Lameda me advirtió: “Mire, para que sepa, lo quieren detener. Me han pedido que tome el mando de la División y me han dicho que me van a ascender. Pero no me interesa el ofrecimiento y mi decisión es mantenerme junto a usted hasta las últimas consecuencias”. Empezaba la mañana del 12 cuando comenzamos a llamar a todos los oficiales que creíamos leales.

¿Sabía que Chávez se encontraba detenido en Tiuna?

Estaba en las dependencias de la Policía Militar, pero yo no lo sabía en ese momento. Sobre eso mantuvieron un absoluto secreto. Había alguna presunción, pero nada confirmado. Nosotros seguimos llamando esa mañana, desde allí, a los

oficiales y a los comandantes de batallón. Después, en la tarde, se produjo la autojuramentación de Carmona, y decretaron la eliminación de todos los poderes.

Es decir, usted quedaba oficialmente destituido...

Destituyeron a todo el mundo, y aprovechamos aquel desastre para volver a hablar con los oficiales. Carmona nombró esa misma noche al alto mando militar, y aquello fue todavía peor. Cuando nombró como comandante del Ejército al general Lugo Peña, Medina Gómez se molestó tanto que el 13 de abril en la mañana pasó por la casa del empresario Isaac Pérez Recao, se quitó el uniforme y se fueron los dos a Estados Unidos.

También se quedó sin cargos el general Vázquez Velasco.

Exacto. Aprovechando que Vázquez Velasco estaba muy molesto, los oficiales del Fuerte empezaron a emplazar a los golpistas, a decirles que ellos habían sido engañados, ya que no habían visto la renuncia del Presidente. También cuestionaron la abolición de todos los poderes, el que no respetaran ninguna norma, y eso era una dictadura. Los comandantes comenzaron a llamar a Vázquez Velasco y a proponerle una reunión, y él, que estaba molesto, aceptó convocarla para el 13 de abril, a la una de la tarde, en el Batallón Ayala. Por supuesto, me comunicaron que él había aceptado aquel encuentro, y unas horas antes, como a las once de la mañana, le pedí al comandante de la Policía Militar que me permitiera darles acceso, hasta un punto del Fuerte, a los jefes de tropa que comenzarían a llegar.

¿Preso en Tiuna?

¿Desde qué día el pueblo se empezó a concentrar en el Fuerte Tiuna?

Desde el 12 en la noche, pero sobre todo el 13. Gritaban: “Yo quiero ver a Chávez, yo quiero ver a Chávez”. Era la consigna. Aseguraban que estaba preso en la Policía Militar, y efectivamente, el día 12 por la tarde me confirmaron esos rumores y comenzamos a planificar el rescate.

¿Quién le dijo a usted que Chávez estaba preso en Tiuna?

Uno de los oficiales. Sin embargo, como a las dos horas de estar planificando el rescate, nos informaron que ya se lo habían llevado a la cárcel de Los Teques. Entonces se organizó otro grupo de oficiales con una gandola para reventar las puertas y entrar a buscar a Chávez hasta donde supuestamente estaba preso.

Al rato, volvió otro oficial e informó que lo habían llevado a Turiamo, y luego, el día 13, que lo habían trasladado a La Orchila. Por eso es que nosotros desistimos de los dos intentos de rescate. No tenía sentido desgastarnos buscando a Chávez sin saber a ciencia cierta dónde estaba.

En la mañana del 13 de abril, cuando el compañero vino y me dijo que lo habían trasladado a La Orchila, llamé a la embajada de Cuba. En ese momento se me ocurrió una idea un poco desesperada: “Oye, ¿y si Fidel nos envía un avión y vamos a buscar a Chávez a La Orchila?”

¿Qué le respondieron?

Que provocaría un problema internacional, algo que había que evitar a toda costa.

Y en las afueras del Fuerte, ¿qué ocurría?

Esa mañana, como a las once, cuando traté de meter a los jefes de tropas para acá, antes de la reunión de la una de la tarde, pensamos que también podíamos, junto al pueblo, hacerles una encerrona a los golpistas y a Carmona.

¿Usted mantenía contactos con Baduel en Maracay?

No, pero sí sabía que Maracay estaba en rebeldía, que la Brigada de Paracaidistas no aceptaba al gobierno.

¿Dónde estaba Carmona?

En esta misma oficina.

¿Cómo llegó a la Comandancia?

A las once de la mañana, cuando traté de convencer al comandante de la Policía Militar para meter las tropas aquí, a esa misma hora me llamó el comandante del Regimiento de la Guardia de Honor, el coronel Jesús Morao Cardona: “Mi

general, no estoy de acuerdo con lo que está sucediendo y quiero ponerme a la orden suya. Usted ordene”. Le pedí que tomara el Palacio de Miraflores, activara el plan de defensa y metiera a los golpistas presos en el sótano para empezar a apretar las cosas. Le aseguré que aquí estábamos trabajando.

Les juro que fue todo así, sin pensarlo mucho. Él me llamó nuevamente, como a los diez minutos. Me informó que había un helicóptero que les estaba echando plomo. Le dije: “Pues tumbalo”. Se lo dije bien claro: “Tumbalo”. Luego volvió a llamar: que le dio la orden a los soldados e inmediatamente empezaron a responderle, y el helicóptero se elevó y se fue. No lograron pegarle. Que tomaron el Palacio pero Carmona se les había escapado y había salido corriendo para acá, para Fuerte Tiuna.

¿En qué vino Carmona?

Escoltado por una caravana que le había conseguido su nueva Casa Militar. En ese momento, comenzó a celebrarse la reunión prevista para la una de la tarde. Ni los generales ni los almirantes conocían que el Palacio ya estaba tomado y que Carmona estaba llegando a Tiuna. No sabían nada; el único que lo sabía ahí era yo.

El exabrupto

¿Qué ocurrió en la reunión?

Hablaron de la necesidad de reconocer la Constitución, porque el pueblo estaba dispuesto a defenderla. No lo decían por pura retórica. El ruido que hacía el pueblo en las alcabalas se sentía hasta allí. Golpeaban la baranda del puente de Tiuna con palos y tubos, y el escándalo era tremendo. En esa conyuntura renunció como ministro de Defensa el vicealmirante Héctor Ramírez Pérez, comandante de fragata: “No, yo no quiero hacerme responsable de la matazón que va a haber aquí, porque el pueblo está roncando”.

Los golpistas quisieron convencer a los oficiales, a todos los comandantes de batallones, de que no habían mentido, como decían. Un comandante dijo: “Yo no he visto la renuncia de Chávez. A mí se me engañó, no me dijeron nada de que iban a eliminar todos los poderes”. Lo cierto fue que se les enredó la reunión, y ocurrió algo muy importante. Se empezó a redactar el segundo pronunciamiento de los golpistas, donde reconocían a Carmona como jefe de Estado, pero le garantizaban al pueblo que iban a mantener los mismos programas sociales del gobierno.

Aprovechando el disgusto de Vázquez Velasco porque se había quedado fuera de la línea de mando, cuando me entregó el documento, taché todo lo que yo consideraba como un exabrupto o una frase brusca que no se aviniera a la situación política. Ahí me di gusto.

Vázquez Velasco salió a hablar algo con el general Antonio José Navarro Chacón, que estaba afuera. Se detuvo la reunión. Esperamos un ratito, y como seguíamos oyendo los ruidos de la gente en la calle, les dije a los comandantes de batallón: “No vamos a esperar más, vamos a buscar al general para que de una vez haga el pronunciamiento”. Por eso es que los oficiales se fueron conmigo, buscamos a Vázquez Velasco y lo metimos en el salón. Le dije: “Mire, lea el documento. Practique, porque voy a hacer pasar a la prensa”. Cuando llegaron los periodistas, alguien alertó: “No hay señal. Todas las repetidoras están caídas. No hay forma de hacer la declaración en vivo, y si no se hace así, se podría tergiversar”. En eso, una periodista de *Globovisión* ofreció un teléfono de la *CNN*. Ella misma le echó el cuento a la *CNN*: “Este es un pronunciamiento de Venezuela. Todas las señales están caídas, queremos hacer una comunicación en vivo”. Nos dieron la señal, pusimos al teléfono a Vázquez Velasco. Esa es la historia del comunicado donde se reconoce la Constitución, todos los poderes y se habla de restablecer la normalidad.

¿Cómo es que ese documento no decía nada de Carmona como presidente?

Esa parte yo la había tachado, y Vázquez Velasco, con el nerviosismo, ni se dio cuenta.

Desde un tanque

Carmona estaba ajeno a todo eso.

182

CHÁVEZ NUESTRO

Sí, y como les dije, los golpistas tampoco sabían nada de lo que ocurría en Miraflores. Entonces se habló de un segundo pronunciamiento, pero en la oficina del ministro de Defensa. Salieron todos para acá –donde estamos ahorita–. Y yo, también, para ver qué decían. Empezaron a discutir: “¿Cómo le vamos a decir al pueblo que el ministro de Defensa ya no es Ramírez Pérez, sino Navarro Chacón? Al pueblo no le va a gustar”. Estaban muy nerviosos. Pensé que iban a tratar un tema de mayor interés, y al ver que no era así, me fui otra vez para la Tercera, donde me advirtieron que me andaban buscando para meterme preso. “Bueno, que me hagan preso en la alcabala con el pueblo”. Agarré un micrófono, me monté en un tanque y le hablé a aquel enorme gentío...

Dije que la Fuerza Armada desconocía al gobierno golpista, que no aceptaba a Carmona como comandante en jefe, que se trataba de un gobierno de facto, que el Ejército iba a luchar hasta lo último para que Chávez regresara al poder.

¿Y Carmona?

Ya Carmona estaba con los generales. Sabían que Miraflores estaba tomado. Cerca de las siete de la noche le ordené al coronel Mantilla Pantoja, al coronel Granadillo y a otros generales, que tomaran el despacho del ministro de Defensa con el Batallón Caracas, para apresar a Carmona y a los demás golpistas. Así lo hicieron.

¿Hubo enfrentamiento?

No, estaban desmoralizados. Cuando entraron a la oficina les informaron que Carmona estaba en la habitación privada

del ministro, pero la puerta que conduce hasta allí estaba cerrada. Un oficial del Batallón Caracas, que conocía bien la instalación, entró por otra puerta y apresó a Carmona.

¿Hizo alguna resistencia?

No, hombre, no. Estaba aterrado. Vestía su ropa normal, y no hizo ninguna resistencia. El oficial le comunicó que estaba preso, y él: “¿Por qué delito?”, y el muchacho, “Porque usted violó la Constitución de la República”. Y acto seguido, lo traje para esta oficina. Cuando ya estaban todos reunidos —los generales, los almirantes y Carmona—, se lo informamos al ministro de Defensa José Vicente Rangel, que vino inmediatamente para acá y les formó un lío a todos.

¿Usted estuvo presente?

No, yo estaba allá, junto al pueblo, porque la idea era que si ellos no se entregaban, íbamos a abrirle la puerta a la multitud y a cercarlos. Ya tenía total control del Fuerte

El retorno de Chávez

General, usted nos decía al comienzo que si Chávez lo hubiera invitado a conspirar en 1992, no habría sabido qué hacer. ¿Qué lo motivó, diez años después, a subirse en un tanque y hablarle al pueblo?

Sabíamos que los golpistas le temían al pueblo, y que esa multitud estaba dispuesta a todo por su Presidente. Chávez era mi compañero, al que le debía lealtad, pero sobre todo un Presidente legítimamente elegido, con un arraigo popular que se volvía a demostrar en aquel momento. Yo conocía los sentimientos de Chávez, alguien que estaba poniendo el alma entera en un proceso que por primera vez atendía a la gente y se enfrentaba a los vicios y corruptelas de este país. Estuve en la Casa Militar y conocí muy de cerca el trabajo que él venía haciendo. Todos esos elementos me dieron una gran fuerza y yo mismo me daba ánimo. Si estaba al lado de Chávez, que era tan querido por la gente, ese pueblo sabría reconocerlo. Y así fue.

¿Qué sintió en ese momento, cuando le hablaba a la multitud?

Una de las satisfacciones más grandes. El pueblo estaba esperando una respuesta de la Fuerza Armada, tal como se la dimos en esa oportunidad. Hubo un gran apoyo. Informamos que todos los comandantes estábamos con el pueblo. Eso salió por televisión.

¿Y después?

184

CHÁVEZ NUESTRO

Cuando toman prisioneros a los generales y almirantes, a las siete de la noche aproximadamente, nosotros seguimos con el pueblo. Le poníamos música de Alí Primera e informábamos, cada diez minutos, las nuevas que nos iban llegando. Por ejemplo, les decíamos: “Miren, ya la guarnición de Carúpano, la guarnición de Sucre, la guarnición de Zulía reconocen a Chávez como Presidente Constitucional de la República”. Ahí venían los aplausos y los gritos, y los abrazos, y Alí Primera otra vez. Después, a los diez minutos: “Señores, les informo que la guarnición de Carabobo, Táchira y Mérida reconocen al Presidente Chávez...” Y cada diez minutos lo mismo: “Señores, la guarnición, tal y tal...” La idea era mantener a la gente despierta. Cerca de las dos de la madrugada del 14, ya sabíamos que Chávez había salido en helicóptero desde La Orchila hacia Miraflores.

¿Quién le avisó a usted?

Me avisaron de Maracay que ya había salido la comisión a buscar al Presidente en helicóptero. Así se lo informamos al pueblo congregado allí, que seguía creciendo. La gente tenía la esperanza de que Chávez llegara al Fuerte, pero nosotros no sabíamos por fin adónde iba. Un muchacho sacó de su carro un televisorcito pequeño que le había adaptado al vehículo, y allí nos enteramos que se dirigía a Miraflores, que llegaría en unos minutos. Le grité a aquella multitud: “Vamos a recibirlo”, y muchos nos pidieron que buscáramos autobuses. Yo les respondí: “¿Buscar autobuses para 60 000 personas, a las cuatro de la mañana? No

puedo”. Pero mire usted, la gente, entusiasmada, arrancó por la autopista caminando y se fue de aquí hasta Miraflores.

¿Cuántos kilómetros?

¿De aquí a allá? Como 6 km, pero por la autopista es más lejos.

¿Y usted fue también para allá?

En el carro del muchacho que tenía el televisor acoplado. Cuando llegamos, Chávez estaba dentro del Palacio. Ahí nos abrazamos.

¿Qué se dijeron?

Me dijo: “Compañero, no esperaba más apoyo, sino el que tú me has dado. Me has sido muy leal y te lo agradezco”. Nos abrazamos como hermanos. Seguimos festejando esa noche la llegada del Presidente, y ahí amanecemos.

Los golpistas en la calle

¿Volvió a ver a los militares presos?

Estaban presos aquí, pero intervino la Fiscalía. Se dijo que les habían violado los derechos, que esto y aquello. Total, los dejaron ir a su casa, con una citación para presentarse ante los tribunales.

¿Y Carmona?

Se quedó preso, y luego fue para su casa con arresto domiciliario, que logró evadir.

Unos días después del golpe, usted informó a la prensa que, al registrar la casa de algunos de los golpistas, se encontraron evidencias de un plan para asesinar a Chávez. ¿Qué documentos encontraron?

Hubo allanamientos y se encontraron muchos documentos comprometedores, pero también existía mucha presión por parte de los medios, que torpedearon la decisión de los fiscales e impidieron la aplicación de la justicia.

La realidad es que estaban en la calle todos los golpistas como si nada hubiera ocurrido. Entraban y salían de Fuerte

Tiuna. Iban a trotar, a reunirse con la gente. Había una impunidad real que incomodaba. Se nos ocurrió colocar las listas de los golpistas en las alcabalas, para restringirles la entrada, y un tribunal presentó un Recurso de Amparo. Llamaron al comandante de la Policía Militar y le informaron que él no podía prohibir la entrada, ni cercenar los derechos a nadie y no sé qué cosa... Total, hubo que quitar el papel. Entonces siguió la impunidad. Ellos alardeaban, trotaban, corrían y hacían desastres. Eso duró nueve meses y más. Después llegó el dictamen del Tribunal Supremo, que dijo que no hubo golpe de Estado.

Con esa decisión se envalentonaron más, como si les hubieran echado combustible. Se sentían con poder y entraban a la comandancia a la hora que les daba la gana. Había que darles novedades como si estuvieran en activo, con autoridad moral, y se lo aceptaban. Entonces, iban a comer, a almorzar, a afeitarse, a visitar amigos. Empezaron a provocar.

¿Qué decisión tomaron?

Dijimos: “Si no apretamos las tuercas, esto va a parar en otra intentona. Se va a perder la disciplina”. Nueve meses después del golpe me nombraron al frente del Ministerio y una de las primeras cosas que hice fue reunirme con todos los oficiales de Caracas. Les informé que si entraban los golpistas al Fuerte nos íbamos a ver obligados a pedirles decentemente su identidad y, decentemente, los íbamos a convidar a que se montaran en la patrulla para llevarlos para la Policía Militar, por las buenas. Si se resistían, los meteríamos en la patrulla a patadas, o a plan de machete, pero para adentro seguro que irían; y que no respetaríamos el grado de ninguno de ellos. Claro, los oficiales corrieron esa bola. Algunos tenían amigos, conocidos, compadres entre los golpistas. Remedio santo. No se acercó más ninguno a Fuerte Tiuna. Lo cierto es que si no poníamos carácter, iba a seguir campeando la impunidad.

Cada vez que se oían rumores de una asonada, metía dos tanques junto a cada alcabala. Éramos muy exigentes con la requisita de vehículos. Montamos otras alcabalas internas en el resto del Fuerte, pedíamos cédulas y chequeábamos a cada momento. En una de esas agarramos a Alfonzo, que quiso sublevar a la Guardia Nacional en la Plaza Madariaga. Me le acerqué y le dije: “Qué lástima verte en esta condición, cuando tú me llevabas un año y yo te decía ‘mi general’. Ahorita, lo que te puedo decir es que si te me resbalas, te voy a dar dos planazos por el trasero”. Es verdad, se lo dije así, y él lo comentó, que yo le ofrecí dos planazos. Lo hice, precisamente, para que él lo regara, para que supieran que estábamos decididos, como diera lugar, a que nos respetaran.

¿Seguían teniendo armas en su poder?

Seguían en su poder armas y vehículos. En varias reuniones aquí comenté que era necesario quitarles los vehículos, las armas. Todos tenían carros del Estado, armamento, el carné de porte de armas.

¿Salario?

Y su sueldo, y además se les pagaba hasta el cesta-tiquet, un bono alimentario que se le otorga a la persona por días trabajados. Una blandenguería descarada. Todo eso fue suspendido.

¿Y las armas?

Algunos tenían en su poder todo un arsenal. Firmé una resolución ministerial donde les hice saber que, si no entregaban las armas y otros bienes del Estado en un período de tiempo determinado, se les abriría un juicio por desobediencia y apropiación indebida.

¿Aproximadamente qué cantidad de armas estaban en poder de ellos?

Un promedio de seis o siete armas de guerra por persona, incluidas ametralladoras, lanzagranadas y cuanto cosa hay.

Y los norteamericanos seguían entrando aquí como Pedro por su casa...

Sí, como Pedro por su casa. Ellos tenían una Misión Militar aquí adentro y oficinas en los edificios del Ejército. Eso se acabó. Donde estaba la misión gringa se puso la Misión Vuelvan Caras, la Misión Identidad y la Misión Barrio Adentro.

¿Qué significan esos sueltos que hemos visto en Fuerte Tiuna, donde se ofrece dinero por información sobre militares prófugos de la Justicia?

Eran golpistas vinculados a los paramilitares. Fueron denunciados durante la investigación. Con esas pruebas solicitamos la orden de aprehensión, y como no se presentaron, le pedí permiso al Presidente y empecé a publicar esos sueltos, donde se ofrecían cincuenta millones de bolívares a quien nos diera información.

En esas investigaciones se ha probado también que tenían pensado matar a muchas de las personas leales al Presidente.

¿Matar?

Sí, matar.

¿Se encontraron listas o algo así?

Sí, y además una orden de operaciones que, por el análisis que hemos hecho, se comprobó que solo podía haberla redactado un militar. Tiene los cinco párrafos de una orden de operaciones, con sus correspondientes anexos. Entre ellos estaba el plan de fumigación –como llaman al sicariato– y una lista de los oficiales que iban a asesinar.

¿Usted estaba en esa lista?

Sí. El Presidente era el uno; José Vicente, el dos, y yo, el tres.

¿Incluía a las familias?

Sí.

¿Por qué nada de eso se ha publicado?

Porque eso está en proceso de investigación, y los medios no tienen interés en que se sepa.

Hablando de los medios, a usted lo han criticado muchísimo por haber defendido lo que llama el Concepto de Defensa Integral.

Ah, eso es un concepto revolucionario. El Presidente habla de un nuevo concepto de defensa de la nación que nosotros también apoyamos. Se basa en tres ideas o ejes esenciales: el fortalecimiento de la Fuerza Armada, la unión cívico-militar y el movimiento popular. Ese concepto lo hemos analizado bastante y hay propuestas serias que están a disposición del Presidente.

Es, más o menos, la defensa de todo el pueblo, en la circunstancia de la situación venezolana. Conociendo la posición que tiene Estados Unidos contra Iraq, con un ejército sumamente poderoso, con armas muy sofisticadas; nosotros estamos previendo prepararnos también para una lucha completamente asimétrica, de tipo irregular en caso de contingencia. No hay que verlo desde el punto de vista de que cada persona va a tener un fusil. El concepto de defensa integral reconoce la necesidad de preparar a los reservistas, enseñar al pueblo a defenderse y adiestrarlo ante una situación difícil.

General, muchos de los jefes militares venezolanos estudiaron en Estados Unidos y tenían una actitud muy prejuiciada respecto a Cuba. ¿Eso se mantiene o ha cambiado?

Los gobiernos anteriores a Chávez alimentaron una profunda animadversión hacia el gobierno cubano. Tuve la suerte de ir a Cuba hace un año. Era la primera vez que visitaba la isla y vi cosas muy bonitas, un sentido de justicia y condiciones de vida que no tienen la mayoría de los venezolanos. Me percaté de que no era el infierno que durante tantos años se había hablado en Venezuela.

Pude ver con mis propios ojos lo que significa una Revolución y cómo se desarrolla un país con pocos recursos. La gente vive tranquila, tiene un buen sistema educativo, una buena red hospitalaria, justicia social; hechos que nosotros aquí, realmente, no vemos. Tú haces la comparación con Venezuela, con tantos recursos, con tanto dinero, y ves al pueblo

empobrecido. El 80% de la población está por debajo de los límites de pobreza. Eso no tiene justificación de ningún tipo.

Hay otro elemento decisivo: un odio tremendo contra el imperialismo, una enorme conciencia de lo que significa el poder norteamericano y lo que pueden llegar a hacer. No te olvides que EE. UU. dirigió el golpe y fueron capaces de decir que lo hacían para que no fuera ni un barril más de petróleo para Cuba. Ahorita es muy normal ver en una marcha banderas venezolanas y banderas cubanas. Eso es normal.

¿Qué Venezuela ve en el futuro?

Un país infinitamente mejor que el que tenemos. Tengo grandes esperanzas en nuestro pueblo. Creo que si el Presidente llega a ser reelecto en el 2006, en el 2013 Venezuela tendrá que ser otra, mucho mejor.

¿Y usted lo acompañaría hasta entonces?

Dios mediante.

PRINCIPALES MILITARES GOLPISTAS

DEL EJÉRCITO

GENERAL DE BRIGADA HENRY LUGO PEÑA: Ex jefe de la Casa Militar.

GENERAL DE BRIGADA RIGOBERTO VIDAL MARTÍNEZ: Director de Logística del Ejército.

GENERAL DE BRIGADA EFRAÍN VÁSQUEZ VELASCO: Comandante General del Ejército en el momento del golpe de Estado.

GENERAL DE DIVISIÓN ENRIQUE MEDINA GÓMEZ: Agregado militar en EE. UU. Regresó a Venezuela el día del golpe de Estado.

GENERAL DE BRIGADA CARLOS RODRÍGUEZ GRAU: Director de Adquisiciones. La DISIP lo identificaba con el entorno de los generales Raúl Salazar Rodríguez y Eliécer Hurtado Soucre. Vinculado a la Misión Militar de los EE. UU., y también al contraalmirante Carlos Molina Tamayo.

GENERAL DE DIVISIÓN ROMMEL FUENMAYOR LEÓN: Director de CAVIN. Ex edecán y, según la DISIP, hombre de confianza del ex presidente Carlos Andrés Pérez. Era el candidato de Arias Cárdenas a la presidencia de PDVSA, de haber ganado las elecciones presidenciales.

GENERAL DE DIVISIÓN NÉSTOR GONZÁLEZ GONZÁLEZ: Sospechoso de la desaparición de seiscientos millones de bolívares en Monagas. Ex comandante de las escuelas del Ejército. Se pronunció contra el Presidente Chávez un día antes del golpe de Estado.

GENERAL DE DIVISIÓN GONZALO GARCÍA ORDÓÑEZ: Embajador de Venezuela en Bolivia. Renunció el mismo día del golpe de Estado.

GENERAL DE DIVISIÓN MANUEL ROSENDO: Jefe del CUFAN. La DISIP lo consideraba, al igual que al general Belisario Landis, “paradigmas de rectitud”. Reúnen dos condiciones: “están en el gobierno y en la revolución”.

GENERAL DE BRIGADA (R) OVIDIO POGGIOLI PÉREZ: Presidente del Instituto Aeropuerto Internacional Simón Bolívar, de Maiquetía.

GENERAL DE BRIGADA FREDDY PRESUTTO LAURETI: Fue comandante de la 41 Brigada Blindada y Guarnición de Valencia. Agregado militar de la embajada venezolana en Bogotá. Aparece en Venezuela el día del golpe de Estado.

DE LA GUARDIA NACIONAL

GENERAL DE DIVISIÓN (R) HUMBERTO SEIJAS PITTALUGA: Fue Secretario de Seguridad del Gabinete del ex gobernador de Carabobo Henrique Salas Römer.

GENERAL DE DIVISIÓN RAFAEL DAMIANI BUSTILLOS: Ex director de la Policía Metropolitana en el período de Rafael Caldera. Especialista en seguridad y orden público. Compañero de promoción de Belisario Landis.

GENERAL DE BRIGADA MARCO ANTONIO FERREIRA: Director de la DIEX.

GENERAL DE BRIGADA RAMÓN LOSADA SAAVEDRA: Director general del Ambiente.

GENERAL DE BRIGADA OSCAR JOSÉ MÁRQUEZ: Agregado militar en la embajada de Venezuela en Colombia. Había sido designado para ese cargo por el Presidente Chávez.

GENERAL DE DIVISIÓN CARLOS ALFONZO MARTÍNEZ: Inspector General de la Guardia Nacional.

GENERAL DE DIVISIÓN LUIS CAMACHO KAIRUZ: Policía Metropolitana. Viceministro de Seguridad Ciudadana, renunció el día del golpe de Estado.

GENERAL DE DIVISIÓN EDGAR MÉNDEZ CASANOVA: Jefe del Estado Mayor General.

GENERAL DE DIVISIÓN MANUEL SIMÓN LAFEE: Jefe del Comando Regional N° 3, Maracaibo, Estado Zulia.

GENERAL DE BRIGADA RAMÓN GAVIDIA GRATEROL: Comandante de la Brigada Costera de La Guaira.

GENERAL DE DIVISIÓN EDGAR BOLÍVAR: Comandante de Operaciones de la Guardia Nacional.

DE LA ARMADA

CONTRAALMIRANTE CARLOS MOLINA TAMAYO: Secretario del Consejo de Seguridad y Defensa. Integrante de la Comisión Presidencial revisora de la Ley Orgánica de la Fuerza Armada Nacional, y de la Ley Orgánica de Seguridad y Defensa.

CONTRAALMIRANTE DANIELE LINO COMISSO: Jefe de Planificación de la Inspectoría de la Fuerza Armada Nacional.

CONTRAALMIRANTE JOSÉ FRANCISCO NORIEGA: Director de Logística del Estado Mayor General.

DE LA FUERZA AÉREA

VICEALMIRANTE VICENTE QUEVEDO MORENO: Inspector General de la Armada.

VICEALMIRANTE HÉCTOR RAMÍREZ PÉREZ: Jefe del Estado Mayor de la Armada.

GENERAL DE BRIGADA PEDRO PEREIRA OLIVARES: En desacuerdo con las políticas del Presidente Hugo Chávez.

GENERAL DE DIVISIÓN CHACÓN QUINTANA: Director General del Ministerio de la Defensa.

CORONEL MARCOS SALAS: Director del Servicio Autónomo de Transporte Aéreo (SATA).

Tomado de: Igor Torrico y Sebastiana Barráez. “Golpe contra golpe / Los militares y el golpe / Parte de la lista que integran los que de alguna u otra forma participaron en el golpe y en el contragolpe.” En: Quinto Día, Semanario de los Nuevos Tiempos. Caracas, del 19 al 26 de abril de 2002 p. 20.

Diosdado Cabello

Chávez eligió el camino más largo, pero el más firme

El actual candidato a la gobernación del Estado de Miranda **193**
—uno de los enclaves esenciales para consolidar la Revolución bolivariana—, fue probablemente el vicepresidente más joven del mundo. Nació el 15 de abril de 1963, en El Furrial, Monagas. Cumplió 39 años un par de días después del fin del golpe de Estado contra Hugo Chávez, con otro récord personal —e histórico en el acontecer de Venezuela—: fue presidente durante cinco horas y quince minutos, después de haber vivido una odisea para regresar al Palacio de Miraflores.

La conversación transcurre en un concurrido edificio de Caracas, donde hace escala cuando viene a la capital. Descansa poco y prácticamente hemos tenido que hacer guardia para capturarlo. Después de cuatro horas de diálogo, en el que nos olvidamos de todo lo que no fuera esa aventura delirante que ha sido su vida, tuvimos la sensación equívoca de no haber estado frente a un hombre que contestaba preguntas, sino que habíamos entrado a una sala de cine. Se iluminó la pantalla cuando Diosdado Cabello comenzó a narrar, y sus palabras no solo decían, sino que nos ayudaban a mirar los últimos quince años de la historia venezolana desde la perspectiva de un protagonista privilegiado.

Curso militar

¿Cómo llega a la Academia Militar?

Teníamos problemas económicos en la casa, y en las provincias no había universidades. Me gradué de bachiller en el



año 1980 y vine a Caracas para ingresar en la Universidad Politécnica de la Fuerza Armada, actual UNEFA, que antes se llamaba Instituto Universitario de la Fuerza Armada Nacional (IUFAN). Estuve allí dos años y medio y fue donde conocí al general Lucas Rincón, hoy ministro del Interior, y a mi esposa. Matriculé en la Academia Militar el 21 de agosto de 1983 y obtuve mi título cuatro años después.

Conoció a Hugo Chávez en la Academia.

Sí. Cuando estaba terminando el primer año llegó Chávez como oficial instructor de los cadetes. Él jugaba béisbol y yo era el encargado del equipo de la Academia. Logró que jugáramos en la Liga Universitaria Venezolana. Nos iba bien en un juego, y mal en tres, pero nos hicimos famosos. De ahí vino el nombre del equipo “El Famoso”, y quien se lo puso fue Chávez. Todavía la novena se conoce por ese nombre.

Debo explicar algo para que puedan entender nuestra relación con los oficiales, particularmente con Chávez. En esos años, la formación de los militares era muy rígida. Un cadete no se podía montar en un autobús, porque era pecado mezclarse con el pueblo. Se consideraba que perdía su “prestancia”. Tenía que trasladarse a pie o en taxi.

¿Qué posición jugaba Chávez?

Primera base y, de vez en cuando, lanzaba. Yo jugaba la segunda base.

Como en los días del golpe de abril...

Más o menos.

¿Exactamente cuál era la relación entre ustedes?

Él era el oficial que estaba al frente de mi curso militar, en el cuarto año, ya para graduarnos. En la Academia se dividían los grados docentes de la siguiente forma: curso general –los de primero a tercer año–, y curso militar o de los alférez –los del último año, próximo a la graduación–.

Estar al frente de mi promoción le dio un gran ascendiente en las decisiones que se tomaban dentro de la Academia, pues

siendo capitán mandaba el curso más antiguo, lo que le permitía una gran influencia sobre nosotros. Nos llamaba Los Centauros, y de alguna manera probó muchas de sus concepciones militares con nosotros. Cuando él estaba de guardia, decíamos: “Se nos acabó la felicidad”.

¿Por qué?

Era muy exigente, muy exquisito en las cuestiones patrias. Por ejemplo, si él hacía la guardia un domingo, la arriada de la bandera tenía que salir a la perfección. Una equivocación en la ceremonia significaba prácticas durante toda la noche. Jesse Chacón, el actual ministro de Información, también integró Los Centauros y el otro día recordábamos esto. Chávez se paraba en el patio de formación después que salía mal la arriada de la bandera y nos decía: “Hay tiempo y hay comida; no se preocupen que hay tiempo y hay comida”. Quería decir que teníamos toda la noche para practicar y que cenaríamos después, tal vez en la madrugada. Normalmente esa ceremonia era muy formal. Se hacía al atardecer y la gente se iba a pasear y no regresaba a la Academia hasta las nueve de la noche. Con Chávez de guardia, generalmente esa salida quedaba anulada.

También recuerdo un juego de béisbol en el que hubo una tremenda pelea. Le pegaron un pelotazo a un compañero nuestro, Moro González. Cuando llegamos a la Academia, Chávez estaba indignado: “¿Cómo van a pelearse los cadetes? Los cadetes son caballeros”. Fue tremenda la refriega. Eso ocurrió en 1986. Doce años después, en 1998, cuando el Presidente era candidato, estábamos en el mismo estadio universitario preparándonos para otro partido. Se me acercó alguien y me dijo: “¡Epa, Diosdado!, ¿cómo estamos? ¿Y el comandante? ¿No te acuerdas de mí?”. Y yo, “Hermano, no sé...” “¡Coño, vale, yo fui el que le dio el pelotazo al muchacho y empezó aquella pelea en la que por poco los botan a todos de la Academia. ¿Te acuerdas?” Después de doce años, el hombre venía a saludar al Presidente.

La conspiración

¿En algún momento les habló a los cadetes del Movimiento Bolivariano?

No. Él no hablaba de eso, pero se sentía. Chávez era diferente al resto de la oficialidad, como lo fueron también los implicados en el Movimiento. No es casual que muchos de los participantes en las acciones del 4 de febrero hayan sido los primeros de sus respectivas promociones. Chávez era el primero en su promoción, como lo fue Ronald Blanco La Cruz, Florencio Porras Echezuría y otros.

No era extraño ver en la Fuerza Armada a grupos que se reunían por afinidad y mantenían una relación estrecha. Pero llamaba la atención aquel grupo en torno a Chávez, que tenía una formación más humanista, una pasión por la historia del país, un currículo brillante en la FAN. Algunos de nosotros nos acercamos o fuimos invitados a conversar en sus tertulias, pero ellos se cuidaban muchísimo de implicar a personas nuevas. El trabajo de captación era totalmente secreto, aun cuando en ese momento ni Chávez, ni sus compañeros pensaban en rebeliones militares, ni nada por el estilo, sino en mejorar la institución.

Como oficial, Chávez estaba al frente del curso, mientras que, por la parte de los cadetes, yo era el responsable y tenía también inquietudes sobre lo que ocurría en torno nuestro. Él se dio cuenta de inmediato, pero no habló directamente conmigo para integrar el Movimiento.

¿Cómo ocurrió?

A través de un graduado de la Academia que me conocía. Yo aún estaba en el curso militar. En ese momento, la incorporación era más selectiva. En años posteriores el movimiento creció más entre los cadetes.

¿Sabía que Chávez era líder?

Sí, pero de eso no hablábamos. Además, había mucha compartimentación y, excepcionalmente, nos encontrábamos

en alguna reunión, solo un grupo, nunca todos los compañeros juntos. Por ejemplo, hacíamos simulacros de movilización, y a mí me correspondía contactar a dos o tres. Nos veíamos en algún sitio, se verificaba que había funcionado la comunicación, y punto. Era muy cerrado. Por eso demoraron tanto tiempo en descubrirnos, y eso ocurrió el 4 de febrero de 1992, diez años después de iniciada la conspiración chavista. No antes.

198

4 de febrero de 1992

¿Cómo se involucra directamente en los hechos del 4 de febrero?

Me gradué el 4 de febrero de 1987, y después de un breve período de trabajo como militar me enviaron otra vez a la IUFAN, junto con Jesse Chacón, y José Vicente Rodríguez, hoy presidente del Fondo Nacional de Desarrollo Urbano (FONDUR). Para que tengas una idea de nuestra disciplina: a pesar de la enorme confianza que tenía con Jesse, no me atreví a comprometerlo en el Movimiento sin autorización. Jesse participó en las acciones del 27 de noviembre, en el segundo intento. Por supuesto, se calentó con nosotros, se puso bravo porque nadie le había dicho nada. En la IUFAN tenía contacto con Ronald Blanco La Cruz, que estaba en la Escuela de Infantería, aquí en Caracas. Él me dijo que el 4 de febrero se produciría la rebelión, después de varios intentos pospuestos a finales de 1991.

Exactamente, ¿qué hizo ese día?

Te cuento algo personal, pero que ilustra nuestra falta de experiencia. Ese día, como a las ocho y treinta de la noche, desde Fuerte Tiuna alguien me comunicó que ya estaba todo listo para la operación militar. Andaba vestido de civil. Fui el único que participó en la acción sin el uniforme. Salí en mi carro, un Montecarlo, atravesé por una de las alcabalas de Fuerte Tiuna, que en ese momento estaba tomada por nuestra gente. Tomé la vía de Los Próceres, y cuando viré a la izquierda,

vi la camioneta de mi esposa, y efectivamente, era ella con mi hijo de quince meses. Todavía me parece verlos: mi esposa lloraba, porque debió ir a buscarla alguien para llevarla a un lugar seguro, y no lo hizo. Estaba desesperada, porque no tenía comunicación conmigo. El nene se encontraba en el asiento de atrás, comiendo rositas de maíz. Tuve por mucho tiempo esa imagen en la cabeza: ella delante, y el niño detrás, inocente, con el paquete desbordado y el maíz inflado por todas partes. “¿Qué hago, pues?”, me dije. Fue duro dejarla, y seguir, pero ya la suerte estaba echada.

Pasé por Miraflores y vi entrar a Carlos Andrés Pérez al Palacio, como a las once de la noche, acompañado apenas por la motorizada. Delante de mí detuvieron el tráfico. Yo estaba parado en una esquina y lo vi pasar. Entonces me dije: “Bueno, el tipo ya está aquí”, y me fui a la carrera para Fuerte Tiuna.

Por el camino me tropecé con cuatro tanques que mis compañeros habían robado en una unidad militar. Di la vuelta en la misma autopista y me les adelanté. Eran cuatro tanques y mi carro. Ellos, al principio, no reconocieron que era yo el que iba en aquel carro loco que los antecedió. Menos mal que traía mi brazalete —una banda con los colores de la bandera: amarillo, azul y rojo— y la boina roja. Me la puse e inmediatamente me reconocieron. Pasamos por la Plaza Venezuela y la gente comenzó a pegar gritos de alegría.

¿Qué camino tomaron?

De Plaza Venezuela tomamos rumbo a la avenida Andrés Bello, luego a la avenida Urdaneta hasta Palacio. Cuando llegamos a Miraflores ya nos estaban esperando y comenzaron a dispararnos.

Los habían delatado...

Desde temprano. Nos había traicionado el capitán Gimón Álvarez. Por supuesto, eso lo supimos después. Lo había visto por la tarde, a eso de las cinco, en la Escuela de Infantería del Ejército, y le había entregado varios radios que, por supuesto,

jamás aparecieron en los combates. Chávez era el padrino de bautizo de ese oficial y lo apreciaba mucho. No esperaba esa traición. Después de los acontecimientos de febrero, lo enviaron para otro país y creo que ahora anda por Estados Unidos.

¿Cómo lo detuvieron a usted?

Muy cerca de Miraflores me dieron la orden de ir hasta Pepe Alemán, una especie de Intendencia donde se fabricaban uniformes, para contactar con un capitán de apellido Pimentel, a buscar refuerzos. Supuestamente, él estaría ahí con 69 soldados y unos fusiles –me dieron hasta el número exacto–. Cuando pasé frente a aquel local me llenó de suspicacias verlo apagado y no quise entrar. Di la vuelta –andaba con dos personas más en mi carro– pasé por el frente, esperé un poco y seguí.

Cuando volví a pasar, ahí mismo me cayó una lluvia de disparos. Un coronel me disparó con un FAL a tres metros de distancia. Los tiros pegaron en la puerta. Te lo juro, yo no sé cómo libré... Atiné a desplazarme hacia abajo, como si mi cuerpo se chorreara hacia los pedales... Puse a salvo la cabeza y quedé ahí agachadito, quieto. Sentía los disparos: ¡pá, pá, pá! No sabía qué había pasado con mis compañeros y decía para mis adentros que mientras escuchara los disparos, todavía estaba vivo.

Era exactamente como en las películas: uno ahí, rodeado y los disparos enloquecidos desde todas partes, con pistolas, con fusil. De repente, silencio, paró aquel infierno. No escuchaba a los compañeros que venían conmigo. De milagro tampoco recibieron impactos de bala, pero cuando nos sacaron de allí nos dieron golpes por todos lados. El carro era un colador. Recibió 16 impactos de bala.

La cárcel

¿Para dónde lo llevaron?

Nos llevaron para San Carlos –nunca vi allí a Chávez–, y casi de inmediato, nos separaron según el grado militar: los subtenientes y tenientes por un lado; los capitanes, por otro;

los mayores, en otro sitio. Yo era teniente y me tocó Fuerte Tiuna. Ahí comenzó la “declaradera”: hubo quien se desmoronó. Algunos intentaron quitarse responsabilidades. La mayoría no conocía ni la Constitución. Descubrimos que la preparación ideológica de muchos compañeros no era sólida.

Fui de los primeros que se acogieron al precepto constitucional y exigí un abogado. Tuve la suerte de salir en uno de los primeros grupos que liberaron, pero poco después me volvieron a detener y me liberaron en diciembre de 1993, veinte meses después del 4 de febrero.

¿Han vuelto a encontrarse con los militares que los enfrentaron ese día y que fueron sus carceleros?

Sí, con muchos. Y los hemos ayudado, porque si algo distingue al proceso bolivariano es la ausencia de rencor. Luchamos con una ética. Recuerdo una persona que nos maltrató en la cárcel, un custodio. Esa persona tuvo un accidente cerebrovascular y lo ayudamos, a él y a su familia. Entendemos que entonces actuaron de esa manera porque, sencillamente, nos veían a nosotros de un lado y a ellos de otro, pero sin saber a ciencia cierta quiénes éramos, ni por qué habíamos intentado el asalto a Miraflores. Probablemente, si hubieran conocido nuestras intenciones, habrían estado junto a nosotros.

No te olvides de que rompimos con una tradición de intentonas militares que solo beneficiaban a la cúpula militar y a los gobiernos dictatoriales, y que habían transcurrido treinta años desde la última asonada. Dicen que el entonces gobernador del Estado Bolívar, Andrés Velásquez, había alertado a Carlos Andrés Pérez sobre un posible golpe de Estado. Carlos Andrés Pérez preguntó quiénes lo estaban organizando. “Unos comandantes” –le respondió el gobernador. “Ah, eso se le pasa cuando lleguen a generales”, y se olvidó el asunto. Esa era la tradición. Se formaban grupos de descontentos, pero cuando llegaban a la cúpula militar, terminaban en la misma “corruptela” que habían estado criticando.

¿Pudo tener contactos con Chávez en prisión?

Sí, por correspondencia...

Razones del fracaso

¿Por qué fracasó el movimiento?

Mucha gente comprometida no salió, y otra, que no estaba integrada al Movimiento, al darse cuenta de lo que estaba pasando, se lanzó también a la rebelión un poco a lo loco. Si hubiéramos tenido más coordinación, las posibilidades de éxito habrían sido mayores. Por ejemplo, el plan concebía el robo de unos tanques, mas ninguno de nosotros sabía operarlos. Yo era de comunicaciones y los otros de infantería. A duras penas logramos rodarlos, pero no teníamos idea de cómo funcionaban, ni cómo disparaban, ni si tenían granadas y cuáles eran de humo, o cuáles ofensivas. Nada de nada. Por eso, en una entrevista, el Presidente nos llamó “los suicidas de Caracas”. Salimos así, al pelo.

El otro elemento adverso, por supuesto, fue la delación. A eso de las tres de la tarde sabían que se iba a producir la acción. Lo sabía todo el mundo, incluso nosotros teníamos conciencia de que no contaríamos con el factor sorpresa. Pero no había manera de parar la rebelión. Salimos a tomar Miraflores por dignidad, porque teníamos un compromiso.

Un tercer elemento importantísimo en el fracaso fue la ausencia de comunicaciones. Se cayeron todos los radios. Perdimos el contacto del comando con Chávez. Esa no era la época de los celulares, sino de la radio, y esta, sencillamente, se quedó muda.

La alocución de Chávez

El Movimiento no había madurado lo suficiente. Había gente dentro del grupo que tenía otras aspiraciones. Para ellos Chávez sería un obstáculo en un futuro. El oficial de mayor rango, porque se graduó primero, fue Arias Cárdenas, sin

embargo, el jefe era Chávez. Entonces no nos dimos cuenta, pero Arias Cárdenas no se tragaba eso.

Imaginemos un gobierno bajo esas circunstancias, con un Arias ambicioso políticamente y un movimiento todavía sin expresión e influencia popular. Chávez ha sido siempre muy coherente, y estoy seguro de que habría intentado hacer entonces lo que ha hecho ahora. Pero lo mejor fue lo que ocurrió: nos dio la oportunidad de que el pueblo nos conociera y votara por nosotros en las elecciones.

Las traiciones que enfrentamos por el camino eran previsibles. Un Medina Gómez, un Rosendo, no son accidentes de la vida. Medina Gómez llegó a enviarle una carta al Presidente pidiéndole que lo sacara de Venezuela, porque a él no lo querían ni los superiores ni los subalternos. Vi esa carta. Fue por eso que lo enviaron a Washington como embajador. Todos tuvieron la oportunidad de acompañar una historia heroica y han terminado, por ambición personal, por miserias humanas, en el basurero de la historia.

Mientras, estamos entrando en una nueva etapa. Los centauros del Presidente ya están comandando los batallones. Mis compañeros ascenderán ahorita en julio a comandantes, van a estar en los principales sitios de mando, con una formación diferente, con otra manera de ver la vida, con un mayor compromiso social. El espacio que tiene la oposición y la antigua cúpula militar para un golpe de Estado está prácticamente anulado. Recuerden que con la promoción de Chávez nace en la Academia Militar el llamado Plan Andrés Bello.

Antecedentes del golpe fascista

¿Cómo explicar la participación de unos sesenta generales y almirantes en el golpe de Estado contra el gobierno de Chávez?

Con el golpe de Estado se autodepuró la Fuerza Armada. Estoy convencido de que salió de allí el 90% de los que eran

adversos al Presidente. Se puede asegurar que la mayoría no se involucró en el gobierno de facto por profundas convicciones políticas, sino por pura miseria humana. Simplemente, porque Chávez se graduó en 1975 y ellos, dos, tres o cuatro años antes. Se sentían humillados, porque los estaba mandando, un “nuevo”, como se dice en la Fuerza Armada.

Es por eso que ahora queda prácticamente despejado el camino y es difícil que se organice otro golpe desde el seno de la institución. El Presidente ha reafirmado su liderazgo en la Fuerza Armada, lo que no se logra de un día para otro. Es reconocido definitivamente.

Todas las promociones de oficiales que se están graduando nombran a Chávez su padrino. Eso no había ocurrido aquí jamás, y no es algo impuesto. Eso es liderazgo.

¿Por qué fallaron los servicios de Inteligencia en abril de 2002?

Sabíamos, desde hacía mucho tiempo, que el entonces comandante del Ejército, Efraín Vázquez Velasco, iba a las unidades a hablar de institucionalidad, preparando el terreno para una acción. Eso estaba claro, y un grupo de oficiales lo alertaron, pero nos confiamos. Hubo otra señal días antes. Como vicepresidente, recibí la información de que González González estaba conspirando con los directivos de los medios. Nos informaron los trabajadores de las propias televisoras. Yo siempre digo que la oposición no está infiltrada por nuestros aparatos de Seguridad, sino por el pueblo que defiende al gobierno. Si un canal de televisión tiene 1 000 empleados, 700 están con Chávez. Fui a una reunión el día 10 de abril con los dueños de los canales de televisión, y ya ellos sabían lo que iba a ocurrir. Estaban alistados para el golpe.

A esa reunión fuimos José Vicente Rangel y yo. Ellos transparentaron lo que venía. Incluso uno se me acercó y me dijo: “Diosdado, pase lo que pase, seguiré siendo tu amigo”. Yo le

dije: “Yo también soy su amigo, ¿cuál es el problema?” Vino otro y quiso decirme lo mismo, pero no encontró cómo.

Había señales por aquí y por allá, a las que no les dimos demasiada importancia, pero que ya apuntaban a una estrategia bien montada, cuyos jefes no estaban en Venezuela.

Usted llevaba muy poco tiempo como vicepresidente de la República.

A principios de enero de 2002 estábamos en el programa *Aló Presidente* y le pasé un papelito a Chávez con un comentario. Él estaba hablando, se detuvo un momento, lo leyó y me escribió: “Prepárate, que te voy a nombrar vicepresidente”. Por supuesto, lo había meditado mucho antes. Ahí mismo, en Tocuyo, Estado de Lara, lo anunció durante el programa. Fue en enero de 2002, en el primer *Aló Presidente* de ese año. Atiné a escribir más abajo: “Échele bola”, puse mi firma y se lo pasé. Todavía tengo guardado aquel papelito.

¿Cuál es la razón por la que no se tomaron medidas enérgicas contra los golpistas?

Al regresar al poder debíamos haber tomado decisiones para enfrentarlos con todo rigor. Habrían sido decisiones legítimas. Nadie las iba a discutir. Si se llegan a cerrar los medios implicados de forma directa en el golpe de Estado, habría sido un acto absolutamente legítimo y el pueblo lo habría apoyado.

¿Por qué no lo hicieron?

Por razones políticas. Ahí le vuelvo a dar la razón al Presidente, que tiene un olfato más agudo que el nuestro y, al final, creo que lo mejor fue lo que ocurrió.

Cuando el Presidente sacó el crucifijo pidiéndole a la gente unión nos sentimos confundidos. “Coño, está bien, a Dios rogando, pero con el mazo dando”. Después la vida le dio la razón. Se han ido quedando cada vez más aislados, y han tenido que entrar ellos solitos en el redil constitucional.

El muerto habría sido yo

¿Dónde estaba el día del golpe de Estado?

El 11 de abril, a las diez y treinta de la mañana, estaba en un acto en la vicepresidencia. A esa hora salí rumbo a la DISIP. Hacía eso cada vez que se anunciaba una manifestación: me montaba en un helicóptero y sobrevolaba el lugar para alertar al Presidente. Vi el lote de los opositores, que ya apuntaba hacia el centro. No era tanta gente como se ha dicho. Chávez me preguntó cuántas personas había y le informé que aproximadamente unas 40 000. La marcha iba encabezada por una grúa para quitar obstáculos en el camino, dos o tres camionetas y detrás, la gente. Los manifestantes iban ordenados, sin desesperación. No fue espontáneo, como se dice, sino algo absolutamente planificado.

Recomendé al Presidente ubicar a la Guardia Nacional en la mitad de la Avenida Bolívar, para cerrarles el paso a Miraflores. Llegué hasta un lugar que me permitía seguir de cerca los acontecimientos, y en eso me llamó José Vicente y me pidió que fuera a Miraflores. Le contesté que no, que me parecía más prudente observar desde allí lo que estaba pasando. “Sí, es verdad, no te vengas” –me contestó–. José Vicente también estaba ya medio ansioso.

Como a los veinte minutos me volvió a llamar: “Aquí está pasando algo raro, vale. No aparece Rosendo, ni aparece Vázquez Velasco; los estamos llamando y no aparecen”. Llamé nuevamente al Presidente: “Mire, creo que hay oficiales que se nos están volteando” “¿Quién?” “Rosendo”. “¿Cómo tú vas a decir que Rosendo...?” “Bueno, llámelo por teléfono o por radio a ver si lo ubica”. A los cinco minutos, el Presidente me dice: “Es verdad, no me contesta”. Le respondí: “Ese ya se volteó”.

Entonces se presentaron un coronel y un teniente de la guardia de la DISIP: “En la Comandancia de la guardia le quitaron el mando al general Francisco Belisario Landis y lo asumió el general Alfonzo Martínez”. Este señor había estudiado con-

migo y con mi esposa en el IUFAN. Él y otro que ahora anda huyendo, Felipe Rodríguez, comenzaron a enviarme mensajes para reunirse conmigo. Me di cuenta de que había empezado la cacería y que andaban buscando la manera de detenerme.

Usted era muy importante. No bastaba con desaparecer a Chávez. Necesitaban también al vicepresidente para poder cerrarle el camino a cualquier salida institucional.

Claro, cuando falta el Presidente, el vicepresidente asume por ley la dirección del país.

Volví a llamar al Presidente: “Esto se está complicando. Hay que comenzar otras acciones”. El Presidente dio la orden de mover un grupo de tanques desde Fuerte Tiuna hasta el Palacio, pero eso no funcionó para nada. Me preguntó dónde estaba: “Yo estoy en la DISIP”. “Vente para acá” –me dijo–. Ahí empezó la contradicción entre lo que me decía el corazón y lo que me advertía la razón. “Vale, yo me voy para allá”, pero nunca lo intenté. Como a los veinte minutos lo volví a llamar: “Presidente, me fui, pero no puedo entrar, porque todo eso está rodeado. Voy otra vez para la DISIP”. No fui a Miraflores, porque sabía que no debía estar al lado del Presidente, y creo que esa decisión me salvó la vida.

¿Por qué?

A las dos de la tarde escuché por los radios de la DISIP que había muerto un funcionario de esa Dirección. Se trataba de uno de mis escoltas. En realidad estaba herido. Fue la primera víctima de la matanza de los francotiradores. Salía de la vicepresidencia y caminó apenas unos veinte metros. Recibió un tiro en la cabeza. Perdió masa encefálica. No murió, lo enviamos a Cuba después y, gracias a Dios, se ha recuperado bastante bien.

¿Cómo se llama?

Tony Velázquez, un muchacho joven, tenía entonces veintinueve ó veintidós años. Apareció en la televisión todo desmadrado,

cargado por gente de la oposición. Pero solo pusieron unas breves imágenes, porque cuando se dieron cuenta de que llevaba carné de la DISIP, lo tiraron en plena calle. Si me llego a ir y paso por la vicepresidencia, probablemente el muerto habría sido yo. Había un francotirador apostado esperándome.

Ellos querían que renunciáramos

208 De repente, desapareció uno de los principales asesores de la DISIP. Carlos Aguilera, el director, y yo, estábamos en su oficina, y cuando pregunté por el hombre, me dijeron que se había ido. Llamamos al tipo y respondió por el celular que iba a haber una confrontación inevitable y por eso se largaba. Soy un hombre de intuición y aquello me dio muy mala espina. Le pedí a Aguilera que me prestara una ropa para quitarme el traje que traía puesto. Tenía en el bolsillo unos 800 000 bolívares (cerca de 300 dólares). Allí se quedaron, porque ni cuenta me di.

Evité ir en mi carro. Le pedí prestada la camioneta al empresario Rafael Sarriá, que había llegado en ese momento. Salí sin un bolívar y sin escolta, con la única compañía de un muchacho de toda mi confianza, quien sigue siendo mi jefe de Seguridad, y con el mayor Barroso —hoy trabaja en el despacho del Presidente—. Me puse un chaleco antibalas que pesaba como cincuenta kilogramos, monté en la parte de atrás y salimos.

A los quince minutos tomaron la DISIP y detuvieron a Carlos Aguilera. Él me contó que abrieron la puerta de su oficina y que los golpistas y la gente que le era leal desenvainaron las armas y se apuntaron entre sí: “Bueno, ustedes dicen cuándo comenzamos”.

¿Qué hicieron entonces?

Empezamos a dar vueltas por la ciudad y a escuchar la radio. Ya conocíamos el pronunciamiento de los generales. Se me ocurrió ir al puro pueblo, a Caracas, por los caminos verdes. Cruzamos la ciudad. Eran como las siete de la noche, y seguimos hacia Vargas, escuchando la radio.

Volví a hablar con el Presidente. Fue cuando le dije que yo no debía estar allí, con él en Miraflores, que había que evitar a toda costa que nos apresaran juntos.

A eso de las once y treinta de la noche me llamó y me preguntó dónde yo estaba, que si me encontraba a salvo. Se angustiaba por mí: “Tranquilo, estoy en un buen sitio. No se preocupe”. “Mira, yo me voy a entregar, porque no quiero que haya más muertos aquí”. “Presidente, no vaya a renunciar, deje que ellos asuman su golpe”. Y el Presidente: “No, Diosdado, no voy a renunciar”. Esos carajos lo habían planificado todo: presionarían al Presidente para que renunciara, y así se quitaban de encima la responsabilidad de un golpe de Estado. Por la impotencia, por la rabia, me puse a llorar...

¿Usted lloró?

Claro, lloré mucho. Llegamos a Vargas y verifiqué que mi familia estaba protegida —tenía ya tres chamos pequeños—. Hablé con el mayor Barroso. “Usted se va ahora y se incorpora como si nada. Dice que no tiene nada que ver conmigo y habla mal de mí, convence a todo el mundo de que simplemente estaba trabajando a mi lado porque lo pusieron en ese puesto. Hay que pensar en el futuro”. Le conté del caso de Miguel Rodríguez Torres: “Así como él se quedó en la Fuerza Armada, usted ni siquiera pida la baja. Usted se queda en esa vaina, y dígales que estaba trabajando conmigo porque yo insistí”. “No mi teniente, yo no puedo hacer eso”. “Hágalo, porque así tiene que ser, y agarra a todos los muchachos y le dice lo mismo”. Se fue a duras penas. Me quedé con el jefe de los escoltas y otra persona que recogimos, uno de los que trabajaba conmigo.

¿Cuánto vale un vicepresidente?

Ahí comenzó a obsesionarme una pregunta: ¿cuánto valgo yo? ¿cuánto vale un vicepresidente para los fascistas? Damos otra vuelta, y como a las dos de la mañana del 12 de abril

escuché a la gente de *Globovisión*, felices porque ya el Presidente, “el tirano”, y ta, ta, ta, todo el cuento: “Tenemos una nueva Venezuela”. En eso oí la alocución de Lucas Rincón en la que aseguraba que se le había pedido la renuncia al Presidente y que él había aceptado. Recuerdo que entonces grité: “Nos jodimos, p’al coño...”

Le dije a mi escolta: “Mira, vámonos para los cerros, porque nadie me va a buscar ahí, y si lo hacen, la gente me va a proteger”. Seguimos por toda la costa y salimos a Los Teques, donde él tenía un amigo. Llegamos a esa casa como a las cuatro de la mañana. Prendí el televisor y empecé a pensar que a ese muchacho lo conocían, que tal vez lo habían estado siguiendo. No podíamos descartar que su teléfono estuviera intervenido. No se me quitaba de la cabeza que, cuando yo salía de la DISIP, llegaron los golpistas. Los que se quedaron allí sabían que él andaba conmigo. Seguramente, los traidores dirían: “Donde esté Pedro, está Diosdado”.

Ahí tomé la decisión de fugarme. Llamé a una persona y le pedí que me esperara en determinado sitio con un carro. Busqué cualquier pretexto –que salieran a comprar algo de comer–, y, sin que nadie se diera cuenta, bajé del cerro.

Serían como las seis y treinta de la mañana del 12. Comenzaba a ser totalmente independiente. Me puse una gorra, unos lentes y me pregunté: “¿Adónde carajo voy?” Ah, había tenido contacto con Aguilera, que logró escapar de la DISIP gracias al general García Carneiro. Utilizando puentes, conseguimos comunicarnos. Iba en dirección contraria a Los Teques, por toda la montaña, que es una ruta muy sola, hasta el apartamento de unos amigos. En eso, escuché por radio la noticia de mi muerte y la de Freddy Bernal. En ese momento, Freddy y yo éramos los más buscados.

Entonces ya se estaba produciendo el cerco a la embajada de Cuba. El pretexto era que usted estaba escondido allí.

Vamos, yo soy bolsa, pero no tanto. La embajada cubana habría sido el último sitio al que hubiera ido. Y por razones obvias. El cerco a la embajada estaba planificado, junto al resto de las acciones, y el pretexto que utilizaron tenía que ver con la furia con que me perseguían. Mientras yo estuviera fuera del control de los golpistas, el gobierno fascista no podría formalizarse.

Rompiendo el cerco

¿Con quién mantuvo contacto ese 12 de abril?

Con muchos, entre ellos María, la hija del Presidente, que habló con su papá como a las nueve de la mañana de ese día. “Mira, hay que mostrar al mundo lo que está pasando” –le dije.

Mi esposa logró hablar con *Telemundo* e informó que yo estaba vivo y que era perseguido. Después de eso, ella me prohibió que la llamara: “No me vuelvas a llamar. No te voy a contestar. Te van a localizar y te van a matar. Olvídate de nosotros, que todos estamos bien”.

Sabíamos que los teléfonos estaban controlados. Las empresas de telefonía móvil jamás fueron amigas. De hecho, TELCEL sacó el 13 de abril una página en todos los periódicos ofreciendo llamadas internacionales gratuitas, “para que el mundo celebre con toda Venezuela la libertad”.

¿Pudo encontrar un lugar seguro?

¡Qué va! Estaba en el apartamento de unos amigos y se me volvió a pegar otra vez la tocoquera, el pálpito de que ahí no estaba seguro. Salí y a la media hora llegó la policía al lugar. Tumbaron la puerta. Estuve en los cerros de Vargas y la gente empezó a alborotarse cuando me vieron, por eso volví a moverme. Regresé al apartamento que la policía había revisado, porque era muy difícil que me buscaran en el mismo³ lugar. Allí dormí un rato, si es que a eso se le puede llamar dormir.

Pero ya se sentía que el golpe no les estaba saliendo como ellos querían. El ambiente estaba prendido. Cuando amaneció

el 13, me moví a la finca de unos amigos. Había logrado hacer contacto con los generales Raúl Isaías Baduel, Miguel Rodríguez Torres y Julio García Montoya, atrincherados en Maracay. También hablé con Jesse Chacón y le pedí que no se expusiera, porque lo iban a matar. Jesse, un hombre sumamente valiente, estaba en CONATEL, intentando restablecer la señal del *Canal 8*, aunque fuera de manera clandestina.

Salí para una casita en la montaña donde me sentí mejor, pero no tenía cobertura telefónica, ni luz. Logré la señal del celular y contacté con la Academia Militar, con los cadetes, que querían irse a la calle. Los convencí de que esperaran. Empecé a tener indicios de que la gente estaba en la calle, exigiendo el regreso del Presidente. Como a las once de la mañana llegaron Carlos Aguilera y los dueños de la finca, propietarios también de un helicóptero que nosotros usamos en la campaña de 1998 –Chávez lo llama “el Avispón Verde”–, porque es un aparato ruso, muy viejo, que botaba las puertas e iba soltando los pedazos en pleno vuelo. Cada vez que aterrizábamos había que ajustarle todas las tuercas.

A la una de la tarde recibí la llamada de Suárez Chourio. Me dio la tremenda noticia de que tenían Miraflores bajo control. Inmediatamente decidí salir para allá. “Aguántate un poquito, porque no sabemos cómo van a reaccionar ellos” –me respondió.

Esa tarde usted habló con la CNN.

Les había mandado un fax el 12 y el 13 por la tarde y les di las declaraciones por teléfono: “Soy el Presidente porque Chávez está secuestrado”.

No era la primera vez que hablaba con los medios. El 12 de abril llamé a *Unión Radio*, pero me censuraron completamente. Recuerdo que en esa grabación decía que Carmona era un mamarracho y que por detrás de él estaban este, aquel y el de más allá, los que le iban a dar un golpe de Estado en tres días. Le pedí al país que no aceptara eso, que yo era el

Presidente en ejercicio y que no necesitaba estar en Miraflores para tener la investidura, que me amparaba la Constitución. Escribí y mandé un documento con esos conceptos a los principales periódicos y emisoras de radio y televisión. Solo *El Universal* hizo una ligera referencia, el día 13, esbozando que yo había mandado una nota a los periódicos donde decía que era el Presidente.

Mi esposa me había enviado, por otra vía segura, el teléfono del periodista de la *CNN* Otto Neustald. Él estaba en Venezuela. Lo conozco porque en una oportunidad nos acompañó en la primera campaña para la presidencia. Lo llamé y le dije: “Mira, Otto, soy yo, compadre, el Presidente de Venezuela. Chávez está secuestrado y a mí me van a tener que matar aquí”. “¿Tú quieres declarar eso para la *CNN*?” “Te estoy llamando para declarar, vale”. Me dio otro número de teléfono y me entrevistaron desde la *CNN*.

Globovisión cometió el gravísimo error de encadenarse con la *CNN*. Ni soñaron que podía aparecer Diosdado Cabello por ahí, y casi toda Venezuela me escuchó diciendo que yo era el Presidente constitucional, que había habido un golpe de Estado, que Chávez estaba secuestrado, que temíamos por su vida y no sé cuánta vaina más.

¿Tenía noticias de lo que estaba pasando en Fuerte Tiuna?

Sí. Los comandantes de unidades, que habían escuchado la juramentación de Carmona y se daban cuenta de que estaban ante un burdo golpe de Estado, presionaron al general Vázquez Velasco y le dijeron que si él no actuaba, actuarían ellos. La vaina se les puso complicadísima. En una entrevista, Vázquez Velasco afirmó que estaba tratando de ubicarme, que él incluso había intentado contactarme para que yo dirigiera la transición. Efectivamente, eso había hecho y yo les había mandado a decir, con el que me llevó el recado, que en Venezuela no habría transición sin Chávez, que se olvidaran de eso y que mientras ellos tuvieran secuestrado a Chávez, el Presidente

de Venezuela, le gustara a él o no, era yo... El recadero fue un gobernador nuestro que se volteó, Antonio Rojas Suárez, del Estado Bolívar.

¿Y qué hizo Carmona? Se dio perfecta cuenta de que todo estaba perdido y renunció. William Lara, presidente de la Asamblea Nacional, cuyo mérito es extraordinario, ratificó que si no estaba Chávez, el Presidente era yo. Entonces comenzó otra odisea: la salida del monte para el Palacio de

El regreso

No estaba tan lejos de Miraflores, pero la vía era pésima. Me encontraba en Vargas, en la montaña y sin teléfono. Una empresa, DIGITEL, nos facilitó una línea, en un gesto que realmente no esperábamos. Desconozco quién hizo el contacto, cómo fue; pero nos comunicamos por esa vía. Llamé a Chourio: “Bueno, voy bajando, hermano”. Henry Hoyos, el dueño de la finca, que es además un experto piloto, se brindó a llevarnos. Salimos a revisar el helicóptero que estaba como a cuarenta minutos de la casa, en un huequito donde usualmente lo posaba, y descubrió que no tenía suficiente combustible. Eran como las seis y treinta de la tarde. Ya estaba oscureciendo y ni siquiera podíamos adelantar un trecho en el “Avispón”. “Por aquí no podemos pasar” –me dijo Henry señalando un cañón entre los cerros que separa a La Guaira de Caracas–. “La neblina está muy cerrada, tendríamos que irnos hasta la barriada de Guarenas y regresar allá, pero no hay suficiente combustible”.

“Pues nos vamos en carro” –dije–. Eran las siete de la noche. De La Guaira a Caracas todo estaba trancado, con decenas de autos parados que hacían imposible el paso. La gente de los cerros había bloqueado las entradas a Caracas. Pensé: “La oposición no sabe en el tremendo lío que se va a meter el día en que quiera intentar, otra vez, conspirar contra la Revo-

lución”. Carlos Aguilera salió a buscar unas motos y yo me quedé en el carro, escondido. Intentamos pasar, pero qué va, imposible. Se me ocurrió salir corriendo hasta el primer carro y pasar como fuera, con tan buena suerte que el auto que encabezaba la fila era el de un amigo, asistente del director del aeropuerto. Le dije: “Epa, Gocho, arranca”. Y él: “Diosdado, no podemos pasar, porque está cerrada la autopista”.

El pueblo había bajado de los cerros y tenía cerrada la autopista como con catorce barricadas, camiones, basuras, palos. No había Dios que pasara por aquellos túneles. Armaron todo un plan de defensa de manera totalmente espontánea, sin un líder. Reclamaban el regreso de Chávez por todos lados, dispuestos a lo que fuera.

Era imposible pasar con el carro. Carlos y yo salimos corriendo. Algunos me reconocieron y se me pegaron atrás para protegerme. Como a trescientos metros estaba la primera barricada, la pasamos, y nos montamos en otro carro. Carlos delante y yo detrás. Otra barricada. Carlos se paraba en el carro y gritaba: “Es Diosdado, llevo a Diosdado aquí”. Y la gente: “Sácalo para verlo”. Carlos me había puesto un casco, un chaleco. Me asomaba: “Qué pasó, vale, déjenme pasar. Voy a Miraflores a recibir mi vaina presidencial, ya tranquilo; Chávez viene”. La gente pegaba a dar gritos y a quitar la basura.

Logré hablar con el negro Chourio: “Mándame la caravana para que me encuentre en la autopista”. Así pasamos todas las barricadas, hasta que llegamos a Catia. Allí estaban saqueando algún comercio y había plomo por todos lados. Un disparo impactó en el carro donde íbamos. Nos echamos para atrás. Volví a hablar con Chourio. Él no podía llegar al lugar donde estábamos, por el tranque en las calles.

Decidimos agarrar la autopista otra vez y dirigirnos hasta la entrada de Quinta Crespo. Chourio me aseguró que iría para allá. Pensábamos que él vendría en la caravana del Presidente. El carro se detuvo en la entradita y el muchacho que

conducía estaba horrorizado. Se le acercaron unos desconocidos y Aguilera sacó un arma y los obligó a tirarse al suelo: “Ustedes se me quedan allá”. A esas alturas, ni el conductor del vehículo en el que íbamos, ni nosotros sabíamos quién era quién ahí. En eso, sentimos una ambulancia que se detuvo al lado de nuestro carro con las alarmas a todo tren.

Era Chourio. Él conocía las señas del carro en que andábamos, pero nosotros no teníamos ni idea de que él iba a llegar en una ambulancia cargada de escoltas. Cuando se bajó, ¡coño, qué alegría! Agarró y me envolvió en una sábana de plomo (blindada), que encontraron en no sé qué desván de Miraflores y me subieron a la ambulancia en la que venía Otto Neustald —lo habían llevado para que filmara todo—, me tiraron en el piso y se me pusieron los escoltas por encima. Y yo ahogándome les gritaba: “Coño, ahora sí me voy a morir”.

En Miraflores

Llegamos al Palacio por la parte de atrás. Íbamos a entrar y nadie tenía la llave del portón. Hay una grabación donde aparezco: “Coño, negro, métele un tiro a esa mierda, vale. ¿Hasta cuándo vamos a estar en esta güevonada?” Se lo grité a Chourio que es muy amigo mío, es mi hermano, lo quiero con el alma. Después me preocupé, porque me dije: “Esto se está grabando, y va a aparecer el vicepresidente diciendo groserías”. Claro, en ese momento no me pasó por la cabeza y tampoco se me habría ocurrido decirle a Chourio: “Por favor, dale un golpecito a la cerradura, que el vicepresidente tiene que entrar”. La realidad fue que, cuando pasamos al interior de Palacio, toda la gente daba gritos de alegría y lloraba de emoción.

¿Por cuánto tiempo fue presidente?

Durante cinco horas y quince minutos. Entré a Miraflores cuando faltaba un cuarto para las nueve de la noche, y entregué el gobierno al Presidente a las tres de la mañana. Firmé

solo dos decretos, y en uno de ellos restablecía los poderes constitucionales al legítimo Presidente de la República.

¿Usted también dio la orden de ir a buscarlo?

Inmediatamente di la instrucción formal de que fuesen a buscarlo. Todo se concatenó para ese desenlace. Una persona que estaba en La Orchila llamó a Carlos Aguilera: “Tengo al águila en la mano, no se preocupen”. Y nosotros nos quedamos más confiados. Estaba prisionero, pero con gente nuestra. Eso nos dio una gran tranquilidad.

Cuando llegó el Presidente, lo primero que hice fue explicarle que haríamos el traspaso enseguida. Ya en el acto, frente a las cámaras, delante de todos, me preguntó: “¿Y tú no me vas a entregar nada?” En ese momento se tomó la foto del abrazo sentido, de emoción, que nos dimos Chávez y yo. Luego, como ustedes saben, comenzó a hablarle al pueblo, y yo, francamente, no esperaba el crucifijo, sino acciones duras contra los golpistas. Al verme la cara, José Vicente, que es un político muy sabio, me comentó: “Lo que hizo el Presidente fue lo mejor”.

¿Qué esperaba?

Me reuní al día siguiente, el 15, con los petroleros –por cierto, era mi cumpleaños, mientras que mi hija había cumplido 11 años en medio del golpe–. Ellos venían de misa y con la careta puesta: decían que se había acabado la dictadura. Eran los mismos que después crearon la crisis que llevó al país, nuevamente, al borde de una catástrofe. Los miré a todos y les dije: “Si es por mí, toditos estarían botados y presos. Pero como la decisión es tratar de solucionar los problemas, vamos a solucionar los problemas”.

Ellos salieron de allí tergiversándolo todo y creando nuevos conflictos, que obligaron a una depuración total de PDVSA. Ahí es donde hay que darle la razón a Chávez. Pararon la industria y entonces nosotros sacamos a 18 000 carajos que estaban jodiendo.

Era partidario de tomar el camino más corto, que estratégicamente traería mayores complicaciones. Chávez escogió el

camino más largo y difícil; un camino pacífico, democrático y constitucional. A Chávez nadie lo va a hacer salir de la Constitución. Él siempre anda abrazado a ella, mañana, tarde y noche. Ha hecho una cruzada personal, a veces sin nuestra propia comprensión, y la ha ganado. La oposición ha tenido que reconocer la Constitución Bolivariana. En tres años de gobierno, ellos jamás asumieron ni un solo precepto, hasta que firmaron el bendito acuerdo con la OEA y apareció el Centro Carter. Chávez les volteó la tortilla.

Defectos y virtudes

Ese pueblo también ha radicalizado a su líder. Recuerdo un discurso en el que el Presidente sugirió cuál sería la única razón por la cual “envainaría la espada”, y alguien del público le gritó: “Chávez, si la envainas, nos envainas. No hay vuelta atrás”.

Lo que no entiende la oposición es que no se trata de que el Presidente se vaya. Venezuela no aguanta a un gobierno distinto al de Hugo Chávez. Los cerros, el pueblo pobre venezolano, no tienen nada que perder con este gobierno, y sí mucho que ganar. Conocen muy bien la diferencia entre la Venezuela de hace cinco años y la actual, y han sufrido mucho. Ellos han podido apreciar con hechos, que el compromiso que tiene el Presidente con el pueblo está por encima de cualquier cosa.

Esos coños de la oposición han venido a decir ahorita: “Nosotros vamos a seguir con las misiones sociales”. ¿Con qué médicos?, si ellos han hablado tan mal de los cubanos, los únicos que han subido a donde está el pobre venezolano y le han dado la medicina y le han cuidado a sus hijos.

Los peligros

¿Cuál es el mayor peligro que vive actualmente Venezuela?

El enemigo que viene de afuera. Desafortunadamente el petróleo venezolano, que debería darnos prosperidad,

nos ha traído codicia, desidia y miseria... Primero, nos acostumbró a ser flojos y a depender solo de él. Ahora, con todos los problemas que tiene Estados Unidos en Iraq y en el Medio Oriente, el petróleo venezolano está demasiado cerca de ellos.

Me reuní con estos caballeros del gobierno de EE. UU. en su propio país y les dije que en Venezuela se estaba desarrollando un sentimiento contrario a su administración, por culpa de ella misma. Cada vez que un vocero de EE. UU. se para a hablar contra Venezuela y contra Chávez, de la manera tan arrogante que lo hace, no actúa contra un gobierno o un presidente, sino contra el pueblo venezolano. No recuerdo a otro embajador norteamericano en Caracas que haya sido tan despreciado como Charles Shapiro. No puede salir ni a la esquina sin que la población lo insulte espontáneamente. Para nosotros no hay embajador de Estados Unidos en Venezuela, porque Shapiro no puede ejercer sus funciones.

Sería mejor que el gobierno norteamericano aceptara nuestra propuesta: mantener relaciones transparentes y respetuosas. Vendemos diariamente a Estados Unidos un millón trescientos mil barriles, y existen en ese país catorce mil estaciones de servicio que expenden la gasolina producida por nuestras refinerías. Somos un proveedor seguro. Cometan un grave error, si ellos no valoran esa realidad.

¿Y la Iglesia Católica?

La Iglesia Católica está dividida; por un lado los católicos y por otro la jerarquía eclesiástica, que está minada de políticos con sotana. No son curas políticos. No, no, no: son políticos que se pusieron sotana, con prejuicios políticos evidentes.

Esta era la gente que iba al Palacio y que bendijo a Carmona y compañía. Yo creo en lo que cantaba Alí Primera:

Busca al cura de parroquia
no busques al Cardenal

díle que la lucha es larga
que hay que aligerar la carga
que la misa de domingo
con pueblo libre, es mejor.

220

CHÁVEZ NUESTRO

Y tenía toda la razón. Hay muchos curas de parroquia admirables, que trabajan mañana, tarde y noche. Y si hay algunos críticos del proceso bolivariano, seguramente será con razón, porque andan codo a codo con la gente más humilde.

Un día dije públicamente que creería en la cúpula de la iglesia cuando abandonaran los carros de lujo y anduvieran como cualquier cristiano de la calle. Me cayó una lluvia de críticas por todos lados. Un día estaba en la Asamblea Nacional durante una alocución del Presidente y al cardenal Ignacio Velazco —que por cierto acaba de morir y estuvo bastante comprometido con el golpe— le tocaba sentarse al lado mío, por asuntos de protocolo. Llegó retrasado y cansado. “Écheme la bendición” —le digo—. Hizo así: Rá, rá, rá. Le pregunto: “¿Y por qué viene sudadito?” Me respondió: “No me vas a creer, pero como venía en el carro grandote, y sabía que había gente allá afuera con Chávez, me bajé tres cuadras antes y vine caminando. No quería que me vieran llegar como un cardenal”.

Los jerarcas de la Iglesia vivían de los subsidios del gobierno. Recibían millones y millones de bolívares al año, y nadie rendía cuenta. Era un secreto lo que hacían con tanta plata. Con Chávez en el poder se comenzó a regular el subsidio. No se les negaba, pero se les exigía transparencia económica. Comenzaron a atacar al Presidente. Y resulta que, difícilmente, haya habido un presidente en Venezuela, en todas las épocas, que practique más consecuentemente el cristianismo que Hugo Chávez, y sin hipocresía. El pueblo lo sabe y también por eso lo quiere.

Recibimos energía en las calles

Hay que ver las marchas. Yo camino las marchas siempre, y trato de meterme donde está el pueblo y me pongo a escuchar lo que dicen. En la última movilización había tanta, pero tanta gente, que el Presidente se angustiaba: “Diosdado, hay que garantizar que no se nos vaya a matar alguien”. Siempre está pendiente de todo, y carga con la preocupación de que pueda producirse un accidente y que por amor, por acompañar el proceso, alguien se vea envuelto en una tragedia.

Hay que estar junto a Chávez en una manifestación para vivir una experiencia mágica. A su lado recibes la energía de un pueblo enamorado de su líder. Recuerdo en una ocasión, en medio del gentío, un señor que tenía su niño pequeñito en brazos e iba corriendo junto al carro del Presidente. Me gritaba: “Diosdado, Diosdado, pásele el niño a Chávez”. Y yo: “Coño, jefe, ¿cómo hago eso?” Pero era tanta la insistencia que dije: “Bien, déme al niño”. Tomé al nene y se lo pasé a Chávez. Él lo recibió con toda la delicadeza del mundo, lo abrazó, le dio un beso y se bajó con el niño para devolvérselo a su padre. El hombre estaba llorando, llorando, compadre, y diciendo emocionadísimo: “Coño, mira, esa vaina es lo más grande que a mí me ha pasado en la vida”. Un tipo de un metro noventa, con unos lagrimones así, había puesto en brazos del Presidente el único tesoro que tenía. Eso es amor, chico, en un país cuyos gobernantes estaban tan desprestigiados y tan alejados del ser humano común.

Tarek William Saab

De poeta a poeta

222 *El Che, James Dean y Hugo Chávez miran desde los cuadros de la pared. Extraña mezcla en una oficina parlamentaria. “¿Por qué? Cada uno, a su modo, ha ejercido el oficio de la rebeldía” –explica. También Tarek William Saab es de profesión revolucionaria y parece mucho más joven de lo que es y de lo que cualquiera esperaría en un hombre que ostenta el cargo de presidente de la Comisión Permanente de Política Exterior de la Asamblea Nacional venezolana.*

Cuarenta y un años de vida es poco tiempo para una biografía como la suya, en la que, además de una arriesgada militancia política, la cárcel, la candidatura a la gobernación del Estado de Anzoátegui y el ejercicio como parlamentario y abogado especialista en violaciones de los derechos humanos, ha publicado cinco libros de poesía: Los ríos de la ira (1987), Príncipe de lluvia y duelo (1992), El hacha de los santos (1992), Al Fatah (1994), Ángel Caído Ángel (1999) y Cielo a media asta (2003).

Es hijo de padres libaneses, musulmanes drusos: Alia, la madre, y Némer, el padre, radicados en El Tigre, Estado de Anzoátegui, algunos años antes del nacimiento de Tarek. “El árabe”, así lo llamaba Hugo Chávez desde antes de conocerlo personalmente, y eso bastaba para identificarlo, porque el nombre de regusto oriental era tan singular como conocido en ámbitos literarios y de lucha en Venezuela.



Izquierda y poesía

224

CHÁVEZ NUESTRO

Empecé muy temprano en la izquierda venezolana —que tuvo la evolución clásica de muchas organizaciones similares en América Latina—, como dirigente estudiantil en un liceo, con 13 años de edad, y me acerqué al Partido de la Revolución Venezolana, el PRV-Ruptura. Era un grupo muy señalado políticamente, por ser la antítesis de la izquierda electoral. No participábamos ni apoyábamos el sistema eleccionario, sino que, más bien, llamábamos a la abstención. Fui presidente de varios centros estudiantiles en Anzoátegui, y luego en la Universidad de Los Andes (ULA), de Mérida. Allí comencé a estudiar Filosofía y Letras, pero no terminé la carrera. Vine a Caracas y me gradué como abogado en 1990.

Durante ese tiempo participé en la lucha social partidaria, primero en el PRV-Ruptura, luego en un proyecto llamado Tercer Camino, que se ocupaba de la defensa de los derechos humanos. Me especialicé en denunciar y procesar casos de violación de los derechos civiles y políticos, particularmente torturas y asesinatos cometidos por las fuerzas de seguridad. A la par, escribía mis poemas.

¿Por qué se vinculó específicamente al tema de la violación de los derechos humanos?

Siempre combiné la lucha social con la política, y en el contexto venezolano de aquellos años era inevitable caer en el tema. Estuve preso por defender a prisioneros políticos o familiares de desaparecidos. Bastaba con ejercer como abogado de esas personas para ir a prisión.

La represión era violenta. Después del 27 de febrero de 1989, El Caracazo, hubo un reagrupamiento de los sectores políticos que, en cierto modo, fueron sorprendidos por la acción del pueblo. Del subsuelo apareció el pueblo, enfrentado por primera vez a un paquete neoliberal, al proyecto fondomonetarista. Los anteces de Seattle, del movimiento

antiglobalizador, hay que buscarlos aquí, en la Venezuela de 1989. Eso impactó a las fuerzas armadas, como nos impactó a todos.

Comenzaron a aparecer movimientos a favor de la Constituyente. Yo pertenecía a uno de ellos, al Frente Patriótico, al cual se incorporaron figuras muy influyentes en la vida nacional, como Juan Lizcano, José Vicente Rangel y otros. El gobierno de Carlos Andrés Pérez estaba muy débil y desprestigiado. Las bases institucionales –cuyo modelo era el llamado Punto Fijo (la alternancia de los partidos Acción Democrática y COPEI)– habían colapsado en febrero de 1989.

Cuando ocurre la rebelión del 4 de febrero, liderada por Hugo Chávez, el estremecimiento en el país fue absoluto y la repercusión a nivel popular, histórica. En cierto modo, eso también cambió mi vida.

¿Cómo supo de esas actividades?

El partido donde militaba estuvo relacionado con muchos de los militares que se alzaron el 4 de febrero, y también con los del 27 de noviembre. Oí hablar de José Antonio, como el líder del movimiento del 4 de febrero. Cuando Chávez intervino por la televisión ese día, yo esperaba que apareciera José Antonio. Luego me enteré de que ese era el seudónimo del comandante Chávez y, por supuesto, de inmediato me incorporé a la defensa de los rebeldes, públicamente. Promovimos actividades pacíficas, oraciones por la paz, cantos por la libertad, y también visité a Chávez en San Carlos y le entregué una copia mecanografiada del poema “Maisanta”.

Rodeados, por ahora

Llama la atención que la fecha de ese poema coincide con el día de la rebelión encabezada por Hugo Chávez. ¿Lo escribió realmente el 4 de febrero de 1992?

Expresa el sentimiento que nos embargaba: era una derrota y una victoria a la vez. Está dedicado a Elena Frías, la madre

de Chávez, y lo escribí ese 4 de febrero, en horas de la tarde, después de ver al comandante Chávez en la televisión.

¿Cómo fue el encuentro con Chávez?

Muy emocionante. Lo visitaba mucha gente, y tuve que hacer una cola grandísima para llegar a San Carlos. Al principio no había muchos controles. Yo era un tipo rayado —estigmatizado—, de izquierda. En el informe conjunto de la DISIP y el DIM llegaron a afirmar que el movimiento de Chávez no había sido militar, para tergiversar lo ocurrido y debilitar ante la opinión pública a los grupos revolucionarios. Quisieron asociarlo con la extrema izquierda, con el fin de desnaturalizarlo y desprestigiarlo frente a sus propios compañeros.

Los cuerpos de Seguridad del Estado armaron una especie de *Western Spaghetitis*, con retazos de esto y de lo otro, cuyo objetivo era marcar a todos los sospechosos de resistencia al gobierno de Carlos Andrés Pérez. En ese contexto apareció mi nombre citado tres veces. Es decir, Tarek William salía en todas las listas como civil implicado en los hechos del 4 de febrero, y por tanto, como sujeto bajo vigilancia.

¿Tuvo problemas para ver a Chávez aquella primera vez?

No. Eran los primeros días de visita en San Carlos. Además de los familiares, admitían a algunos amigos. Entré con una periodista europea que se hizo pasar por alguien de la familia y de esta forma logró entrevistarlo. Cuando me presenté, me dijo: “¡Ah, tú eres el árabe!” Me imagino que había leído el informe de Inteligencia publicado en todas partes y que mi nombre le había llamado la atención. Hablamos un rato y le entregué el poema. Lo leyó completo. En la próxima visita que le hice a San Carlos, me recitó todo el poema. Se lo sabía de memoria sin que le faltara ni una coma, cosa que yo jamás he logrado.

Después lo ha recitado muchas veces y gracias a él se hizo famoso durante la campaña presidencial, antes de 1998. Solía cerrar los mítines con la última parte del poema:

[...] norte de los sublevados Aparece

mientras esperamos
un nuevo respiro

otra canción que enamore y nos levante
aferrados a la nada con cabillas en la boca.

Rodeados
por ahora
por ahora*

¿Qué significan las cabillas? ¿Acaso los barrotes de la cárcel?

Pudiera ser también. Pero lo siento más bien como una metáfora de esa expresión popular “el puñal en la boca”, que significa que la gente va al combate a jugarse la vida. El que va con una cabilla en la boca, va a pelear con todo.

Es notable el valor que, tan tempranamente, le da usted al “por ahora” de Chávez, al punto de convertirlo en motivo de un poema.

Ganó las elecciones a raíz de ese hecho, porque la acción del 4 de febrero estremeció a todo el país. Ese “por ahora” le dio esperanzas a este pueblo.

García Márquez afirma en una crónica, que lo que parecía un llamado a la rendición fue, en realidad, el primer discurso de la campaña de Chávez para la presidencia.

Creo que fue más allá: con esas palabras se hizo Presidente. Lo conoció toda Venezuela. Carlos Andrés Pérez cometió un error al transmitir en vivo sus palabras, e incluso repetirlas en la televisión. Fue un mensaje que impactó a todo el mundo,

*Fragmento del poema “Maisanta”, en Tarek William Saab: *Cielo a media asta*, Editorial Arte y Literatura, Ciudad de La Habana, 2003, pp. 89-92. (N. del E.)

no solo a mí. Ese “por ahora” era profundamente subversivo. Él no se estaba rindiendo por entero. Primero, saludó a todo el mundo —es un hombre de respeto—. Luego, dio a conocer el movimiento bolivariano —es decir, no estaba solo—. Tercero, habló de Bolívar. Cuarto, dijo que había que deponer las armas, pero, “por ahora”.

Mi poema corrió una suerte tremenda gracias a Chávez. Lo editaron en revistas, dentro y fuera del país, lo vi en murales, en grafitis, en barriadas populares y hasta en prestigiosas publicaciones literarias. Luego, lo incluí en mi libro *El hacha de los santos* y le llevé un ejemplar a la prisión de Yare. Fue la última vez que pude visitarlo en prisión.

¿Por qué?

No me dejaron entrar más. El ministro de Defensa, Muñoz León, circuló una carta en la que afirmaba que Tarek William y otros servíamos de correo, lo cual era absolutamente falso.

El reencuentro

¿Cuándo me reencuentro con el Presidente Chávez? El mismo día en que salió de la cárcel, el 27 de marzo de 1994. Ya era un líder político. Lo primero que hizo fue rendirle honores al Libertador Simón Bolívar con una ofrenda floral en el Panteón Nacional. Estaba recién casado y fui con mi esposa. Logré entrar a la capilla y observé todo. Hubo algo que me impresionó mucho. Allí también hay una lápida en homenaje a Ezequiel Zamora. El comandante Chávez se arrodilló y estuvo un rato en silencio, con los ojos cerrados, como si estuviera haciendo un juramento. Al final le dio un manotazo durísimo a esa lápida, como si reafirmara un compromiso muy profundo.

¿Usted se incorporó al Movimiento V República?

Mi acercamiento fue básicamente como abogado que defendía a las víctimas de la represión y a sus familiares. El MBR-200 —todavía no se llamaba Movimiento V República— era muy perseguido por el gobierno de Rafael Caldera. Sin

embargo, me reuní varias veces en privado con el comandante Chávez para incorporarme al Movimiento, lo que se hizo efectivo cuando él decidió postularse como candidato a la presidencia de la República y fundó el MVR.

En medio de esa lucha, encabezé la lista como diputado al Congreso Nacional del Movimiento V República en Caracas, y gané el escaño. Eso ocurrió antes de las elecciones en las que Chávez salió Presidente, debido a una maniobra de nuestros enemigos políticos, violatoria de la Constitución. Sabiéndose derrotados, hicieron algo increíble. Históricamente, las elecciones en Venezuela para la presidencia se efectuaban junto con las de la Asamblea. Decidieron anticipar las elecciones de los parlamentarios y gobernadores para controlar al Congreso. Las realizaron en noviembre, y un mes después, las de jefe de Estado.

Chávez me pidió que integrara la Comisión Presidencial Constituyente, que redactaría las bases del decreto para convocar la Constituyente, y luego participé en el Consejo Presidencial Constitucional, que trabajó en el proyecto de Carta Magna que Chávez le presentó al país.

La Constituyente

La Constitución de la República Bolivariana de Venezuela es, sin dudas, una de las más avanzadas del mundo. ¿Estará en sintonía con la realidad de este país, cuya oposición suele desconocer o utilizar de forma oportunista sus postulados?

Esa Constituyente es el inicio revolucionario de la etapa histórica que ha comenzado a vivir Venezuela. Chávez tuvo el olfato de presentarla como la bandera política de su campaña electoral a fin de transformar las instituciones y abrir un camino de cambios sociales, políticos y económicos, de manera pacífica.

Todos somos hijos de esa Constituyente. Chávez catalizó ese proceso que gracias a su liderazgo unió a muchísimas fuerzas

dispersas en el país en torno a un programa de acción que nos da, también, armas para enfrentarnos a un enemigo que no está en Venezuela.

Norteamérica...

Sabemos claramente que el principal adversario de Hugo Chávez y del pueblo de Venezuela se encuentra en Estados Unidos, instalado en la Casa Blanca, en el Pentágono, en la CIA, en las corporaciones energéticas transnacionales. Quiere apoderarse del petróleo, el gas, las riquezas naturales venezolanas, como ha pretendido hacerlo en Iraq y en cuanto país de la tierra no se somete a los apetitos del imperio.

Hugo Chávez ha logrado romper un cerco muy traumático para cualquier presidente en América Latina. Las esperanzas de Jacobo Arbenz en Guatemala fueron truncadas. También, las de Juan Bosch en República Dominicana, de los sandinistas en Nicaragua, de Omar Torrijos en Panamá, de Velasco Alvarado en Perú, de Allende en Chile... En fin, una larga lista. Chávez rompió ese sino trágico, sangriento.

Hemos ganado ocho batallas electorales, hemos derrotado un golpe militar y una conspiración transnacional, y hemos enfrentado una guerra económica que implicó el sabotaje a la industria petrolera. Ninguna nación del área habría aguantado tres meses de crisis, en los cuales se paralizó totalmente el país, tras una acción que perfectamente se puede calificar de terrorista. De modo que Chávez, parafraseando los conocidos versos de Bertolt Brecht, es de esos hombres que luchan toda la vida, los imprescindibles; y su aparición en la historia contemporánea venezolana no es accidental.

Lo civil y lo militar

La rebelión encabezada por oficiales a la orden del comandante Chávez se produce exactamente cuando América Latina está de vuelta de un proceso traumático de dictaduras

militares y del Plan Cóndor. ¿Cómo se resuelve en Venezuela la contradicción entre lo civil y lo militar frente a esa nefasta experiencia en el continente?*

Chávez tuvo la intuición, desde un principio, de presentar el Movimiento como un proyecto cívico-militar. Lo dijo una y mil veces, y trabajó durísimo para que se comprendiera la trascendencia de esa fusión.

Aunque existan códigos diferentes entre un civil y un militar, hemos adelantado muchísimo en la concepción de una unidad programática de lucha, donde los militares desempeñan un papel fundamental en el progreso social.

Dudo que sin los militares patriotas pudiéramos tener un proyecto bolivariano en este momento. Ellos han sido la garantía de toda la victoria, porque son una Fuerza Armada atípica en América Latina. Hay que recordar que las clases populares en Venezuela tuvieron acceso a la Fuerza Armada Nacional (FAN), a diferencia de Chile, Argentina y otros países donde solo accedía una elite.

A eso se suma que en la FAN ha echado raíces un concepto de nacionalismo bolivariano, de soberanía, que no existía en el pasado. Militares como Chávez, como Raúl Baduel, como Jorge García Carneiro, entre otros, surgen de nuestra Fuerza Armada, porque tienen un sentido de clase, un enfoque y una concepción populares. No son prusianos a la manera en que lo fueron los militares que derrocaron a Allende, o los que participaron en los gobiernos represivos del Cono Sur.

Sin embargo, todos o casi todos pasaron por escuelas norteamericanas.

Pasaron, pero no se envenenaron. Tenían y tienen un alto concepto nacionalista de su deber, y esa experiencia les sirvió

*Plan Cóndor: Plan diseñado por EE. UU. para coordinar entre los gobiernos dictatoriales de América Latina la más brutal represión contra los movimientos revolucionarios en la región.

para conocer mejor al enemigo, para fortalecer sus valores nacionales.

232 Por otro lado, los propios acontecimientos han radicalizado a todo el pueblo, incluyendo a los militares. Se produjo un golpe de Estado contra Chávez, una acción fascista, patronal, dirigida por la Casa Blanca, apoyada abiertamente por el gobierno de Bush, y eso no lo niegan ni siquiera los grandes medios estadounidenses. Lo reconocieron el *Washington Post* y el *New York Times*. Recientemente, Kerry también lo admitió.

El Presidente Chávez estuvo en El Tigre, Estado de Anzoátegui, para su programa *Aló Presidente*. Estuve con él, y cuando bajamos del carro, una señora mayor lo tomó del brazo y le dijo: “Chávez, libéranos de los gringos, así como Bolívar nos liberó de los españoles”. Y no lo soltaba, llorando: “Chávez, eso es lo único que te pido. No te pido trabajo, no te pido dinero, no te pido nada, solamente que nos libres de los gringos”.

Fue un ama de casa, en una comarca olvidada del Oriente del país. Ello expresa muy bien hasta dónde ha llegado la conciencia de esta lucha, de lo que está en juego en el proyecto de la Revolución bolivariana. Esa conciencia que tiene nuestro pueblo, la tienen nuestros militares, nuestros generales, nuestros coroneles, nuestros comandantes, nuestros soldados.

El enfrentamiento al ALCA

Además de la visión que tuvo con la Constituyente, hay que reconocer la profundidad del discurso antineoliberal de Hugo Chávez, y el intento de buscar vías de crecimiento económico mixto de desarrollo social, donde participa el capital privado, pero atendiendo a un hecho constitucional que nosotros incorporamos en la Carta Magna: la no venta de PDVSA, ni de las empresas básicas. A eso se suma la visión de un mundo pluripolar, de la integración de América Latina y el Caribe, de

acercar el MERCOSUR a la Comunidad Andina de Naciones, de enfrentarse al ALCA.

¿Esa conciencia existía en el momento en que se inicia la presidencia de Chávez, o es algo que se ha ido ganando?

Se ha ido ganando frente a un aparato mediático brutal. Se lo comento a amigos que vienen de afuera: “Para que conozcan la realidad nacional y lo que nosotros enfrentamos, vean los canales privados comerciales dos o tres horas antes de dormir o en el transcurso del día”. Es terrible.

Por supuesto, ya existía una conciencia histórica. Bolívar fue un antiimperialista y aquí nació la guerra de independencia latinoamericana. Eso ha permanecido en el subconsciente colectivo venezolano, pero desgraciadamente también hemos sido víctimas de ese proceso de domesticación de los medios, que tanto agrede la identidad de nuestros países y provoca una paulatina transculturación.

Estos seis años del gobierno de Chávez han significado una vuelta a la identidad nacional, a los símbolos patrios, a nuestro folclore, a nuestras raíces, a la defensa de nuestra propia identidad como pueblo venezolano, con nuestros mitos, nuestras leyendas, nuestros héroes. El Presidente es un comunicador nato y ese diálogo permanente ha ido rescatando todos esos valores frente a la agresión política y cultural.

Los hechos también han sido aleccionadores. La gente vió cómo derrocaron a Chávez el 11 de abril, con los voceros estadounidenses congratulándose abiertamente por el golpe, en todos los canales de televisión –Colin Powell y Condolezza Rice no disimulaban la alegría–. El pueblo vió las fotos de los agregados militares de la embajada norteamericana cuando entraban a Fuerte Tiuna para reunirse con los golpistas. Los venezolanos han vivido en carne propia la afrenta de un imperio que quiere apoderarse de este país.

Cuando los medios mienten, las paredes hablan

Venezuela vive una guerra mediática y, contra todos los pronósticos, está ganándola en la calle. No hay un muro en Caracas sin pintadas chavistas. Vimos una que dice: “Cuando los medios mienten, las paredes hablan”.

No hay una persona más satanizada en los medios que Chávez y, sin embargo, hay que ver la reacción popular ante su Presidente. Cuando veníamos ese domingo de El Tigre –cruzamos Saa Tomé y El Tigrito hasta llegar aquí–, en las aceras había multitudes de personas con banderas esperándolo. Nadie las había movilizado. Sencillamente intuyeron que pasaría por ahí después del *Aló Presidente* en El Tigre. Chávez bajó su ventanilla y pidió al conductor que fuera despacio, para saludar. Era impresionante ver lo que ocurría cuando la gente reconocía a Chávez: gritos de alegría, muchos siguiendo la caravana en bicicletas, en camiones, en camionetas.

Le comenté al Presidente la experiencia de Toledo en Perú. Con un enorme aparato mediático a su servicio y el apoyo incondicional de EE. UU., su popularidad bajó un 80% durante los primeros meses en el poder. Y luego, en menos de seis o siete meses, bajó a cero en una escala de doce puntos. “Fíjese lo que aquí se ha logrado –le decía–, más popularidad después de seis años de hostigamiento por parte de un aparato mediático implacable, de demolición; mire usted, más popularidad”. A diferencia del proceso cubano, la Revolución en Venezuela se produce como si Miami estuviera dentro del territorio nacional, con todos sus canales privados y con un poderío económico brutal. Imagínense a la Revolución cubana con el exilio batistiano anclado en La Habana, en Santiago de Cuba. Nosotros hemos resistido eso. ¿Por qué? Porque la gente sabe que Chávez no traicionó a su pueblo. Cuando ves que el pueblo se desborda en las calles para ver una caravana donde va su Presidente, y salta y llora; mira, estamos hablando de una emoción popular muy grande y también

correspondida. Se trata de un gobierno que les ha dado a los venezolanos lo que nunca habían tenido: ha alfabetizado, ha facilitado el ingreso a las universidades, ha puesto los médicos al servicio de los pobres. Y lo ha hecho de modo eficiente y rápido.

El 11 de abril

¿Dónde lo sorprendió el golpe?

Me preparaba para venir a la Asamblea Nacional. Los jueves hay sesión en la tarde. Por la mañana estuve monitoreando la marcha de la oposición hacia la sede de PDVSA, en Chuao que ahora, por cierto, es la sede de una universidad bolivariana—. De pronto, la manifestación comenzó a tomar otro tono: discursos muy radicalizados y el llamado a dirigirse hacia Miraflores.

Me encontraba en un sitio bastante alejado de la sede de la Asamblea. Decidí salir para acá, pero me quedé atascado en la frontera con Chacaíto. Tuve que desviarme, tomar unos atajos y dejar mi carro estacionado —a la buena de Dios— en un lugar cerca de la Universidad Central de Venezuela. De ahí, al Metro.

¿Solo?

Solo. En la sede de la Asamblea, coincidí con varios parlamentarios. Se oían los disparos. Muy cerca del Parlamento cayó muerto un fotógrafo, Tortosa, que es un mártir del 11 de abril. En cuestión de segundos cambió el panorama. De pronto, la marcha opositora se hallaba en el centro de Caracas, con la intención de tomar Miraflores y la Asamblea. Se organizó un cordón de la guardia militar frente a nuestro edificio, con nosotros adentro.

Fui al salón donde estaba la prensa con algunos diputados. Los periodistas que estaban allí comenzaron a recibir informes sobre los francotiradores y los muertos en la cercanía de Miraflores, antes de que Chávez saliera en cadena. Decidí dejar la Asamblea e irme a Miraflores. Los reporteros trataron de

disuadirme: “Ten cuidado, Tarek, porque eres muy conocido, te pueden disparar los francotiradores, que están matando a mucha gente”.

En una fotografía de prensa de esos días se le ve a usted en la tarima, frente a Miraflores...

Transmití un llamado a la calma. En eso, Chávez le habló al pueblo por la televisión, pero cortaron la transmisión. Ingresé al Palacio con un grupo de diputados, logré hablar con él y regresé a la tarima —ya eran las once de la noche.

¿Qué habló con él?

Fue una breve conversación. Se sentía el peligro. Ya se especulaba sobre asaltar y bombardear el Palacio, y la posibilidad de una masacre. Recuerdo que hablé de Allende: “Oye, ¿será que vamos a terminar con la misma historia?”

Afuera había miles de personas a favor de Chávez, pero también del otro lado había gente dispuesta a todo, con el odio exacerbado a partir de la manipulación de lo ocurrido en Puente Llaguno, y por los pronunciamientos de algunos militares contra el gobierno, desconociéndolo.

Poco después de las once de la noche, en la tarima, el diputado Pedro Carreño me comentó un informe de la DISIP en el que se afirmaba que estábamos derrocados. Llamé a un edecán del Presidente, sin mucha confianza en que se produjera la comunicación, y para mi sorpresa pude hablar casi de inmediato con él.

12 de abril

¿A qué hora?

A las dos de la madrugada del 12 de abril. Imagínate, en un momento ya había vivido otra experiencia terrible. Cuando buscaba refugio, vi un muro en La Carlota en el que habían grabado los nombres de las personas más cercanas al Presidente. Había velas, como si estuvieran velando a muer-

tos. Era un evidente mensaje fascista para promover el crimen. Aquel era el muro de la muerte.

¿Vio su nombre?

Por supuesto, entre los primeros. Había escuchado también el pronunciamiento de Carmona. Fue en ese contexto en el que conversé con Chávez y juro que, a pesar de todo, tenía esperanzas de que se podría controlar la situación: “Presidente, estamos a la orden, cuente con nosotros, hacemos lo que usted ordene”. Su respuesta fue: “Tarek, gracias primero; pero en este momento el destino está echado. No quiero más derramamiento de sangre. Yo voy preso”. Me pidió que orientáramos a nuestros compañeros, que no se cometieran locuras. Mi respuesta fue desesperada. Me di cuenta entonces de que la realidad era todavía más cruda que lo que había visto en la televisión y en las calles: “Aquí hay que denunciar que se está produciendo un golpe de Estado y que usted va a ser un preso político”. Del otro lado del teléfono escuché a un hombre que ya había decidido qué hacer: “Tarek, cuídate mucho, preserva tu vida, salúdame a tu familia”. Imagínate tú: en un momento como ese, alguien que sabía perfectamente que podían llevarlo a la muerte, se preocupaba por mi familia y por mi vida.

Chávez habló con otros compañeros que habían llegado conmigo –los diputados Pedro Carreño, Nicolás Maduro y Cilia Flores–. Lloramos de rabia, de impotencia, de dolor. Fue la primera vez que pensamos, realmente, que todo estaba perdido.

La persecución y la cárcel

*Usted fue el único parlamentario preso durante el golpe.
¿Por qué?*

Fue algo extraño. Supuestamente, los golpistas buscaban a los militares responsables de la matanza de Puente Llaguno –realizada por ellos mismos–, y me apresaron a mí, un civil, con una trayectoria vinculada a la lucha por los derechos

humanos, un poeta con varios libros editados. En realidad, pasaron por alto esos “detalles”, porque lo que querían castigar era mi lealtad a la Revolución y al Presidente Chávez. Sin embargo, los golpes que me propinaron ante las cámaras de televisión y mi encarcelamiento actuaron contra los golpistas. La gente se preguntaba: si eso se lo están haciendo a Tarek, ¿qué queda para nosotros?

¿Cómo se desencadenó la persecución que lo llevó a la cárcel?

Estaba en el apartamento de Luis Gómez —un amigo que estudió cine en la escuela de San Antonio de los Baños y actualmente es presidente del Poliedro de Caracas—. Él me decía: “Oye, hermano, quédate al menos tú”. Y yo, que no: “Me voy para mi casa, tengo esposa e hijos pequeños”. Y Pedro Carreño intervenía en la discusión: “Te van a buscar a ti. Ellos, por ahora, no están pendientes ni de tu esposa ni de tus hijos”.

En contra de todos los consejos, salí a buscar a mis hijos —tenía dos en ese momento; después de abril, me nació un tercero—. Fue una odisea encontrar un taxi.

¿A qué hora?

A las ocho de la mañana del 12, sin haber dormido ni un minuto. Estuve haciendo algunas llamadas telefónicas —a través de CANTV—. Este no es un detalle accesorio: estaba consciente de que podrían estar monitoreando mi celular. Cuando llegué a la casa, vi un papel pegado en la puerta, hecho a mano, que decía: “La Junta de Gobierno te solicita. Tarek, asesino”. Todavía lo conservo.

Le dije a mi esposa: “Lo mejor es que yo me vaya de aquí, y ustedes, salgan para la casa de tus padres”. Preparé con rapidez la maleta, y ya estaba despidiéndome de mis hijos, cuando ella me dijo: “Tarek, el vigilante de la casa está radiando algo”. Ella le gritó: “¿Qué quieres tú aquí?, ¿a quién le estás avisando qué?” En contados minutos llegó un carro grande y una ca-

mioneta que cerraron la entrada de la casa por la izquierda. Llegó otra y bloqueó la salida al garaje, y una tercera, el acceso por la derecha. Estaba totalmente sitiado.

Eran cinco personas. Las vi muy bien. Les grité: “Esto es una casa de familia, ¿qué quieren ustedes?” Y los hijos de perra sabían muy bien en lo que andaban, porque uno dijo: “Oye, vale, que está con los hijos”, y el otro le respondió: “¡Qué importa! ¿Y los padres que ahora tienen hijos muertos en Puente Llaguno?” Empezaron a gritarme “asesino”, “palestino terrorista”, “vete para Arabia”; un lenguaje puramente fascista. Ya estaba desatada la mentira: aunque la mayoría de los muertos eran chavistas, nos responsabilizaban del crimen. Por la televisión transmitían a cada minuto el famoso video manipulado del hombre disparando desde el puente.

Llamamos a varios medios –*El Nacional, El Universal, Unión Radio...*– para denunciar lo que estaba pasando. No me concedieron el más mínimo espacio. En unos pocos minutos la calle se llenó de gente con palos, con piedras, con cadenas. Vimos incluso a vecinos que conocían a mis hijos y a mi esposa colaborando con los fascistas.

En eso llegó el alcalde del municipio, de la oposición, que se portó decentemente. Venía como mediador, en una patrulla, para que pudiéramos salir de la casa... Lo habíamos pactado antes por teléfono. Pero aquella horda quería sangre y por poco lo linchan. No lo dejaron ni acercarse. El allanamiento estaba previsto. Aparecieron veinte motorizadas de la DISIP, los tipos con pasamontañas, ametralladoras, cascos..., puros Rambos. Irrumpieron en la casa y me comunicaron que debía ponerme a la orden del Presidente. Y yo asombrado: “¿De quién, de Chávez?” “No, del presidente Carmona”. Era la hora del mediodía, no se había producido la autojuramentación y aquellos ya hablaban del “presidente Carmona”. “Usted tiene que ir primero a una

entrevista con el nuevo director de la DISIP, y luego, con el presidente Carmona” –me dijo el que parecía ser el jefe.

Colabore, diputado

Le contesté que como diputado gozaba de inmunidad, que no estaba obligado a hacer semejante cosa. El tipo se me acercó: “Mire, diputado, colabore, es mejor para usted. Si usted no viene, a esa gente que está afuera nosotros no la vamos a poder controlar. Tiene que ir a la DISIP. Es por el bien de su familia”. No podía resistirme ante veinte hombres armados. Era mucho más terrible de lo que esperábamos. Iba preso y sin saber ciertamente a dónde. Me despedí de mi esposa y de mis chamos.

¿Estaba la prensa?

Eso es lo más increíble. Todo ocurrió muy rápido, y sin embargo, estaban los camarógrafos. Me llevaron a la sede de la Policía en El Helicoide, para entregarme a la DISIP. Había un fiscal, lo que prueba que nada se improvisó. Cuando salí esposado, estaba la prensa aguardando en la sede de la policía política. Ahí vi una oportunidad y empecé a gritar que se estaba cometiendo un atropello a mis derechos humanos, que estábamos ante una dictadura, un golpe de Estado. Un periodista me dijo: “¿Usted va a renunciar?”. “No, yo no voy a renunciar. El Presidente no ha renunciado”.

¿Trasmitieron esas declaraciones?

En todos los canales me presentaban como un criminal. Pero los gritos míos sí se oyeron. Eso funcionó como un bumerán. Empezaron las reacciones. Al día siguiente aparecieron las primeras denuncias contra aquel atropello. *El Nacional*, bajo la firma de Milagros Socorro, publicó el reportaje “¿De qué es culpable Tarek William?”

Lógicamente, entonces yo no me enteré de nada. Me habían llevado preso a la DISIP en un carro sin placa. Por supuesto, lo de la entrevista era falso. Me condujeron a una

oficina con un cartel en la puerta que decía: “Dirección de investigaciones”, por la que solían pasar los presos comunes. Me cayeron encima unos policías que trataron de quitarme la correa, el teléfono y todas mis pertenencias de manera agresiva. Nos caímos a puñetazos y empecé a gritar reclamando al fiscal. Cuando llegó y le dije que ese era un trato degradante que yo no aceptaba, me contestó: “Oye, colabora”. Se trataba de otro fiscal vendido, igual al que me recibió y me hizo un acta como si tal cosa, a sabiendas de que yo tenía inmunidad.

¿Y qué pasó en la DISIP?

Los tipos, de entrada, me dieron el tratamiento de un preso común. Ante tanta insistencia mía, el fiscal me prometió averiguar algo. Habló con un jefe y me miró raro: “Estás en algo muy grave. Andas metido en un paquete”. “¿En qué paquete estoy metido yo?” “Te están investigando por posesión de armas de guerra”. “Qué ridiculez, ¿armas de guerra?, ¿Dónde están las armas de guerra que se usaron en Puente Llaguno?” Estaba desatada la represión y yo era el primer implicado en un plan muy bien concebido. Después de ese diálogo, quedé incomunicado durante algunas horas sin que nadie me dijera absolutamente nada.

Serían un poco más de las cuatro de la tarde cuando entró un jefe de la DISIP, el segundo jefe de Investigaciones, y me dijo: “Mira, te vamos a sacar de este lugar. Disculpa lo que ha pasado”. Y siguió: “Creo que hubo un error. Pero tranquilo, colabora. No te pongas a decir que te metimos preso, que te estamos tratando mal”. No me habían permitido hablar con un abogado, ni con mi esposa. Me trataron como a un preso común, y ese señor me hablaba en aquellos términos. No me liberaron, sino que me llevaron a la oficina de un jefe de la policía, y, ¡oh!, sorpresa: tenían encendido el televisor, que transmitía en ese momento una comiquita y de pronto, ¡pum!, apareció una transmisión en cadena, pero diferente a las que hacía nuestro gobierno. No era el mismo anuncio, ni la misma

voz. Acto seguido, la imagen del Salón Ayacucho en el Palacio de Miraflores, con Carmona sentado en la silla de Chávez, los militares sonrientes y en el público la rancia oligarquía. Habían desaparecido el cuadro de Bolívar...

Lo llevaron a ver la autojuramentación de Carmona. ¿Por qué?

Con Carmona delante, el abogado Daniel Romero leyó aquel decreto en el que se suspendían de sus cargos a todos los diputados y suplentes de la Asamblea Nacional. Increíble. El policía me miró, con sorna: “Bien, diputado, ya no tiene inmunidad”. “¿Y ahora qué ? –me pregunté–. ¿Me irán a matar? ¿Vendrán los asesinatos en masa?”

Lo tenían todo perfectamente preparado.

Me resigné a mi suerte. Siguieron las entrevistas con fiscales que hacían las mismas preguntas, y yo: “¿De qué me van a acusar?” “Estamos esperando una orden y solo la Fiscalía puede ordenar tu liberación”. Por supuesto, la orden no llegaba nunca.

Total, que en la madrugada del 13 de abril todavía estaba en ese “paquete”, incomunicado, sin comer nada, aunque enterado de que ya habían pasado por la DISIP a interceder por mí varios diputados, representantes de los grupos de derechos humanos y algunos periodistas.

A las cuatro de la mañana entró un policía a buscarme: “Nosotros no respondemos más por usted. Se puede ir para su casa”. “¿Cómo me voy para mi casa a esta hora?” Llamé a varios a amigos y ninguno se atrevía a poner un pie en la calle. Desesperado por salir de allí, les dije a los carceleros: “Ustedes me trajeron y ustedes me llevan. No me voy a arriesgar a que me maten en la calle”. Consultaron y, finalmente, salimos en un carro. Iba con un tipo delante y otro detrás, a mi lado. Por el camino me dijeron que tenían hambre y que los invitara a comer arepas y también que les comprara algunas para los que se habían quedado en la Policía. Compré como doce arepas. ¡Coño!, increíble, estos tipos te meten pre-

so y te piden que le des comida. Les cuento esto para que tengan una idea del estado de inconsciencia, de irresponsabilidad, de inmadurez que primaba.

El regreso

No había dormido nada, pero la tensión era tan grande que no me caía. Comencé a hacer llamadas a medio mundo y medio mundo a llamarme a mí. Me entrevistaron desde Argentina, Colombia, televisoras en Miami. Nadie de Venezuela, por supuesto. Me dije: ¿qué vaina es esta? Se intuía que el golpe no les había salido como querían. En eso se comunicó conmigo, desde México, un gran amigo. Eran ya como las dos de la tarde del 13 de abril. Me comentó que se había enterado de que Baduel estaba resistiendo en Maracay. Efectivamente, averigüé y corroboré la información. En los medios seguía sin aparecer nada.

Supe además, que la gente se estaba concentrando frente al Palacio de Miraflores. Y decidí irme para allá. Mi esposa: “Que te van a meter preso otra vez”. Pero mi suegra me apoyó: “No, déjalo que vaya, hay que sacar a los golpistas”. Ya las declaraciones de Carmona se veían muy débiles.

Logré entrar al Palacio poco después de haber sido tomado por las fuerzas leales a Chávez. Eran alrededor de las seis de la tarde, aún no había caído la noche. Fui al *Canal 8*, que había podido salir al aire, y denuncié mi detención. Allí estaba también un general –trabajaba con García Carneiro– que narró las operaciones militares que se realizaban en ese momento. Regresé a Miraflores y estuvimos siguiendo las informaciones, minuto a minuto, hasta que trajeron al Presidente en la madrugada del 14 de abril.

En ese momento se tomó la foto que usted tiene colgada en la pared de esta oficina...

Sí, pertenece a la portada de una revista que tituló el reportaje “El día después”. La imagen recogió un momento muy

especial. Chávez acababa de entrar al Palacio. Cuando me vio, me abrazó fuerte y me dijo: “Tarek, qué increíble, vi cuando te metieron preso”. “¿Pero cómo?” “Había un televisor en uno de los lugares en que estuve preso”. Después supe que fue en Turiamo.

Ya en el Palacio, él se cambió de ropa. Nosotros seguíamos en el despacho y, poco después, pasó al Salón Ayacucho desde donde se dirigió al país y mostró el crucifijo. El retrato de Bolívar había vuelto a la pared.

Revolución es espiritualidad

¿Ha logrado convertir todas esas emociones vividas en materia de poesía?

He escrito muchos artículos, pero ni un solo verso. No soy un poeta que vive algo y se sienta a escribir. A mí me asedian primero las imágenes, me persiguen, y luego se traducen en un hecho literario. Tengo que macerar las imágenes, molerlas y luego van a la hoja en blanco...

Sin embargo, ha seguido escribiendo. Su antología Cielo a media asta recoge poemas nuevos.

Comencé a escribir poesía y a militar en la Revolución paralelamente. La poesía sin práctica humanista no va a ninguna parte. La Revolución sin poesía y sin espiritualidad no es Revolución.

El poeta cubano Cintio Vitier lo ha dicho de otra manera: es posible la encarnación de la poesía en la Revolución. “El sentido último es la poesía” –escribió.

Absolutamente. Revolución es alma, espiritualidad, alegría. Creo que todo eso lo estamos viviendo en Venezuela.

Chávez y la poesía

Tenemos una oposición analfabeta funcional, incapaz siquiera de dirigir por sí misma su lucha dentro de Venezuela, y que juzga desde su propio fracaso, su racismo y su bajeza moral e intelectual. La característica más evidente de nuestra

oposición es su mediocridad. Solo descalifica, insulta y juega a la guerra sucia. La mayoría ha estado vinculada al latrocinio, la corrupción, el crimen y para que no falte nada, a un golpe de Estado fascista. Esta oposición es tan bruta que no reconoce que nuestro Presidente es un líder, un estratega político imbatible para ellos. El único programa alternativo que han presentado se reduce a una consigna: “Chávez, vete ya”.

El liderazgo de Hugo Chávez llegó a Venezuela en el momento histórico oportuno. Es un líder nato, un líder popular. Es muy exigente, y a la vez, sensible y sentimental, dos cosas distintas. Un gran humanista y un planificador por excelencia. Tiene cajas llenas de sus cuadernos de campaña. Escribe constantemente, a mano, y conserva sus apuntes, para después volver sobre ellos y que nada se quede sin hacer.

No es un militar clásico. Posee una profunda concepción humanista y una cultura que no se sustenta solo en los libros. Si el 4 de febrero hubiera aparecido sin la boina roja y sin el uniforme de camuflaje con que se dio a conocer en el mundo, habría pasado fácilmente por un líder popular de la insurgencia latinoamericana. Nadie lo hubiera encuadrado dentro del perfil castrense.

Tiene una biblioteca enorme con los libros de toda su vida, y cada ejemplar está numerado, clasificado, marcado, leído y vuelto a leer. La prodigiosa memoria que le admiramos se debe a que es un lector voraz. Lee de todo: ensayos políticos, análisis económicos, literatura. Dudo que dentro de la clase política que ha gobernado nuestro país haya habido alguien con tanta pasión por la historia. Es capaz de reconstruir con fechas, momentos, lugares, nombres y diálogos, pasajes completos de la vida nacional ocurridos hace un siglo.

Es, además, un hombre muy apegado a su familia. Una persona sin odios de ningún tipo, hasta el punto de que muchos consideran un defecto suyo el que haya perdonado a tanta gente que lo ha traicionado.

Nos ha hablado de cómo conoció a Chávez, pero ¿cuándo descubrió a ese hombre que nos describe?

Cuando un joven poeta venezolano en homenaje a la rebelión militar le fue a llevar, modesta y anónimamente, un poema. Jamás imaginé que tal cosa conduciría a lo que ocurrió después, ni que me tocaría conocer de cerca a un hombre que no solo lee y es amigo de los poetas, sino que ha escrito versos y declama, de memoria y con extraordinaria sensibilidad, la poesía latinoamericana. Pero su reacción me conmovió profundamente y no era difícil adivinar que estaba ante una personalidad fuera de lo común.

¿Sabían que Chávez presentó mi primera antología, *Ángel Caído Ángel* en el Teatro Teresa Carreño? Conservo una foto de ese momento, donde Chávez aparece abrazado con los poetas más representativos de este país. Fue muy hermoso. Ahí él recordó mis visitas a la prisión, cuando yo le leía mis poemas y él, a mí, los suyos. De poeta a poeta.

Nadie podrá decir nunca que Baduel traicionó a Chávez

Tienen una relación familiar, casi cómplice. Hugo Chávez lo llama con cariño “Papa”, el mismo apelativo que Raúl Isaías Baduel utiliza para referirse a Chávez en la intimidad de sus conversaciones. Es uno de los hombres más carismáticos del proceso bolivariano, una mezcla sorprendente de llanero sentimental, filósofo levantino, nacionalista ardoroso y general fogueado en mil batallas. **247**

Después de horas a su lado, durante una entrevista que terminó en un cumpleaños familiar, con Manuel –el más pequeño de sus tres hijos– y Cruz María del Valle, su esposa, tenemos la sensación de que los personajes de Macondo son seres convencionales al lado de Baduel. Como paracaidista posee un extraordinario average: 17 fracturas y más de 800 saltos. Dice que inspirado en El arte de la guerra, del filósofo chino Sun Tzu, dirigió en Maracay la resistencia de la Brigada de Paracaidistas que él comandaba en los días del golpe fascista de abril de 2002 y que decidió el regreso del Presidente Chávez a Miraflores.

El diálogo transcurre entre vapores de incienso y un omnipresente canto gregoriano que se deja escuchar al fondo de casi seis horas de grabación. La escenografía es deslumbrante: los cerros caraqueños tras los ventanales de cristal, y frente a nosotros, un precioso bastón de madera a la usanza bolivariana, libros que hablan de batallas famosas –desde Waterloo hasta Dien Bien Phu– y decenas de figuras e imágenes de santos de las religiones cristiana, musulmana, hinduista y china.



No falta el ritual chamánico, aprendido por Baduel durante sus años de militar desterrado en las selvas amazónicas. Nos invita a probar una bebida que le envían puntualmente sus amigos indígenas, preparada con raíces de guaraná, palo de arco, chuchuguaza, harina de cabeza de caribe y algún otro componente que Baduel le incorpora por iniciativa propia... “No se asusten, que es bueno para los padecimientos de osteoporosis, en las damas, y para la dolencias de la próstata, en los caballeros. Es un adaptógeno natural. Dicen que hasta pone los ojos azules”.

La amistad

Nuestra amistad se fue incrementando desde los tiempos de la Academia Militar, a pesar de que Chávez y yo no seamos compañeros de la misma promoción. El Presidente egresó un año antes que yo, pero desde entonces se fue solidificando ese compañerismo, basado en varios puntos coincidentes. Primero, ambos somos llaneros. En nuestra tierra se dice que “el llano no tiene talanquera”. No tiene cercas ni límites; es uno solo. Hay tal unidad geográfica, que en la zona de los llanos colombianos, uno encuentra gran similitud de costumbres.

En segundo lugar, nos unía nuestro origen humilde. Veníamos de muy abajo. Éramos muchachos con una mística de servicio a los pobres, con muchas vivencias de pueblo.

¿Recuerda la primera vez que conversó con Chávez, cómo se encontraron, qué los unió?

No recuerdo un hecho particular. Nuestra amistad nació en esa interacción cotidiana, diaria, compartimos los espacios de la Academia Militar por tres años. Luego él egresa, y yo, un año después.

Él se distinguía por dos pasiones: el béisbol y el ideario de Simón Bolívar. Y, además, porque era dicharachero, muy expresivo, dado a la amistad. A pesar de la rigidez de la vida

militar, lograba con sus compañeros, sus iguales y sus superiores, una relación muy franca y abierta.

¿Usted también jugaba béisbol?

No. Mis pasiones deportivas eran el voleibol y el paracaidismo.

¿Se sigue lanzando en paracaídas?

De vez en cuando hago algunos saltos geriátricos. El Presidente y mi esposa han dispuesto una cláusula ante mis compañeros, para que no me dejen saltar. Muchas veces violo esa disposición.

¿Desde qué altura se ha lanzado?

He llegado a saltar desde los 21 500 pies. Pero eso fue en tiempos mozos.

Usted también estudió en Estados Unidos, en la Escuela de Las Américas...

Primero me mandaron a la escuela del Estado Mayor, en Fort Livermore. Luego me cambiaron a la de Fort Benning, Georgia, y después fui a La Escuela de las Américas. Siempre agarro un porrazo cada vez que se cuestiona la Escuela de Las Américas.

Cuéntenos del Samán de Güere, ¿cuáles son los antecedentes de ese juramento?

El Presidente me comentaba la coincidencia de las fechas que nos han marcado. Es una Historia cíclica. Fíjese en los últimos tres decenios: 1982, el Juramento del Samán de Güere; 1992, la rebelión militar; y 2002, el golpe de Estado. Él decía jocosamente: “¿Qué irá a pasarnos en el 2012?”

El Juramento se fue gestando desde nuestros tiempos juveniles en la Academia Militar, y no se puede desconocer la importancia que en eso tuvieron los cambios en el sistema educativo. Por primera vez se cursaba la Licenciatura en Ciencia y Artes Militares. La promoción de Chávez fue la que inauguró el Plan Andrés Bello en el cual se pasaba por una especie

de filtro ético con la prédica constante de la moral, las normas, el código del honor, la democracia.

Sufrimos también los embates de la antigua oficialidad. Cuando nos graduamos de subtenientes, de una manera un tanto despectiva, en lugar de llamarnos por nuestro grado militar, muchos nos decían “licenciados”. Habíamos roto con aquel paradigma estrictamente prusiano –aun cuando nuestro imaginario seguía siendo clausewitziano–,* y le dábamos un valor casi místico al servicio social de la Fuerza Armada. Poco a poco fuimos descubriendo que lo que nos enseñaron en la Academia, no tenía que ver con la realidad de la institución. Aquí está la génesis de nuestras coincidencias.

El Juramento del Samán de Güere se materializó cuando estábamos sirviendo en el Regimiento de Paracaidistas Aragua que, por cierto, todavía no tenía el rango de brigada. Los paracaidistas en Venezuela, a pesar de que mayoritariamente fuimos oficiales del Ejército, estuvimos adscritos a la aviación militar por mucho tiempo. Nuestro regimiento estaba ubicado –como ahora– en el cuartel San Jacinto, en la Placera, a la entrada de Maracay.

¿Qué inquietudes compartían entonces?

Veíamos que la cúpula de la Fuerza Armada, en vez de cumplir lo que decía –el servicio a la nación, al Estado, a los preteridos–, sacaba enormes beneficios personales a nombre de todo eso. Era un contrasentido y lo sigue siendo, porque no creo que todavía lo hallamos podido eliminar. Esto se producía en un país muy rico en recursos naturales y con una población mayoritariamente pobre, convocada cada quinquenio para un acto electoral con promesas demagógicas y de clientelismo, y que siempre era traicionada.

*Clausewitziano: Referencia a la doctrina de Carl von Clausewitz, general y teórico militar prusiano.

Hablábamos mucho de eso y fuimos entendiendo que, tras la caída de Marcos Pérez Jiménez, los factores que coparon la escena política en Venezuela se habían ocupado de fracturar la unidad de la Fuerza Armada. Se llegó a firmar un decreto donde se instauraba la independencia de cada Fuerza, lo que generó una división que todavía se siente. Se eliminó la llamada Escuela Básica, donde los oficiales de la armada, de la aviación, de la guardia nacional y del ejército, compartían un período común de formación.

En nuestras conversaciones diarias cuestionábamos ese estado de cosas y empezó a nacer la convicción de que, si no lo enfrenábamos, nos convertiríamos en cómplices. Por tanto, la fecha en que oficializamos ese sentimiento fue el 17 de diciembre de 1982, día en que se conmemoraba la muerte del Libertador.

¿Los juramentados fueron tres o cuatro?

Cuatro. Por muchos años se pensó que los juramentados eran solo tres: Hugo Chávez, Felipe Acosta Carlez y Jesús Urdaneta Hernández. De hecho, la Inteligencia no detectó que había un cuarto hombre. Siempre digo que la providencia divina me ha resguardado de los afanes de la Inteligencia. Cuando Felipe dio el salto supremo a la eternidad —no me gusta decir que murió, porque los paracaidistas nunca morimos—, Chávez se inspiró y compuso una canción —“El corrío del catire Acosta”—, donde hablaba de cuatro hombres de camuflaje, juramentados en Güere. Nadie preguntó quién era el que faltaba. A la Inteligencia nunca le dio por sacar bien las cuentas.

Lo del cuarto hombre se conoció en enero de 1999, cuando Chávez y Gabriel García Márquez se sentaron a conversar. Veníamos de La Habana hacia Caracas. García Márquez le había pedido una entrevista al entonces Presidente electo y no hubo tiempo para hacerla en Cuba. Chávez invitó a Gabo a conversar en el avión, de regreso a Venezuela, y el escritor le hizo la misma pregunta que ustedes me hacen. El Presidente señaló hacia mí y el Gabo se sonrió.

Felipe Acosta Carlez

¿Recuerda el corrió que escribió Hugo Chávez dedicado a Felipe?

Mi esposa y yo lo escuchábamos anoche, cantado por un buen amigo, Cristóbal Jiménez. Ella me dio fuerzas, porque les confieso que siempre que oigo hablar de Felipe me resulta muy difícil y lloro. No me da vergüenza llorar. Vivimos cosas muy intensas juntos. A Felipe le debo la vida.

Estábamos cumpliendo misiones en un país centroamericano, ordenadas por la administración norteamericana a los gobernantes venezolanos de la época. Fue a inicio de los 80... Hay un señor por ahí, que era el embajador de Venezuela ante aquella nación centroamericana y que hoy conduce un programa vespertino de televisión, donde se mofa mucho del proyecto bolivariano. Él critica continuamente al gobierno del Presidente y de vez en cuando saca a relucir el tema de la ayuda cubana. Sería bueno recordarle aquella etapa de su vida, cuando él nos transmitía las órdenes que dictaba el gobierno de EE. UU. y se inmiscuía vergonzosamente en los asuntos internos del país donde estábamos.

¿Se refiere a Leopoldo Castillo, el conductor del programa Aló Ciudadano, de Globovisión?

Sí.

¿Cómo era la amistad entre Felipe y Chávez?

Entrañable. Los cuatro forjamos una gran amistad. Jesús ha salido por ahí hablando mal de todos nosotros, pero no albergamos rencor en nuestros corazones, algo que me ha comentado el propio Presidente. Independientemente de las ofensas de Jesús Urdaneta, seguimos pensando en que algo entrañable nos une y nos unirá siempre.

¿Hay alguna evidencia de que a Felipe lo asesinaron?

Sí, muchas. Desde 1982 comenzó la persecución y también traiciones, cismas, de los que siempre salí ileso. Por haberme librado de estos, amigos y enemigos comentaron, no que

había navegado con suerte, sino que era un oportunista, una veleta. No me inquietaron esos comentarios, porque he tenido la tranquilidad de haber actuado apegado a mis principios, con honestidad.

Sí, hay serios indicios que apuntan a que no fue casual lo ocurrido a Felipe. Él tenía un ímpetu guerrero. El 27 de noviembre de 1989, durante El Caracazo, estaba de guardia y lo llamaron de la gran unidad de combate de Caracas. Era oficial de planta de la Academia Militar y no tenía por qué salir a una misión fuera de la escuela. Por tradición, en situaciones difíciles para la fuerza militar, no se tocaba a los oficiales y cadetes de la Academia. Esa institución es para nosotros un santuario. Por tanto, no tenía lógica sacar a Felipe de allí, salvo para exponerlo a un peligro.

¿Cuál fue la misión que le dieron?

Lo enviaron hacia un sector humilde, cercano a Fuerte Tiuna, llamado La Montañita, justo donde comienza la carretera Panamericana. Fue uno de los lugares más peligrosos durante la rebelión.

Ese día bajó el pueblo de los cerros, tal y como se venía advirtiendo. Hubo un estallido social totalmente espontáneo debido al cúmulo de frustraciones: la brutal desatención a las necesidades, la enorme desigualdad.

¿Dónde estaba usted ese día?

En el sur. También recibí los embates de esa persecución. A Chávez y a Felipe, como a mí, trataban de ubicarnos en guarniciones lo más alejadas posible de la capital. Nunca asumí aquello como un castigo, gracias a mi convicción de fe y a mis inclinaciones filosóficas. Más bien recordaba jocosamente a mis compañeros cuando me hablaban de esto: “Me ocurrió como a Pantaleón Pantoja, el protagonista del libro de Mario Vargas Llosa *Pantaleón y las visitadoras*”. Es el caso de un buen capitán del ejército peruano, un hombre recto y enamorado de su esposa, a quien nombran

comandante de una unidad de prostitutas y lo mandan a lo último de la selva.

En la novela acaban con Pantaleón...

Pero siempre mantuvo su dignidad. Nunca perdió sus ideales. Imagínate, en 1989 andaba por Guasipati, en el Estado Bolívar, una región selvática. Estuve, incluso, en una isla fluvial que queda en la confluencia del río Cuyuní, frente al territorio en reclamación de la Guayana. A ese lugar le dicen “la isla de los hombres solos”. Estuve cinco meses allí, prácticamente en confinamiento solitario. Claro, hacía continuo entrenamiento con los soldados, para no perder el ímpetu. Pero era muy duro.

El 27 de febrero me encontraba en el Puesto de Comando, en Guasipati y hubo unos incidentes. Era un pueblo pequeño, cercano a El Callao, importante por su producción minera, sobre todo de oro, donde sí hubo conatos más serios. Allí me enteré de la muerte de Felipe.

Perdí la cuenta de la cantidad de veces que le di la vuelta al perímetro del pueblo, a pie. No podía entender la partida de Felipe. Eso me afectó y me sigue afectando sobremanera.

Estaba y estoy seguro de que lo ocurrido fue premeditado. Eso de que lo mandaran a llamar, le dieran esa misión en aquel barrio. Después, contacté a personas del lugar. La gente de más edad recordaba los hechos y coincidían en que los que enfrentaron a Felipe y lo balearon eran tipos ajenos al barrio. La gente levantó una capillita en el lugar donde cayó.

No era partidario del corto plazo

¿Por qué no participó en las acciones del 4 de febrero de 1992?

Porque no era partidario de la tesis “cortoplacista”. Creía que no estaban dadas las condiciones, que hacía falta un plazo más largo para llevar a cabo los cambios que soñábamos. El movimiento al principio lo denominamos Ejército Bolivariano Revolucionario 2000, porque veíamos la cosa con

una perspectiva de tiempo más larga. Entonces el año 2000 nos parecía remoto. ¿Cuál era la idea? Ir creando una conciencia entre los oficiales, sustentar ideológicamente el movimiento, enraizarlo en los institutos de formación.

No estuve de acuerdo cuando se planteó la irrupción violenta del movimiento para diciembre de 1991. Es decir, el golpe de Estado. Y lo califico de “golpe de Estado”, sin medias tintas. Algunos que andaban haciendo fábulas de lo que pasó traicionaron en abril de 2002, y ahora andan por ahí detrás de las instancias internacionales para decir que se han violado sus derechos. Cosa bien triste, porque un soldado tiene que tener el coraje de asumir las consecuencias de sus actos.

Había cierto desespero. Los muchachos más jóvenes estaban empujando el movimiento hacia una solución a corto plazo. Recuerdo que tuvimos una reunión el 21 de diciembre en el estacionamiento de la Escuela Superior del Ejército, cuando estábamos haciendo los estudios de Estado Mayor. Ahí manifesté mi desacuerdo con esa acción. Me parecía que era prematura, que todavía no estábamos ideológicamente sólidos.

Y otra razón: el proyecto político no estaba definido. Cómo se iba a echar a andar el país, qué iba a pasar con nuestros superiores. No había una respuesta clara. Recuerdo que en aquella reunión, públicamente, expuse: “Imagínense que llegue en la madrugada a la casa del doctor Arturo Uslar Pietri –quien todavía estaba vivo–, y le diga: ‘Mire, soy el teniente coronel Fulano de Tal, dimos un golpe de Estado y queremos que usted sea el Presidente’. Lo mejor que hubiera podido hacer el doctor Uslar era prepararme un tilo y decirme: ‘Usted está loco’.”

Lo que me vino encima fue tremendo. Decía jocosamente que después del 4 de febrero de 1992 estaba como Edén Pastora, el Comandante Cero: no me quería nadie. Para la jerarquía militar era un golpista, y para mis compañeros, un desertor.

¿Chávez qué le dijo?

Extraordinariamente comprensivo. Me dijo: “Bueno, Papa, tú te quedas dentro de la institución, sobrevives y supervives”. Me dio a entender que mantenía su confianza y que llegado el momento, yo podría serle útil al movimiento. Eso fue lo que hice.

¿Le permitieron verlo en la cárcel?

No me dejaron. Intenté, había algunos compañeros heridos en el Hospital Militar, pero fue imposible. Logré ver a algunos detenidos en el Centro de Reclusión de la Policía Militar. Fui a darles mi palabra de aliento y de solidaridad y mantuve contacto permanente, por correspondencia, con algunos amigos y familiares que utilizábamos de mensajeros.

¿Y el 27 de noviembre?

Tenía una teoría sobre ese golpe. Pensaba que el levantamiento fue propiciado por las mismas instancias de gobierno, para acabar con los reductos que habían quedado. Y de hecho fue así. Como en abril o mayo de 1992 me invitaron a otra reunión para planificar lo de noviembre y lo dije a allí: “Esto es una trampa”.

No fuimos apresados antes del 27 de noviembre, porque querían matarnos a todos. Había mucha gente infiltrada y después el tiempo me dio la razón. Lo dije en una asamblea plenaria y denuncié a algunos que, por cierto, aparecieron en abril de 2002 en el bando contrario. Para empezar fue una reunión con el siguiente antecedente: “Te recogemos tempranito en la avenida principal de Las Mercedes (Caracas), frente a la estación de servicios. Va un carro así, así, asa’o a recogerte”. Esperé y, efectivamente, llegó el carro que se unió a una caravana de vehículos. Paseamos por toda Caracas recogiendo gente y terminamos en la casa de un señor, al Este. Tenía todas las características de ser una ratonera.

Sobreviví

258

CHÁVEZ NUESTRO

Para el Ejército yo era una especie de preso de confianza. Me detenían, me interrogaban, me soltaban. Fui relegado de las posiciones de mando y quedé como instructor en la Escuela Superior. Aunque en el curso de Estado Mayor ocupé el quinto lugar en los resultados académicos, a los compañeros que me precedían los mandaron a comandar unidades y a mí me relegaron. Me dejaron en la Escuela Superior. Luego, me enviaron a Estados Unidos.

Era una especie de juego al gato y al ratón. Me decían: “Te vas para España”. Y al poquito tiempo: “No, para Francia”. Al rato: “En realidad vas para Chile”. Recuerdo que alguien dijo: “¿Cómo vamos a mandar a un oficial nuestro para Chile a un curso de Estado Mayor? Quien salga para allá se gradúa de golpista con Pinochet”. En fin, me mandaron al país de los amos de Pinochet: Estados Unidos, y allí me cambiaron de escuela tres veces. Era para ver si me cansaba y pedía mi retiro.

Y yo me dije: “No, no pido mi retiro. A mí hay que sacarme. Yo tengo aquí la misión de sobrevivir y supervivir”. Regresé otra vez a la Escuela Superior a dar clases, pero por determinado problema con un oficial, me mandaron a comandar la unidad que él dirigía. Estuve allí 18 meses.

¿Ya estaba Chávez en la calle?

Sí, acababa de salir de la cárcel. Volví a tomar contacto con él y con todos los compañeros. Desde la prisión, ya habíamos tenido tratos y discutido algunos puntos. Seguía machacando en torno a la preparación política. Critiqué la posición del abstencionismo. El grupo en prisión creía que la oposición no debía ser política, y yo creía todo lo contrario, que la ascendencia popular de la acción comandada por Chávez había que consolidarla como un movimiento político, a través del contacto directo con las masas.

En eso, terminé el curso de Defensa Nacional, la maestría en Seguridad y Defensa, y aun siendo coronel y con antigüe-

dad para que se evaluara mi ascenso a general, me mandaron a la selva de nuevo. Me dieron tres días, ¡tres días!, para presentarme allá. El comandante general del Ejército dijo: “Tiene dos opciones: cumplir la orden, o pedir la baja”. Una vez más me repetí: “Yo pido la baja cuando me parezca, no cuando le parezca a él”. Otra vez volvía a la historia de *Pantaleón y las visitadoras*. Y me fui para mi unidad de la selva. Eso fue a finales de 1998.

Fíjense, había durado 48 horas en un cargo aquí en Caracas. Se aproximaban las elecciones. En el afán de desequilibrarme por completo, volvieron a transferirme a fines de diciembre para el Consejo de la Defensa Nacional, que entonces se llamaba Secretaría del Consejo de Seguridad y Defensa (SECONADE). Quienes iban para allí se consideraban relegados –cosa que no compartía–. El mismo día de las elecciones, cuando supo que había ganado, el Presidente me mandó a llamar, pero no dieron conmigo. Fue el 6 de diciembre de 1998.

¿Usted había hablado antes con él?

Sí. Nunca perdí el contacto con Chávez. Cuando el Presidente ya estaba instalado en la residencia de La Viñeta, antes de la juramentación, uno de los muchachos que andaba con él, Pedro Carreño, me vio trotando en la calle y me gritó: “¡Mi coronel! ¡Usted está alza‘o!” Le respondí: “No, ¿por qué?” “Porque lo andamos buscando desde hace cuatro días y no se ha venido a presentar a La Viñeta. El Presidente lo mandó a buscar”. “A mí no me han dicho nada” –le digo–. Mi oficina quedaba en el Palacio Blanco, al frente del Palacio de Miraflores, y no me ubicaban, cosa de lo más “curiosa”.

Por supuesto, me presenté ante él de inmediato y me incorporé a su equipo de trabajo. Fue el 10 de diciembre. Comencé una experiencia muy enriquecedora. Estuve a su lado hasta el 30 de agosto de 1999. En julio de ese año ascendí a general de Brigada y le pedí al Presidente que me permitiera irme con los paracaidistas. Siempre fue mi gran anhelo. Él me

designó comandante de la 42 Brigada de Infantería de Paracaidistas, en La Placera, Maracay, Estado de Aragua.

El golpe se desencadenó realmente el 5 de abril

¿Cómo se enteró del golpe?

Todavía conservo un calendario donde marqué un signo de alarma en la fecha del viernes 5 de abril. Me reuní con un equipo de análisis multidisciplinario, con el cual habíamos venido estudiando la situación del país desde 1999. En esa reunión, además de los militares, participaron sociólogos, educadores, economistas... Ese día llegamos a la conclusión de que todos los indicios apuntaban a la inminencia de un golpe de Estado.

¿Por qué teníamos ese grupo? En la Brigada de Paracaidistas fuimos haciendo contacto con todos los sectores civiles y nos reuníamos periódicamente. Recuerdo que aquel 5 de abril, uno de los compañeros me dijo: “General, se le va a tener que tirar a la caravana presidencial para poner sobre aviso al Presidente”. No pudimos hablar con él. Uno es respetuoso de las normas y los procedimientos y muchos de los que estaban a su alrededor lo sabían y abusaban de eso.

¿Cuáles eran las señales que tenían para llegar a semejante conclusión?

La característica de los paros, claramente insurreccionales; las actuaciones de algunos militares; la infamia de que yo sería el próximo que me insubordinaría al Presidente; de todo eso se hablaba descaradamente en la prensa. Los periodistas hasta me montaban cacerías en los alrededores de la brigada, incluso con equipos de transmisión en vivo.

Por eso reté a los medios en Maracay el 13 de abril, cuando me dijeron que no podían enviar las señales en directo: “No me vengan ustedes con cuento. ¿Y cómo sí iban a transmitir en vivo y en directo cuando yo saliera a pronunciarme en contra del Presidente?”

Recuerdo que por aquellos días previos al 11 de abril una periodista me llamó: “¡Maluco! Se va ahorita para el hotel Parlem, en Maracay, a pronunciarse contra Chávez y no me llamó para darme la primicia”. Y le contesté: “Si me voy a pronunciar, busco un hotel un poco más decente; lo hago por la puerta grande”. Como decimos nosotros, los vacilaba. Todos eran indicios muy peligrosos.

Pasaron cosas muy curiosas, que nos llevaron a suponer que la prensa estaba en la conspiración. Todos los años, el 12 de febrero, se celebra el Día de la Victoria y la Juventud, en La Victoria, lugar donde ocurrió la famosa batalla en la que José Félix Ribas, comandando a seminaristas y estudiantes universitarios, derrotó al ejército español.

Cuando terminó el desfile, ningún periodista se acercó al Presidente a preguntarle nada. Me demoré por alguna razón junto a la tribuna, y de pronto vi que me venía para arriba una avalancha de periodistas con la misma pregunta más o menos: “¿Cuál es su posición con respecto al gobierno de Chávez?” Les di una respuesta evasiva: “Yo solo soy un humilde soldado paracaidista y no tengo nada que ver con la gente de la oposición”. Me resultó rarísimo.

Se estaba conspirando abiertamente.

Sí, sí. Prácticamente el pan nuestro de cada día era la maldita pregunta, hasta el punto de que pernoctaban en los alrededores de la unidad, a la caza de la noticia.

¿Por qué ese acoso?

En sus planes estaría generar un clima de desconfianza frente a Chávez, o azuzarme para ver si caía en la trampa. Por todas partes era ganancia para ellos. La verdad era que junto al Presidente, como se probó después, había golpistas infiltrados haciendo labor divisionista. Era muy perverso lo que estaba ocurriendo. A veces hasta me acariciaban el ego: “Usted sí es el hombre que tiene el fiel de la balanza”, y toda esa vaina. Ya sabíamos que el golpe se había desencadenado.

La intriga

262

CHÁVEZ NUESTRO

Aquel 5 de abril estaba muy agotado después de muchas horas sin dormir y me fui a mi habitación a reposar un rato temprano en la noche. El coronel que estaba en ese momento como segundo al mando de la Brigada, me despertó y me dijo: “Llamaron del Comando General del Ejército, que el lunes 8 de abril viene para acá el comandante general, Vázquez Velasco. Quiere que se le hagan unas demostraciones y desea reunirse con el personal”.

Eso desató mi suspicacia. Como, a Dios gracias, he cosechado alguna estima en los compañeros, me llamó uno de ellos y me advirtió: “Mi general, tenga mucho cuidado con esa visita del general Vázquez Velasco. Tiene un propósito extraño. Estoy tratando de precisar qué es lo que pretende”. El domingo 7 de abril volvió a llamar: “Tengo todos los datos. Se sabe que usted viene mañana al Comando Superior”. Efectivamente, yo iría a entrevistarme con las Juntas de Apresiasión para Ascensos, para cumplir con uno de mis deberes elementales como jefe: avalar el ascenso de algunos profesionales de la brigada.

Y siguió diciéndome el compañero: “Aquí lo van a retener. El general Vázquez Velasco se va a presentar muy temprano allá en la Brigada de Paracaidistas, con el jefe de la Inteligencia. Ellos van en helicóptero, pero por tierra irá un equipo de investigación, con un general que se encargará del mando de los paracaidistas. Lo van a acusar de que usted está preparando un golpe”.

Prevenido, amaneció el lunes. Hice como si en realidad me fuera para Caracas, muy tempranito en la madrugada. Y, sin explicaciones de ningún tipo, me vestí de deporte y le dije al oficial de guardia: “Si llega el comandante general Vázquez Velasco, usted me manda a buscar en un vehículo”. Y salí a correr por los alrededores de la brigada.

Cuando regresé de mis ejercicios, el compañero que me había advertido me llamó y me dijo: “Mi general, aquí están

formando un gran lío –lo que indicaba que también tenían agentes en Maracay–. No entienden por qué usted no vino para Caracas y están recomponiendo el plan. Van para allá con otra excusa. Buscarán la manera de quitarle el mando”.

A media mañana llegó el general Vázquez Velasco con las personas que me habían dicho, menos, el que había sido elegido para sustituirme. Hicimos la demostración de destreza, algo que es muy fácil para los paracaidistas porque se entrenan de forma permanente. Hasta yo me lancé desde la torre, lo llevé por las distintas áreas y reuní a toda la tropa. Cuando aquel hombre se dirigió a los soldados y oficiales hizo una apología de mi gestión.

Uno de los comandantes que andaba con él me informó que se había convocado a una reunión ese mismo 8 de abril en el Comando Unificado, para coordinar las acciones frente al paro previsto para el 10 de mayo. ¡Ah!, y añadió como el que no le daba importancia a la cosa: “Y reúne a los profesionales, que estamos haciendo una encuesta para medir el clima”. Me fui al comando de la división, siempre muy pendiente de esta gente, y cuando regresé como a las dos horas, me encontré a todos los comandantes de la brigada en la antesala de mi oficina: “No, mi general, eso no fue ninguna encuesta; eso fue un interrogatorio incriminatorio. Mire, hasta las huellas digitales nos hicieron pegar”. “Pero, ¿cómo es la cosa?” “Prácticamente nos preguntaban si nosotros estábamos en conocimiento de las actividades conspirativas tuyas, y las consecuencias que nos podía traer participar en acciones de ese tipo”. Estaban montando el expediente para incriminarme como conspirador. Lo notifiqué a mis superiores. “No, eso no es así –me respondieron– quédese tranquilo, que si esto y lo de más allá...”

¿Por qué no llamó al Presidente?

Sencillamente, porque no podía comunicarme con él.

¿Y al ministro de Defensa, José Vicente Rangel?

Menos. No tenía canales expeditos de comunicación. Por otra parte, uno era bastante viejo en la FAN como para sospechar que había gente infiltrada allí –la que luego traicionó–, que abusaba de la confianza del Presidente. No era descabellado pensar que muchas de esas personas buscaban aislar al Presidente de nosotros. Por eso aquel compañero me dijo el 5 de abril: “Te vas a tener que tirar encima de la caravana del Presidente”.

¿Se quedaron tranquilos?

El martes 9, Vázquez Velasco mandó a buscar a uno de los comandantes de batallón, supuestamente para hablar de algunos asuntos de los paracaidistas. El compañero regresó preocupado: “Eso no fue ninguna conversación sobre temas de la operatividad de la brigada. Querían captarme para ponerme en su contra. Me dijo abiertamente que usted anda en acciones conspirativas”. Ahí sí se acrecentó la calentura, por no decir otra palabra.

Llamé a mi superior de inmediato, por segunda vez: “Además de que los profesionales están muy descontentos, yo me sumo”. Y él trató de calmarme y al rato me volvió a llamar: “No, que te quedes tranquilo. De parte del general Vázquez Velasco, que escojas: tú lo llamas a él o él te llama”. Veladamente me manda a decir que si yo permanezco tranquilo, tengo garantizado mi ascenso a un grado superior y a un cargo de mayor responsabilidad. Pero a esas alturas estaba yo bastante molesto: “Que me llame él a mí”.

Después del 10 de abril, la situación se fue tornando más clara. Empezaron a volar las órdenes para desarticular las fuerzas. Por una vía nos llegó la orden de acuartelamiento, y por otra, que no era necesario. Luego, que acuarteláramos al 50% del personal; y más tarde, que solo al 25%. En medio de aquello, me preguntaba: “¿Qué está pasando?”

Aun con toda la confusión reinante, para nosotros estaba claro que había un golpe de Estado. Empezaron a llegar

radiogramas emitidos por el Comando Unificado, pero sin la firma del jefe, el general Rosendo. Decía, por ejemplo: “En una situación tan compleja como esta, no es imprescindible que el jefe firme, porque a lo mejor no se encuentra en su puesto de mando para hacerlo”. Llegaban órdenes firmadas por delegación, con el nombre de otros subalternos. Decidí atrincherarme: “Bueno, la brigada permanece en alerta”.

Él nunca me dijo que iba a renunciar

¿Pudo hablar con Chávez antes del secuestro?

Sí, en la madrugada del día 11 para el 12, gracias a unos subtenientes que estaban junto al Presidente, antes de que lo secuestraran. Uno de los muchachos me llamó: “Mi general, aquí la situación anda mal. Nos parece que quieren atacar el Palacio y llevarse al Presidente vivo o muerto. Lo estamos llamando para proponerle algo, porque ya sabemos cuál es su posición”. A pesar de la campaña precedente, se había corrido la voz de que yo no apoyaba a los militares golpistas.

“El Presidente está reunido en el despacho con unas personas. Voy a entrar, y le voy a pasar el teléfono y le diré que usted lo está llamando”. Le respondí: “Échale pichón”. Y, efectivamente, se escuchó el ruido de fondo: “Presidente, lo llama el general Baduel”.

El Presidente me dijo, palabras más, palabras menos: “Oye, hermano, gracias por tu posición y la de la brigada, porque eso ha servido de factor de contención para que no vengán a atacar el Palacio”. Le di aliento, y le dije: “Nadie le dirá que Baduel lo traicionó. Nuestros principios nos dan fortaleza y templanza, y en esto nos va la vida”.

Entonces el Presidente cerró su conversación: “Papa, lo único que te pido, hermano, más que ordenártelo, es que ni tú ni la brigada se conviertan en factor de derramamiento de sangre de inocentes”.

¿Él le comentó que se había producido un golpe de Estado?

Claro, no me lo dice directamente, pero se entiende por el diálogo. Me comentó que iría a Fuerte Tiuna para hablar con aquellos generales y buscar una solución al problema.

Cuando al poco rato salió la información de la supuesta renuncia del Presidente, intenté comunicarme nuevamente con él. Insistí varias veces, pero ya no pude volver a hacerlo.

Tenemos entendido que los generales golpistas, especialmente

Carrero Cubero, intentaron convencerlo de que se sumara al golpe.

Sí. Muchos de ellos me llamaron. Simplemente les dije que los atendía al teléfono por educación, pero que si me iban a proponer una bufonada enseguida cortaba. Siempre le ponía eso por delante, y algunos se abstuvieron de seguir hablando. Me llamaron: Luis Miquilena, el general Raúl Salazar, algunos almirantes...

¿Qué le dijo Miquilena?

Entró así, muy sinuoso. Que yo era un hombre sensato y otras palabritas rebuscadas. Lo paré: “Mira, Luis, ustedes son unos irresponsables. Tú, y todos los que te secundan y están detrás de esto, serán los culpables si algo le ocurre al Presidente. Eso va a ser factor desencadenante de una violencia generalizada en Venezuela, y van a faltar postes del alumbrado eléctrico para que la gente los cuelgue a todos ustedes”. Y el tipo con su cara dura: “Hermano, tú eres un hombre mesurado”. “Sí, Luis, soy mesurado; pero estoy arrecho. Ustedes son unos traidores”, y le lancé unas cuantas palabras gordas.

¿Invitó a Chávez a irse para Maracay?

No lo invité, pero él me confesó después que había tenido intenciones de hacerlo. De verdad que las mujeres ministras demostraron tener guáramo. Me llamaron y me dijeron que tenían intenciones de irse a Maracay a luchar con nosotros. Las persuadí de que no lo hicieran. Era mejor que se ocultaran. El viaje desde Caracas hubiera sido muy peligroso.

¿Qué ocurrió cuando empezaron a dar la noticia de que el Presidente había renunciado?

Después de mi conversación con él, esa misma madrugada, anunciaron que el Presidente había renunciado. “¡Coño!, a mí no me dijo nunca que iba a renunciar”. Fue cuando intenté hablar de nuevo con él en Miraflores. De la central telefónica me pasaron con el jefe de la Casa Militar: “Compañero, mire, yo tuve una conversación con el Presidente hace un rato. Ni siquiera me sugirió que tenía intenciones de renunciar. Por favor, pásamelo”. “Oye, no puedo, porque vamos desplazándonos hacia Fuerte Tiuna. Voy en otro vehículo. Él está con el general Rosendo”.

La dinamita del alma

El 12 de abril, en un diario de circulación regional, salió un encartado de dieciséis páginas con una apología a Pedro Carmona y, en primera plana, una foto suya a todo lo que daba. En el resto del periódico apenas publicaron una foto pequeñita del Presidente, una imagen donde pescaron un gesto que él muchas veces tiene de secarse el sudor. ¿Qué era lo que transmitía? Díganme ustedes que son expertos...

Miedo.

Exactamente. Subliminalmente presentaba a un señor sereno y confiable, frente a un Hugo Chávez preocupado. El folleto era una exhaustiva presentación de la visión empresarial de Carmona; y que si el ilustre empresario para aquí y el brillante economista para allá. Era la autocoronación de Carmona con unas cuantas horas de antelación, en dieciséis páginas.

Eso no se pudo hacer corriendo. Delataron que sabían quién sería el hombre de las noticias del día.

Deben haber trabajado como 15 días en aquello. Había solo una nota, en esas dieciséis páginas, que no hablaba del mundo empresarial como una panacea para resolver los problemas de Venezuela. En la página quince se leía: “Los paracaidistas

continúan alzados en Maracay”. Traía una foto donde yo aparecía de lejos, dando instrucciones a la tropa, con un pie que rezaba: “La rebeldía del general Baduel”. Seguían agitando la zanahoria, para ver si la mordía. Pero a esas alturas, tanto mi jefe de comando, como mis oficiales, sabían muy bien cuáles eran mis posiciones. Bajo ningún concepto aceptaría a los golpistas.

A decir verdad, yo andaba desde esa mañana como una fiera enjaulada. Dando vueltas con todos mis atributos de combate para allá y para acá, hablando con los profesionales, que si la Constitución y las leyes, y el gobierno legal y legítimamente constituido. Trataba de levantar la moral, porque los tenían bombardeados de información y había mucho nerviosismo, como era lógico. La atención se había centrado sobre la brigada.

Otro hecho curioso –y por eso digo que el pueblo es infinitamente sabio–, desde el miércoles 10 comenzaron a presentarse en Maracay, frente al comando, reservistas de paracaidistas desde diferentes partes de Venezuela. Pedían hablar conmigo: “General, aquí estamos a la orden suya”.

Uno de esos reservistas declaró a la prensa: “Baduel fue la mecha de nuestra dinamita del alma”.

Yo les di cobijo, incluso a algunos muchachos que se hicieron pasar por paracaidistas. Cuando empezaron a transmitir el show de Carmona, iba por el pasillo del Puesto de Comando y en la oficina del oficial de logística estaba la gente apesadumbrada, viendo aquella cosa. Me paré allí y les dije con palabras gruesas: “¡Coño!, ni Napoleón se autocoronó como este carajo que se acaba de pasar la Constitución por las bolas”.

Los muchachos tomaron un respiro. En la noche, se comenzó a concentrar la gente frente a la brigada. En etapas anteriores al golpe, también había habido concentraciones allí, pero de opositores al gobierno, que nos lanzaban improperios y nos provocaban. Cada vez que me notificaban sobre una

concentración de ese tipo, tenía el cuidado de presentarme personalmente en la prevención del cuartel, para tomar el control directo. Les advertía a mis compañeros: “Debo ir yo, porque estos andan buscando un muerto, que un soldado de pronto eche un tiro y...”

El problema era que la entrada principal de la brigada no tenía portón, solo unos obstáculos frenaban un poco el paso libre.

Salí de inmediato a ver qué pasaba y me di cuenta enseguida de que no era el mismo tipo de persona que tradicionalmente fastidiaba allí. Se diferenciaban por la ropa y las maneras. Nuestra gente era más humilde. Logré distinguir a dos diputadas del Consejo Legislativo Regional, con un grupo de 40 ó 50 personas. Mandé a buscar a las diputadas y cuando ellas ingresaron al perímetro dentro de la prevención, lo que hicieron fue abrazarme: “Nos queremos quedar aquí contigo”. Les respondí: “Échenle pichón, quédense ahí”.

Tengo un buen amigo, abogado y ambientalista, ingeniero forestal, que tuvo la visión de decir: “Estamos viviendo un momento histórico”, y se apareció con una cámara, en funciones de corresponsal de guerra. Se quitó su cédula de identidad y buscó una presilla, le hizo un huequito y se la colgó del bolsillo de la camisa: “Este es mi carné de reportero gráfico”, y empezó a entrevistar a la gente. Quedaron las imágenes de aquel día y una entrevista donde digo que quien tuviera la peregrina idea de venir a atacar nuestra unidad, sería repelido contundentemente.

Tuve intenciones de tomar Miraflores

Antes del mediodía del sábado 13, me llamó un oficial del Comando General del Ejército: “Mi general, ¿usted tiene intenciones de venir a Caracas?” Le contesté: “No lo he descartado”. “Lo estoy llamando prácticamente en nombre de todos los oficiales y suboficiales que trabajamos aquí. Si tiene

intenciones de venir a tomar el Comando General, llámenos y avisenos, porque nos pondremos a su orden. Aquí se corrió el rumor de que usted venía ya por la autopista, y daba vergüenza ver cómo en el estacionamiento de los generales los carros casi chocaban saliendo a la carrera de ahí”.

¿Pensó tomar Miraflores?

Sí, pero se desestimó porque empezaron a llegarnos las noticias de que lo harían los compañeros en Caracas...

¿Se les voltearon oficiales en Maracay?

Tuvimos el pequeño “parpadeo” de alguna gente, pero la inmensa mayoría estuvo siempre firme...

¿Se comunicó con Vázquez Velasco?

No, ese señor nunca habló conmigo después de lo ocurrido el 8 de abril.

Según tenemos entendido, usted hizo llegar a la prensa un manifiesto el día 13...

Fue un ultimátum de los militares patrióticos y constitucionales dirigido a los golpistas. La coronela Maricela Arévalo intentó, infructuosamente, divulgarlo a través de los medios nacionales e internacionales. Solo una emisora local lo difundió por la tarde, cuando ya se había tomado Miraflores y empezábamos a organizar el rescate del Presidente. No nos sorprendió que lo silenciaron. Mira lo que decíamos en este párrafo del manifiesto: “Exigimos acceso a los medios masivos de información, ya que en estos momentos, no están cumpliendo su función de máximos defensores del derecho a la información veraz... Cumplan pues con el máximo interés de cualquier ser humano decente, ya que por su complacencia muere gente inocente y eso pesará sobre sus conciencias”.

Este documento fue suscrito por varios generales que se pusieron a la orden en Maracay: Pedro Torres Finol, Acevedo Quintero, García Montoya, el almirante Orlando Majelia, el almirante Camejo, Alí Uzcátegui Duque, el comandante de la Guarnición... Allí se conformó un Comando y un Estado

Mayor y el Comando de la Dirección de Operaciones lo asumió el general García Montoya. A mí me designaron como oficial de Operaciones y vocero ante los medios y ante la población que se había congregado frente a nuestra brigada.

En total, en Maracay se agruparon catorce generales con el mando de 20 batallones. Es decir, a ellos se subordinaban unos 20 000 hombres, con artillería, tanques, paracaidistas y fuerza aérea, un poder muy superior al de los golpistas.

¿Qué hizo la población concentrada frente a la brigada?

271

Cuando amaneció ese sábado, reuní al personal profesional del puesto de comando. Evaluamos los hechos y les dije a todos: “Se ha violado la Constitución y estamos dispuestos a cualquier sacrificio para que se restablezca y regrese el Presidente. Si alguien disiente de mi posición tiene la libertad de decirlo aquí, libre de coacción y apremio. No vamos a tomar represalias. O si alguien quiere hacerlo de forma privada, lo hace privadamente”. Y ahí me dispuse a dar una vuelta por el cuartel San Jacinto, en La Placera que tiene como 44 hectáreas de terreno. Notaba que los soldados me miraban con brillo en los ojos y se me acercaban a darme novedades. Mis palabras corrieron como pólvora.

Permítanme una pequeña digresión. En los comandos, en un sitio visible, se ubica la fotografía de todos los jefes que componen la llamada línea de mando, que va desde el Presidente, el ministro de Defensa, el comandante general, el comandante de División, hasta los comandantes de Brigada. Cuando regresé al comando, después del recorrido por el cuartel, había desaparecido una foto de la línea de mando: la del general traidor Vázquez Velasco, comandante en jefe del Ejército. En otras unidades, la foto que desaparecieron los propios golpistas fue la del Presidente, y dicen que hasta hicieron una fogata y bailaron joropo sobre ella.

El comportamiento de los paracaidistas era una respuesta más que contundente. No podría decirles cuánto agradecí esa

respuesta, ni cuanto me emocionó entonces. Yo creo que el Comandante Chávez les hizo a los muchachos un lindo homenaje, cuando el 14 de abril dijo en La Placera que quizás de ahora en adelante habría que hacer un arreglo a la letra del Himno Nacional. Donde dice: “Y seguid el ejemplo que Caracas dio”, debería decir: “Y seguid el ejemplo que Maracay dio”.

Rescate de la Dignidad Nacional

272

CHÁVEZ NUESTRO

El nombre original que le dimos a la misión para rescatar al Presidente fue: “Restitución de la Dignidad Nacional”. Así pusimos en el Manifiesto de los generales. Estábamos recibiendo mucha información sobre dónde estaba el Comandante Chávez y qué hacía. Al principio los golpistas habían decidido trasladarlo desde Fuerte Tiuna hasta La Orchila, en unos helicópteros de la aviación militar. Pero los pilotos se habían puesto en contacto con nosotros e iban a abortar la operación y traer al Presidente para Maracay. Los golpistas descubrieron el plan y lo llevaron para Turiamo, un apostadero naval que está en las costas de Aragua.

También allí los soldados planearon la fuga, y otra vez los golpistas se les adelantaron. Lo que no podían imaginar era que un cabo de la Guardia Nacional, en una operación realmente intrépida, lograría sacar una nota en la cual Chávez afirmaba que no había renunciado. Este muchacho le comentó al Presidente que nosotros no reconocíamos al gobierno de facto.

¿Cómo preparó usted la operación de rescate de Chávez?

Tenía que ser una operación altamente disuasiva. Nos preparamos para hacer de la disuasión la mejor forma de combatir, convirtiendo en realidad la máxima del clásico de la estrategia militar china, Sun Tzu: “El mejor combate es aquel que se gana sin necesidad de manchar de sangre las espadas”. Algunos se burlan o dicen despectivamente: “No, Baduel no se atreve a hacer nada, porque no tiene bolas. Ese vive en su oficina con una rezadera y unos santos y un humo y una cosa...” Me criti-

can porque soy aficionado a las culturas orientales. Sin embargo, en ellas he encontrado no pocas enseñanzas. Por ejemplo, quien se lea el *Tao Te King* de Lao-Tsé, puede encontrar ideas como estas: “El mejor militar no es marcial, el mejor luchador no es agresivo, el mejor conquistador no entabla combates”. Eso exactamente fue lo que hizo el general Uzcátegui Duque cuando ejecutó la operación en La Orchila.

De todas formas no es muy corriente que un militar latinoamericano acuda a la filosofía oriental...

En un momento dado yo tuve algunos dilemas entre mi fe religiosa y mi vocación militar, y un maestro me dijo: “Lee, que leyendo vas a encontrar la respuesta”. Al poco tiempo leí *El Profeta*, de Kahlil Gibrán. Él dice que no importa que uno vaya a una iglesia, a una mezquita, a una sinagoga; todas las religiones son como dedos de una misma mano que conducen a un centro, Dios. Esa fue la respuesta. Lo importante es la fe.

Mi fe me ayudó a ver en medio de la oscuridad de esos días de abril. En el versículo 69 del *Tao* se lee lo siguiente: “Dice un proverbio militar: ‘no me atrevo a ser el anfitrión, prefiero ser el invitado; no me atrevo a avanzar una pulgada, prefiero retroceder un pie’. Esto es lo que se llama retroceder sin moverse, remangarse sin mostrar los brazos, envolver al rival sin desplegarse”.

Si lo llevas a lo que pasó durante el golpe, lo podemos interpretar de la siguiente manera: muchas veces dijeron que los paracaidistas venían al Comando del Ejército en Fuerte Tiuna, y la gente salió corriendo. Eso es exactamente “retroceder sin moverse”, o “defenderse, como si se careciera de armas”. El pueblo también ayudó mucho, porque fue un elemento de contención de los golpistas. Las 50 personas que vinieron inicialmente el 12 en la noche, se convirtieron en 50 000 personas el día 13.

Los golpistas subestimaron al pueblo venezolano. “Cuando se subestima al enemigo se corre el riesgo de perder el mayor

tesoro: el amor. Por eso, cuando se encuentran dos ejércitos similares, vence aquel que lo hace con el corazón dolido”, y el pueblo venezolano tenía el corazón dolido. Esa es la inspiración filosófica, y, digamos, la inspiración estratégica que uno puede encontrar en un libro como *El arte de la guerra* de Sun Tzu: “Los que son expertos en el arte de la guerra someten al enemigo sin combate... La regla de oro en la guerra es, precisamente, la ausencia de toda norma... La suprema habilidad consiste en vencer sin derramar una sola gota de sangre, y esto se consigue desbaratando los planes del enemigo, adivinándolos o deduciéndolos”.

No he renunciado

¿Chávez estaba ajeno a la organización del rescate?

No teníamos contacto directo con él, aunque ya sabíamos que estaba en La Orchila. Como a las siete de la noche del 13 de abril llegó el cabo de la Guardia Nacional al Batallón de Paracaidistas y me entregó el papel.

Fui hacia la terraza de la brigada, en la entrada. Me subí allí con un megáfono y leí la nota.

Ya había miles de personas reunidas, que no sé cómo fueron armando tarimas y hasta buscaron un equipo de sonido. Me contaron taxistas y conductores de transporte público que hicieron unas rutas especiales para llevar la gente hasta la Brigada de Paracaidistas. Hubo un momento del día 13 en el cual teníamos personas por las dos entradas, y era un lío para entrar y salir.

¿Y el cabo cómo llegó allí?

Lo llevó el comandante que estaba en el Batallón Páez, otro de los que componen la 42 Brigada de Paracaidista, en Maracay. Aunque era un cabo de la Guardia Nacional, estaba destacado en Turiamo, porque allí hay una playa con residencias vacacionales que dependen del Instituto de Prevención Social. Nos contó que en colaboración con otro compañero

lograron sacar la nota. Su esposa la guardó dentro de una prenda íntima, y ambos se presentaron en la brigada. Cuando leí aquel papel frente al pueblo, fue la locura. Hay algunas imágenes donde estoy leyendo la nota, con la luz de una linterna. Ya eran como las ocho de la noche.

¿Guardó el original?

No, se lo di al Presidente. Hay un detalle de esa nota que me llamó poderosamente la atención: el Presidente escribe el grupo fecha-hora, pero coloca la hora aparte. Normalmente los militares escribimos la fecha y hora de la siguiente manera: los dos primeros dígitos es el día del mes; los cuatro dígitos siguientes son la hora y los minutos. Al final, las tres primeras letras del mes y los dos últimos dígitos del año. Lo lógico habría sido que el Presidente hubiese escrito: 131445ABR02. Es decir, día 13, a las 14:45, del mes de abril de 2002. Sin embargo, el Presidente lo escribe de otra manera: “Turiamo, 13 de abril 2002”. Y en una línea aparte: “a las 14:45 horas”.

Cuando lo vi, interpreté que había separado esa línea para llamar la atención. Es decir, esa sería la hora en que estaba previsto su traslado a La Orchila, y en efecto así fue. Le pregunté luego al Presidente, y me lo confirmó. Para nosotros era importante saberlo. El cabo no podía asegurarnos nada, porque él salió de la isla antes de que trasladaran a Chávez.

En La Orchila había un avión con siglas norteamericanas.

Sí, y en esa aeronave –según tengo entendido– se habían trasladado oficiales golpistas, algunos de los cuales se fueron a la Plaza Francia. Nosotros llamamos al embajador de Estados Unidos para preguntarle.

¿Usted lo llamó?

El general García Montoya habló con él. Cuando le preguntamos y comenzamos a precisarle detalles –hasta la identificación de la aeronave–, a Charles Shapiro se le olvidó el español y empezó: “I’m sorry. I’m sorry”. Y entonces nosotros aquí en Venezuela tenemos una echadera de bromas en torno a

eso: “I’m zorry, I’m burry” “Yo soy un zorro, yo soy un burro”. Es decir, que se hizo el loco y todavía estamos esperando una respuesta. Eso también hizo que apurásemos el rescate.

¿Cuando le habló a la población habían decidido salir a buscar a Chávez?

Primero, le hablé al pueblo y luego, organizamos el rescate. El comando salió un poco antes de las 21:00 horas. Recé mucho, y lo hice apelando al sincretismo religioso. Y los rezos fueron escuchados.

¿Cuándo le comunicaron que la operación se había efectuado con éxito?

Habíamos previsto traerlo a Maracay. Cuando Alí me dice: “Tenemos al águila”, que era la contraseña fijada, me comunicó que el Presidente había pedido que lo llevaran directamente hacia Miraflores. Salí y le expliqué al pueblo. Después, escuchamos al Presidente.

Cuando ya estaba amaneciendo, nos dimos cuenta de que no habíamos comido nada durante horas. Cerca de la brigada hay un sitio donde venden comida rápida. García Montoya nos invitó a comer unas arepas y en eso nos notificaron que el Presidente tenía intenciones de ir a un acto público en Maracay ese mismo día. Pero antes, nos mandó a buscar. Todos los oficiales, generales y almirantes que participamos en la operación nos entrevistamos con él en Miraflores.

Tuve primero un intervalo privado con él en el despacho. Nos abrazamos a llorar. Le comenté que mi mayor aspiración era pasar a retiro siendo comandante de la Brigada de Paracaidistas.

Compañero de viaje

El 14 de abril de 2002, en el acto de homenaje a la Brigada de Paracaidistas, usted dijo que la actuación de esa tropa tenía que ver con el respeto a la Constitución Bolivariana, pero mencionó que en esos días también pesaron los afectos.

Sí. En otros momentos de nuestras vidas, ha habido gente que ha querido especular sobre mi amistad con el Presidente y crear alguna cizaña. Pero nuestra relación responde a los llamados del corazón. Además de los ideales, están los afectos profundos.

Aquí guardo la copia de una carta que le hice en diciembre de 1999, dándole cumplimiento de orden, cuando él me pidió que me movilizara para La Guaira. Fue durante el terrible deslave en Vargas, donde murieron cerca de 20 000 personas. Entonces le dije, y lo repito: “Mi más caro sentimiento hacia usted, como un hermano del alma, un dilecto y entrañable amigo y un gran compañero de viaje”.

No podemos desestimar una nueva acción de los enemigos

Por el conocimiento que tengo del Ejército, de los hermanos de la Armada y la Aviación, y de la Guardia Nacional, creo que es sumamente remota la posibilidad de un nuevo golpe de Estado, pero no lo podemos desestimar. Y mucho menos eludir lo que ha venido pasando en nuestro país en este último lustro, donde abiertamente una potencia extranjera, a través de sus agencias locales, ha intervenido de manera artera en los asuntos internos de nuestro país. Hay mucho dinero y muchos intereses de por medio.

¿Es verdad que a usted le propusieron mucho dinero para que traicionara a Chávez?

Cuando entregué el mando de la Brigada de Paracaidistas y me enviaron a la Cuarta División, vino a verme una persona conocida que fungió como intermediario de los norteamericanos. Me hizo una propuesta de millones de dólares en efectivo y en bienes raíces, en el exterior, en diversas partes del mundo —en Francia, en Escocia o donde quisiera—. Ese hombre trajo documentos que avalaban las propiedades y se brindó, incluso, a ser mi asesor financiero, si lo estimaba

conveniente. No tenía idea de las bancas *offshore*, los llamados paraísos fiscales. Bastaba una llamada y una clave, y manejaría una exagerada cantidad de dólares.

Si eso ocurrió con un simple mortal como yo, de cuánto no será el negocio que representa Venezuela para los intereses de Estados Unidos en el mundo.

¿Esa persona le dijo a nombre de quién venía?

Utilizó muchos subterfugios, pero no hay que ser muy inteligente para darse cuenta de que eso es imposible hacerlo sin conexiones internacionales.

¿Del gobierno norteamericano?

Se cuidó mucho de mencionar a alguien. Pero puedo decirte que, el 17 de abril de 2002, dos representantes del gobierno norteamericano intentaron tener una reunión no oficial conmigo. Le pregunté al intermediario: “¿Dónde trabajan estos señores?” “En el Departamento de Estado”. “¿Cómo es eso que quieren tener un encuentro no oficial conmigo? Dígame que soy un soldado, un comandante de una unidad superior, y no tengo por qué tener ese tipo de contacto”.

¿Supo los nombres?

Sí. Los señores Thomas A. Shannon y Phillip Chicola, del Departamento de Estado de EE. UU. El intermediario fue un venezolano.

Los norteamericanos estuvieron seriamente implicados en el golpe. Por nuestras manos pasaron fusiles de asalto, repartidos por el almirante Molina Tamayo, con marca de fabricación norteamericana. Conocimos de la presencia de navíos y aeronaves* en las aguas y el espacio aéreo venezolanos. Las trazas indicaron que no eran cualquier avión o embarcación,

*Esas naves fueron identificadas por la FAV como NC1 3300, NC2 2027 y NC3 2132. Penetraron sin autorización en aguas venezolanas a las nueve de la mañana del 13 de abril y salieron a mar abierto siete horas más tarde. Después del mediodía, los helicópteros NC1 1100 y NC1 0107 despegaron de uno de esos navíos, sobrevolaron las proximidades

sino aparatos de uso militar que entraron a aguas territoriales. Estuvieron muy cerca de la Península de Paraguaná.

Hay testimonios de los oficiales que trabajaban en los sistemas de control aéreo de Maiquetía sobre la presencia de aeronaves norteamericanas. También, en el aeropuerto de Barcelona aterrizaron varios, que luego dijeron que iban de tránsito hacia otro país. ¡Pero qué coincidencia que todos fueron ese día!

¿Quién ejecutó la decisión de cerrar la Misión Militar norteamericana en Fuerte Tiuna?

Apenas recibí la jefatura del comando del Ejército consideré que debíamos hacerlo. Era un asunto de dignidad y de responsabilidad con la Patria. Le hice la propuesta a mis superiores y la elevé ante el señor Presidente. Quiero decirles que el Presidente lo había ordenado hace mucho tiempo, pero nunca se había ejecutado.

Antes, mandé a investigar cuáles eran los términos del convenio, y era evidente que no teníamos por qué respetarlo. Tuvimos la presencia de esos señores abierta y descaradamente, interfiriendo en los asuntos internos de nuestro país, lesionando los principios de soberanía y de autodeterminación. Eso es una actitud inamistosa hacia nuestra nación, que pone en entredicho los términos de la buena fe de las relaciones que deben existir entre dos pueblos soberanos.

Dudo muchísimo que Estados Unidos acepte que nosotros tengamos en Washington una misión con los privilegios que ellos tenían aquí. Digamos, una sede nuestra en el Pentágono. Nadie puede olvidar que Fuerte Tiuna es el centro del poder militar en Venezuela. Es el lugar de mayor relevancia del ejército, donde tiene su asiento el Ministerio de la Defensa,

y luego, retornaron. Las pruebas, obtenidas por satélite, se encontraron en Miraflores. Los documentos afirmaban, además, que existía la posibilidad de que “en los buques viajaran marines y que un avión F-117 fantasma hubiera actuado en la noche”.

el Comando del Ejército y otras instalaciones... Y ellos, aquí adentro, con el privilegio de usar nuestras instalaciones y emplear a personal civil venezolano, con el uso de placas militares y otras prerrogativas. Yo estudié en instituciones del Ejército norteamericano y las conozco muy bien. Jamás permitirían algo así en su país. Ni siquiera a los socios más entrañables.

¿Por qué los mismos que se pusieron a la orden de los norteamericanos siguen teniendo total impunidad en Venezuela?

El Libertador decía que a cada traición un perdón, y a cada perdón una nueva traición. Pareciera que somos reticentes a la hora de tener en cuenta esas enseñanzas del Libertador.

¿Usted trabaja usualmente escuchando los cantos gregorianos que han acompañado toda esta entrevista?

Fui monaguillo. Mi madre albergó serias esperanzas de que me hiciera sacerdote; pero, realmente, tomé otro apostolado. Amo esta música y también la escucho por mis inclinaciones filosóficas. En otros momentos prefiero oír las melodías del Tao y del Feng Shui. No soy un experto, pero algo he caminado por esas filosofías. Aunque el Tao dice que quien lo conoce no habla, y quien habla no conoce nada.

Hay quien mira solo la superficie de esta cultura, y me dice, jocosamente, que yo vivo con humitos raros en mi oficina y con música de encantar culebras...

¿Cómo preferiría que definiéramos a Raúl Isaías Baduel después de una conversación tan extensa?

Digan solo que soy un veguero de Las Mercedes del Llano, Estado Guárico, la zona central de los llanos venezolanos. O con menos palabras: "Baduel es un humilde soldado de Infantería Paracaidista". Y punto.

CORRÍO DEL CATIRE ACOSTA

Hugo Chávez Frías

Joropo a la memoria de Felipe Acosta Carlez.

Promoción Simón Bolívar del Ejército Venezolano.

¡Ay!, mataron al catire Acosta
al catire Acosta Carlez.

Acosta Carlez,
la tormenta de los pueblos
se desató por las calles.
No quedaba nada en pie
desde Petare hasta El Valle.
Y Caracas tenía sed
y la sed era de sangre.
¡Ay!, balazo de un instante
te llevaste a mi compadre.

Mataron al catire Acosta,
al catire Acosta Carlez.
El río Guárico llorando
hoy corre entre sus palmares,
y los morros de San Juan
se estremecen verticales.
Por los caminos del llano
se apagaron los cantares
y el viento de la sabana
se detuvo aquella tarde.

Mataron a Felipe Acosta
a Felipe Acosta Carlez.
Yo no lo quería creer,
te lo juro por mi madre,
si apenas antes de ayer
te vi allá en el Alma Mater,
con toda tu humanidad
entraste al salón de clases
y gritamos como siempre:
¡Maisanta, que son bastante!

Mataron a Felipe Acosta
a Felipe Acosta Carlez,
promoción Simón Bolívar.
Se fue un hijo inigualable
del estilo del Centauro
del catire comandante,
cabalgando con fiereza,
el pecho siempre adelante.
¿Quién se le plantaba al frente?
Tan solo Urdaneta Hernández.
Un diecisiete de diciembre
el sol se iba con la tarde
en predios de San Jacinto,
cuatro hombres de camuflaje
salieron a desafiar
el calor de aquellos valles
y partieron tras la huella
del líder de capitanes
a buscar la misma senda
de la Campaña Admirable,
a sentir los ventisqueros
de aquel paso de Los Andes
llevando en alto la espalda
del Simón de Tempestades.

Mataron a Felipe Acosta
a Felipe Acosta Carlez.
Marcharon siempre adelante
los guariqueños campantes
retando los horizontes
Urdaneta, Acosta Carlez,
por decir algo, es lo mismo
Acosta y Urdaneta Hernández.
Un solo paso vibrante,
un corazón, una sangre.
El sol se derretía en frente
el viento huía al tocarle,
los cerros se volvían planos
ante su avance implacable
¡y en Güere los cobijó,
el Samán de Generales!

¡Ay!, mataron a Felipe Acosta
a Felipe Acosta Carlez.
Lanza unos gritos al viento
que nuestro canto no calle.
¡Epa!, no me dejes solo
no te nos vayas, compadre,
que el cacique Guaicaipuro
reunió las tribus del Valle,
que el negro José Leonardo
ya levantó su negraje,
que Francisco de Miranda
izó las velas del Leander,
que Simón Rodríguez anda
reventando oscuridades,
que al Mariscal Sucre vieron
cruzando el Río Manzanares,
que el General Urdaneta
viene por los medanales,
que por los llanos de Apure
despertó el catire Páez,
que mi General Bolívar
en junta de comandantes
recibió a Ezequiel Zamora
con todos sus federales,
que el cielo está encapotado
anunciando tempestades,
que tu Ejército está en pie
en forja de libertades.

¡Oigan al catire Acosta,
oigan su grito indomable!
En la boca del cañón
cuando se lanza al ataque,
en la defensa enemiga
cuando la quiebra el infante,
cuando rompen el sonido
cien aviones de combate,
cuando mil paracaidistas
caen en los terronales,
cuando hacen temblar la tierra
diez divisiones de tanques,

cuando la caballería
lanza su carga salvaje;
¡oigan al catire Acosta,
oigan su paso arrogante!

Sigues aquí con nosotros.
No te mataron, compadre.

*Versión cantada por Cristóbal Jiménez
que aparece en el CD: Amor, llano y Revolución.*

General de división Alí Uzcátegui Duque

Yo dirigí las tropas que rescataron al Presidente en La Orchila

En pleno vuelo hacia La Orchila recibió un incierto mensaje. Le advertían que Hugo Chávez no estaba en esa isla. Pero el general de división Alí Uzcátegui, al frente de la pequeña flotilla de helicópteros que había salido a rescatar al Presidente, no abortó la operación. Su respuesta se escuchó nítida a través de la radio: “Vamos hacia la isla y cumpliremos nuestro objetivo”. Casi inmediatamente, una voz conocida y firme, la del general Raúl Baduel, comandante de la Brigada de Paracaidistas, fue terminante: “Sigue, Uzcátegui. No habrá resistencia”. **285**

Cuando los tres helicópteros sobrevolaban la franja de tierra firme, una mancha alargada en la oscuridad les indicó que otra nave se les había adelantado. Junto a la pista, en efecto, esperaba un avión. Pero no podían detenerse ni un minuto a explorar el aparato, ave siniestra en la noche de La Orchila. Sin embargo, cuando Uzcátegui y sus compañeros penetraron en la base naval, a los sombríos pensamientos de las horas precedentes, se añadía uno nuevo: “¿Qué hace ahí un avión con matrícula norteamericana?”

De La Orchila a Miraflores

En el momento del golpe de abril, yo era el director de la Escuela Básica de la Fuerza Armada Nacional. Estuve bajo el mando del general Baduel, que es mi compañero de promoción. En la tarde del 13 de abril habíamos confirmado que el Presidente se encontraba en La Orchila.



En La Placera, Maracay, se coordinaron todas las acciones para el rescate del Presidente, operación que denominamos “Rescate de la Dignidad Nacional”. Entonces, me llamó el general de división Julio García Montoya, que era en ese momento director de la Secretaría del Consejo Nacional de Seguridad y Defensa, y me informó que estaba designado para ir a buscar al Presidente bajo el mando del general Baduel, quien, personalmente, estaba coordinando las acciones para acometer la tarea.

¿Baduel saldría hacia La Orchila?

Sí, pero yo expuse desde el primer momento mis preocupaciones. El general Baduel estaba comandando la resistencia en Maracay y tenía a su cargo todas las operaciones para restituir al Presidente de la República. Él debía quedarse en La Placera. Si ese operativo fallaba, perderíamos al principal estratega. Expliqué que era más prudente que él se quedara, y que me enviaran a mí a buscarlo. Fue aceptada mi proposición. Antes de salir en el operativo, me acerqué al general García Montoya y le pedí que cuidara de mi familia. “No te preocupes, Alí —me dijo—, quedará en buenas manos. Que Dios te bendiga”.

¿Cuál era la composición del comando?

Salimos con tres helicópteros *Cugard*, de la Armada, y quince hombres bien preparados del comando de operaciones especiales de la Casa Militar del Presidente de la República, que se encontraban junto a nosotros. Iban también un médico y un juez militar para evitar que se cometieran excesos. Despegamos de la Brigada de Paracaidistas aproximadamente a las once y cuarenta de la noche.

¿Tenían idea de qué iban a encontrar en la isla?

No. Aparentemente, el personal militar que estaba en La Orchila se disponía a entregar al Presidente sin mayores problemas. Pero como las acciones de los días anteriores fueron tan volátiles, y las personas que habían participado en el golpe

tuvieron una actitud tan agresiva, no sabíamos realmente a qué atenernos.

¿Exactamente qué hicieron?

Llegamos a La Orchila a las dos de la madrugada del 14 de abril. Con cautela, nos desplazamos desde el sitio del desembarque hasta donde estaba detenido el Presidente. Sabíamos que se hallaba recluido en la casa presidencial, en las inmediaciones de la base militar que existe en la isla. Cuando nos acercamos a la pista, muy cerca de donde estaba el Presidente, vimos un avión con siglas norteamericanas.*

¿Supo qué hacía allí ese avión?

No. Como nuestra principal misión era el rescate, solo mandé a chequearlo –se verificó que desde allí no se intentaría una acción contra nosotros–, y seguimos a cumplir nuestra misión. En realidad, ya había tenido algunas señales de la presencia de esa nave en La Orchila. Cuando preparamos el asalto en Maracay, este fue un elemento de gran preocupación y, en cierto modo decidió la salida hacia la isla sin pérdida de tiempo.

¿Y qué ocurrió con la nave?

No pude dejar una guardia allí. Si hubiéramos llevado más personal, habríamos peinado y registrado el lugar. Cuando llegamos para el rescate, parecía un avión fantasma, una aparición. No había nadie cerca. Me imagino que sus ocupantes estarían escondidos observando nuestros movimientos. Nunca más supimos de aquella nave, salvo que, cuando nuestros helicópteros aterrizaron en Miraflores, el avión ya había desaparecido de la isla.

¿Qué les preocupaba en el momento del desembarco en La Orchila?

*El avión en que los golpistas querían sacar a Chávez de La Orchila pertenecía al banquero de origen paraguayo Víctor Gil (del Total Bank). Según personal de la aeronave, matriculada en EE. UU., el plan de vuelo tenía como destino Puerto Rico, territorio estadounidense.

Temíamos llegar tarde y que al Presidente lo hubieran trasladado a otro lugar. También nos obsesionaba la idea de que ese avión fuera volado en pleno vuelo. Que contra Chávez se ejecutara algo parecido al plan que había preparado Pinochet para Allende, si este salía con vida de La Moneda. O, tal vez, que el avión fuera desviado a Estados Unidos o hacia otro lugar. Había que evitar a toda costa que Chávez se moviera de allí, que despegara de suelo venezolano.

¿Qué ocurrió durante el rescate?

No hubo resistencia. Bastaron muy pocos minutos entre nuestra llegada y el encuentro con el Presidente. En la casa presidencial estaba el general que había figurado al frente de la oficina de Derechos Humanos del Ministerio de Defensa, el general de Brigada José Esteban Godoy Peña, también, el cardenal José Ignacio Velazco y el coronel Julio Rodríguez Salas, junto a un grupo de la Armada. Sabían que no les quedaba otra salida que entregar al Presidente.

Lo primero que hice fue verificar que él se encontraba bien. Su rostro me tranquilizó, e inmediatamente, me presenté ante el cardenal y le pedí su bendición. Luego saludé militarmente al Presidente Chávez. Él respondió el saludo con familiaridad y nos dimos un abrazo. Me aseguró, ahora con palabras, que se encontraba bien, que no tenía por qué preocuparme. De inmediato, hizo una arenga a todo el personal allí reunido. Los militares que lo habían apresado estaban desmoralizados, mientras que muchos de los que nos acompañaban lloraban de emoción.

¿Y cuál fue el papel del juez y del médico?

El abogado, doctor Rafael Alfonso Tosta Ríos, leyó un documento que había elaborado previamente: “Con su localización y traslado ha quedado restituida la integridad de sus facultades legítimas y el resguardo de la institucionalidad democrática y de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela”. El médico, teniente coronel Antonio Castro,

solicitó un reconocimiento físico. El Presidente le aseguró que se encontraba bien. Le propuse volar hacia Maracay, pero él pidió que lo trasladaran inmediatamente a Miraflores. Todo ese procedimiento consta en un acta elaborada durante la madrugada del 14 de abril.

¿Qué le comentó el Presidente durante el trayecto a Miraflores?

Iba muy pensativo. No hablamos, porque el ruido del helicóptero no permitía ningún diálogo. Sentí que él necesitaba ese momento de meditación. Solo se agitó cuando sobrevolamos Caracas y vimos en varios puntos columnas de humo negro. Le comenté que hubo quien había aprovechado la crisis para saquear y quemar cauchos. Me dijo: “Alí, lamento que esto esté pasando. No debería suceder”. Estaba afligido. Recuerdo que le contesté: “No se preocupe, Presidente, son cosas que ocurrieron y debemos corregir. Y por eso está usted de nuevo aquí”.

Pero fue solo un momento de preocupación. Llegamos a Miraflores exactamente a las tres y cuarenta y cinco de la madrugada. No olvidaré nunca esa mezcla de alegría y alivio que sentí cuando el helicóptero tocó suelo. El Presidente bajó con una gran sonrisa, agradecido de aquel pueblo que lo recibía con gritos y alabanzas. Recuerdo que las luces estaban apagadas y no se permitió que los reflectores de las cámaras alumbraran el lugar, para impedir toda posibilidad de disparos de algún francotirador. Lo seguí custodiando en Miraflores, hasta que visitó la Brigada de Paracaidistas, en Maracay, para agradecer personalmente a los militares el respaldo recibido. Así fue ese 14 de abril, y ahí terminó mi misión.

PALABRAS DE HUGO CHÁVEZ FRÍAS EN LA 42 BRIGADA DE PARACAIDISTAS. MARACAY, 14 DE ABRIL DE 2002

Estas horas de prisión en cinco sitios militares me sirvieron para hacer algo que no hacía desde algún tiempo: hablar con los muchachos de allá abajo, oír a los sargentos, a los tenientes, a los capitanes. Oír sus críticas, sus aportes. Ellos tienen mucho que decir. Esta es una de las lecciones que he sacado. Uno de ellos me dijo: “Mi comandante, no se olvide de nosotros. No permita que le bloqueen la comunicación entre nosotros y los altos mandos. Por ahí se van quedando las verdades que a usted no le llegan”.

13 de octubre de 2003

La renuncia*

292 *A las ocho de la mañana del domingo ya se percibe lo que va a ocurrir horas después. La zona del Poliedro de Caracas, ubicado a casi 10 km de la Avenida Bolívar, en el centro de la capital, hierve de colores y pasiones. De colores, porque esta guerra entablada entre la oligarquía venezolana y el pueblo que sigue al Presidente Hugo Chávez, no es solo de clases, sino también de tonalidades de piel.*

CHÁVEZ NUESTRO

Tres días antes, los escuálidos habían movilizado a gente mayoritariamente blanca, vestida a la moda, unificada en un tono de voz que parecía casi universal, impregnada de resentimientos y desprecio hacia todo lo que no es “ella”.

Este domingo, en cambio, ocurre lo contrario. Allí está el subsuelo sublevado de la “Patria buena”, tantas veces evocada por Alí Primera, y hay mucho para festejar. En primer lugar, un nuevo encuentro con ese jefe carismático y peleón que nunca les ha fallado a los humildes y por el que están dispuestos –lo demostraron el 11 de abril– a dar la vida.

La comunión pueblo-líder se da, esta vez, en circunstancias muy especiales. La oposición taimada había dado un ultimátum. Es cierto que ni entre ellos coincidían con la salida precisa que debían darle a un proceso que se les hacía cada vez más molesto, porque recortaba sus intereses como jamás

antes nadie lo había hecho en Venezuela. Sin embargo, a pesar de la evidente fragmentación, se animaron a exigir que “o renuncia o lo volteamos”, refiriéndose a Chávez, a quien también amenazaron con un “paro cívico”. O un golpe, o un magnicidio, si todo lo demás fallaba.

Frente al desafío, el pueblo no dudó en aceptar el envite y bajó. Vaya si bajó, desde las casas de cartón de los cerros, desde la sabana y el llano, desde el corazón de la tierra campesina.

Entonces el rumor se hace rugido. Ríos humanos inundan las calles y las autopistas. Decenas de miles de hombres, mujeres, niños y ancianos caminan salpicando el entorno de boinas y binchas bolivarianas, levantando miles de pancartas y banderas venezolanas, enarbolando consignas que van desde reivindicaciones puramente locales hasta las que exigen mano dura con los golpistas y sus aliados de Washington, Miami o Madrid.

A la vanguardia de la marea humana desfila la infantería motorizada. Un enjambre ruidoso de motos de todas las cilindradas, y hasta algunas bicicletas. Cuando ellos llegan, con sus banderas al viento, el gentío que espera en las esquinas se agita como nunca; se siente más fuerte la tropa de cabecera, que anuncia que atrás viene el resto: centenares de miles de manifestantes. Mucha gente, para que nadie dude que se ganará la batalla.

Entonces aparece el responsable principal de semejante convocatoria. El vehículo que transporta al Presidente se acerca al palco principal. Un coro multitudinario entona lo que la picaresca popular ha logrado imponer como el jit del año: “Chávez los tiene locos, Chávez los tiene locos”. Se refieren así, a una oposición que no sabe para qué lado correr frente a un rival que la supera en inteligencia, intuición y calor de masas.

Habla Chávez, y lo hace con un lenguaje llano, improvisando el diálogo con ese pobrерío que ya lleva casi quince

horas bajo un sol de justicia y una temperatura caribeña que achicharra hasta las piedras.

El Presidente juega con quienes se han atrevido a amenazarle: “Me han dado tres días de vida” –dice, evocando el plazo impuesto por los escuálidos para que eleve su renuncia o convoque a elecciones.

294 *“Voy a renunciar” –anuncia con picardía mientras la multitud se encabrita: “No, no, no...” “Sí, voy a renunciar y conmigo renunciará todo este pueblo que hoy, sí, ha tomado Caracas”.*

El gentío, que parece no entender lo que le está proponiendo su líder, insiste haciendo gestos negativos, a la espera de una rectificación.

Voy a renunciar a... traicionar la dignidad de este valiente pueblo. Voy a renunciar a dar un paso atrás frente a los embates de la oligarquía y el fascismo golpista. Voy a renunciar a...

La avenida Bolívar y sus múltiples contornos se estremecen bajo los gritos de aprobación.

La multitud baila, se agita, ríe, canta otra vez: “Chávez los tiene locos...”

Y lo mejor de todo es que no se equivoca.

Rosa Virginia y María Gabriela Chávez

Estamos dispuestas a cualquier sacrificio por nuestro padre

En un pequeño recibidor de La Casona, residencia oficial del Presidente venezolano, nos reciben las dos hermanas. No suelen dar entrevistas y se sientan ahora frente a la grabadora, solo porque insistimos en que este libro quiere mostrar al jefe de Estado tal y como lo ven algunas de las personas que le son más cercanas. “Estamos dispuestas a cualquier sacrificio por nuestro padre” –dice Rosa Virginia, la mayor, que nació en 1978, mientras su hermana María Gabriela, dos años menor, lo confirma con un gesto cómplice.

No hay mucho tiempo y por eso les pedimos que reconstruyan sus recuerdos de aquellos días de abril de 2002, cuando, trascendiendo el hecho elemental de ser las hijas de Hugo Chávez Frías, se convirtieron en voceras imprescindibles de la denuncia de un golpe de Estado fascista contra el gobierno del Presidente de la República Bolivariana de Venezuela. En pocas horas tendremos cita con el padre de las dos jóvenes de tez morena y expresión dulce, que alternan el orden de sus palabras, sin interrumpirse, jugueteando a ratos con un par de niños que entran y salen del ámbito de la conversación: Manuelito, el pequeño de Rosa que va a cumplir un año de edad, y Gabi, la hija de María Gabriela, que ya celebró los seis.

Rosa Virginia

El 11 de abril, poco después del mediodía, me fui a Miraflores con Pedro Manuel, mi novio –ahora mi esposo–.



Él quería ver a su mamá, que trabajaba allí, y yo, a mi padre. No había modo de entrar al Palacio. Las marchas habían bloqueado las entradas y yo insistía: “Vámonos a donde mi papá”. Me empecé tanto que Pedro no tuvo más opción que llevarme en una motocicleta.

Le di un abrazo a mi padre y me quedé en una oficina próxima a la suya. No tenía una noción exacta de lo que estaba ocurriendo; solo veía las caras tristes. Como a las siete o las ocho de la noche, pedí entrar a verlo. Estaba uniformado. Hacía tiempo que no lo veía vestido así. Me dio un radio y me pidió que estuviera al tanto de lo que ocurriera. Se le notaba preocupado. Cuando lo abracé, me eché a llorar: “Quédate tranquila, que no me va a pasar nada. Cuida a tus hermanos y yo los llamo más tarde”.

María Gabriela me esperaba, junto con mi hermano Hugo y mi sobrina Gabi. Como a las diez de la noche llamó papá agitado: “Tienen que salir de ahí ya. Váyanse. Salgan inmediatamente de ese lugar”.

María, Huguito, Gabi y yo nos fuimos a una casa en Río Chico. Nos acompañaba el Gocho, un oficial muy leal a mi papá, y varios guardias que, después de llevarnos hasta allí, se fueron. Dijeron que si ya no éramos los hijos de un Presidente, ellos no tenían por qué custodiarnos. Como a las tres de la madrugada sonó mi celular. Era mi padre. Supongo que estaba a punto de salir del Palacio o camino a la Comandancia del Ejército. No le pregunté. Quería saber si estábamos protegidos: “Sí, sí, papá, estamos bien”.

Nos habíamos quedado solos: María, Huguito, Gabi y yo. ¿Qué íbamos a hacer? Cuando él llamó a las nueve de la mañana del 12 de abril desde un celular que le prestaron en Fuerte Tiuna, no pude hablar. Me ahogaba el llanto. “Quédate tranquila, hija. Todo estará bien” –trató de calmarme–. “Pásame a tu hermana”. Yo solo pensaba: lo van a matar, esos asesinos golpistas lo van a matar y lloraba

por él y por el dolor y la preocupación que sentía por nosotros, sus hijos y su nieta.

María Gabriela

298

CHÁVEZ NUESTRO

No hablé con él en la madrugada del 12 de abril, cuando lo sacaron de Miraflores. Conversó rápidamente con Rosa y yo traté de no crear mayores tensiones de las que ya teníamos. Siempre he sido así, más tranquila. Recuerdo que el 3 de febrero de 1992 –tenía 12 años–, estuve toda la tarde en la casa de una compañera haciendo un trabajo de la escuela, y cuando regresé, mi mamá y mi hermana estaban llorando. “¿Quién se murió?” –pregunté con mucha calma. “María, por favor –me respondió Rosita–. “Mete toda la ropa que puedas en una maleta” –dijo mi madre. Eran las nueve de la noche. “¿Para dónde nos vamos a esta hora?” “Para Barinas”. Allí estaban mis abuelos y era lejos, como a seis horas de nuestra casa. “¿Qué está pasando?” Mamá me entregó un papelito que había enviado mi papá, donde estaba escrito algo así: “Rosa, María y Hugo, mis bendiciones para siempre. Los llevaré dondequiera que esté hasta el último momento”. Me asusté. Pensé, como ellas, que lo iban a matar. Pero en vez de llorar, les di ánimo.

Volví a vivir una experiencia similar diez años después, en la mañana del 12 de abril de 2002. Vi a Rosita llorar cuando oyó la voz de papá. Tomé el teléfono. “Papá, otra vez preso... ¡Qué broma es esta! ¿Dónde estás?” Pensé que seguramente él quería comunicarnos algo de mucha urgencia y yo deseaba transmitirle serenidad. No lloré. Me explicó que estaba preso en Fuerte Tiuna, en el Regimiento de la Policía Militar, y que había que denunciarlo. Estaba, además, muy preocupado por nosotras: “Papá, yo tengo miedo. Estamos solas, pero vamos a cuidarnos bien. Nos vamos para la casa de Wicho –Luis Reyes Reyes–, ¿qué te parece?” “Muy bien, váyanse para allá, y cuídense”. Inmediatamente me dijo que llamara a Fidel, que él era el único que podía hacer la denuncia internacional, e

insistía: “Dile que soy un presidente preso, que yo no he renunciado”. Hablamos unos tres minutos.

Rosa Virginia

Nuestros teléfonos no tienen salida internacional y había que llamar rápidamente a Fidel. Mi hermana habló primero con Diosdado Cabello y luego se comunicó con la pizarra central del Palacio de Miraflores. Allí estaban los muchachos leales a mi padre. Los golpistas no los habían despedido, ni habían cambiado la gente del protocolo. Mi hermana les habló por lo claro: “Soy María Gabriela y necesito que llames a Fidel Castro, a Cuba”. Y casi de inmediato tuvo comunicación con él.

María Gabriela

Cuando escuché que me habían comunicado con la oficina de Fidel me eché a llorar. Me derrumbé. Apenas oyó mi voz, él me dijo: “María, ¿cómo estás?” Su voz era muy suave. “Fidel, ayúdanos, por favor”. “Cálmate, María”. Yo estaba desesperada: “Mi papá me pidió que te dijera que si muere hoy, es porque será leal a sus convicciones hasta el último momento. Me dijo expresamente que te lo dijera ti”. Le conté también toda la conversación. A medida que le hablaba, me libraba de un enorme peso. Sabía que Fidel no nos abandonaría.

Hubo un momento, incluso, en el que sonreí: “Dame tu número telefónico para yo llamarte” –me dijo. “Bueno, tienes que anotarlo...” –le respondí–. “No, no, dímelo, que yo me lo aprendo”. “Fidel, es muy largo”. “No, no, dímelo”. Se lo empecé a decir, y cuando íbamos por el séptimo número me comentó: “Espera, espera; sí es demasiado largo”. Entonces él lo anotó. A partir de ahí y hasta el regreso de mi padre a Miraflores, me llamó cada media hora. Fue Fidel el de la idea de que hablara con Randy Alonso, el conductor de la Mesa Redonda, el programa de la televisión cubana que tuvo una gran repercusión internacional, en un momento en

que la mayoría de los medios venezolanos se hicieron cómplices del golpe.

Recuerdo que le comenté a Fidel que yo era muy tímida, que tenía temor a hablarle a los periodistas. “Tranquila, María, que Randy es un amigo”. “Por mi papá hago lo que sea”. “Es lo que esperaba de ti” –me contestó, y poco después me llamó Randy.

300

Rosa Virginia

Salimos para Barquisimeto. En el camino, mi tío Adán recomendó a María Gabriela que siguiera con Gabi y Huguito, pero a mí me pidió que regresara a Caracas para intentar ver a mi padre en Fuerte Tiuna y dar allí una batalla con los abogados. Pensábamos que sería difícil para los militares golpistas resistir a la presión de un familiar, particularmente de la mayor de sus hijas. El problema en ese momento era que estaban pasando las horas y no habíamos vuelto a saber de mi padre. Cada minuto de silencio multiplicaba el peligro. Llamamos al número que quedó registrado en mi teléfono cuando él nos habló, pero allí nadie contestaba. Temíamos por su vida.

Llegué al apartamento de mi novio y vimos la autojuramentación de Carmona. Las tensiones crecían, y las esperanzas de poder ingresar a Fuerte Tiuna eran cada vez menores. Mi novio insistió: debía ir de nuevo rumbo a la casa de Luis Reyes Reyes y reunirme con mi hermana. Allí estaría a salvo. Eso hice. Llegué a Barquisimeto en la madrugada del 13 de abril, sin haber comido en todo el día.

María Gabriela

Los golpistas tenían pánico. Habían estado cambiando de sitio a mi papá ese jueves 12 de abril dentro de Fuerte Tiuna. Finalmente, decidieron sacarlo de allí. Unos amigos que estaban dentro de la fortaleza militar me llamaron y me dijeron que a papá lo habían sacado del Regimiento de la Policía

Militar durante la noche. Llevaba una bolsa en la cabeza. No sabían para donde lo habían trasladado. Como hablaba cada media hora con Fidel, le conté. Ahí volví a declarar en el programa de Randy.

Fidel me animaba y me pasaba las informaciones que él tenía. Yo hacía lo mismo. Le conté que mi abuela estaba en crisis, porque le habían dicho que a papá le habían disparado en una pierna. Fue un rumor que circuló el 13 de abril, cuando los militares leales pidieron la libertad del Presidente. Se corrió la noticia de que los golpistas no lo querían liberar, porque Chávez estaba muy golpeado. Fue el único momento de nuestras múltiples conversaciones en que a Fidel se le quebró la voz. Sentí que estaba choqueado, mientras yo lloraba con desesperación. Sin embargo, se recuperó y me dijo: “Cálmate. Vamos a esperar. Veremos qué dicen más adelante. Cálmate, María”. Pero yo sentí su dolor a través del teléfono.

301

CHÁVEZ NUESTRO

Rosa Virginia

Un teniente de la aviación, que ahorita trabaja con nosotros, me llamó desde Maracay. Era seguro: mi papá estaba en La Orchila y lo iban a rescatar. Hugo, mi hermanito, estaba muy preocupado y preguntaba constantemente por nuestro padre, pero era nuestro sostén en aquellas circunstancias. Tenía gran confianza en que todo saldría bien. Conoce bien a los militares, porque acompañaba a mi papá a los cuarteles. Es muy valiente.

Creo que pasó un siglo antes de que el teléfono volviera a sonar. Era el teniente: “Aquí tengo a tu papá”. Había mucha bulla al fondo —el helicóptero, la gente gritando, los abrazos— y yo lo escuchaba entrecortado: “¿Papá, estás bien? ¿Te golpearon?” “No, estoy bien, tranquilas. De aquí a un ratico nos vemos en el Palacio. ¿Ustedes están bien? ¿Dónde están?” Solo quería saber de nosotros. En eso se cayó la llamada. Mis hermanos me hicieron repetir como quinientas mil veces el diálogo con papá.

Vimos por la televisión el regreso de mi padre a Miraflores y luego nos fuimos al aeropuerto de Barquisimeto. Allí nos esperaba un avión que nos trasladó al Palacio.

María Gabriela

302

CHÁVEZ NUESTRO

Cuando llegamos a Miraflores, papá estaba descansando. Apenas entramos, nos dijo: “Llegaron las guerrilleras”. Nos tiramos los tres hermanos encima de él para ver si lo habían golpeado. Le revisé las piernas, los brazos, la cara. Los tres lo tocábamos, nos colgábamos de su cuello, lo besábamos. Era la locura. Y así nos pusimos a contarle lo que habíamos vivido, y él a nosotros. En eso llamó Fidel y nos fuimos a dormir. “Como mínimo tendrán ahora una transmisión en cadena de ocho horas” –le dije a mi hermana.

¿Desde cuándo Fidel comenzó a llamarte “la heroína”?

Cuando mi papá regresó a Miraflores, Fidel me dijo que iba a darme un título. Le contesté: “¡Qué bueno, Fidel! Porque dudo que pueda graduarme de Comunicación Social”. Tenía entonces muchos problemas en la universidad, pues en esa carrera mis compañeros, casi todos de familias de escuálidos, eran muy hostiles conmigo. “Te tomo la palabra. Dame el título, que no quiero estudiar más allí”. Entonces me dijo: “Eres una heroína”. Fue un gesto precioso.

Nos conocimos antes del año 2002 y siempre sentí por él un afecto especial. Cuando a Fidel le dio aquel mareo mientras pronunciaba un discurso en La Habana, me puse muy mal. Mi padre lo llamó y le dijo: “Aquí tengo a María, que estuvo llorando porque su abuelo estaba enfermo”. Fue así.

La relación que puede haber entre mi padre y él se manipula mucho, como si por ser jefes de Estado no pudiera existir entre ellos un profundo cariño. En esos días del golpe de abril, Fidel no solo fue un estadista preocupado por la suerte de otro presidente, sino un gran amigo de los venezolanos, alguien que compartió con todos nosotros lo que pudo

haber sido no solo una tragedia familiar, sino una gran tragedia nacional. No me avergüenza decir que lo quiero como a un abuelo, porque él quiere a mi padre como a un hijo.

TRANSCRIPCIÓN DE LAS PALABRAS DE MARÍA GABRIELA
CHÁVEZ A LA MESA REDONDA DE LA TELEVISIÓN CUBANA,
EL 12 DE ABRIL DE 2002

MARÍA GABRIELA. Primero un saludo a todo el pueblo cubano. Hace dos horas logramos comunicarnos con mi papá (Hugo Chávez). Nos llamó por teléfono y nos dijo que por favor le comunicáramos al mundo entero que él en ningún momento ha renunciado, que en ningún momento ha firmado ningún decreto presidencial que destituya al vicepresidente Diosdado Cabello y mucho menos ha renunciado él. Simplemente, fueron unos militares y lo detuvieron y se lo llevaron a Fuerte Tiuna, a la Comandancia General del Ejército y en estos momentos está detenido en el Regimiento de la Policía Militar de Fuerte Tiuna.

Lo tienen completamente incomunicado, solo le permitieron hablar con nosotros, sus hijos, y nos pidió que buscáramos un abogado, que habláramos con los amigos, con los familiares, para exigirles el respeto a sus derechos y para que lo podamos ver, porque no sabíamos cuando podíamos volver a hablar.

RANDY. (conductor de la Mesa Redonda). ¿Esto fue hace aproximadamente dos horas María Gabriela?

MARÍA GABRIELA: Dos horas, a las nueve de la mañana.

RANDY. Y después de esa comunicación no han podido tener más noticias.

MARÍA GABRIELA. No. Yo le pregunté: “Papá cuando podemos hablar contigo”. Me dijo: “No mi amor, ahora ustedes tienen que ayudarme, tienen que buscar abogados, tienen que ejercer presión y tienen que decirles a todos, comunicarles a todos, que estoy preso, que soy un Presidente preso”. Textualmente me dijo que en ningún momento renunció. De hecho, después de hablar con mi papá, me comuniqué con el vicepresidente Diosdado Cabello, con todos los diputados de la V República, y hablé también con Juan Barreto, un diputado de la V República, que está escondido porque también lo buscan. Freddy Bernal está secuestrado y el Fiscal General de la República también está detenido. No lo han dicho en ningún medio de comunicación, y lo primordial es que en realidad él nunca renunció. Lo que está viviendo nuestro país es un golpe de Estado y quieren taparlo con una supuesta renuncia.

RANDY. Hemos estado siguiendo los medios de comunicación y no hay ninguna información sobre el paradero real de las autoridades venezolanas...

MARÍA GABRIELA. Diosdado Cabello me ha pedido que se dé a conocer al mundo esta situación, y que se denuncie ante la Organización de Estados Americanos, OEA, ante el Grupo de los 77 y ante todos los organismos internacionales. Es una dictadura de extrema derecha lo que se está dando aquí en el país y la quieren tapar con una supuesta renuncia. Están buscando a los simpatizantes del gobierno para detenerlos.

RANDY. María Gabriela, en medio de esta difícil situación, ¿quisiera saber como se encuentra la familia, como están tus hermanos, tu pequeña hija?

MARÍA GABRIELA. Estamos todos bien. Prácticamente escondidos, pero estamos bien. Ya estamos más tranquilitos. Nos calmamos. Estamos juntos, acá conmigo están mi hermano Hugo, mi hermana Rosa, mi hija también está conmigo. Tenemos fe en que todo se va a solucionar, y tenemos que ayudar a mi papá en todo esto.

AHORA SÍ TE ENTIENDO, PADRE

Barinas, sábado 9 de diciembre de 1995

Desde niña he estado tratando de entenderte, padre. Esas ganas de vivir, ese ímpetu, esas esperanzas.

Aquel: “Vístanse que vamos a salir”, sin saber nunca a dónde: “a pasear”. Recuerdo la rabia que me daba cuando llegábamos a una finca donde había un río y no teníamos trajes de baño, por “ese misterio”. Eran cosas que no entendía y ahora entiendo. “Era y es la lucha”, y ese amor a la Patria, a la Humanidad.

Recuerdo, padre, que leías con amor aquella poesía, la “Oración a Simón Bolívar en la noche negra de América”, y solo ahora entiendo que ella te daba valor para continuar, que allí estaba para ti “nuestro Simón”. Y así pasé la niñez, tratando de entenderte, amor. Tampoco terminaba de entender cuando, en Elorza, rompiste un billete porque Rosa y yo peleábamos: “El dinero no vale, solo vale el amor”.

Y llegó el día, llegó el hecho que me explicaría tantas cosas. Aquel glorioso 4 de febrero de 1992, en el que el amor a la Patria y a Simón se desbordó.

Ahora sí te entiendo, padre. Y es a mí a quien no entienden “mis amigas”, algunas dicen que soy algo extraña; también tú lo eras para mí. Padre, son tiempos en los que construyo mi propio barco, pero nunca me desataré del tuyo...

Eres mi gran amor, eres mi maestro, eres mi hermano, eres mi mejor amigo, eres mi Padre. Te pido, por favor, que no permitas que mi barco se aleje del tuyo.

Te amo, mi todo,

María

Soy sencillamente un revolucionario

Nos esperaba en Miraflores, a las diez de la noche. Poco antes, nos habíamos encontrado con el candidato a la gobernación del Estado de Miranda, Diosdado Cabello, quien salía de una reunión y estaba enterado de que nos entrevistaríamos con el Presidente venezolano Hugo Chávez Frías: “Prepárense, que seguramente será para largo”. Fueron seis horas de conversación que volaron debajo de un techo de palmas, en el patiecito que queda a un costado de la oficina presidencial, sin más testigos que el frío que en la madrugada envuelve al valle caraqueño.

Sin embargo, con Chávez el tiempo de conversación nunca es demasiado. La mayoría de los temas que llevábamos en nuestra agenda se quedaron sin tocar, mientras otros aparecieron de forma inesperada y matizaron de emoción un diálogo que pretendía seguir las pistas de algunas historias trucas que compañeros, vecinos de la infancia y familiares del Presidente nos revelaron en una peregrinación por Caracas y por los Estados de Lara, Táchira y Barinas.

Queríamos rastrear los detalles que no aparecían en las numerosas –y casi siempre extensas– entrevistas publicadas desde los días de la rebelión militar del 4 de febrero de 1992. Más que reflexiones sobre la historia convulsa de la Venezuela de las últimas décadas, sobre la cual existe otra abundante bibliografía, nos interesaban los rasgos vitales de una personalidad fuera de lo común, turbulenta y sensible. Nos habíamos propuesto descubrir otras muchas facetas de este jefe de



Estado que rompe todas las convenciones: alguien que suele cantar a mitad de los discursos, y a quien los venezolanos más humildes sienten tan franco y familiar.

Sabíamos que, aun cuando se prolongara durante horas, esta sería una entrevista incompleta con un ser humano que ha vivido muchísimo más de lo que cabría esperar en alguien que acaba de cumplir 50 años de edad. Con él no sentimos esa distancia protocolar, a veces fría, que supone el encuentro con un jefe de Estado. Hugo Chávez nos recibió despejado y animoso, vestido con camisa roja y jeans azul, y nos esperó al pie del elevador, sonriente, con el bate que Sammy Sosa utilizó el 25 de febrero de 1999 en un juego de exhibición en la Ciudad Universitaria de Caracas. Ese día el Presidente ponchó al pelotero dominicano y Sammy le respondió con seis jonrones. “Este no es cualquier bate –dijo con picardía–. Con este les voy a conectar un jonrón a los gringos el día del referendo. Ya lo verán”.

Y así fue.

El bate de Sammy Sosa

Van a creer que es mentira, pero yo ponché a Sammy Sosa. La culpa la tuvo él. No durmió esa noche, mientras que yo me acosté temprano. El negro parece que se fue a parrandear y llegó como a las cinco de la mañana... Lo despertaron a las diez. No se quería levantar. Con el estadio repleto, el anuncio de “Chávez contra Sammy Sosa”, y toda una porfía en los medios. Finalmente, el compadre se levantó, se dio un baño, y en eso me dijeron que había ido a un médico, porque estaba muy débil –en realidad no había dormido en dos noches–. Se tomó algo así como un estimulante. Me decían: “Usted está loco, Presidente, cómo le va a pitchear a ese hombre, que pega unos batazos a no sé cuántos kilómetros por hora”.

Llegó el negro allá y le tiré una recta afuera. La dejó pasar. Detrás me dio un *foul* y luego, vino una curvita. ¡Ah,

ponchado! Luego me propinó seis jonrones seguidos. Todavía andan buscando las pelotas por La Guaira. Miren como quedaron marcados los pelotazos. ¡Claro, si bateó con este bate! Él me lo regaló y yo le mandé a poner un barniz para preservar la mancha de los pelotazos. Que se preparen, porque con este bate voy a conectar un jonrón, como ese que voy a dar el 15 de agosto, en el referendo. ¿Cómo fue que le dije a Fidel?... “Agáchate, Fidel, que la pelota va a pasar por arriba de La Habana, hasta la Casa Blanca. Y si ves que no llego, dame un impulsito”. Pero con este bate de Sammy Sosa, ahí sí que el batazo no para hasta Washington...

Jugando con Gabi y Rosinés

Anoche estuve jugando con Rosinés y les voy a mostrar lo que ella y mi nieta Gabi pintaron. Primero, hicieron un dibujo entre las dos, porque estoy enseñándoles a colorear un óleo. En un descuido mío se embadurnaron las manos con óleo rojo y las pegaron en la pared. ¡Una embarradera...! Tuve que buscar alcohol para limpiarles las manos. Estaban como poseídas por el “¡uh! ¡ah!”. Fíjate lo que dice aquí: “¡Uh, ah! Chávez NO se va”.

Las dos se aman, se ven y es una locura. ¡Una locura!, y si se reúnen conmigo, locura al cuadrado, o al cubo. Ellas se dividen siempre el espacio: Gabi pinta de un lado y Rosinés del otro. Aquí Gabi pintó una ola –parece una roca, pero es una ola–, y Rosinés dibujó otra por aquí. Gabi puso el barco de rojo, y Rosinés también les dio ese color a su barco y al chinchorro que está en la costa. “¿Por qué todo rojo?”, les pregunté. “Porque estamos en tiempos de rojo” –contestaron.

Después, entre ellas estaban hablando de Florentino, mientras Rosinés pintaba la bandera. “¿Y esa bandera?”, le pregunté. Dijo la niña: “Bueno, ¡porque yo soy bolivariana y revolucionaria!” Y Gabi: “Yo también soy bolivariana y revolucionaria.”

Mamá y papá

Cuando mi papá conoció a mi madre, él andaba en un burro negro vendiendo carne. Esos cuentos yo los oí de niño, pero mi mamá siempre me dice: “Este Huguito sí que inventa. Eso no era así”. “¿Y bueno, cómo era, pues?”, porque ese es el cuento que me contaba la abuela.

Papá era un negro buen mozo, alto, esbelto, y la conoció a ella, catira. Papá tenía 21 años... Cuando Adán nació, en 1953, mi mamá tenía apenas 18. Era una muchachita... Toda la vida juntos, y ¡cómo han pasado cosas esos viejos!

Mi mamá cuenta que el 4 de febrero de 1992, apenas salió la noticia de la rebelión, dijo: “Ahí está Hugo”. En cambio, mi papá, que ese día estaba en una finquita ocupándose de unos cochinos, se enteró por alguien que pasaba en bicicleta: “Hugo, hay un alzamiento militar”. Dicen que mi papá se quedó tranquilo. La persona le preguntó: “¿Y usted cree que fue su hijo...?” “No, él no se mete en eso”. Pero mamá, inmediatamente, se puso las chancletas y salió a buscar a Cecilia: “¡Ay, Cecilia! ¡Ay, Cecilia, es que hay un alzamiento y el Huguito debe de estar en eso”. ¡Qué cosas!

Recuerdos de Sabaneta

Se me aguan los ojos cuando leo lo que ustedes han escrito de Sabaneta. Por ejemplo, eso que les dijo Flor Figueredo.

María nos dijo que cada vez que usted pasa por allá, ella lo busca para llevarle un dulce.

¡Ah!, María Chávez, allá en Santa Rita. ¿Fueron a Santa Rita?

Sí.

Nosotros íbamos hasta en bicicleta. Está enferma del corazón la María.

Nos contó que padece de una “broma” en el corazón y que por eso ya no le puede traer dulces a Miraflores.

Ella me lleva los dulces a dondequiera y se mete entre los soldados: “Déjeme pasar, que yo soy la tía abuela”.

Y Joaquina Frías recordó que su abuela Rosa Inés lloró desconsolada porque usted no tenía zapatos para ir a la escuela.

¡Ah!, las alpargatas viejitas que hicieron llorar a mi abuela... ¿Rosa Figueredo está viejita, verdad? Ella era muy amiga de mi abuela. Abuela vivía en una esquina y Rosa Figueredo en la otra, a una cuadra, y eran más o menos de la misma edad. Mi abuela murió muy joven.

Qué sentimiento tan bonito recibí cuando leí lo que dijo Flor Figueredo. Ella era muy bella. Fue novia de un español, un canario, y yo la celaba. Flor se la pasaba en nuestra casa, porque era amiga de mi mamá. Recuerdo que un día me tocó dar un discurso en honor del primer obispo que nombraron en Barinas, monseñor Rafael Ángel González Ramírez. El obispo visitó Sabaneta. Yo estaba en sexto grado y me designaron para decir unas palabras a través de un microfonito. Flor Figueredo, tan linda, me dio un beso. Me sentí en las nubes. No se me olvida que me dijo: “A Huguito le va a gustar dar discursos, mira qué bien lo hace.”

Las fotos

Mi abuela era una mezcla de negro con indio. Mi mamá, catira y coqueta, coqueta. La recuerdo cuando íbamos a los toros coleados durante las fiestas patronales de octubre en honor a la Virgen del Rosario, que es la patrona de Barinas. Mamá se ponía lindísima esa noche y yo la celaba de cualquiera que se le acercara. Me ponía siempre pegadito a ella. Era y sigue siendo muy linda; sí, muy linda. Mi papá noble, muy noble.

Mi mamá tuvo puras hermanas: Edilia, Edith, Rosario, Elvira... El nombre de casi todas empieza por “E”. Son las hijas de mi abuela Benita, que en paz descanse... ¿Consiguieron hablar con Silva?

Sí, y con Egilda Crespo, la maestra suya de cuarto grado...

Silva me daba sexto grado y lo cambiaron. Recuerdo el día en que se despidió en el aula. Yo me puse a llorar y él me llamó: “Huguito, venga, no llore”. Me llevó para el pasillo y me abrazó.

Yo rivalizaba con Juan, un hermano de él que tenía la edad de Adán. No nos soportábamos, porque nos enamoramos de la misma muchacha, de la Coromoto Colmenares, una de las dos que me comieron los dulces de lechosa –“arañas”– de mi abuela. Les voy a contar un secreto: ellas no me comieron los dulces de lechosa; yo dejé que se los comieran. Claro, los adultos no se enteraban muy bien de esas cosas. La Coromoto me gustaba; era linda la Coromoto, y mayor que yo...

Silva tenía un gran espíritu de superación. Lo único malo que le veía era que llegaba a los recreos y se la pasaba conversando mucho, de manera sospechosa para mí, con Egilda, la maestra. Eso fue en cuarto grado, pero luego fue mi maestro en el sexto, y le tomé mucho cariño y le tuve un gran respeto...

Egilda era suplente, porque la titular de cuarto grado salió embarazada. Se llamaba Lucía Venero. Le dieron permiso y trajeron a esta muchacha de Santa Rosa. Las hermanas Crespo son bellísimas. Jamás me olvidé de Egilda.

Cuando estaba preso en Yare, me pidieron que escribiera el prólogo de un libro de Zamora, sobre la Batalla de Santa Inés. Al hacerlo, rememoré los tiempos de la escuela Julián Pino, y hablé de la maestra. Alguien le avisó a ella, porque ese prólogo salió en un suplemento dominical que publicaba Nelson Luis Martínez. Egilda me mandó una carta a la cárcel y luego fue a visitarme con mamá al Hospital Militar, donde me habían operado. A la maestra la conocí enseñando, por esos preciosos ojos azules que me fascinaron cuando era un niño.

Luis Reyes Reyes

De cadetes nos veíamos en Barinas durante las vacaciones, y en el abrazo de Año Nuevo. Él pasaba por mi casa y yo por la suya, a saludar a los viejos, a sus hermanos y en particular a la negra Virginia, su hermana, con quien a veces salíamos a las discotecas.

312

CHÁVEZ NUESTRO

A Luis lo quiero mucho. Recuerdo cuando éramos muchachos en Barinas y jugábamos béisbol. Él no era malo como jugador, pero su equipo... Solo ganaron un juego y los muy pícaros lo aprovecharon muy bien. El dueño del almacén Todo—así se llama el equipo donde jugaba Luis—era un árabe que financiaba la franelita, la gorra, los guantes... El árabe no sabía nada de béisbol.

El equipo con que yo jugaba, el Transporte, era bueno y casi nunca perdía los campeonatos. Yo era pitcher de relevo. Uno de esos días en que nos enfrentamos, invitaron al árabe y tuvieron tan buena suerte que ganaron. Creo que fue la única vez en la historia de Barinas que nos ganaron en el béisbol. Todo por un error: un batazo entre dos. El árabe botó la casa por la ventana. Hasta mandó a matar una vaca. Él estaba convencido de que eran los campeones, a pesar de que Luis y su gente estaban en el último lugar.

Ana Domínguez de Lombano

Hay anécdotas que se cruzan con el tiempo y se pueden confundir. Pero estoy seguro de que conocí a Ana, la hija de Maisanta, en 1979, y fui solo a su casa la primera vez. A los pocos días regresé con mi mujer y mis hijos. En ese tiempo me pasaba la vida en los cuarteles hablando de Maisanta y declamando el poema de Andrés Bello, que habla de ese “guerrillero”. Se convirtió en un arma de batalla, en una arenga revolucionaria con arpa, cuatro y maracas. Imagínate tú, 200 soldados y yo ahí parado con un micrófono: “En fila india, por la oscura sabana,/ meciendo el frío en chinchorros de

canta,/ va la guerrilla revolucionaria”. Ahí le ponía el énfasis, en lo de la guerrilla.

Estábamos ese año en unas maniobras con el Batallón de Tanques. Antonio Hernández, un compañero de mi promoción –hoy cónsul nuestro en Miami– no fue a la maniobra. Se quedó en Maracay. Cuando regresé, él había leído por casualidad en el diario *El Siglo* un artículo escrito por Oldman Botello, “Maisanta, el general de guerrilla”. “Mira, Chávez, lo que conseguí”. Agradecí muchísimo que hubiera reparado en este texto, porque yo andaba empeñado en escribir el libro –que nunca he escrito, pero no pierdo las esperanzas de hacerlo algún día.

Ya estaba investigando. Había venido incluso a este mismo Palacio de Miraflores, a la sala del Archivo Histórico y una vez hasta me prestaron un documento, que vaya usted a saber dónde está, porque lo perdí en los allanamientos que siguieron al 4 de febrero.

Tenía unas cajas llenas de materiales: documentos, apuntes, casetes.... Lo que más me llamó la atención de aquel artículo fue la revelación de que en Villa de Cura vivía una hija de Pedro Pérez Delgado. Había una foto del autor del artículo y salí para Maracay a buscar al hombre. Recuerdo que llegué a una ferretería que queda en la esquina de la plaza Bolívar, y empecé a mostrar la foto y a preguntar por él. Un señor me dijo: “¡Ah!, ese es el diputado”. “¿Dónde lo consigo?” “Ahí, en la Asamblea Legislativa”. Botello era diputado regional del Estado de Aragua, del Movimiento al Socialismo (MAS). Esperé como dos horas en la Asamblea y cuando iba saliendo, su secretaria le indicó que un oficial lo estaba buscando.

Me explicó y me graficó en un papelito cómo llegar a la casa de la hija de Maisanta, y nunca se me olvidó: buscar la Plaza Bolívar, a la izquierda tres cuadras, y en la Avenida Sucre dos cuadras más allá, hasta Villa Las Palmas. Fui a ver a Ana sin

permiso de mis jefes, porque no podía esperar ni un solo día. Villa de Cura es un pueblo pequeño, que queda como a media hora de Maracay.

Cuando toqué a la puerta, efectivamente, abrió su hijo Gilberto Lombano. Traía en sus brazos a una niña, la nieta de Ana. Después salió. De inmediato tuve una gran empatía con Ana, que tiene una gran personalidad.

314 *Ella cuenta que cuando usted le dijo que era bisnieto de Maisanta, le respondió: “No me lo tienes que decir”.*

Eso dijo, y que me parecía mucho a su hijo Rafael. Y, bueno, aquella casa se convirtió también en la mía. Desde entonces iba para allá casi todos los fines de semana que tenía libre, con Nancy y con los niños. Rosa estaba chiquitica y María recién nacida. Tienen una de esas casas coloniales grande, con un patio más bien pequeño, donde jugábamos a la bola criolla. Y hay un árbol en el medio, me acuerdo. Con uno de sus hijos, que es tremendo boxeador, bebíamos cerveza, cantábamos, salíamos al pueblo. Me encanta Villa de Cura.

A Ana le extravié algunas reliquias. El papá de Maisanta fue coronel de Zamora. Se llamaba Pedro Pérez Pérez y era indio. Su foto la perdí. Ese es un dolor que cargo con esa vieja: las fotos se me perdieron. El 4 de febrero de 1992 tenía entre mis cosas las fotografías originales que ella me había prestado unos días antes, para que les sacara unas copias. Estaban en el maletín donde guardaba buena parte de mi investigación sobre Maisanta. Ojalá algún día aparezcan.

Vi cuando se conocieron y lloraron juntas nuestras familias. Le conté a Ana: “Mira, tú tienes dos hermanos allá. Uno, que ya murió y que era mi abuelo –Rafael Infante–, y otro que aún vive, Pedro”. Comencé a relatarle de dónde venía yo. Le llevé fotos de mi mamá, de mis hermanos. Un día le dije a Ana: “Vámonos para Barinas a unas vacaciones”. La llevé también a Ospino, a la casa donde nació su papá y que solo conservaba el patio.

Fuimos también a Guanare, a una urbanización en la que cada calle tiene el nombre de un poema de Andrés Bello. La calle Maisanta es corta, de gente de clase media. Pero hay otro lugar en Guanare que fue para ella la cumbre de ese viaje: el sitio donde logré ubicar a mi tío abuelo Pedro, el otro hijo de Maisanta.

No recuerdo haber visto alguna vez a mi abuelo Rafael. Mis abuelos nunca fueron esposos, pero Rafael Infante sí se casó después. Antes de su matrimonio, tuvo dos hijas con Benita Frías: Edilia y Elena, y luego se fue para Barquisimeto. Allá tuvo otra familia y luego murió.

Un día pasé por Guanare para hablar con mi tía Edilia, con la que siempre me gustó conversar. “Edilia, me he enterado de que tu tío Pedro está vivo”. Ustedes saben que esos casos de familia son muy delicados. Ella decía: “Mi papá me dejó y se fue”, y no quería saber de los Infante. Pero me llevó a conocer a Pedro, aunque no quiso entrar a saludarlo: “Él no me conoce, porque esa familia nunca nos visitó”. De todas formas, ella fue muy noble y me acompañó hasta la entrada de la casa del tío.

La casita estaba cerca de una pequeña plaza. Toqué a la puerta y salió un niño –siempre salen los niños a la puerta de las casas de los pueblitos–, y llamó: “Abuelo, abuelo”. Te juro, se apareció Pedro Infante y le dije: “Maisanta, carajo”.

Era un hombre de unos 80 años, altísimo, con casi dos metros de estatura, un poco dobladito por la edad. Catire, como Pedro Pérez Delgado. De tanto leer sobre mi bisabuelo y de mirar su foto, me salió del alma: “¡Maisanta!” El viejo se quedó paralizado. Me le presenté y le pedí: “Su bendición”. “¿Bendición por qué?” “Porque usted es tío de mi mamá, y por tanto, mi tío”. “Ah, muchacho, siéntese. ¿Usted es hijo de quién?” “De Elena”. “¡Ay, Elena, sí. La hija de Benita, con quien vivió mi hermano Rafael. Yo sí la quise. ¿Dónde está ella?” “En Barinas, está viva todavía” –murió poco después, bastante

joven, de un infarto—. “Era muy linda Benita Frías. Y a esa carajita Elena, claro que la conocí chiquitica, y le decían ‘la Americana’, porque era catira como nosotros”.

Ahí empezamos a contarnos cosas, y yo a preguntarle. Me confió que apenas recordaba a su papá, que probablemente nunca lo vio. Cuando Pedro Pérez Delgado salió hacia la guerra en Apure, estos niños tendrían 4 ó 5 años. Pedro era mayor que Rafael. Maisanta se llamaba Pedro Rafael, y por eso a sus primeros hijos les puso su propio nombre.

Pedro murió muy anciano, después de sufrir la muerte de su hijo. La última vez que lo vi, estaba deshecho por la pérdida. Al muchacho lo conocí, un catire que quería ser militar, pero falleció tras accidentarse en una moto. Aquello terminó de matar al viejo Pedro.

Hice todo lo posible para que Ana y Pedro se encontraran. Me dije: “No puedo dejar de ver el encuentro de los hermanos”. Ya yo era correo entre ellos. “Tienes una hermana allá, se llama Ana” —le dije a él. Fui en mi carrito con Nancy, los muchachos y Ana. Cuando Ana vio a Pedro, se puso a llorar. “¡Ah!, mi papá otra vez”. Se sentaron a hablar ahí, no sé cuántas horas. Los dejé solos y me fui a dar una vuelta con Nancy. Luego seguimos a Barinas, para que Ana conociera al resto de la familia.

Pasamos unos días todos juntos, y Ana conoció a mi abuelita Rosa Inés, que murió en 1982, dos años después de aquel encuentro.

La infancia feliz

No recuerdo exactamente si Adán y yo dormíamos de pequeños en el mismo cuarto con nuestra abuela. Si los amigos del pueblo lo dicen, seguro que fue así, porque esa mujer nos tenía mimados... como toñecos. Vivíamos en una casa de palma y cuando llovía caía mucha agua dentro. Había que poner perolitas, porque el piso era de tierra y se volvía barro. Tenía

un pretil afuera, frente a una calle también de tierra. Con la lluvia, se armaba una laguna donde nos metíamos a jugar con el agua a la rodilla. A Adán una vez le dieron una bicicleta. Se montaba en ella y atravesaba por la mitad de la laguna. Yo le decía: “Oye, tienes una bicicleta acuática”. Hacíamos una especie de competencia que consistía en cruzar la calle en bicicleta, para ver quién llegaba a la otra orilla sin mojarse demasiado. Claro, como a todo niño, a Adán no le gustaba prestar la bicicleta. Me la prestaba solo a mí.

Fuimos unos niños muy pobres, pero muy felices. Daría cualquier cosa por regresar a esa infancia, aunque fuera por un minuto... No, sería muy poco: digamos que por un día.

La casa era bonita, con una cocina muy amplia donde la abuela siempre estaba trabajando. Tenía un patio grande que para mí era el mundo, todo el mundo. Allí lo tenía todo, y aprendí a caminar, a conocer la naturaleza, los árboles; cómo salían las flores y después las frutas. Aprendí a comer naranjas, piñas, semerucas, una fruta redondita y roja como una cereza que abunda en el Oriente. Ahí conocí el ciruelo, el mango. Había aguacates grandotes, y también mandarinas y toronjas. Sembré maíz y supe cómo se cosechaba y se cuidada durante el invierno, y cómo se hacía la cachapa.

El nuestro era un patio de ensueños. Todo un universo. Había almácigos, y Rosa Inés, además, sembraba cebollino, cebolla, tomatitos pequeños y otras cosas para aliñar. Desde pequeños, tanto Adán como yo, nos acostumbramos a trabajar a su lado. Bueno, Adán un poquito menos...

A mi hermano mayor no le gustaba mucho vender, al punto de que muchas veces yo lo ayudaba. A mí sí me gustaba. Hay cosas que uno no puede explicar por qué le gustan... Ah, claro, era la oportunidad para hablar con la gente y sobre todo para recorrer el pueblo. Me iba, por ejemplo, a un local en el que se jugaba a los bolos, una especie de *bowling*, pero que utilizaba una pelota de madera. Colocaban tres varitas y

había que tumbarlas. Allí vendía las “arañas” y tabletas cuadraditas de coco. También pasaba por la plaza, por el cine...

La venta era una excusa para estar en la calle. Durante las fiestas patronales, gozaba. Mi abuela, además, era muy generosa. Ella me decía: “Tú vendes ocho arañas” –que ya eso era un bolívar–, “y te quedas con una locha”. Nunca me faltaba una locha en el bolsillo. Me iba al bolo, y hasta tenía un cochinito. Así aprendí a trabajar.

Mi abuela me enseñó a leer y a escribir antes de entrar a primer grado. Utilizaba las revistas, en particular una que se llama *Tricolor* –por los colores de la bandera– y que todavía publica el Ministerio de Educación. Como papá era maestro de escuela llevaba las revistas a la casa. Mi abuela me enseñó a hacer las letras. Ella escribía bonito, con la letra redondita: “todas las letras se parecen” –me decía.

Nos sentábamos en la noche, muy juntos. Ella en su sillita y yo a su lado. Los dos, espantando los jejenes. Nunca la llamamos abuela, sino “Mamá Rosa”. Un día, en medio de sus lecciones, le comenté: “Mamá Rosa, aquí dice rolo”. “¿Qué dice ahí?” Ella miraba y veía solo el título de la revista *Tricolor*. “Aquí dice rolo” –le repetí. Puso una expresión que era muy común en ella, como para decir: estás equivocado, o no me embromes. Chasqueaba la lengua y torcía la boca en una mueca: “Ahí no dice rolo” “¿Cómo que no dice rolo ahí? R-O-L-O”, y le indiqué las últimas cuatro letras de TRICOLOR, pero de atrás para adelante. “Muchacho, ¿y cómo tú vas a leer al revés? No es así, sino de izquierda a derecha”. Cada vez que recordaba esa ocurrencia, ella se reía. Se la contó a mis padres y a todo el mundo. “Mira, Huguito ya sabe leer, pero al revés.”

Adoro a mis padres, pero tengo que reconocer que la educación de Rosa Inés fue muy importante para mí. La vida a su lado fue de forja y de espíritu. Mi abuela era un ser humano puro como Luis Reyes Reyes. Ella era puro amor, pura bon-

dad. No recuerdo haber visto alguna vez a Rosa Inés Chávez furiosa. Era una criatura con una extraordinaria estabilidad emocional y un sentido del humor muy especial. Cuando la casa se quedaba sola y ella llegaba, le preguntaba al viento: “¿Cómo estás, María Soledad?”

Ella fue la primera persona que nos habló de la guerra federal y de un general a quien le decían “Cara de Cuchillo” —así llamaban a Ezequiel Zamora también—, contaba como detrás de Zamora se fueron los hombres del pueblo y hasta un Chávez, que jamás volvió. Ella señalaba con la mano: “Se fueron para allá, Huguito, hacia la montaña”. En Sabaneta, en las tardes claras, se logra ver el Pico Bolívar. “Para allá, donde están los cerros, por ahí se fueron”. Y en verdad fue por ahí, por el camino de Barinas.

Su mamá le habló del paso de los caballos, del sonido de las cornetas, del polvo que levantaba la caballería y de cómo mandaban a matar las gallinas para comer. También de la tropa acampada junto al camoruco, un árbol muy antiguo que todavía existe en Sabaneta y tiene por lo menos 200 años.

Hablaba de la “oscurana”, que así llamaban al eclipse. A nosotros nos daba hasta miedo: “Si hubieran visto, Huguito y Adán: llegó la oscurana y se fue el sol”. Ese eclipse ocurrió en 1910. Después precisé la fecha cuando revisé los libros de geografía e historia. Ella decía que a no sé quién se le ocurrió gritar que el mundo se iba a acabar, algunos quemaron hasta el maizal, y por tontos, se quedaron sin cosecha. Otro quemó la casa, y muchos corrieron para la iglesia: “El mundo se va a acabar...” “El mundo no se acabó, Huguito, porque al rato salió el sol”.

¿Y su abuelo, el compañero de Rosa Inés, del que casi nadie habla?

Es verdad, casi nadie habla de él. Si supiera que hace poco vino papá y mientras almorzábamos, hablamos de mi abuelo. “Papá, ¿quién era mi abuelo?” Por primera vez en casi 50

años mi padre me contó: “Mi papá era un colector, negro, está enterrado por Guanarito”. Eso queda cerca de Sabaneta, pero en el Estado de Portuguesa, pasando el río Boconó. Me dijo que se llamaba José Rafael Saavedra.

Él se fue del pueblo y se dejó de la abuela. Poseía tierra y ganado, y cuando mi papá tenía casi 10 años, este abuelo se puso muy enfermo y mandó a decir que quería conocer a su hijo, a Hugo. La abuela no quiso dejarlo ir hasta Guanarito por temor a que se le quedase el muchacho por allá. Claro, había que entenderla, era un pueblo lejano y en esos tiempos no había ni carretera.

En una ocasión lo comenté con mi hermano: “Adán, nosotros no conocimos los abuelos varones, pues”. Del papá de mi papá ni siquiera sabíamos su nombre, y al papá de mi mamá tampoco lo conocimos. Vine a saber un poco de su vida investigando la historia del bisabuelo. Siempre estuvimos entre abuelas: Benita, Marta Frías —que era la mamá de Benita y murió ancianita, como de cien años— y Rosa Inés. Puras abuelas, nomás.

Los juegos de Rosa Inés

Yo le echaba bromas y ella también a mí; siempre andábamos con un jueguito en mente, como si fuéramos dos niños. Cuando era estudiante de bachillerato, vivíamos Adán, Rosa Inés y yo en una casita en Barinas que ella alquilaba. Yo tenía obsesión de béisbol: “La pelota, la pelota, ya va a pelotear...” —me decía. Si amanecía lloviendo, yo amanecía refunfuñando: “No sé para qué llueve tanto, ¿cuándo dejará de llover?” Y miraba para el cielo, con el guante listo, y ella decía: “Es que no le convenía que hubiera juego hoy, le iban a dar un pelotazo o iban a perder”.

Teníamos un radiecito de pila y a ella le gustaba oír música llanera: “Huguito, búsqueme a Eneas Perdomo”. Años después conocí a Eneas y cada vez que lo veo recuerdo a mi

abuela. A mí también me gustó cantar siempre, pero no lo hago bien. Sin embargo, a ella le encantaba oírme cantar rancheras, sobre todo, y alguna que otra llanera.

Por las noches me prestaba el radiecito. Me sentaba frente a una pequeña mesita de madera que teníamos, donde yo había dibujado un círculo. “Usted me rayó la mesa” –me dijo. Era parte de un juego que yo había inventado: le puse colores a un círculo donde tenía marcados los momentos más importantes del béisbol: *jonrón*, bola, *strike*, doble play, triple, etc... En el centro había un punto, que marcaba el eje por donde debía dar vueltas el cuchillo de cocina de Rosa Inés. En dependencia de donde quedara la punta del cuchillo, yo anotaba el resultado: bola, *strike*... A veces me pasaba horas jugando.

“Usted se va a volver loco con esa pelota” –me decía Mamá Rosa. Yo siempre jugaba a Caracas vs Magallanes. A veces solo, en ocasiones, con Adán, pero a él le daba flojera. Cuando jugaba con otra persona, cada uno tomaba un equipo diferente. Era muy divertido y yo lo disfrutaba muchísimo. A veces gritaba: “¡Jonrón!”, y armaba un lío por toda la casa. “Pero, muchacho, se va volver loco usted” –decía Rosa Inés.

Me gustaba comprar unas pasitas de uva que costaban un medio y las ponía encima de la mesa. Yo mismo me premiaba el juego con ellas. Cuando de verdad jugaban Caracas vs. Magallanes, escuchaba la radio y anotaba. Escribía mi *score*. Hasta recuerdo la alineación: Gustavo Gil, primer bate; Jesús Aristimuño, segundo bate; un gringo, Jim Holt, tercer bate; Clarence Gaston, *centerfield*; Harold King, quinto bate; otro gringo, quécher; Armando Ortiz, sexto bate... Anotaba *inning* por *inning*. Me concentraba en mi juego y, a veces, con los libros de la escuela delante, intentaba estudiar porque tenía examen. Y, entonces, mi vieja –quien, por cierto, nunca fue viejita porque murió relativamente joven, a los 69 años–, que sabía que yo era magallanero, pasaba cerquita y me decía: “Y

Magallanes, cero”. Y volvía a pasar: “Y Magallanes, cero”. “Abuela, déjeme quieto que vamos a perder”. Y volvía: “Y Magallanes, cero”. Nunca se me olvidará.

Cuando empecé los trámites para ingresar en la Academia, Rosa Inés no quería que yo fuera militar. Una vez la sorprendí poniéndole velas a los santos: “¿A quién le está poniendo velas, mamá Rosa”. “Yo le pido a los santos para que usted se salga de eso”. Yo era cadete: “¿Pero, por qué?” “No me gusta. Eso es peligroso y, además, usted, Huguito, es rebelde; algún día se puede meter en un problema”.

Todos los niños tienen un sueño

Todos los niños tienen sueños y yo no tuve uno, sino dos. El primero nació uno de esos fines de año en que mi papá, quien acababa de regresar de Caracas tras un curso de mejoramiento profesional del magisterio, me regaló un ejemplar de la *Enciclopedia Autodidacta Quillet*. Eran cuatro tomos grandes y gruesos, con muchas figuras y gráficos. Me los bebí y viajé por el mundo a través de las ilustraciones y las historias. Hasta un pequeño curso de alemán traían aquellos libros, y me empeñé, con mi primo Adrián, en aprender ese idioma. Adrián soñaba con ser torero, miraba una foto y decía: “Cuando yo esté en la monumental de Valencia...” Ese era su sueño, y el mío era ser pintor. Gracias a aquellos ejemplares empecé a dibujar y, años más tarde, pasé unos cursos de pintura en Barinas, durante el bachillerato. Salía del liceo por la tarde y me iba a la escuela de pintura Cristóbal Rojas. Me daba clases una profesora bien bonita que nos advertía: “Lo más difícil de pintar son las manos”, y nos ponía unos moldes para que las dibujáramos. Ella nos explicó la técnica del claroscuro y la combinación de colores.

Mi otro gran sueño era el béisbol. Lo traía en el alma desde niño, pero fue en Barinas donde se consolidó, cuando ingresamos en un equipo organizado en 1967 ó 1968. Mi

ídolo era Isaías “Látigo” Chávez, magallanero, un muchacho de Chacao que no era familia nuestra. A los 21 años estaba ya pitcheando en las Grandes Ligas. Le decían Látigo porque lanzaba como si tuviera un látigo en la mano derecha. Nunca lo vi porque televisión uno nunca veía –vine a verla de cadete–, pero logré imaginarlo muy bien, gracias a un extraordinario narrador que tuvimos en Venezuela, Delio Amado León. Lo escuchaba por radio: “Se prepara Isaías Chávez, levanta una pierna... El Juan Marichal venezolano lanza una recta...; *strike*, el primero”. Eso todavía lo tengo aquí, dentro de la cabeza.

Nunca me olvidaré de una noche en que escuchaba el juego en casa de mi mamá. Estaba empatado. Anunciaron que Látigo Chávez iba a relevar al pítcher que había estado hasta ese momento y que empezaba a fallar. Venían a batear los tres mejores peloteros del Caracas, sin *out*: Víctor Davalillo, César Tovar y José Tartabull, que, creo, era cubano.

El Látigo Chávez los ponchó a los tres. Se armó un escándalo en la cuadra. Los magallaneros salimos corriendo para la calle: “¡Los ponchó a los tres!” Qué alegría. El Látigo era una leyenda. Yo hasta lo dibujé. Utilicé como modelo una foto suya de *Sport Gráfico*, una revista que perseguía por toda Sabaneta y Barinas.

El 16 de marzo de 1969, un domingo, me levanté un poco más tarde. Mi abuelita Rosa estaba preparándose el desayuno, y encendió el radio para oír música y de repente: “Última hora, urgente”, y salió la noticia, fue como si por un momento me hubiera llegado la muerte. Se había desplomado un avión poco después de despegar del aeródromo en Maracaibo y no había sobrevivientes. Entre ellos iba el Látigo Chávez. Terrible. No fui a clases ni lunes ni martes. Me desplomé. Hasta me inventé una oración que rezaba todas las noches, en la que juraba que sería como él: un pitcher de las Grandes Ligas.

A partir de ahí, el sueño de ser pintor fue desplazado totalmente por el de ser pelotero. Empecé a darme a conocer en el ambiente beisbolero de Barinas, y al año siguiente estaba en un campeonato zonal, como pitcher. Me decían que necesitaba fortalecer las piernas, y me ponía a trotar. Corría todos los días. Mi abuelita: “Se va a volver loco usted”. Llegaba del liceo y empezaba a lanzar piedras y cosas contra una lata que ponía junto a una palmera del patio. Hasta construí un dispositivo muy rústico para batear limones y perfeccionar los lanzamientos: “Usted me está acabando con los limones” –decía Mamá Rosa.

Se me metió una idea fija, pero fija, fija, de que tenía que ser pelotero profesional. Estuve tres años como pitcher abridor en Barinas. Eso me hizo daño, porque, además de mi obsesión que ya era exagerada, me pusieron a pitchear en la categoría superior, como relevo. El brazo no aguantó.

Pesebre para Navidad

Nos contaba Adán que la primera vez que él lo vio llorar a usted con desconsuelo y dolor fue cuando murió Rosa Inés.

Sí, vale, eso fue impresionante. A inicios de los 80 sabíamos que iba a morir muy pronto. Ella se enfermó, y en unos pocos meses se aceleró su mal. Recuerdo ese diciembre previo a 1982, un año muy importante en mi vida, de muchos pesares, de dolor y ausencia, y también, de nacimientos.

Rosa Inés murió el 2 de enero de 1982. Estaba próxima la fecha de su cumpleaños. Ella nació el día de Santa Inés, el 18 de enero. Por eso le pusieron Rosa Inés, pero le gustaba más que le lleváramos flores el 30 de agosto, día de Santa Rosa.

Estaba muy enferma. Los médicos decían que le quedaba poco tiempo de vida. Tenía los pulmones muy desgastados. Casi no respiraba. Andábamos con dificultades económicas y papá se la llevó para la casa en Barinas. En diciembre de 1981 yo estaba trabajando en la Academia Militar. Cada diciembre

salía de permiso, y me iba de inmediato para Barinas, sobre todo para estar con ella, en particular en esos años en que veía que se nos estaba yendo.

En el ejército los permisos de descanso los daban por sorteo. Salíamos el 24 ó el 31. Tuve muy mala suerte con los sorteos y salía siempre con guardia el 31, aunque en realidad nunca me importó, nunca le di demasiada importancia a la Navidad, más bien buscaba alejarme del bullicio para reflexionar; daba el abrazo de Año Nuevo pero no me gustaba estar entre mucha gente. Prefería irme a la finquita de mi papá y estar solo con mi mujer, los muchachos, la abuela y los viejos.

Cuando salía libre el 24 de diciembre, uno se iba después de los actos conmemorativos por la muerte de Bolívar. Inmediatamente buscaba a Nancy, a mis muchachos, la maleta y... para Barinas; rápido, directo. Dejaba a mi esposa en casa de su mamá Rosa Colmenares —ella también es de Barinas—, y por supuesto, también a las dos niñas. Hugo nació en octubre de 1982.

A veces me quedaba con Adán, que tenía su casa en Barinas y vivía con su esposa y sus niños. Me gustaba. Estaba en las afueras y era muy tranquila. Me ponía a leer. Lo prefería porque en el barrio aparecían los amigos y la cerveza, un genio incontrolable. Además, Adán y yo siempre hemos tenido una relación muy especial. Pero ese diciembre me dije: “No, me quedo en casa de mamá, con la abuela”. Metí una colchoneta en el cuartico de Rosa Inés, donde apenas cabía su camita, su ropa —cuatro camisones— y sus chancletas.

Solo tenía seis días de permiso —del 17 al 25— y aproveché y le hice el pesebre de Navidad. Tenía alguna habilidad —bueno, tengo, no la he perdido— para los dibujos y para hacer figuritas. Picaba, por ejemplo, un cartón, le hacía las casas y luego las pintaba con acuarela y le echaba escarcha. También, agarraba una madera y le daba la forma de una vaca; buscaba en el monte y construía la granja; y sacos vacíos de cal para armar

algo parecido a los cerros, con unas ramitas. En la pared del fondo, pintaba el cielo azul y las estrellas, y unas lucecitas, unos animalitos. Un vidrio de espejo coloreado de azul era la laguna. A la laguna de Rosa Inés le ponía un patico y en la orilla, piedrecitas.

A ella le encantaba verme construir su pesebre. Se sentaba a mi lado y me ayudaba. Me pasaba las cosas y me daba ideas. “Huguito, ¿y por qué no le pone esto?” A veces le decía: “Déjeme quieto, Mamá Rosa”, porque ella inventaba también y de vez en cuando chocábamos, pero siempre con mucho cariño. “Mire, ¿por qué le quedó tan alto ese cerro?” “Bueno, no está alto”. “No, sí está muy alto, póngalo más bajito”. Ella dirigía, pues.

Ese diciembre recordé que Adán tenía guardada una caja con algunas cosas de pesebres anteriores –creo que todavía Carmen, la esposa de Adán, las guarda–. Había figuras de porcelana y otras de plástico, que se conservaban para el año siguiente. Recuerdo una gallinita de plástico que tenía un pollito arriba, y a Rosa Inés le gustaba mucho. “¿Y ese pollito qué hace ahí arriba?”, y se reía. También, había dos vacas que movían la cabeza. Una vez conseguimos algo que le encantó: un muñeco al que uno le daba cuerda y tocaba el tambor: ta, ta, ta, y ella me decía: “Póngame también al tamborero por ahí.”

Cuando en ese diciembre comencé a armar el pesebre en una esquina del cuarto, ella se sentó en su cama. Estaba muy flaquita ya, y recuerdo su sonrisa. El 24 estábamos todos allí con ella, en nochebuena. Llegó el día de la despedida. Tenía que regresar a Caracas, a la Academia. Era el 26 de diciembre. Me pidió que le diera un masaje en la espalda. Ya tenía fuertes dolores. “Huguito, écheme Vick’s Vaporoub”. Se untaba aquel ungüento para cualquier cosa, lo olía cuando tenía gripe o si le dolía algo: para el brazo, Vick’s Vaporoub; para la cabeza, Vick’s Vaporoub. Yo le decía: “¿Eso sirve para todo?” “Sí” –me contestaba. Se acostó boca abajo y yo le abrí el cami-

són por detrás –mucho pudor tenía ella–: “Ábrame solo un poquitico”, le eché el Vick’s Vaporoub y le pasé la mano por la espalda. Hice eso otras muchas veces y siempre se quedaba dormida.

Pero ese día, cuando me despedí –nunca se me olvidarán sus ojos, porque fue la última vez–, ella estaba acostada después del masaje y se sentó: “¿Ya se va, Huguito?” Nosotros no nos tuteábamos, había mucho amor y un gran respeto. Le respondí: “Ahí están Nancy y las niñas; pídanle la bendición a la abuela”. Era 1981, Rosa tenía casi cuatro años y María estaba chiquita y enferma. María nació con problemas de salud y mi mamá utilizaba una expresión: “Esta muchachita es sucedía”, que quiere decir que “le sucede mucho”. Así les dicen en Venezuela a los niños que son enfermizos o se caen y se aporrean constantemente.

Nancy y las niñas salieron del cuarto, me quedé solo un rato con Rosa Inés. Me costaba mucho irme, pero tenía que hacerlo. Cuando ya me iba a despedir, le di un abrazo y me puse a llorar, y ella me dijo: “Calma”, y me agarró por los brazos y me dijo: “No llore, hijo, no llore; con tantas pastillas y tantos remedios a lo mejor me curo”. Yo lloré y lloré, abrazado a ella. Sabía que le habían traído unas pastillas muy fuertes para el dolor. Ella no sabía cuán fuertes eran esos remedios, ni lo poco que le quedaba de vida; pero yo sí. Me habían enseñado la última radiografía de sus pulmones destrozados.

Con ese consuelo que le daba, Rosa Inés demostró que en aquel momento le dolía más el dolor suyo que el de ella...

“A lo mejor me curo, no llore”. Yo le vi los ojos, vale, y algo me decía por dentro: “No te voy a ver más, Mamá Rosa...” Ah, esos ojos. En ese momento sentí que ella se iba. Me fui a Caracas manejando y llorando. Creo que me paré un rato en la carretera para mirar la sabana. Iba solo, porque Nancy se quedó en Barinas con los niños para pasar el 31 con su mamá.

Un dolor de ausencia definitiva

En ese tiempo yo era teniente y mi cargo era jefe del Departamento de Deportes de la Academia Militar. Tenía un buen jefe, un coronel patriota que, antes que nosotros, anduvo en una conspiración. Yo no lo sabía en ese momento, pero lo intuía.

328

CHÁVEZ NUESTRO

Durante la formación, me le presenté: “Mi coronel, necesito hablar con usted algo personal”, y le conté. Una de las cosas que más temía de cadete era que a mi abuela le pasara algo, porque nos decían que solo había permiso para ir a la casa si le ocurría algo a los padres, y yo me preguntaba a mí mismo: “¿Y mi abuela? ¿Si le pasa algo a mi abuela, me darán permiso? Me voy, aunque sea escapado” –pensaba.

Le expliqué a este buen hombre: “Mire, mi coronel, mi abuela está muy enferma y los médicos dicen que no le quedan muchas semanas. Quisiera que usted me dé un permiso, al menos una semana cuando regresen los que están descansando” –volvían el 4 de enero–. “Vaya” –me respondió. Yo le presenté la boleta. Sin embargo, no dio tiempo a nada.

Llamé a la casa el 31 de diciembre y hablé con mi mamá y con Adán. Él me dijo: “Sigue mal”. “¿Pero habla?” “Sí, pero le duele mucho; se está yendo”. Adán estaba muy triste, porque él también la quiso mucho –tal vez más que yo.

Amaneció el 1° de enero. Esa fecha para nosotros también era muy significativa, porque marcaba el aniversario de una rebelión militar, protagonizada en 1958 por Hugo Trejo que era un viejo coronel, todo un líder. En 1981 aún vivía e influyó mucho con su prédica revolucionaria. Además inspiró a un grupo de militares –entre ellos al General Jacinto Pérez Arcay, que fue su alumno–, y también sembró en nosotros, indirectamente, un ánimo de rebeldía frente a los problemas que estábamos viendo en la institución y en el país. Me gustaba hablar con él. Ya tenía el pelo blanquito; era un hombre impecable, pulcro, que me hablaba del proyecto nacional, de

Bolívar, de cómo los adecos traicionaron a la democracia y cómo lo echaron a él de la Fuerza Armada.

El 1° de enero era día libre. Entregué mi guardia a las nueve de la mañana y me fui en un carro que yo tenía, un bicho viejo y envenenado –botaba tanto aceite de la caja, que se podía seguir el rastro fácilmente por la mancha que iba dejando en el camino.

Me fui a Macuto, donde el coronel Trejo tenía una casita muy bonita con vista al mar. Iba a escucharlo cada vez que podía. Una vez me dio una carpeta viejísima y me dijo: “Hugo, este era nuestro proyecto, el Movimiento Nacionalista Venezolano Integral. Quiero que lo estudies”. Él sabía que estaba sembrando y en nosotros encontró tierra fértil. Entonces apenas éramos un grupito de cuatro o cinco compañeros.

Él me decía: “Hugo, vas madurando. Pronto serás capitán y podrás comenzar a ser líder de oficiales. Ese grado es muy importante, prepárate para ser un buen jefe de compañía. No te corrompas, este es un momento clave de tu vida”. Efectivamente, en julio yo ascendía a capitán. Como Pérez Arcay –a quien en esa época le había perdido un poco la pista–, Trejo fue un maestro. Murió poco antes del triunfo de diciembre de 1998.

Pasé el 1° de enero con el coronel, pero me retiré antes de lo acostumbrado, porque estaba pendiente de mi abuela. Regresé a la Academia en Caracas, me di un baño y seguí para Villa de Cura, a la casa de Ana, la hija de Maisanta.

Tenía que presentarme el 3 de enero en la Academia, para recibir oficialmente el permiso, pero el día 2 era feriado y decidí pasarlo con Ana. Llegué por la noche, en aquel carro endiablado que uno hasta empujaba el asiento para que anduviera un poquito más rápido. Llegué allá: “¡Feliz año, vieja!” –déjame aclarar antes que Ana tampoco es una vieja, tiene 91 años y parece una muchacha.

Amanecí en casa de Ana. Había un familión grande allí. Estaban sus hijos Rafael y Gilberto, las muchachas; todos, menos Isaías, que vivía en Isla Margarita. Recuerdo que me levanté como a las nueve de la mañana del día siguiente y andaba con el cabello muy crecido; quiero decir, largo pero enrollado. Salí a afeitarme a la barbería. Fui solo, a pie, porque el carro ya casi ni rodaba. Cuando regresé vi en la cara sombría de Ana la noticia terrible que estaba esperando: “Te llamaron de Barinas”, pero no me dijo nada más. Agarré el teléfono y llamé a la casa de mi mamá. Me respondió Aníbal, mi hermano, llorando: “Se murió la vieja”.

Me puse a llorar en el patio, desconsoladamente: “¡Ay, Ana!, mañana me iba a verla otra vez, y la voy a encontrar muerta. Ha muerto la vieja”. Salí inmediatamente, y el carro no avanzaba. Sabía que no llegaría a Barinas. Regresé a la Academia. Allí conocían la noticia. Me llevaron a la terminal del Nuevo Círculo, de Caracas, pero ese día no se conseguía pasaje para ningún lado. Llamé a Adán, llorando, desde un teléfono público. Había alcanzado un puestico disponible en un autobús que iba para Trujillo. No llegaba hasta Barinas, sino que se desviaba antes, en Guanare: “Adán me voy en un autobús de la línea tal, salgo a media noche, espérame en la alcabala de Guanare”.

Y, en efecto, cuando llegué a aquel lugar estaban esperándome Adán y un primo nuestro, Narciso Chávez, hijo de Ramón Chávez, un hermano de Rosa Inés al que vi morir joven, en Sabaneta. Cuando llegamos estaban velando a la abuela en casa de mamá. El 3 de enero la llevamos en hombros al cementerio. Me puse el uniforme verde olivo y ayudé a cargar el ataúd. La enterramos en Barinas; allá está la vieja. Esa misma noche escribí un poema. ¿Sabe que a mí el dolor siempre me ha dado por escribir? Particularmente, ese dolor de ausencia definitiva, ese dolor que es espiritual, pero también físico. Igual me ocurrió cuando murió Felipe Acosta Carlez.

La Academia Militar

Desde niño me gustó la vida militar. Cuando miro hacia atrás, me veo jugando a la guerra en el patio de Mamá Rosa. Inventamos unos fuertes militares con latas de zinc y tablas, y nos lanzábamos a conquistarlos. Primero, nos tirábamos frutas secas de almendras, pero, después, piedras. Una vez le dimos una pedrada a mi hermano menor y le rompimos el coco, y ahí se acabaron los juegos de guerra.

Claro, teníamos reglas: si alguno era alcanzado por un almendrazo debía darse por muerto y salir del juego, pero Adán nunca caía herido. Uno le pegaba durísimo con una fruta de aquellas y él gritaba: “No, no me dio, solo me rozó”. Una vez le dimos en el centro del pecho, y él: “No salgo, porque yo tengo aquí un médico que ya me curó”. Yo decía: “Adán es brujo, porque se pasa la mano así y se cura la herida”.

Cuando llegué a la Academia me encantó. Francamente, yo había querido estudiar física y matemática, y además, ser pelotero profesional, con los Magallanes. Esa era mi meta, a la que le dediqué mucho entrenamiento, especialmente, a cómo se agarra la pelota, a la técnica del picheo. Pero la vida militar me apasionó, hasta el punto de que lo subordiné todo a ella.

Cuando entré en la Academia, Adán, que me lleva un año, ya estaba en la Universidad de Los Andes, en Mérida. Le dije a mi papá que quería estudiar lo mismo que mi hermano. En Barinas no había universidad. Mi papá me dijo: “Bueno, nos vamos a Mérida a hablar con tu primo Ángel para el cupo”. A mi padre y a mi madre tendremos que agradecerles toda la vida que pudiéramos estudiar, aun siendo una familia sin recursos. Ellos siempre nos dieron ese impulso, con miles de sacrificios.

Pero en Mérida no se jugaba béisbol profesional, y le dije a mi padre: “No, si no hay béisbol en Mérida, no voy”. Estaba en ese dilema, buscando la manera de irme a Caracas, cerca del Magallanes, cuando nos llevaron a una conferencia en el Auditorio. Un teniente del Fuerte de Tabacare, de Barinas,

dio una charla sobre la Academia Militar a todos los muchachos del quinto año del bachillerato. “Esta es la mía, me voy para Caracas”. Pensaba que luego podía pedir la baja y quedarme en la capital, a tiempo completo en el béisbol. Era como un tránsito, como un puente, y comencé a prepararme para los exámenes físicos.

Tenía un gran amigo, Angarita, que en aquel momento estaba en el primer año de la Academia. Cuando llegó a Barinas en Semana Santa, hablé con él y me consiguió los folletos para presentarme a los exámenes que se hicieron en Barinas y aprobé aquellas primeras eliminatorias sin problemas.

Poco después trajeron un telegrama a la casa donde decía que me presentara en la Academia: “¿Qué tú vas a hacer en Caracas en una escuela militar?”, y papá asombrado. “Yo presenté examen”. “¿Cuándo?” A mamá le gustaba la idea y me apoyó, finalmente, papá lo aceptó: “Bueno, hijo, vaya pues”. Me consiguió el pasaje del autobús, y me vine solo, asustado, a presentarme al examen definitivo de la Academia. Era la primera vez que venía a Caracas.

Regresé a Barinas muy alegre, porque había aprobado también los exámenes de la Academia, y tenía que presentarme nuevamente en la escuela. Pero me rasparon en química, en el bachillerato. Modestia aparte, era la primera vez en mi vida que raspaba una materia, pero esta vez sí me había ganado la mala nota. No estudié química, no me gustaba. Tenía un profesor al que le decíamos Venenito, que no perdonaba.

Me salvó el béisbol

En la Academia no aceptaban a nadie con una materia raspada. Lo sabía, sin embargo, me aventuré a regresar, porque me quedaba una entrevista final. En ese encuentro dije que tenía una asignatura raspada. “Bueno, si lo rasparon, usted no puede entrar”. Mis exámenes físicos eran excelentes; las notas, hasta ese momento, excelentes. En el expediente

—hace poco lo vi—, escribieron incluso que tenía habilidades. “Hay un único chance —me dijeron—, como deportista. ¿Usted juega algún deporte?” ¡Me salvó el béisbol!

Picheaba, pero ya padecía de dolores en el brazo. No aguantaba más de cinco *innings*. Después de una sesión de lanzamientos, me pasaba como cinco días con hielo. En ese tiempo no había médicos que alertaran a los deportistas sobre estos padecimientos profesionales. Por suerte, también jugaba primera base y era buen bateador. Jugué, incluso, primera base regular y había ido a los nacionales ese año, en Barquisimeto.

A los raspaos nos mandaron al estadio —por cierto, el mismo donde jugamos con los peloteros cubanos la última vez que vinieron a Caracas—. “Vamos a probar si ustedes juegan de verdad”. Cuando entramos al campo, vi a José Antonio Casanova, quien fuera uno de los campeones mundiales de béisbol profesional y *shortstop* de los Senadores de Washington. También figuró como manager del Caracas durante varios años. Entonces era el entrenador de la Academia, mientras que Benítez Redondo —un cuarto bate famoso en los años 40 y 50, que llegó a las Grandes Ligas— se desempeñaba además como entrenador. Cuando los vi, me dije: “Aquí llegué al Olimpo”.

Estos viejos eran muy inteligentes. Yo andaba con una camisita, un pantalón, unas botas... Y lo primero que nos pidieron fue que nos pusiéramos los uniformes deportivos. Algunos no sabían ni calzarse las medias. Yo me uniformé rápidamente y salí con el guante, de primero, a calentar. Se dieron cuenta de que sabía, de que no era la primera vez que jugaba. “¿Y usted, zurdo, qué hace?”, me preguntaron. “Yo pitcheo”, y estaba de primero ahí. “Bueno, vaya”. Pero me dolía el brazo. “¡Ah!, salga, salga”. Me eliminan como pícher. Benítez Redondo, que ya está viejito, se me acercó: “Zurdo, ¿usted juega alguna otra posición?” “Primera base, y *outfielders*”, respondí. Me pusieron a batear frente a un negrito

de Maracaibo y conecté tres líneas bellas, derechitas, derechitas, como esas que voy a meter el 15 de agosto en el jardín de la Casa Blanca...

Las cartas

334

CHÁVEZ NUESTRO

Entré en la Academia con el compromiso de estudiar química y aprobarla en octubre. Recuerdo que teníamos que enviar semanalmente una carta. Era una obligación, pero a mí me gustaba. No solo le escribía a mi familia, sino a medio mundo. “¿Este por qué entrega tantas cartas, si con una basta?” –se preguntaban. Cierta vez un compañero, Luis Silva, me pidió que le escribiera una para Rufo Bonet. “¿Ese quién es?” “El perro de mi casa”. Para mí que estaba harto de esa obligación.

La primera carta que escribí en la Academia, una semana después de iniciados los estudios, fue para Rosa Inés. Ella la guardó siempre, y seguramente la conserva aún Carmen, la esposa de Adán que adoró a mi abuela, tanto como ella a Carmen, y ha conservado todas sus cosas. La carta decía: “Mamá Rosa, cuídeme a Tribi” –un gato que mi abuela me regaló.

A usted también le decían Tribilín en Sabaneta...

Es verdad, y por eso, probablemente, mi abuela le puso Tribilín al gato. Pues bien, le pedía que me cuidara al animalito y añadía que había presentado mi primer examen de un fusil *Fal* y había obtenido 100 puntos. Ya me estaba sintiendo en mi ambiente.

Me sentí como pez en el agua en la Academia Militar, que todavía es para mí –y lo será toda la vida– un recinto sagrado. Pasé trabajo allí, pero nunca lo sentí como una carga. Ni siquiera cuando me afectaban seriamente las hemorragias nasales, que comencé a padecer después de un accidente en Sabaneta. Tengo el tabique desviado debido a aquel golpe. Ocurrió cuando yo tenía ocho o nueve años, e iba con Adán corriendo, huyéndole a un camión. Fue un Día de Reyes. Mi papá nos había regalado medio bolívar a cada uno y nos fui-

mos a comprar un juguete o un suplemento, no recuerdo bien. Quisimos pasar primero que el camión y yo, que iba de segundo, tropecé con una piedra y me golpeé la nariz con el filo de la acera. Me quedé desmayado y con mucha sangre. Adán se asustó y se fue corriendo hasta la casa con Iván Jiménez, un muchacho bajito, gordito –Jatajata, lo llamábamos–, y ellos le dijeron a mi mamá que me había matado un carro. Allá fue mamá llorando y mi abuela detrás. Por suerte, solo estaba noqueado. A partir de ahí me quedó esa debilidad en la fosa nasal, que se me recrudeció de cadete debido a las largas marchas, el ejercicio y el peso del casco de acero. Una noche desperté medio ahogado por la sangre. Luego me cauterizaron y santo remedio.

Me sentí soldado desde el principio

Cuando me vestí por primera vez de azul, ya me sentía soldado. Vinieron papá, mamá y Adán al acto de investidura de cadete. Fue como a los tres meses de entrar a la Academia. Cuando me vio tan flaco, mamá se puso a llorar: “¿Qué le han hecho a usted aquí, hijo?” Pero yo estaba feliz. En ese acto, a todos los muchachos recién llegados a la escuela nos entregaron la daga y nos permitieron salir a la calle. Era mi primer fin de semana como cadete en Caracas y con mi familia. Visitamos a unos parientes, nos quedamos en un motelito y nos tomamos una foto en la plaza Miranda.

No solo me sentía un soldado, sino que en la Academia afloraron en mí las motivaciones políticas. No podría señalar un momento específico. Fue un proceso que comenzó a sustituir todo lo que hasta ese momento habían sido mis sueños y mi rutina: el béisbol, “Magallanes cero”, la pintura, las muchachas...

¿Sabes lo que hice en mi segundo permiso de salida? Compré unas flores y fui al Cementerio General del Sur, de guantes blancos y uniforme azul. “¿Dónde está la tumba del Látigo

Chávez?” –le pregunté al sepulturero. Me indicó un lugar lleno de monte. Me quité los guantes y limpié la tumba. Fui como a disculparme, a rendirle una explicación. No sería como él. Ya era un soldado.

La pasión política

Adán fue uno de los que más influyó en mis actitudes políticas. Él es muy humilde y no lo dice expresamente, pero tiene una gran responsabilidad en mi formación. Mi hermano estaba en Mérida y era militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Yo no lo sabía, solo me llamaba la atención que él y sus amigos iban todos de pelo largo, algunos con barba. Aparentemente yo desentonaba con mi cabello cortico, mi uniforme.

Me sentía muy bien en ese grupo. Nos íbamos, por ejemplo, a un bar de muchachos, cerca de la casa de mi mamá. Particularmente a uno, que se llamaba Noches de Hungría, o al Capanaparo, donde cantaba Betsaida Volcán, una mujer bellísima.

Estaba naciendo el MAS, y yo andaba por ahí. Otros –Vladimir Ruiz y los hijos de Ruiz Guevara, un viejo comunista– estaban fundando la Causa R. Éramos amigos, y me aceptaron con uniforme y todo. También hubo su discusión, claro. Cierta vez uno de esos muchachos, un hombre joven, me dijo: “Este uniformado debe ser uno de esos parásitos”. Casi nos entramos a golpes, pero el grupo me defendió. “Respetar, vale, que este es Hugo Chávez, amigo nuestro”.

Había una gran discusión política y muchas lecturas. Ahí me fui interesando por el tema social, aunque si miro más atrás, siempre tuve, desde niño, simpatías por los rebeldes. Esa zona de Sabaneta fue una zona insurgente. De mi pueblo, varios se fueron a la guerrilla, y mi padre estuvo vinculado al Movimiento Electoral del Pueblo (MEP), de tendencia socialista, dirigido por el viejo Luis Beltrán Prieto Figueroa. Aun-

que tenía esa inclinación hacia la izquierda y el camino abonado hacia las preocupaciones políticas, nunca me incorporé a partido alguno. En una ocasión asistí con Adán a una de sus reuniones, como oyente, vestido de civil.

Fueron dos los acontecimientos que dispararon en mí una vocación política, que radicalizaron mi pensamiento. En primer lugar, el hecho de haber formado parte de un experimento educativo en la Fuerza Armada, conocido como el Plan Andrés Bello. Nos hicieron exámenes muy rigurosos y, ya en la Academia, nos aplicaron un filtro. Entramos 375 y nos graduamos 67. Hay un corte bastante profundo entre la vieja escuela militar y la nueva, con un grupo de oficiales de primera línea, entre ellos el director de la Academia, que es nuestro actual embajador en Canadá, el general Jorge Osorio García. También, Pérez Arcay, Betancourt Infante, Pompeyo Torralba...

Ese grupo de oficiales se dio a la tarea de forjar aquel ensayo a conciencia. Incorporaron también a profesores civiles y se preocuparon por darnos una formación humanista. Con ellos estudiamos Metodología, Sociología, Economía, Historia Universal, Análisis, Física, Química, Introducción al Derecho, Derecho Constitucional... El Consejo Nacional de Universidades (CNU) exigía estudios superiores para avalar la licenciatura.

El Plan Andrés Bello contribuyó enormemente a nuestra formación, aun cuando no basta con él para entender lo que ha ocurrido en la FAN. Hay otros muchos factores, porque también han salido de ahí unos cuantos traidores. De mi promoción, y de las que vinieron después, he recibido solidaridad y una compenetración mayor de las que imaginaba. Sin duda, los que se prestaron al golpe de abril de 2002 fueron graduados anteriores a nosotros, especialmente de la promoción inmediatamente anterior, que ha sido la última línea de retaguardia de la oligarquía, el último arañazo del fascismo y del anticomunismo.

El segundo acontecimiento, asociado a lo anterior, fue el descubrimiento de Bolívar. Comencé a leer vorazmente de todo, pero en particular sus propios textos y los materiales relacionados con su pensamiento y su biografía. Noche tras noche me iba para las aulas a estudiar, después del toque de silencio, a las nueve. Nos permitían estar allí hasta las 11 de la noche, y a veces me quedaba. En ocasiones me encontraron allí dormido, encima de un pupitre y con un libro abierto. Recuerdo a un brigadier colombiano, que hoy es general en su país, quien un día me encontró así y pensé que me iba a castigar. Me dijo: “No, no, lo felicito, cadete, por su espíritu de superación”.

La primera vez que oí a Fidel

La palabra guerrilla, como les dije, nos era muy familiar. En algún momento uno oyó el nombre de Fidel y el del Che, y no lo olvidó más. En 1967 tenía 13 años y estaba en primer año de bachillerato, en Barinas.

Recuerdo haber escuchado por radio que el Che estaba en Bolivia, y yo me pregunté: “¿Por qué está solo?” Una vez se lo conté a Fidel: “Fíjate como es la vida, Fidel. Yo tenía 13 años y oía por radio que el Che estaba en Bolivia y lo tenían rodeado. Era un niño y pregunté: ¿por qué Fidel no manda unos helicópteros a rescatarlo?” Me imaginaba una película. “Fidel tiene que salvarlo”. Cuando mataron al Che: “¿Por qué Fidel no mandó un batallón, unos aviones”. Era infantil, pero demostraba una identificación absoluta con ellos, un punto de vista marcado por las simpatías que percibía en Barinas hacia ambos líderes.

Varios años después, en 1973, estábamos en las montañas, cerca de Caracas, en los entrenamientos con los aspirantes a cadetes que llegaban a la Academia Militar. Para entretenernos, escuchábamos noticias y música en los radios militares. Una de aquellas noches había un frío de espanto. Estábamos

en Charallave, a unos treinta kilómetros de Caracas, y me acompañaban Pedro Ruiz Rondón –compañero de mi pelotón–, y otro brigadier cuyo nombre no recuerdo. A escondidas de los oficiales, empezamos a calibrar uno de esos viejos radios GRS-9 de tubo, que tenían una manigueta para cargar la energía. De repente, se escuchó a alguien hablando, una voz que no conocíamos y que denunciaba el golpe de Estado en Chile y la muerte de Allende: “Esto está bueno” –dije yo. Era Fidel, a través de *Radio Habana Cuba*.

Se nos grabó una frase para siempre: “Si cada trabajador, si cada obrero, hubiera tenido un fusil en sus manos, el golpe fascista chileno no se da”. Aquellas palabras nos marcaron tanto, que se convirtieron en una consigna, en una especie de clave que solo nosotros desentrañábamos. Cada vez que veía a Pedro Ruiz –amigo entrañable que murió hace un año y medio–, uno de los dos empezaba diciendo: “Si cada trabajador, si cada obrero...” El otro completaba la frase. Lo hacíamos dondequiera que nos veíamos. La última vez que nos encontramos, en un avión, me repitió: “Si cada trabajador...”

Pepito Rangel

El año 1973, en la Academia Militar, está marcado también por otro hecho: recibíamos en la escuela a los nuevos cadetes. Yo era brigadier y en el primer pelotón que me asignaron estaba José Vicente Rangel Ávalo. Cuando mencioné su nombre se paró el nuevito: “¡Presente!” Le dije por bromear: “¿Usted es familia del comunista?” “Es mi papá”. Me quedé frío. “Ah, muy bien, siéntese”. Después lo llamé, le ofrecí disculpas y nos hicimos amigos.

Conocí a José Vicente, el padre, porque iba con Anita, su esposa, a visitar al cadete los viernes por la noche. Me ganó una reprimenda una vez porque me gustaba hablar con Rangel, que era el candidato presidencial de la izquierda, del MAS. En diciembre de 1973 hubo elecciones y ganó Carlos Andrés Pérez.

Un teniente me llamó a contar: “Brigadier, ¿por qué usted habla tanto con ese comunista?” Se había dado cuenta de que me atraía conversar con el aspirante a presidente. En otra ocasión, me enteré de que habían tomado la decisión de botar a Pepito Rangel de la Academia y le estaban buscando la falla. Oígo el comentario y llamé a su padre. Me atendió Anita: “Necesito hablar con usted sobre su hijo, pero a su casa no puedo ir”. Ella me dijo que me esperaría en un restaurante.

Por alguna razón no pude ir al encuentro. Poco después, a los que jugábamos béisbol, nos concentraron en un edificio que llamábamos la Villa Olímpica. Se acercaban los juegos entre institutos y a los deportistas nos separaban del resto del batallón para poder cumplir un régimen especial: dormíamos un poco más, recibíamos atención médica directa, alimentación especial. Nadie se metía con nosotros. Era marzo de 1974. Ahí me encontré con Luis Reyes Reyes varias veces, y en una oportunidad hasta le conecté un triple que todavía no me ha perdonado.

En eso llegó el jovencito Rangel vestido de civil. El muchacho había ido a despedirse de mí. Pasó por el dormitorio y me dijo: “Vengo a despedirme; me han dado de baja”. Nos dimos un abrazo: “Saluda a tu papá, a tu mamá”. Llevaba entonces un diario y escribí: “Hoy se fue de baja José Vicente Rangel Ávalo, era una esperanza”. Fíjate, “era una esperanza”. ¿De dónde saqué yo esas tres palabras? Dentro de mí ya andaba un huracán.

Omar Torrijos y Juan Velasco Alvarado

Les quiero contar otro hecho, porque si no esta historia no se entiende. El derrocamiento de Allende generó en mí y en otros muchachos un gran desprecio hacia los militares gorilas que dirigieron el golpe. Pinochet nos resultaba repulsivo.

Trabéc amistad con cuatro muchachos panameños que estudiaron conmigo, particularmente con un gran amigo, Antonio Gómez Ortega. Él me habló de Torrijos y un día me

trajo la revista de las Fuerzas Armadas, con fotos en las que se veía al Presidente dando un discurso, con campesinos, con cadetes. Admiré la diferencia del lenguaje en aquel militar y me decía: “Torrijos sí tiene un gobierno popular, distinto, progresista; pero Pinochet no es el camino, porque él está exactamente en el otro extremo”. Tenía 20 años y ya andaba yo ubicado, pues.

Ese mismo año, en diciembre, conocí a Juan Velasco Alvarado, a partir de uno de esos hechos totalmente casuales que aceleró en mí el proceso interno, de forja, de enrumbamiento político. Se cumplían 180 años de Ayacucho y en la Academia Militar me pasaba el día hablando de Bolívar. Siendo alférez todavía, me enviaron varias veces a dar conferencias a la tropa. El capitán Carrasquero Sabala, que era el jefe del cuarto año, me llamó: “Chávez, hemos escogido a 12 muchachos para ir en una comisión a Ayacucho. Va la escolta de la bandera y un grupito más. Como usted es de los bolivarianos –ya nos llamaban así a varios de nosotros, Ortiz Contreras entre ellos–, lo hemos escogido”. Se imaginarán qué alegría.

Esa noche me fui para la biblioteca –había también allí una bella bibliotecaria, pero primero el libro, primero la patria– y comencé a estudiar qué estaba ocurriendo en el Perú. Descubrí el Plan Inca y que allí se estaba produciendo una revolución dirigida por un militar nacionalista. Pasamos en Lima varios días, haciendo preguntas a todo el mundo, alimentándome de aquel proceso e intercambiando con cadetes colombianos, panameños, peruanos y chilenos. Me hice amigo de un chileno, y le reclamaba mucho por lo de Allende. Nunca se me olvidará su nombre: Juan Heiss.

Nos llevaron a la casa de gobierno y allí estaba Velasco, en una recepción dedicada a los oficiales y cadetes, donde ofreció unas breves palabras y nos hizo llegar dos libritos, *La Revolución Nacional Peruana* y *El Manifiesto del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada de Perú*. Después de

escuchar a Velasco, me bebí los libros hasta aprenderme de memoria algunos discursos casi completos. Conservé esos libros hasta el 4 de febrero de 1992. Cuando me apresaron, me lo quitaron todo.

Les cuento todo esto porque la toma de conciencia política no fue automática. Sin lugar a dudas estos hechos dispararon mis convicciones a un determinado estadio espiritual. Y ya de ahí no he retrocedido, pues.

Bolívar

A mi promoción le dieron el nombre de Bolívar. Ese fue para mí un día de emoción y júbilo. Se oponían algunos viejos militares, quienes argumentaban que el nombre de Bolívar era muy grande para un grupo, que sería enorme el compromiso que llevaríamos, que ya había otra promoción llamada de esa manera –la de 1940–. Aun así, nos dieron ese nombre y a partir de entonces no fuimos otra cosa que “los bolivarianos”, y nos sentíamos como tales.

Desde la Academia, no solo impartía de vez en cuando algunas charlas a los soldados sobre el pensamiento del Libertador, sino que cuando me tocaba sancionar a los cadetes, jamás les imponía un esfuerzo físico –dar vueltas al patio corriendo, que era lo que se hacía–, sino que los paraba en grupitos frente a la estatua de Bolívar. Les leía sus textos, o los llevaba a un salón de clases, a la hora del casino y de la diversión, y les contaba pasajes de la Campaña Admirable.

Esa pasión por Bolívar comenzó en aquellos años, estudiando la Historia Militar con el general Jacinto Pérez Arcay y con el comandante Betancourt Infante, que era otro excelente instructor de Historia. Pérez Arcay les contó a ustedes el lío del cual me salvó, luego de una conferencia en la casa natal de Bolívar, en la que me enfrenté públicamente a alguien que dijo que el Libertador era un tirano.

En mi intervención de ese día traté de argumentar la situación que afrontó Bolívar. Sí, el gobernó realmente bajo dictadura; pero una cosa es una dictadura por necesidad, por obligación, debido a la anarquía, y otra, tiranizar a un pueblo. En una ocasión, le dijo a su pueblo: “No me pidan que hable de libertad, ¿cómo hablar de libertad, si he asumido la dictadura?”

Frente a aquella tendencia antibolivariana, de descrédito a su figura, comencé a argumentar con datos históricos esa situación. ¡Ah!, entonces alguien dice —una mujer—: “Estos son unos pichones de dictadores”, le repliqué duro y se abrió el debate. Después se paró un profesor de historia del MEP y defendió mi posición. La novedad llegó a la Academia. Tuve que hacer un informe el domingo por la noche y Pérez Arcay me salvó de aquel lío que hubiera podido costarme la expulsión de la Academia por emitir opiniones políticas.

Cuando Carlos Andrés Pérez me entregó el sable de graduado en la Academia, ya yo traía el acimut, la brújula perfectamente orientada. El Hugo Chávez que entró allí fue un muchacho del monte, un llanero con aspiraciones de jugador de béisbol profesional. Cuatro años después, salió un subteniente que había tomado el rumbo del camino revolucionario. Alguien que no tenía compromisos con nadie, que no pertenecía a movimiento alguno, que no estaba enrolado en ningún partido, pero sabía muy bien a dónde me dirigía. Como dijo José Ortega y Gasset, “soy yo y mi circunstancia”. Hugo Chávez ya era el hombre y su circunstancia.

Otro tipo de militar

Llegué a Barinas de subteniente, con cierta ventaja sobre otros oficiales. Tenía muchos deseos de cambiar las cosas y estaba, además, en mi patio. A lo mejor si me hubieran mandado a Maracay, no hubiera podido participar en tantas cosas.

Con mi primer cheque pagué un hotel cerca de la Plaza de Venezuela. Tenía un sueldo como de 2 000 bolívares, que era

una cifra más o menos importante en esa época. A los pocos días me le aparecí a Rosa Inés con una nevera, una cama nueva, unos muebles, un ventilador, un radio grande... Pero casi no tenía tiempo de salir del cuartel. De lunes a viernes siempre dormía en el batallón que quedaba fuera de la ciudad.

Los viernes en la tarde, cuando no tenía guardia, me ponía mi jeans, mis botas de goma y mi camisita, y aparentemente era el mismo Huguito de antes, en la casa de la abuela. En Barinas estuve desde julio de 1975 hasta mayo de 1977. Fueron casi dos años, muy importantes en mi vida. Era el mismo Huguito y a su vez otro, forjado como soldado. Me metí en varios líos. Primero, Bolívar. Empecé pintando su rostro en el cuartel y hacía notar cuán en serio me tomaba su obra.

Fui el primero del Plan Andrés Bello que llegó a ese batallón, y algún oficial trató de humillarme llamándome, no por mi grado, sino por el título universitario, en tono despectivo, irónico: “Licenciado Chávez...” Cuando me llamaba así, no le respondía. “Subteniente Chávez...” “Ordene, mi Capitán”. Es decir, empecé dándome a respetar. En una ocasión me increpó: “¿Por qué no me responde cuándo le digo ‘licenciado’?” “Soy subteniente y licenciado”. Por responderle de esa manera me impuso un castigo que me negué a cumplir. Además, me gritó delante de unos soldados a los que yo les impartía clases de comunicaciones, que era mi especialidad. Le contesté: “¡No me grite delante de subalternos, mi capitán!” “¡Véngase conmigo!” “Vamos”. Y nos fuimos a ver al comandante.

Ahí empezaron mis líos, porque yo era respondón, pues. Por otra parte, andaba en varias actividades al mismo tiempo. Por ejemplo, jugaba béisbol. Todavía picheaba, tiraba duro la recta, jugaba primera base, cuarto bate. El primer jonrón que se dio en el estadio de Barinas lo di yo una noche preciosa en la que me iban a arrestar.

Al capitán aquel no le gustaba el deporte. Me decía: “Eres militar, o eres pelotero”. Nunca pude convencerlo de que po-

día ser las dos cosas a la misma vez. “Dedíquese al deporte con los soldados”. “Estoy dedicado, mi capitán”. El equipo de los soldados era bueno, pero quería jugar en el béisbol organizado. Tenía solo 22 años.

Un día me llamó el entrenador Encarnación Aponte y me invitó a jugar en el equipo de Barinas, frente a otro de Caracas que llegaba ese fin de semana. Estaban inaugurando el estadio, pues había un campeonato nacional programado ese año en Barinas. Él necesitaba un zurdo. “Pide permiso”, me decía. “Si lo pido no me lo van a dar”. Finalmente, me fui para el estadio sin el permiso. Los visitantes eran del equipo Ascenso, del Distrito Federal. En la primera entrada metí un batazo, un tubey. Después me tocó batear otra vez. No sabía que estaban narrando el juego por la radio local: “Radio Barinas transmitiendo...”

En ese tiempo no había bate de aluminio, pero tenía uno de madera muy bueno... Mi hermano Narciso, que estudiaba en Estados Unidos, me mandó de regalo aquel de marca *Adirondack*, un bate largo como ese de Sammy Sosa, pero liviano. El pitcher de Caracas tiró una curvita y le di: “¡Praaa!”, y veo que la bola se va..., se va..., se fue de jonrón.

Estaban trasmitiendo por radio, y en el batallón los soldados lo escuchaban. Ya eran más de las nueve de la noche, hora de silencio en el cuartel. Armaron tal escándalo –“¡Eh, jonrón! ¡Viva mi teniente!”– que se despertó el capitán y fue a ver qué pasaba: “Oye, prendan la luz, qué lío es este?” “Capitán, estamos muy contentos porque mi teniente Chávez metió un jonrón”. “¿Cómo?! ¿Chávez Frías?” “Sí”. Al día siguiente me pidió arresto por violar una orden. Apelé al comandante. Me franqueé: “Mire, comandante, aquí en este batallón hay unos diez subtenientes. Si usted va por la noche a Guayanesa –un burdel famoso en Barinas–, los consigue allá con unas mujeres y una botella de ron; o en el casino militar, con sus novias, bailando, tomándose unos tragos. En cambio, a mí

me gusta el deporte. No puedo entender que me vayan a arrestar por jugar béisbol, por poner en alto el nombre del batallón que usted comanda”. Toda Barinas había oído en la radio que me habían presentado como el subteniente del Batallón de Cazadores. Y sigo: “Comandante, ¿no cree que es mejor que yo esté en el béisbol y no de tragos y mujeres?” El comandante me respondió: “Usted tiene razón. Le doy permiso para jugar”. Desde ese día nadie más me molestó, y el capitán disgustadísimo.

El batallón se acercó al pueblo

El capitán me andaba cazando cualquier falla. Jugaba al béisbol en el equipo de Barinas, dos o tres veces a la semana. Generalmente salía del cuartel vestido de campaña –que era el traje diario, porque integrábamos un batallón antiguerrilla–, me montaba en un Volkswagen que yo le había comprado al comandante y, luego, me cambiaba en el *dugout*, junto a un soldado llamado William, de Barquisimeto, que era tremendo *short-stop*. Era muy usual salir de pronto para la frontera. Sin embargo, como mi especialidad era la de comunicaciones, no tenía que patrullar con pelotones. Acompañaba al comandante en los puestos de comando. El oficial de comunicaciones, por doctrina, está siempre cerca del comandante, asesorándolo para las transmisiones por radio. Eso me permitía estar cerca del jefe y del segundo.

Por esa cercanía, y porque me tomaba el béisbol a la trementa, el comandante me pidió que me encargara del deporte en el batallón. Como conocía al jefe del Instituto Nacional de Deportes en Barinas, y a los deportistas no solo de béisbol, sino de fútbol y de básquetbol, conseguí entrenadores gratuitos. Era una especie de Misión Barrio Adentro, pero a pequeña escala. Recuerdo a un uruguayo, el profesor Méndez, que iba dos veces a la semana a darles charlas y a preparar al equipo de fútbol, sin pedir nada a cambio.

Fuimos campeones dos años seguidos en los juegos interbatallones: en béisbol, fútbol, voleibol, básquetbol y atletismo. Me dediqué a convertir la sabana donde jugábamos en un campo de béisbol. Hicimos un estadio con las medidas reglamentarias. Conseguimos arena blanca y arena roja, y un camión para transportarlas; picábamos rectángulos de tierra con la grama; levantamos una cerca de palitos, y ese campo se puso bonito. Construimos dos *dugout*, dos casitas, y cuando vinimos a ver, teníamos tremendo estadio. Lo inauguramos con una fiesta que parecía una feria.

El comandante me autorizó para que el equipo de Barinas entrenara en nuestro estadio, que pasó a ser el mejor de Barinas después del “Cuatricentenario,” y le dimos acceso a todo el que quería ir a vernos. Me nombraron encargado de la campaña para la captación de aspirantes a la Academia Militar. Recorrí todos los liceos del Estado Barinas, unos diez, para darles charlas a los muchachos de quinto año, y motivarlos. A algunos los llevé a Caracas y hoy ya son coroneles.

También, me autorizaron a escribir una columna en el diario *El Espacio*, de Barinas. Salía los jueves, bajo el título: “Proyección patriótico cultural Cedeño” –Manuel Cedeño fue un general de nuestra independencia, y así se llamaba también nuestro batallón—. Era una columna que me gustaba mucho y la gente me decía que era muy bonita, hablaba de historia y de la unión cívico-militar. Escribía, por ejemplo: “Bajo el sol calcinante de los llanos, todas las tardes, los soldados del Batallón Cedeño se dirigen a hacer deportes tal, tal y tal, mientras otros salen al huerto...” Porque hicimos un huerto y también teníamos unos conejos, unas siembras de lechosas, parchitas... Era también una especie de Plan Bolívar 2000.

De cuando en cuando pasaba por *Radio Barinas* a promover la captación de aspirantes. Había un guión que a uno le mandaban desde Caracas, pero yo le añadía cositas. Jamás les dije que tendrían un sueldo seguro, sino que les hablaba de

Bolívar y lo que de él dijo Martí. Lo había leído en uno de los libros de Pérez Arcay y me lo aprendí de memoria y hasta lo pinté en las paredes con ayuda de los soldados, a quienes también les di clases de pintura.

Fue una etapa muy intensa, en la que andaba metido en el deporte dentro y fuera del batallón, hacía periodismo y campañas para captar estudiantes, y cuando se elegían las reinas en Barinas, hacía la presentación. No me faltaron cosas que hacer, hasta me hice animador de bingo. Lo más importante fue que el Batallón de Cazadores comenzó a tener otro perfil: ya no era una tropa antiguerrillera separada del pueblo, odiada a veces por la gente, sino la de unos muchachos que participaban en la vida deportiva y cultural de Barinas.

Los primeros signos de rebeldía

El dolor disparó en mí muchas cosas. El año 1982 fue de muerte y de vida. Nació mi hijo Hugo. Ascendí a capitán. Fue, también, el año del Samán de Güere. Ya estaba prácticamente consolidado como militar, después de haber pasado por muchas dificultades, por dudas: me quería ir, no me quería ir...

En la profesión militar, la Orden de Mérito es muy importante. Eres de los primeros o eres de los últimos. Por tanto, ser de los primeros es muy importante para el militar, particularmente para quienes hemos tomado la carrera como un apostolado. Me gradué con el número siete en la Academia, y éramos 67. Sin embargo, llegué a teniente entre los últimos, porque tuve muchos problemas. Como vaticinaría mi abuela, era rebelde, pues.

Discutía con los superiores, nunca me quedaba callado. Tuve un lío serio en un campo antiguerrillero, porque vi cómo torturaban a unos campesinos, supuestos guerrilleros, prisioneros de guerra. Les estaban pegando con un bate forrado en una cobija y daban unos gritos tremendos. Se notaba que eran pobres gentes, casi muertos de hambre,

flaquitos. Me enfrenté al coronel: “No, yo no acepto esto aquí”, y le quité el bate y lo lancé lejos. Luego el coronel hizo un informe en mi contra, acusándome de haber entorpecido el trabajo de Inteligencia... Llegué incluso a pensar en irme para la guerrilla y hasta fundé en 1977 un ejército: el Ejército de Liberación del Pueblo de Venezuela. Ahora me río cuando lo recuerdo, porque sus miembros no llegábamos a diez.

Después de graduarme en la Academia y pasar por Barinas, formé parte de un batallón antisubversivo, primero en Cumaná y luego en San Mateo, en Anzoátegui. Estudiamos lo que era la guerra subversiva, pero ya yo me lo cuestionaba todo. Creo que desde que salí de la Academia ya estaba orientado hacia un movimiento revolucionario. Andaba muy inquieto, conversaba mucho con Adán y con otros compañeros de la izquierda. A esta influencia, se unió la investigación histórica sobre Maisanta. Todo ello fue alimentando mi sentimiento de rebeldía. En esa etapa comencé a leer a Fidel, Che, Mao, Plejanov, Zamora..., y libros como *Los peces gordos*, de Américo Martín; *El papel del individuo en la historia*; *¿Qué hacer?* Y, claro, ya había empezado a estudiar profundamente a Bolívar.

Por cierto, algunos de aquellos libros aparecieron en la maletera de un Mercedes Benz viejo y agujereado por los tiros, que encontramos casualmente en un puesto antiguerrillero. El carro llevaba no sé cuántos años allí, arrumado dentro del monte. Agarré aquel botín, recompuse los libros, los mandé a empastar, me los leí y los guardé. Creo que todavía conservo algunos por ahí. Por tanto, me hice un hombre de izquierda a los 21 ó 22 años.

¿Cómo definir políticamente a una persona que se ha declarado maoísta, guevariano, marxista, bolivariano, peronista...?

Sencillamente soy un revolucionario.

No permitiríamos que nos tragara la corrupción

Desde los primeros días en Barinas comencé a percibir corruptelas, inmoralidad y arbitrariedades en algunos oficiales superiores. Y ya no dejaría de luchar contra ellas en los cuarteles. Un punto muy vulnerable, por ejemplo, era la comida de la tropa. Cuando tenía guardia —oficial de inspección se le llama— solía irme a las cuatro o las cinco de la mañana al rancho donde preparaban los alimentos. Esperaba a que llegara el camioncito del proveedor, con el queso para el desayuno y la carne para el almuerzo.

Ponía los alimentos en la tabla del dietista. “¿Qué le toca a cada soldado?” “80 gramos de queso”—me decían, por ejemplo. Sacaba la cuenta y la mayoría de las veces había menos de lo que estaba fijado. O nos entregaban unas botas de montaña que se dañaban en la primera marcha. Lo anotaba en el libro de “novedades”: “Se detectó una irregularidad...” Había mil maneras de robar. Y luego, los atropellos en el Oriente contra los supuestos o reales guerrilleros.

Todo eso fue conformando un sentimiento de resistencia ante las negligencias y arbitrariedades con que me topaba en los cuarteles y que trascendían la vida militar. Empecé a mirar al país y a tratar de buscarle explicaciones a la contradicción en que me encontraba. Sentía que a mi alrededor gravitaban situaciones, conflictos cotidianos, muy alejados de los principios bolivarianos y de los valores en los que nos habíamos educado. Entonces apareció esa pregunta incómoda para la elite militar y política, pero que se caía de la mata: “¿Qué democracia es esta que enriquece a una minoría y empobrece a una mayoría?”

Ya Juan Pérez Alfonso, uno de los fundadores de la OPEP, había lanzado su alerta de que nos hundiríamos en el “excremento del diablo” —como llamó al petróleo—, y habían pasado otras muchas cosas. Carlos Andrés Pérez había entregado la presidencia en 1978 al destaparse los hechos de corrupción

que lo comprometían –a él y a su amante–, y no era el único. Uno se encontraba en los periódicos todos los días escándalos de corruptela y el cinismo de los gobernadores y políticos que se habían enriquecido a costa del pueblo.

Poco a poco me fui enrolando en una especie de campaña en la que, por supuesto, involucré a mis amigos militares. Dumas Ramírez, por ejemplo, se vinculó al movimiento desde que era capitán. También, logré captar a José Angarita. Nunca más lo he visto. Y otros más jóvenes, como Pedro Carreño, Jiménez Giusti... Casi todos de Barinas, incorporados al movimiento tras un trabajo de años. Cuando hicimos el Juramento del Samán de Güere en 1982 –ese año de muerte, de vida, y de compromisos–, ya había cuajado la conciencia de la necesidad de cambiar el estado de cosas, si no queríamos que ese ambiente que despreciábamos nos tragara a todos.

351

CHÁVEZ NUESTRO

El Juramento del Samán de Güere

Andaba con Bolívar para arriba y para abajo. Daba charlas, reproducía sus pensamientos, compraba libros para regalarlos a los soldados y oficiales, y algunos deben tener ejemplares de los que yo les dedicaba con mi puño y letra, en un afán de cultivar el pensamiento del Libertador, de Zamora, de Maisanta.

Y no era yo solo el que lo hacía, sino también varios de mis compañeros, con quienes compartía la pasión bolivariana. Seguramente por esa razón me invitaron a que le hablara a la tropa. Mi jefe, en el regimiento de paracaidistas, era el coronel Manrique Maneiro, a quien le decíamos el Tigre, porque era de piel muy blanca y tenía los ojos “rayados”. El 16 de diciembre de 1982, en la tarde, me llamó: “Chávez, quiero que mañana reunamos a todo el regimiento de paracaidistas y que usted pronuncie unas palabras para conmemorar la muerte de Bolívar”.

Me entusiasmé muchísimo y llamé a todos los batallones para transmitirles la orden de mi comandante. En ese momento era jefe de la ayudantía del coronel y auxiliar de inteligencia

del Estado Mayor del Regimiento de Paracaidistas en Maracay. A la una de la tarde ya estaba lista la formación. El oficial que estaba anunciando la ceremonia me preguntó: “¿Dónde está su discurso escrito para cuando me lo pidan?” Le respondí: “Mi mayor, no tengo escrito el discurso. Yo voy a decir unas palabras”. “Bueno, pero según el reglamento uno tiene que saber antes qué es lo que usted va a decir”. A esas alturas, ya él no podía hacer nada, así que comencé a hablar.

No era la primera vez que lo hacía de esa manera. Un “Día de la bandera” me pusieron a hablar en Barinas, cuando era subteniente, y mi discurso fue un reclamo. También levantó su roncha, porque me pidieron las palabras por escrito, y les dije: “Yo no escribo discursos”.

En Maracay, aquel 17 de diciembre, comencé recordando a Martí: “Así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, [...] porque lo que él no hizo, sin hacer está hasta hoy”. Y enlacé con la situación de ese momento: “¡Cómo no va a tener Bolívar qué hacer en América todavía, con tanta pobreza, con tanta miseria; cómo no va a tener qué hacer Bolívar...” Cuando terminé el discurso como de media hora—no era una cadena, ni un *Aló Presidente*—sentí, de inmediato, la enorme tensión de los oficiales. Se rompió la formación y salimos trotando, uno al lado del otro. El mayor Flores Gilán nos mandó a parar en firme y me dijo con un tono muy duro: “Chávez, usted parece un político”.

En ese tiempo decirle político a alguien, sobre todo en un cuartel, era una ofensa. Se había degenerado tanto la política, que era como si a uno le dijeran embustero, demagogo, qué sé yo, algo muy despectivo. Felipe Acosta Carlez fue más rápido que yo al responderle: “Mire, mi mayor, el capitán Chávez no es ese político que usted dice. Lo que pasa es que así pensamos lo capitanes bolivarianos y cuando uno de nosotros habla de esta manera, ustedes se mean en los pantalones”.

El coronel Manrique Maneiro mandó a poner en firme a todo el mundo e impuso silencio. Asumió la responsabilidad de lo que había pasado con una mentira piadosa: “Señores, quiero que sepan que todo lo que el capitán Chávez dijo, él me lo comentó anoche en mi oficina”. Nadie se lo creyó, pero salvó la situación por el momento. Cuando nos retiramos, Felipe Acosta Carlez, que era un caballo de batalla, me invitó a trotar para liberar un poco de presión.

Con nosotros dos salió también el capitán Jesús Urdaneta y el teniente Raúl Baduel, a quien apreciábamos como si fuera compañero de la misma promoción. Siempre le hemos tenido un gran respeto por su nivel, por su don de gente, su forma de ser, su calidad como amigo.

Fuimos a quitarnos el uniforme de campaña y a vestirnos de deporte. Como no conseguí las botas, me puse los zapatos de softbol con tacos de goma. Eran poco más de las dos de la tarde. Fuimos a La Placera y luego en dirección al samán. Cuando llegamos al árbol los invité al juramento. Claro, estaba fresquecito todo lo que había ocurrido y andábamos con la indignación por dentro. Utilizamos el juramento de Bolívar: “Juro por el Dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y juro por mi patria que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que hayamos roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”. Le cambié la última expresión, por esta otra: “...por voluntad de los poderosos”. Lo repetí y ellos lo escucharon. Al regreso, yo no aguantaba el dolor de las piernas y agarré un carrito junto con Baduel.

A partir de ahí tomamos este asunto con mucha seriedad. Entre los detalles que conversamos aquel día estuvo cómo empezar a captar oficiales, según un principio riguroso: si teníamos algún candidato, se aceptaría en el movimiento solo por consenso. Nadie estaba autorizado a incorporar a otro por la libre, teníamos que ser muy cuidadosos.

Así quedamos. Pero al día siguiente estaba en mi oficina, y sentí la llegada de un carro, un auto deportivo, de marca Mustang. Era Felipe: “Mire, compadre, compadre –él hablaba así, ¿no?–, ven acá, ven acá”. Y salimos. Al frente del comando estaba el carro: “Mira, mira, ya tengo un subteniente listo”. Le digo: “Coño, catire, ¿no dijimos que era con calma?, vale, hasta que no haya consenso”. Me respondió: “Estoy seguro de que este carajito es bueno... Está dentro del Mustang, chico, y por lo menos asómate para que él vea que lo que estamos haciendo es de verdad; no vaya a pensar que yo estoy inventando aquí”. Cuando me asomé, el muchacho era nada más y nada menos que Ronald Blanco La Cruz.

Nace el movimiento bolivariano

Ya yo andaba en reuniones con algunos movimientos militares –como el de Trejo, que no acababa de cuajar–, y políticos –como el de Douglas Bravo–. Siempre insistía en la unidad, y una vez logré reunir a Trejo con Bravo en Maracay, antes de 1982, y hasta les inventé un verso : “Comandante Trejo, comandante Bravo,/ juntos haremos la Revolución, ¡carajo!”

Se habían constituido varios grupos, pero no existía nada formal hasta el día del juramento. A partir de ese día nos dimos a la tarea de conformar un movimiento, amparado en el concepto del árbol de las tres raíces, intentando articular ideológicamente las concepciones que mejor se adaptaban a la realidad venezolana y, en particular, al contexto en el que nos movíamos.

Nos dimos cuenta de que la ideología que Douglas Bravo defendía no iba a tener eco en las fuerzas armadas. El marxismo chocaba con la naturaleza misma del cuerpo militar profesional. Era muy difícil mezclar abiertamente a Marx y a Lenin con nuestra formación prusiana. Al único que logré llevar ante Douglas fue a Luis Reyes Reyes; otros grandes amigos se negaron: “¿Conspirar con Douglas? Tú estás loco”. Comprendí que por ahí no andaba la cosa.

Por eso, acudimos de lleno al pensamiento bolivariano, a su ideología, nutriéndonos de todo lo demás. Comenzamos a investigar. Designábamos grupos con tareas específicas: el estudio del pensamiento de Bolívar, Miranda, Zamora, Simón Rodríguez...

Así fue cuajando como un pensamiento diverso, que dio sus primeros frutos a finales de los ochenta, particularmente después del Caracazo, en febrero de 1989. Esta rebelión popular le dio un gran impulso al movimiento. Cuando se produjo, reanudamos con más fuerza las reuniones y conspiraciones. Ya nuestro trabajo ideológico, político, organizativo, estaba consolidado.

Pero en años anteriores a 1989, pasamos por etapas en las que llegamos a pensar que el movimiento se había acabado, que se había venido todo abajo. Estaba muy aislado y vigilado. Me pasé tres años metido en las sabanas de Elorza, sin darme cuenta al principio de que esa experiencia era exactamente lo que me faltaba para conformar una visión integral de mi país.

Con los indios de Elorza

Siento que en Elorza terminé por descubrirme a mí mismo. Ahí seguí el rastro de Maisanta, que estaba fresco todavía en la memoria de los pobladores más viejitos. Encontré a una señora en un fundo llamado Flor Amarillo, que me indicó el lugar donde lo había visto cuando era niña. Me dijo: “Llegó por ahí, donde usted amarró el caballo, se acercó a esta casa y vio a mi abuela y a mi mamá de luto”. “¿Y por qué están de luto?, ¿dónde está mi compadre?” –dijo Maisanta. Las mujeres salieron llorando y le explicaron que había llegado un coronel del gobierno de Gómez a preguntar por el padre de familia, y como no lo encontró, secuestró a una de las muchachas de la casa. Por eso la mamá y la abuela de aquella señora estaban de luto, como si penaran a una muerta. Cuando llegó Maisanta, hacía como una semana que el coronel

gomecista se había llevado a la muchacha, que era tía de la señora que me relató la historia.

“Aquel hombre alto –decía ella– preguntó: ‘¿Por dónde se fueron?’ Cogieron por el camino hacia las sabanas de Alcornocal, hacia el Caño Caribe. ‘Está bien, ya vuelvo’.” A los pocos días regresó con la muchacha. La rescató y la entregó a la familia. Muchos años después, esta viejita lloraba de agradecimiento al mencionarle el nombre de Maisanta. Cuando le expliqué que yo era su descendiente, me respondió: “Quiero decirle que a su bisabuelo lo hemos adorado en esta casa”.

Sesenta y tantos años después, encuentro en aquella tierra los rastros de las batallas y las esperanzas de Pedro Pérez Delgado, así como las de los indios yaruros y los cuivas. Me involucré en sus dolores hasta el alma. Aprendí a quererlos. A su lado viví experiencias terribles y, también, hermosísimas. Los indios fueron atropellados toda la vida y yo lo sabía, pero vine a tomar conciencia de eso allá, cuando era capitán en su mismo territorio, viviendo a su lado.

Mi primer encuentro con los indios fue una gran batalla en la ribera del Caño Caribe, en Apure, cerca de la frontera con Colombia. Llegaban los terratenientes hasta el escuadrón de caballería para denunciar a los indios. Al cura de ese pueblo, Gonzalo González –que ya no es cura, se casó y sigue viviendo allá con su mujer– lo quise y lo quiero mucho. Él me dijo cuando llegué a ese lugar: “Mire, capitán, muchos de esos señorones que usted ve ahora por aquí, que tienen hatos y son ricos, salían hace veinte años a matar indios, como quien mata venados. Los masacraban y los echaban de las tierras, pues”. Me contó cómo hasta los quemaban vivos.

Hubo un caso famoso, conocido como “la mataza de La Rubiera”. Invitaron a unos indios a trabajar en un fundo. Ellos fueron con sus niños, porque los indios no dejan a sus criaturas. Cuando estaban comiendo en un rancho, llegaron unos hombres blancos y los machetearon a todos. Solo dos

sobrevivieron. Se tiraron el río y llegaron al pueblo dos días después, buscaron al cura, que los escondió y luego los trajo para Caracas, donde reventaron el lío. Realizaron la investigación y encontraron los cadáveres quemados. Todos esos cuentos me los hizo el cura.

A mi comando llegaban quejas de los ganaderos y siempre les decía: “Eso no es problema mío, sino de la policía; vaya al pueblo y haga la denuncia”. Nuestro escuadrón quedaba llano afuera. Los ganaderos empezaron a decir que yo no colaboraba, porque estaban acostumbrados a que el ejército atropellara a los indios y yo siempre les decía que esa no era mi tarea.

Pero un día llegó una señora muy pobre, llorando: “Que los indios me robaron dos cochinos. Tenía una alcancía y la rompieron y botaron el dinero. Eran puros fuertes de plata”. Me dio dolor y salí a ver qué pasaba con los indios. Seleccioné unos 15 soldados y nos fuimos con un baqueano —un viejo rastreador— que había sido soldado de las tropas de Pérez Jiménez. Aquel hombre me enseñó mucho ese día. En algún momento me dijo: “Huele a indio”. Yo no olía nada. “Aquí orinaron y fue una mujer”. “¿Cómo sabe que es mujer?” “Porque deja pocitos..., mientras que el macho lo riega todo...” Era un experto en cacería de indios.

De pronto, me advirtió que los indios estaban cerca. Los vi con los binoculares. Estaban debajo de una mata de mango comiéndose las frutas. Ingenuamente, le dije al sargento: “Vamos a rodear la mata”. El baqueano me advirtió que no iba a poder llegar hasta ellos. “Voy a tratar”. “Tenga cuidado”. El viejo me acompañó, valientemente. Me puse el fusil en bandolera, con el cañón hacia abajo y di la orden de que nadie disparara, salvo si yo lo ordenaba.

Cuando los indios me vieron improvisaron un extraordinario e inmediato dispositivo de defensa. Fue como si hubieran salido veinte rayos de la mata de mango. Se dispersaron como

un celaje en el monte, incluidas las mujeres con sus hijos. En un abrir y cerrar de ojos los hombres me dieron batalla. Sacaron sus cuchillos y se nos vino encima una lluvia de flechas. A mí me pasó una tan cerca que por poco me alcanza en la cabeza.

Con tantas cosas que habían pasado, ellos pensaban que íbamos a atacarlos. Agarré la pistola y disparé al aire. Mandé a los soldados a que se replegaran. Incluso, hubo hasta un encuentro físico entre un indio y dos soldados, pero por suerte no hubo heridos. Si llega a haberlo, me meto en tremendo lío, porque yo no tenía autorización para ir a perseguir indios.

Traté de tranquilizar a los soldados: “Aquí nadie dispara”, y los indios se fueron. En ese momento oí en la espesura los gritos de una india. Era pleno invierno. Llegamos a la orilla del Caño Caribe –que estaba crecido y muy caudaloso– y veo a una mujer en el medio del agua, que cargaba a su niño en cuadril, un bebé peloncito. Con una mano sujetaba al muchacho y con la otra, nadaba aguantando un cuchillo. A mi lado estaban los soldados y el baqueano. Nunca en mi vida olvidaré los ojos de aquella mujer que me lanzó una mirada, un relámpago de odio, y me impactó. Se hundía en el agua, con el niño, y salía otra vez. Yo estaba angustiado: “Se va a ahogar”. ¿Sabe lo que me dijo el baqueano? “Capitán, dispárele”. Y no era un mal hombre ese, hasta donde yo lo había conocido. Me sorprendió: “¿Cómo?” “Mátelos, esos son animales, y ese carajito cuando crezca va a echar flechas también”.

Por supuesto, no lo hice. Me aseguré de que la mujer finalmente cruzara el río y se reuniera con los suyos. Me sacudieron dos cosas aquel día: primero, la respuesta de los indios al verme uniformado, y aquel “mátelos, que son animales”. Estuve varios días reflexionando sobre eso.

¿Tú sabes que pasa todavía con los indios? Si te ven a ti con unos indios, dicen: “Por ahí pasaron diez indios y un

racional”. Todavía se oye eso, a estas alturas. Y lo comenta a veces gente humilde, pobre, campesina. Me preguntaba cómo cambiar semejante situación, ¿qué hacer? Ahí es donde interiorizo ese drama, la estructura social salvaje y profundamente excluyente de la sociedad rural venezolana.

Me fui a la biblioteca de San Fernando de Apure, a la Oficina Regional de Asuntos Indígenas para estudiar la población indígena y ubicar en un mapa dónde vivían. Me hice amigo de Arelis Sumávilas, una socióloga de la Universidad Central de Venezuela (UCV), que llevaba como veinte años estudiando a los cuivas y a los yaruros. La llamé. Me dejé crecer el cabello y me fui en una de las expediciones de Arelis, a visitar indios, vestido de civil, con otros dos muchachos. Ella nos presentó como estudiantes, que realizaban una investigación.

Pasé entre los indios varios días, durmiendo y comiendo con ellos, tratando de entender su mundo. Me acogieron como a un amigo. Me fui y luego, como a las dos semanas, regresé uniformado. Primero se alebrestaron, y yo me quité la gorra y llamé por su nombre al capitán indio: “¡Vicente!...” Ellos se quedaron paralizados, porque respetaban mucho a Arelis. Nos sentamos a hablar, y al rato estaban los soldados como si nada, entre ellos. Ahí comenzó un proceso de acercamiento, que terminó en una adoración mutua.

Cuando esos indios iban a Elorza –ellos andan siempre juntos–, llegaban al patiecito de mi casa y Nancy, la madre de mis tres muchachos mayores, compraba pan y hacía comida para 60 ó 70 personas. Un día Nancy me dio las quejas: “¿Cómo es posible? Mira, esos indios me llevaron las pantaletas de las niñas”. Ella tenía ropa recién lavada sobre la cuerda del patio. Le expliqué: “Ellos no tienen idea de la propiedad privada; no tienen noción de que esto es tuyo y esto es mío. Toman lo que necesitan, como se toman las frutas de los árboles o los peces en el río”.

Me contaron años después que dos jóvenes capitanes indios estaban en Caracas el 4 de febrero de 1992. Habían venido a la universidad con la amiga socióloga. Cuando transmitieron mi alocución en la televisión, uno de ellos se puso a llorar y dijo: “Ese es Chivas Frías –nunca lograron pronunciar Chávez Frías–. Yo sabía, yo sabía...”

Nuestro rechazo absoluto a la ideología imperial

360

CHÁVEZ NUESTRO

A partir de la llegada de mi generación a la FAN, la influencia de Estados Unidos fue disminuyendo progresivamente. En nosotros creció un sentimiento nacionalista, que surgía entre los militares venezolanos. Por ejemplo, cuando nosotros llegamos a los campos antiguerrilleros, ya no había asesores gringos. Cada vez iban menos oficiales a estudiar a las academias militares norteamericanas. Yo estuve a punto de ir a Estados Unidos, pues quedé en primer lugar en uno de los cursos y me correspondía, según el reglamento, optar por estudios superiores en el exterior, que casi siempre eran en ese país.

No fui, pero como ustedes han comprobado en las entrevistas, muchos de los que asistieron a esos cursos, no solo no se envenenaron con la instrucción norteamericana, sino todo lo contrario, reforzaron su sentimiento nacionalista. El proceso ideológico que se fue gestando en los cuarteles tomó distancia del imperialismo. Estudiábamos a Bolívar, y la consecuencia lógica fue el rechazo absoluto de la ideología imperial.

Por ejemplo, Ronald Blanco La Cruz estuvo varios años en una academia militar en Estados Unidos. Lo vi el día que regresó a Caracas y me comentó: “Después de estos dos años en ese país vengo más convencido de que tenemos que hacer la Revolución”. Sintió el desprecio hacia los latinos, la subestimación hacia nuestros pueblos. Como diría Martí, vivió en el vientre del monstruo y conoció sus entrañas.

Por supuesto, Venezuela siente hoy como nunca el peligro del acecho norteamericano, que siempre estuvo y estará ahí.

Sin embargo, creo que el riesgo mayor ha quedado atrás. Los oficiales que se comprometieron con el golpe de Estado y con la contrarrevolución estaban fuertemente conectados con la embajada y el gobierno norteamericanos. La mayoría se fue. Se hizo un deslinde bastante evidente entre los apátridas y los patriotas. Estoy convencido de que nuestras fuerzas armadas, desde los cuadros máximos y los altos mandos hasta los cadetes, están muy conscientes de eso.

La decisión de sacar la Misión Militar norteamericana de Fuerte Tiuna fue respaldada por la mayoría de los oficiales. Ellos fueron incluso los que diseñaron el proyecto de hacer una escuela allí. Un capitán me comentaba la posibilidad de traer a ese lugar a los indios y los pobres para que estudien y puedan disponer de dormitorios. Es decir, un hotelito y una escuela para que los venezolanos más humildes pasen cursos sobre hidropónicos y organopónicos.

El riesgo de una nueva acción norteamericana siempre existirá. Ellos nunca abandonarán la idea de captar, de comprometer a la gente contra una Revolución que ha dicho claramente que el imperio es su principal enemigo. Pero encontrarán una gran resistencia dentro de la Fuerza Armada. No se puede subestimar la gran fortaleza ideológica, doctrinaria y nacionalista de nuestros militares. Sobre todo eso, su gran sentimiento nacionalista.

Voy a salir con dignidad

El 4 de febrero de 1992 me llevaron preso unas horas después del inicio de la rebelión. Cuando estaba en el Ministerio de Defensa, en la misma oficina donde hoy está García Carneiro –allá mismo me llevaron y al rato me vi sentado tomando café, fumando, muy preocupado, y oyendo lo que hablaban los generales–, me di cuenta de que iban a comenzar a bombardear a los muchachos de Maracay y Valencia. Me dirigí a un almirante y le pedí que me permitiera hablar

con mis compañeros en esos lugares: “Tienen que evitar ustedes una matanza; ya hemos depuesto las armas”.

Incluso llegué a pedir un helicóptero para ir a Maracay a hablar con Jesús Urdaneta, que no quería atender razones de nadie. Él me había dicho el día anterior, en el mismo lugar donde diez años antes habíamos hecho nuestro juramento en el samán de Bolívar: “Compadre, si esto falla, yo no me rindo”. Urdaneta estaba dispuesto a inmolarse. Cortó los teléfonos y no quería recibir a nadie. Lo tenían rodeado y ya iban a bombardear el comando de los paracaidistas. En ese instante les pedí a los oficiales que me permitieran ir en helicóptero a hablar con él y convencerlo de que se rindiera. Pero no aprobaron esa solución.

Se me ocurrió entonces una idea quizás pueblerina, pero práctica: “Manden a llamar a alguien de *Radio Apolo*, que lo oyen mucho en Maracay, y yo les transmito el mensaje por esa vía”. Ahí surgió la idea de incorporar todos los medios –incluida la televisión–, que no fue exactamente a mí a quien se le ocurrió. Uno de los almirantes –inspector de la Fuerza Armada– dijo: “Chávez, podríamos llamar a los medios para que usted lance su mensaje de rendición a toda la gente”.

Estuve de acuerdo y así se hizo. Ellos querían entonces que escribiera mi mensaje y yo me negué de plano: “No voy a escribir nada. Voy a llamar a rendición. Les doy mi palabra de honor”. Pedí mi boina, mi forniture, porque recordé a Noriega, a quien los americanos lo sacaron todo doblado, desmoralizado. “Yo voy a salir con dignidad” –pensé. Entonces salí y dije lo que ustedes ya conocen.

Después, en la cárcel, descubrimos que, antes de la rebelión del 4 de febrero de 1992, habían intentado asesinarme. Ocurrió tres meses antes, en diciembre de 1991. El movimiento fue penetrado por ciertas organizaciones de extrema izquierda –que ahora son de extrema derecha–, grupos que siempre han sido mercenarios, algunos procedentes de Bandera Roja, de la gente de Gabriel Puerta Aponte y otros.

Bandera Roja infiltró el movimiento militar a espaldas de los comandantes. Habían estado incitando a los oficiales subalternos, a los capitanes y a un grupo de sargentos, para que desconocieran nuestro liderazgo. Yo me negaba a incluirlos a ellos en el comando. Teníamos informaciones de cuáles eran sus tendencias y sabíamos que estaban empujando a un sector de las fuerzas armadas para que se lanzara a una la rebelión contra nosotros, con la idea de apoderarse de la dirección.

Cuando detectamos la infiltración, la combatimos muy duro. Recuerdo que ese diciembre llegué hasta aquí, hasta Miraflores, a conversar con unos oficiales que teníamos comprometidos. Vine a decirles, en persona: “Nadie mueve un soldado si yo no doy la orden directamente. Ustedes conocen mi letra y mi firma”. Hice lo mismo en el Batallón de Tanques y en el de los paracaidistas.

El primero que me alertó fue el negro Chourio, que era teniente de mi batallón: “Mire, mi comandante, me llamaron a una reunión y me dijeron que si yo estaba dispuesto a sacar el batallón a espaldas suyas. Esto es muy grave, se está cocinando una traición”. Después de la alerta comencé a investigar con un grupo de comando. Logramos frenar lo que hubiera significado el aborto del movimiento. En ese momento, Bandera Roja discutió la posibilidad de matarme, de sacarme del medio, y planificó el asesinato... Una noche, incluso, me invitaron a una reunión y yo fui, inocentemente. Pero los que tenían la misión no se atrevieron a atacar contra mi vida.

De eso me enteré después, en la cárcel, cuando uno de los implicados en aquel intento de asesinato me hizo toda la historia, una noche en que estábamos cantando con una guitarra y viendo la luna por la ventana: “Mire, mi comandante, yo tengo algo por dentro y quiero decírselo, porque ahora sí lo conozco. Me habían convencido de que usted había vendido la

Revolución, que estaba desmontando el movimiento, entregándolo a los generales, que había negociado. Yo fui designado para matarlo”. Me contó todo. Fue el único intento de asesinato que conocí, así, por un testimonio directo.

Abril de 2002

364

CHÁVEZ NUESTRO

¿Lo que más me dolió del golpe? Sin duda alguna: los inocentes que cayeron frente a este Palacio, abatidos por los francotiradores contrarrevolucionarios... Ese es uno de los dolores más grandes de aquellos momentos terribles en abril de 2002, y luego hubo otros muchos, ¿no? Los traidores duelen también. Pero al igual que me ocurrió cuando me enfrenté a la pérdida de la abuela, tuve una reacción de vida. Resurgí con mayor vitalidad.

Decía Carlos Marx que a la revolución le hace falta el látigo de la contrarrevolución. El látigo duele, pero enseña si ese dolor se transforma en fuerza.

Sin embargo, usted, como San Francisco de Asís, ha perdonado mucho.

Perdón no es la palabra. En verdad no los perdono. Por ejemplo, la traición de Luis Miquilena nunca la perdonaré. Perdonar sería como justificar. Sería como decir: “Está bien, te perdono y vamos a trabajar juntos...” No. Los traidores están allá, en el otro extremo. No están condenados por mí. Ellos están marcados y condenados por la historia.

Pero, los golpistas están en la calle...

No porque yo los haya perdonado. Ni siquiera me han dado esa posibilidad. Si se hubiera podido seguir un juicio civil o militar, como debió hacerse, y a mis manos hubiese llegado la decisión de indultarlos, no los habría indultado. Las condenas definitivas pasan por mis manos y me toca decidir, incluso, si un juicio de tal naturaleza continúa o no, así de sencillo, según nuestras leyes civiles y militares. Pero eso nunca ocurrió. Si ocurriera, no los perdonaría.

Firmé la baja, por medida de expulsión disciplinaria, de algunos que fueron grandes amigos míos, y no me tembló la mano. No hay ningún perdón allí. Existe la imagen de que soy, además de noble, indulgente, y que he perdonado demasiado. No es así, entre otras razones porque en estos casos no me ha correspondido tomar una decisión acerca de esas personas.

Aquí vinieron a entrevistarme tres fiscales designados para el antejuicio. Aporté todas las pruebas que tenía a mi disposición –y fueron muchas– para tratar de condenar a los golpistas. Solo que allá en el Tribunal Supremo, allá, los perdonaron. Fueron ellos, no yo. Si por mí fuera, estarían presos. Claro, con todo respeto hacia sus derechos humanos: sin torturar a nadie, respetando su dignidad.

Algunos dicen que el día del golpe yo regresé y mandé para sus casas a un grupo de personas que estaban detenidas. Era lo correcto: ponerlos a la orden de la Fiscalía. No podía mantener aquí, en un sótano, a mujeres y hasta algunos niños que se habían quedado encerrados en el Palacio, mientras los pejes gordos estaban fuera. Así que lo primero que dije, cuando me informaron que tenían a todas aquellas personas aquí, fue que las soltaran. Ni siquiera las vi. Sí, he sido generoso. No me arrepiento de ello, ¿sabes? No me arrepiento de ello.

Un padre

Su hija María Gabriela nos dijo hace un rato: “Quiero a Fidel como a un abuelo, porque él quiere a mi padre como a un hijo”.

Es verdad. Fidel es como un padre. Así lo veo yo también, y una vez hasta se lo escribí. Desde hace mucho tiempo, él ha sido para mí una referencia obligada. En la cárcel leí mucho *La historia me absolverá*, *Un grano de maíz*, sus discursos y entrevistas... ¿Saben qué le pedí a Dios en la cárcel?: “Dios mío, quiero conocer a Fidel, cuando salga y tenga la libertad para hablar, para decir quién soy y qué pienso”. Pensaba mucho en eso: en salir para conocernos.

Luego se produjo el encuentro en La Habana –ahora en diciembre se cumplirán 10 años–. Esa reunión fue para mí maravillosa, y no olvidaré aquel contacto, las primeras horas de conversación. A medida que han pasado los años, Fidel se ha venido erigiendo como un padre. Así lo vemos mis hijos y yo, y hasta el nieto Manuelito, que dicen que se desternilló de la risa cuando vio a Fidel.

El día que él entró a la casita de la abuela en Sabaneta tuvo que agacharse. La puerta es bajita y él, un gigante. Yo lo veía, ¿no?, y le comenté a Adán, mirándolo allí, como si fuera un sueño: “Esto parece una novela de García Márquez”. Es decir, 40 años después de la primera vez que escuché el nombre de Fidel Castro, él estaba entrando en la casa donde nos criamos. Recuerdo aquel acto en la Plaza Bolívar, que pusieron la tarima donde no era por un problema de seguridad: ¡Ay, Dios mío! Esto es como una novela de esas que escribe el Gabo, pero en vez de 500 años de soledad, nosotros tendremos 500 años de compañía.

Fidel para mí es un padre, un compañero, un maestro de la estrategia perfecta. Algún día habrá qué escribir tantas cosas de todo esto que estamos viviendo y de los encuentros que he tenido con él... Se ha venido fraguando una relación tan profunda y tan espiritual, que estoy convencido de que él siente lo mismo que yo: ambos tendremos que agradecerle a la vida el habernos conocido.

No voy a traicionar mis orígenes

No voy a traicionar mi infancia de niño pobre de Sabaneta. Inmediatamente después que enterramos a la abuela Rosa Inés, en enero de 1982, me fui para la casa de Adán y allí, en la noche, junto a una lamparita que él tenía en su pequeño, estudio escribí un poema dedicado a ella.

Me salió de un tirón. Fue una especie de juramento ante Rosa Inés, una memoria que es para mí sagrada:

Quizás algún día,
mi vieja querida,
dirija mis pasos
hacia tu recinto.

Con los brazos en alto
y con alborozo
coloque en tu tumba
una gran corona
de verdes laureles.
Sería mi victoria,
sería tu victoria,
y la de tu pueblo
y la de tu historia.

Y entonces,
por la Madre Vieja
volverán las aguas
del río Boconó,
como en otros tiempos
tus campos regó,
y por sus riberas
se oirá el canto alegre
de tu cristofué
y el suave trinar
de tus azulejos
y la clara risa
de tu loro viejo.

Y entonces,
en tu casa vieja
tus blancas palomas
el vuelo alzarán.

Y bajo el matapalo
ladrará Guardián,
y crecerá el almendro
junto al naranjal.

Y también el ciruelo
junto al topocho
y los mandarinos
junto a tu piñal
y enrojecerá
el semeruco
junto a tu rosal
y crecerá la paja
bajo tu maizal.

Y entonces,
la sonrisa alegre
de tu rostro ausente,
llenará de luces
este llano caliente
y un gran cabalgar
saldrá de repente.
Y vendrán los federales
con Zamora al frente,
y el catire Páez
con sus mil valientes,
las guerrillas de Maisanta
con toda su gente.

O quizás nunca, mi vieja,
llegue tanta dicha
por este lugar.

Y entonces,
solamente entonces,
al fin de mi vida,
yo vendría a buscarte,
Mamá Rosa mía,
llegaría a la tumba
y la regaría
con sudor y sangre,
y hallaría consuelo
en tu amor de madre
y te contaría
de mis desengaños
entre los mortales.

Entonces,
abrirías tus brazos
y me abrazarías
cual tiempo de infante
y me arrullarías
con tu tierno canto
y me llevarías
por otros lugares
a lanzar un grito
que nunca se apague.

Esos versos han sido y seguirán siendo mi compromiso con ella y conmigo mismo. Al lado de Rosa Inés conocí la humildad, la pobreza, el dolor, el no tener a veces para la comida; supe de las injusticias de este mundo. Aprendí con ella a trabajar y a cosechar. Conocí la solidaridad: “Huguito, vaya y llévele a doña Rosa Figueredo esta hallaca, este poquito de dulce”. Me tocaba ir, en su nombre, repartiendo platicos a las amigas y a los amigos que no tenían nada, o casi nada, como nosotros. Y siempre venía también de vuelta con otras cositas

que mandaban de allá: “Llévele a doña Rosa esto”. Y era un dulce o alguna otra cosita de comida, que si una mazamorra o un bollito de maíz. Yo aprendí con ella los principios y los valores del venezolano humilde, de los que nunca tuvieron nada y que constituyen el alma de mi país. Traté de decirle a Rosa Inés en ese poema que nunca voy a olvidar sus enseñanzas y que nunca traicionaré nuestros orígenes.

Cronología

- 1954 28 de julio: Nace en Sabaneta, Estado de Barinas. **371**
Hijo de un matrimonio de maestros de ascendencia mestiza y el segundo de seis hermanos.
- 1960 Comienza sus estudios primarios en el grupo escolar Julián Pino.
- 1966 Inicia estudios secundarios en el Liceo Daniel Florencio O'Leary del Estado de Barinas.
- 1971 Obtiene el título de bachiller en Ciencias.
-8 de agosto: Ingresa en la Academia Militar de Venezuela.
- 1974 Diciembre: Viaja a Perú para participar en las conmemoraciones por el 180 aniversario de la Batalla de Ayacucho. Conoce a Juan Velasco Alvarado.
- 1975 7 de julio: Se gradúa con el grado de subteniente de Artillería, especializado en Ciencias y Artes Militares, en la rama de Ingeniería.
-Realizó cursos de capacitación en la Escuela de Comunicación y Electrónica de la Fuerza Armada.
-Es destacado como oficial de comunicaciones en el Batallón de Cazadores Manuel Cedeño, en Barinas.

- 1977 Mayo: Su batallón es trasladado a Cumaná.
- 1978 5 de julio: Es ascendido a teniente.
-Lo sitúan como oficial tanquista en el Batallón Blindado Bravos de Apure, en Maracay.
- 1979 Realiza un curso de capacitación en el arma de Blindados.
-Conoce en Villa de Cura a Ana Domínguez de Lombano, hija de Maisanta.
- 1980 Es nombrado comisionado en la Academia Militar de Venezuela. Sirve sucesivamente como jefe del departamento de Educación Física, jefe del departamento de Cultura y comandante de la compañía José Antonio Páez.
- 1982 5 de julio: Es ascendido a capitán.
-17 de diciembre: Bajo la sombra del Samán de Güere –que, según la tradición, era el mítico árbol bajo cuya fronda acampaba Simón Bolívar–, jura iniciar un movimiento para reformar la institución. Junto a Hugo Chávez realizan el juramento Felipe Acosta Carlez, Jesús Urdaneta Hernández y Raúl Isaías Baduel.
- 1985 Se le encomienda la comandancia del Escuadrón de Caballería Motorizada Francisco Farfán, en Elorza.
- 1986 5 de julio: Asciende a mayor. Se le responsabiliza con la Comandancia del Núcleo Cívico-Militar del Desarrollo Fronterizo Arauca-Meta.
- 1988 Se le designa ayudante personal del secretario del Consejo Nacional de Seguridad y Defensa en el Palacio de Miraflores.

-Agosto: Asiste en Guatemala a un curso internacional de Asuntos Civiles.

1990 5 de julio: Asciende a teniente coronel.

-Realiza un máster en Ciencias Políticas en la Universidad Simón Bolívar de Caracas, aunque dejó pendiente la defensa de la tesis.

-Es destacado como oficial para asuntos civiles en la Brigada de Cazadores de la guarnición de Maturín.

1991 Julio: Luego de terminar el Curso de Comando y Estado Mayor en la Escuela Superior del Ejército, asume el mando de la Brigada de Paracaidistas coronel Antonio Nicolás Briceño, con base en Maracay. Es coautor del Proyecto de Gobierno de Transición para el 4 de febrero y autor del Anteproyecto Nacional Simón Bolívar.

1992 4 de febrero: Lidera una insurrección militar. Intenta infructuosamente tomar el palacio de Miraflores y la residencia presidencial, mientras otras unidades se hacían del control de centros neurálgicos en Maracaibo, Maracay y Valencia.

-En uniforme de camuflaje y con boina roja, Chávez aparece en televisión para confirmar que “por ahora” no se habían logrado los objetivos del movimiento, por lo que asumía toda la responsabilidad y pedía a sus compañeros que retornasen a los cuarteles.

-La acción militar es acogida con júbilo por una parte considerable de la población, de manera que desde entonces la popularidad del teniente coronel de paracaidistas no hizo más que aumentar, al tiempo que el presidente Carlos Andrés Pérez se hundía en el descrédito.

-Febrero: En la prisión de Yare, es coautor del manifiesto titulado *Cómo salir del laberinto*.

- 27 de noviembre: Está al tanto, desde la cárcel, de una nueva rebelión protagonizada por sus compañeros, que bombardean los edificios de las principales instituciones y durante unas horas tienen el control de acuartelamientos claves y de la televisión. Queda aislado de la ciudadanía.
- 1993 Mayo: En la cárcel de Yare recibe la noticia de que el entonces presidente Carlos Andrés Pérez es suspendido de su cargo por el Congreso Nacional, luego de múltiples acusaciones de corrupción.
- Diciembre: Chávez llama a la abstención durante las elecciones presidenciales. Es electo presidente Rafael Caldera (30,46% de los votos).
- 1994 26 de marzo: Rafael Caldera Rodríguez firma el sobreseimiento del caso del comandante Chávez. A cambio de su libertad, a Chávez se le exigió la baja en la Fuerza Armada, lo que, de hecho, le dio vía libre para desarrollar su activismo político.
- 27 de marzo: Sale de la prisión de Yare.
 - Abril: Se da a conocer el Movimiento V República (MVR), versión civil del MBR-200, que recogía su mismo programa de restauración del “honor perdido de la nación”, una gestión gubernativa honrada y eficiente de la riqueza nacional y medidas específicas contra la inseguridad ciudadana. Erigido en líder del MVR, Chávez comienza a recorrer el país con un discurso nacionalista, articulado en los conceptos de misión y de servicio a la patria, tomando la figura de Simón Bolívar como referente.
- 14 de diciembre: El Presidente cubano Fidel Castro lo recibe en La Habana, al pie de la escalerilla del avión en que viaja desde Caracas. Durante la visita,

el líder venezolano ofrece una conferencia en el Aula Magna de la Universidad de La Habana.

1997 19 de abril: Chávez inscribe el Movimiento V República en el registro electoral con la intención de concurrir a los procesos electorales en ciernes.

1998 8 de noviembre: En las elecciones legislativas, el MVR se convierte en el segundo partido del país con 49 de los 189 escaños de la Cámara de Diputados y el 21,3% de los votos, solo cuatro décimas por debajo de Acción Democrática (AD), el partido socialdemócrata que históricamente había aportado la mayoría de los presidentes de la llamada democracia –Pérez entre ellos–, y que con el Partido Social Cristiano (COPEI) había constituido el sistema bipolar vigente entre 1959 y 1994. Así, en los comicios de 1998 el COPEI quedó en cuarta posición, mientras que el partido del presidente Caldera, Convergencia, puesto en marcha después de separarse de COPEI, tuvo que conformarse con un testimonial 2,4% de los votos y 3 escaños.

–6 de diciembre: Chávez arrolló con el 56,5% de los votos, por delante del economista Henrique Salas Römer, que contaba con los apoyos de AD y COPEI, y de la ex miss universo Irene Sáez Conde. De gran popularidad entre los numerosísimos desfavorecidos tras una década de políticas económicas de austeridad poco convincentes, encabeza el Polo Patriótico en el que además del MVR estaban el Movimiento al Socialismo (MAS), el Partido Comunista de Venezuela (PCV), Patria para Todos (PPT) y otras cuatro formaciones menores –esto es, la izquierda en bloque.

1999 Año de la Constituyente

17 de enero: Chávez visita La Habana.

- 2 de febrero: Toma posesión por un período de cinco años ante una nutrida representación de mandatarios regionales. Anuncia la declaración del “estado de emergencia social” en el país, solicita poderes excepcionales para un plan de reformas económicas y convoca a un referendo para disolver el Congreso, elegir una Asamblea Constituyente (ANC) y anular la Carta Magna de 1961, con la advertencia de que “hacemos la revolución democrática o la revolución nos pasa por encima”.
- Promete emprender una drástica reforma en Petróleos de Venezuela, S.A. (PDVSA), el emporio estatal que aporta el 80% de las exportaciones, el 40% de los ingresos del presupuesto nacional, y el 27% del PIB, para erradicar la mala gestión y las prácticas corruptas. Reconoce que lo que se persigue no es un saneamiento típicamente liberal con vistas a una eventual privatización, sino todo lo contrario: hacer más eficiente el funcionamiento de una empresa clave para fortalecer su aporte financiero a las arcas del Estado.
- 25 de abril: Se celebra un referendo constitucional para convocar a una Asamblea Nacional Constituyente (ANC). Chávez gana el referendo con el 92% de los votos.
- El Congreso le concede los poderes especiales solicitados para gobernar por decreto en materia económica durante seis meses (a esas alturas, la caída de los precios del petróleo había incrementado el déficit fiscal al 9% del PIB), y negociar con el FMI la reestructuración de la deuda externa, cuyo monto de 35 000 000 000 de dólares devoraba el 40% del presupuesto nacional.

- 23 de mayo: Sale al aire por primera vez, a través de la señal de *Radio Nacional de Venezuela*, el programa *Aló Presidente*.
- 26 de mayo: Asiste en la ciudad colombiana de Cartagena de Indias al XI Consejo Presidencial de la Comunidad Andina (CAN), y llama a crear en las próximas décadas una federación de estados latinoamericanos y caribeños que, luego de resolver los más perentorios problemas domésticos, podría dotarse de una política exterior común.
- 25 de julio: Se elige en las urnas a los integrantes de la Asamblea Nacional Constituyente (ANC), el Polo Patriótico arrasó con 121 escaños de 128, lo que no deja dudas acerca del desenlace de la catarata de cambios desencadenada por Chávez.
- 3 de agosto: La ANC, o “Soberanísima” en la expresión de Chávez, celebra su primera sesión y comienza a elaborar el proyecto de Constitución.
- Sus puntos más significativos son: la consagración de la V República, incluyendo el cambio de nombre del país por el de República Bolivariana de Venezuela; la ampliación del mandato presidencial de cinco a seis años y renovable una sola vez; la adición a los tres poderes clásicos –ejecutivo, legislativo y judicial– de otros dos nuevos: el moral, aplicado en la lucha contra la corrupción, y el electoral, entendido como el ejercicio de fórmulas de democracia directa; la sustitución del Congreso bicameral por una sola Asamblea Nacional de 165 miembros elegida cada cinco años; el refuerzo del poder ejecutivo del presidente, que ahora podría decidir los ascensos militares, nombrar al vicepresidente, convocar referendos y disolver la Asamblea, en los supuestos establecidos en la propia Constitución; el reconocimiento de los derechos

- de los pueblos indígenas; y, un artículo especial sobre la participación de los militares en la vida pública.
- 5 de agosto: Chávez proclama en el pleno de la ANC la defunción de la IV República y pide la aprobación de una declaración de “emergencia nacional” que faculte a la Asamblea para intervenir en todas las instituciones del Estado.
 - 9 de agosto: La ANC vuelve a tomar juramento a Hugo Chávez como primer mandatario de la República de Venezuela y consagra la victoria total de Chávez con la aprobación de la declaración de emergencia y la creación de una Alta Comisión de Justicia para asumir la función legislativa del Congreso, con capacidad para nombrar y destituir magistrados.
 - 24 de agosto: La Corte Suprema de Justicia acata la decisión de la Asamblea Nacional Constituyente.
 - Septiembre: Chávez sostiene en Manaos una cordial entrevista con el presidente brasileño Fernando Henrique Cardoso. Ambos se manifiestan en contra de una eventual intervención militar estadounidense en Colombia para combatir el narcotráfico.
 - 21 de septiembre: Con motivo de su alocución en la Asamblea General de la ONU en Nueva York y luego de concederle Estados Unidos el visado (durante largo tiempo denegado por considerarlo un terrorista y por sus simpatías cubanas), Chávez se entrevista con el presidente Bill Clinton, quien le expresa su respaldo.
 - 16 de noviembre: Chávez realiza una visita a La Habana.
 - 20 de noviembre: La ANC presenta el texto acabado de la Constitución.
 - 15 de diciembre: Referendo para la aprobación de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela.

- 16 de diciembre: Deslaves en Vargas, que provocan más de 20 000 muertos y arrasan con este Estado costero.
- 20 de diciembre: La ANC promulgó solemnemente la nueva Constitución.

2000 Año de la Relegitimación

- 27 de febrero: El Presidente aprueba el Plan Bolívar 2000, una estrategia para revertir las tendencias negativas en lo social y medioambiental, a través de las fases Propatria, Propaís y Pronación. El Plan comienza por movilizar a miles de ciudadanos, civiles y militares, en tareas de restauración de infraestructuras sociales y vías de comunicación.
- 30 de julio: Celebración de las elecciones para Presidente de la República Bolivariana de Venezuela y para decidir los gobernadores, alcaldes y diputados. El Polo confirma su fortaleza con un centenar de escaños (solo el MVR se alza con 76). En las presidenciales, Chávez se deshace de su único contrincante, Francisco Arias Cárdenas (quien había participado en la acción de 1992 en Maracaibo y fue gobernador del Estado de Zulia en 1995), con el 59,76% de los votos.
- 10 al 14 de agosto: Hace un recorrido por los otros diez Estados de la OPEP, para invitar a sus respectivos mandatarios a una cumbre en Caracas encaminada a fortalecer la unidad organizativa y a estabilizar el precio del barril de crudo.
- Chávez propone dar entrada en la OPEP a Rusia, Noruega y Omán. Al no excluir a Bagdad, Teherán y Trípoli de su gira, Chávez suscita un considerable malestar en el gobierno de Estados Unidos. El líder venezolano, primer jefe de Estado que visitaba a Saddam Hussein

desde la guerra del Golfo en 1991, rechaza las críticas y advierte que Venezuela es un país soberano al que nadie puede dictaminar su política exterior.

- Durante el itinerario, Chávez califica a la OPEP de “arma” para los Países en Vías de Desarrollo, una “especie de instrumento estratégico” que “no se puede dejar escapar”. En Libia estuvo de acuerdo con Muammar al-Gaddafi en que si se producía un nuevo desplome en los precios, sería imprescindible un recorte drástico de la producción.
- 19 de agosto: Chávez inaugura su mandato hasta 2006 ante un ejemplar de la Soberanísima.
- 1 de septiembre: En la cumbre especial de Brasilia, Chávez advierte que la región sería “aniquilada”, si no avanza en la unidad antes de la creación en 2005 del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) perseguida por Washington.
- 28 de septiembre: Es anfitrión de la Segunda Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la OPEP, que tuvo lugar en Caracas –la primera se produjo en Argel, en 1975–. Chávez invita a los países consumidores de petróleo a discutir fórmulas para contener el alza de los precios.
- Washington reconoce que no puede imponer condiciones a Venezuela, más allá de las amonestaciones verbales, porque importa de ese país 1,4 millones de barriles de petróleo al día, más de la mitad del total de las ventas venezolanas. La escalada del precio del barril, que alcanza en agosto de 2000 el pico de los 34,6 dólares, sin precedentes desde la invasión de Kuwait en 1990, amortigua los efectos de la crisis económica en Venezuela.
- 26-30 de octubre: Recibe al Presidente Fidel Castro en Caracas, en visita oficial. En este encuentro, los mandatarios firmaron un Acuerdo de Cooperación Integral.

- 2001 Año de la Ley Habilitante y la Transformación de las Estructuras
- 13 de mayo: Gira por Rusia, Irán, India, Bangladesh, China, Malasia e Indonesia.
- 30 de mayo: Asiste, en Indonesia, a la cumbre del Grupo de la Cooperación Sur-Sur o Grupo de los Quince (G-15).
 - 23 y el 24 de junio: Preside en el Estado venezolano de Valencia el XIII Consejo Presidencial Andino, en cuya clausura anunció en primicia la captura en Caracas de Vladimiro Montesinos, quien fuera el principal colaborador del dimitido Fujimori, y su inmediata entrega a las nuevas autoridades peruanas que lo reclamaban para juzgarlo por diversos crímenes.
 - Junio: Furibunda reacción de Estados Unidos, con la llamada a consultas de su embajadora en Caracas, ante la demanda de Chávez de que cesen los bombardeos contra Afganistán, porque no se podía “combatir el terror con el terror”.
 - 8 de septiembre: Preside la entrega de 105 000 acres de latifundios baldíos del Estado de Zulia al Instituto Agrario Nacional (IAN), como preámbulo de la Ley de Tierras y Desarrollo Rural y en lo que se atisba el arranque de una reforma agraria radical para acabar con una situación sangrante: mientras que unos cientos de propietarios acaparan el 70% de las tierras cultivables, el país debe importar casi todos los alimentos que consume la población. Chávez insta a los terratenientes, so pena de afrontar subidas de impuestos o expropiaciones forzosas por ley, a que entreguen las fincas no cultivadas al Estado, el cual dispondría su distribución entre las comunidades rurales empobrecidas.

- 13 de octubre: Es recibido en Ciudad Vaticano por El Papa Juan Pablo II , quien le expone su deseo inquebrantable de un mundo de paz.
- Inicia nueva gira por las capitales de la OPEP, así como París, Roma, Bruselas, Lisboa, Moscú, Londres –donde sostuvo, el día 23, una reunión con el primer ministro Tony Blair–, Ottawa y México, para intentar fraguar un consenso entre los países exportadores e importadores de petróleo en torno a precios estables con niveles de extracción bajos.
- Noviembre: El ministro de Defensa, José Vicente Rangel, alerta de la existencia de planes para asesinar a Chávez: “gente que quiere reeditar en Venezuela lo que pasó en Chile con Salvador Allende”.
- 10 de diciembre: Caceroladas de los escuálidos e intentos de paros nacionales, convocados por partidos, organizaciones sectoriales, ONG y otros grupos sin auténtico liderazgo. Grupos de empresarios, a través de la patronal Fedecámaras –representante del 90% del PIB no petrolero–, y los sindicatos, con la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV), intentan unirse para propiciar una revuelta que fuerce, sin esperar a un referendo revocatorio, la dimisión del Presidente.
- 11 y 12 de diciembre: Chávez preside la III Cumbre de la Asociación de Estados del Caribe (AEC) en Isla Margarita.

Año de las Definiciones

- 2002 23 de enero: Sendas marchas de uno y otro signo político miden fuerzas en Caracas en el 44 aniversario del derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez.
- 24 de enero: Chávez destituye a Luis Miquelena, ministro del Interior, por alentar acciones contra la unidad del Movimiento Bolivariano.

- 4 de febrero: En el décimo aniversario de la acción de 1992, Chávez declara esta fecha como “Día de celebración nacional”. Asisten al acto 100 000 integrantes de los grupos bolivarianos.
- 7 de febrero: El coronel de aviación Pedro Luis Soto asegura en un programa de televisión que habla en nombre del “70% de la Fuerza Armada” y demanda la sustitución de Chávez por un presidente civil y la celebración de elecciones. El Ejército y el Alto Mando Militar ignoran el llamamiento a la sublevación. El capitán de la Guardia Nacional Pedro José Flores y el contraalmirante Carlos Molina Tamayo secundan a Flores. Los generales Alberto Poggioli y Guaicaipuro Lameda son retirados del servicio, el primero por alentar a los conspiradores, y el segundo, por voluntad expresa: intenta crear una crisis en PDVSA, de la cual era presidente.
- 5 de marzo: Fedecámaras, la CTV, la Conferencia Episcopal y el rectorado de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) firman un Pacto contra Chávez.
- 9-10 de abril: La CTV convoca una huelga general y decide prolongarla al día siguiente. En la segunda jornada de paros se disparó la tensión, con la llamada de la CTV y Fedecámaras a la huelga general indefinida, la desautorización de Chávez por otros dos generales y la advertencia del gobierno de que había una conspiración para derribarlo.
- 11 de abril: Golpe de Estado fascista. La marcha, supuestamente pacífica, protagonizada por las clases medias, se encamina hacia la sede de PDVSA, en el sector Este de la ciudad, pero luego cambia el itinerario y se dirige hacia el Palacio de Miraflores. Los pobladores más humildes también salen a la calle a respaldar a su Presidente. Las manifestaciones no llegaron a tocarse, pero ello no evitó que corriera la sangre. Los marchistas

a favor del gobierno fueron tiroteados de forma indiscriminada por miembros de la Guardia Nacional y francotiradores vestidos de paisanos. Contrariamente a lo divulgado por los medios de prensa, la mayoría de las víctimas resultaron ser partidarios chavistas.

- 12 de abril: El general Efraín Vásquez Velasco, y el inspector general y comandante en jefe de la Fuerza Armada, general Lucas Rincón, leen un comunicado en el que informan que la cúpula militar había pedido la renuncia del Presidente y que este había aceptado.
- Chávez, vestido con su uniforme de teniente coronel de paracaidistas, es arrestado en Miraflores y conducido al Fuerte Tiuna, sede de la comandancia general del Ejército.
- El presidente de Fedecámaras y principal rostro de la oposición en los últimos meses, Pedro Carmona Estanga, anuncia que cuenta con el apoyo de los militares para formar un gobierno de seis miembros, una junta cívico-militar. Carmona se autojura como presidente de la República, y su ejecutivo de “transición democrática y unidad nacional” toman posesión por la tarde en el Palacio de Miraflores.
- Carmona se lanza a emitir un torrente de decretos ejecutivos, dirigidos a desarticular toda la institucionalidad vigente desde 1999, entre los que figuraban: retirar la condición de “Bolivariana” del nombre de la República; desarmar las organizaciones civiles adictas al poder derrocado; disolver la Asamblea Nacional, el Tribunal Supremo y la Fiscalía General; celebrar elecciones generales en un período que no rebase el año; dotar al presidente de potestad para cesar y designar a todos los representantes públicos, desde ministros a alcaldes, en el período de transición; y la suspensión de los 49 decretos-ley que favorecían a la población.

- La hija de Chávez, María Gabriela, da a conocer una conversación telefónica con su padre, en la que este le aseguró que no había renunciado.
- El gobierno de Estados Unidos y el de España se congratulan sin disimulos, mientras el resto de América Latina, a través de la XVI Reunión en Costa Rica del Grupo de Río, condena la “interrupción del orden constitucional” en Venezuela.
- El pueblo se lanza a la calle y exige la liberación de Chávez.
- 13 de abril: Carmona hace enmiendas a los decretos del día anterior y restituye los poderes del Estado.
- El vicepresidente ejecutivo Diosdado Cabello Rondón emerge de la clandestinidad para restaurar el gobierno constitucional.
- Al final del día, Cabello jura como presidente provisional en el Palacio de Miraflores, ya tomado por los ministros y diputados leales a Chávez, ante el presidente de la Asamblea Nacional, William Lara, que en todo este tiempo se había negado a obedecer a Carmona.
- En la madrugada del domingo 14, Chávez es liberado y regresa en helicóptero desde la isla caribeña de La Orchila, a cien kilómetros del continente. Aterrizó directamente en Miraflores, en cuyas inmediaciones le esperaban cientos de miles de partidarios.
- 14 de abril: Esa misma madrugada, vestido de civil, retoma la jefatura del país y asegura que regresa “sin odio ni rencor”, llama a la calma y niega que el gobierno fuera a desatar una “caza de brujas” con la oposición. Exhorta a los medios de comunicación a que hagan “profundas rectificaciones”.
- El Presidente Hugo Chávez ofrece una conferencia de prensa internacional, donde narra los pormenores de las 47 horas de golpe de Estado.

- 21 de mayo: Se instala en Miraflores la Comisión para el Diálogo Nacional.
- 16 de agosto: En la popular parroquia caraqueña de El Valle se realiza una concentración multitudinaria, convertida en una gran protesta del pueblo venezolano contra la decisión del Tribunal Supremo de Justicia que dictaminó que no hubo golpe de Estado en Venezuela.
- 31 de agosto: El Presidente asiste a la II Cumbre Mundial de Desarrollo Sustentable celebrada en Johannesburgo y propone aportar el 10% de la deuda externa para ayudar a los países pobres del mundo.
- 15 de septiembre: Chávez asiste a la puesta en marcha del plan educativo Simoncito para niños de 0 a 6 años.
- 12 de octubre: Se anuncia que esta fecha será reconocida como Día de la Resistencia Indígena, en lugar de Día del Descubrimiento.
- 21 de diciembre: El gobierno bolivariano rescata de manos de los golpistas el buque tanquero Pilín León, con cuarenta y cuatro millones de litros de gasolina.
- 31 de diciembre: Según una encuesta de la bbcmondo.com, el personaje del año a nivel mundial es Hugo Chávez Frías.

2003 Año de la Consolidación para el País y del Empuje Económico

- 5 de enero: En cadena, por radio y televisión, denuncia el paro petrolero y los sucesos de violencia en el Paseo de los Ilustres, en Caracas.
- 10 de enero: Juramenta al Comando Político de la Revolución, que impulsará la consolidación del proceso bolivariano.
- 26 de enero: El Presidente Chávez asiste al Encuentro de Solidaridad con la Revolución Bolivariana, durante el III Foro Social Mundial, celebrado en Porto Alegre, en Brasil.

- 5 de febrero: En cadena, por radio y televisión, anuncia el establecimiento del control de cambio para reducir la fuga de divisas.
- 6 de marzo: Mediante el decreto 2322 designa a la nueva Junta Directiva de Petróleos de Venezuela que preside Alí Rodríguez Araque.
- 11 de abril: Inauguran el Encuentro Mundial de Solidaridad con la Revolución Bolivariana, en el Teatro Teresa Carreño.
- 16 de abril: Anuncia la puesta en marcha del plan integral de atención para los más humildes denominado Barrio Adentro. Cincuenta y tres médicos cubanos llegan a Caracas para asumir la tarea de salud en las zonas más deprimidas.
- 1 de julio: Asiste al acto que marca el comienzo del Plan Nacional de Alfabetización Misión Robinson: “Yo sí puedo”. La meta es alfabetizar este año un millón de personas.
- 19 de agosto: Visita oficialmente a Argentina, y sostiene encuentros con el Presidente de ese país y con más de 25 000 estudiantes en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. También, con representantes sindicales y con las Madres de la Plaza de Mayo.
- 26 de agosto: Asiste a la cumbre de Desarrollo Sostenible, en Johannesburgo. Promueve un Fondo Humanitario Internacional para erradicar la pobreza.
- 2 de septiembre: Asiste a la Sexta convención de la ONU contra la Desertificación, en La Habana. Se reúne con el presidente de Brasil.
- 27 de septiembre: En Caracas tiene lugar la II Cumbre de jefes de Estado y Gobierno de la OPEP. Chávez solicita a las potencias industriales que bajen los costos de insumo y manufacturas, como protección a los precios de los hidrocarburos.

- 28 de octubre: Comienza la segunda fase de la Misión Robinson: “Yo sí puedo continuar”.
- 12 de noviembre: Asiste al 54 período de sesiones de la ONU, en el que Venezuela se pronuncia en contra del bloqueo contra Cuba. Firmó un acuerdo sobre el Programa Internacional para la Conservación de los delfines.
- 15 de noviembre: Participa en la XXIII Reunión de ministros de Relaciones Exteriores del G-15, en Nueva York. Venezuela había asumido la presidencia del Grupo por el período 2001-2002.
- 17 de noviembre: 450 000 venezolanos inician las clases en el marco de la Misión Ribas para culminar estudios de bachillerato.
- 21 al 24 de noviembre: Recogida de firmas contra los diputados de la oposición a los que se les solicitaría referendo revocatorio de mandato.
- 28 al 31 de noviembre: Recolección de firmas contra los diputados del gobierno y el Presidente Chávez.

- 2004 20 de enero: En consejo de Ministros, el Presidente Chávez aprueba cincuenta millardos para el Plan Excepcional de Desarrollo Económico y Social, lo que permitirá la dotación para los consultorios populares de la Misión Barrio Adentro.
- 29 de febrero: Acto de concentración multitudinaria en el Parque Las Caobas, en Caracas. Chávez pronuncia un encendido discurso contra la intervención de EE. UU. en los asuntos internos de Venezuela: “No al intervencionismo norteamericano en nuestras tierras”.
 - 21 al 24 de abril: Proceso de reparo de las firmas recogidas contra los diputados a los que se le solicitaría referendo revocatorio.

- 28 al 31 de abril: Proceso de reparo de las firmas recogidas contra el Presidente Chávez.
- 8 de julio: Venezuela y México ingresan oficialmente al Mercado Común del Sur (MERCOSUR), durante la XXVI Cumbre de Jefes de Estado del acuerdo aduanero, celebrada en Puerto Iguazú. Los medios ignoraron la trascendencia de esta reunión del MERCOSUR, integrado además por Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay.
- 21-23 de julio: Preside la I Macro Rueda Bial de Negocios Venezuela-Argentina, en Isla Margarita. Asiste el presidente argentino Nestor Kirchner.
- 15 de agosto: Victoria aplastante del NO en el referendo que pretendía revocar de su cargo al Presidente Hugo Chávez Frías.

Índice

391

CHÁVEZ NUESTRO

- 11** Compendio telúrico de Venezuela
- 13** Sabaneta. Con la abuela Rosa Inés
- 17** Elena Frías y Hugo de los Reyes Chávez.
Nuestro hijo tiene amor para todos
- 30** Adán Chávez Frías. Este pueblo sí es arrecho, hermano
- 50** Egilda Crespo.
La Revolución también tiene ojos azules
- 56** Bolívar en el Arauca
- 60** Ana Domínguez de Lombano.
Hugo es el vivo retrato de Maisanta, mi padre
- 66** Gilberto Lombano Domínguez.
De cómo llegó a Hugo el escapulario de Maisanta
- 74** 4 de febrero de 1992. Por ahora
- 77** Jacinto Pérez Arcay. El pueblo, que salió a la calle
cuando el Caracazo, todavía no ha regresado
- 89** Luis Reyes Reyes.
Hemos aprendido la lección: el golpe enseña
- 126** Milagros Flores de Reyes.
Un hombre que conversa con las estrellas
- 133** Ronald Blanco La Cruz.
Nada derrota al comandante Chávez
- 143** José Vicente Rangel Vale.
No está descartada la posibilidad de un magnicidio
- 163** Jorge Luis García Carneiro.
Mi historia apenas comienza

193 Diosdado Cabello.

Chávez eligió el camino más largo, pero el más firme

222 Tarek William Saab: De poeta a poeta

247 Raúl Isaías Baduel.

Nadie podrá decir nunca que Baduel traicionó a Chávez

285 Alí Uzcátegui Duque. Yo dirigí las tropas que
rescataron al Presidente en La Orchila

292 13 de octubre de 2003. La renuncia

295 Rosa Virgina y María Gabriela Chávez. Estamos
dispuestas a cualquier sacrificio por nuestro padre

305 Hugo Chávez Frías.

Soy sencillamente un revolucionario

371 Cronología

392 Galería de imágenes